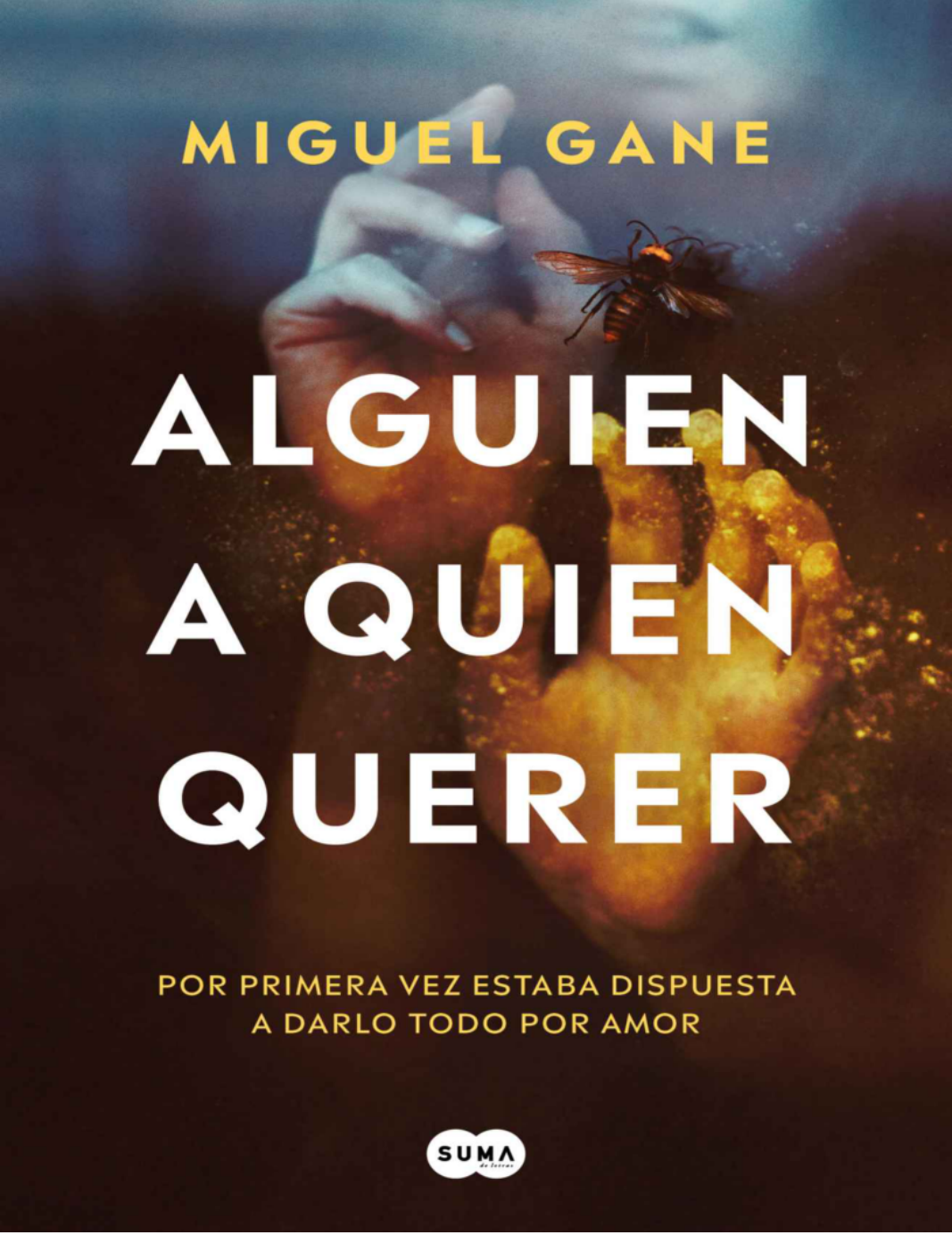
MIGUEL GANE
ALGUIEN A QUIEN QUERER
POR PRIMERA VEZ ESTABA DISPUESTA A DARLO TODO POR AMOR
SUMA de letras

Miguel Gane

Alguien a quien querer

Para la mujer que habita la casa

Now so long, Marianne, it's time that we began.
To laugh and cry and cry and laugh about it all again.

LEONARD COHEN, «So Long, Marianne»

Prólogo

Buenos días:

Le escribo para hacerle una consulta acerca de un asunto que me tiene preocupado. Hace varios días, descubrí que soy víctima de un plagio literario en un libro de reciente publicación, galardonado con un importante premio. El autor, con el que tengo cierta amistad y al que le hice llegar mi primer manuscrito hace muchos meses a expensas de que me diera su opinión, ha dado forma en su escrito a la historia que yo mismo creé. Si bien es cierto que lo ha hecho con otra estructura, pues yo escribí unos relatos y su manuscrito es una novela, y, además, sin hacer un corta-pega, si se realiza una lectura medianamente atenta, se pueden encontrar ideas, conceptos, tramas, personajes y lugares semejantes a los que yo he desarrollado en mi obra, aún sin publicar, eso sí.

Mi consulta es qué se podría hacer en este tipo de caso, a quién debo dirigirme y cómo podría defenderme ante tal atropello.

Si es usted tan amable de dejarme su número de teléfono para llamarla y contarle todo con más detalle, se lo agradecería.

Un saludo,

Daniel Giménez

Él

Todo empezó con una mentira.

Nunca quise ser otro.

Siempre acepté mi nariz grande y aplastada, como la de un boxeador.

Mis cejas gruesas y pobladas, como un cruce de calles en Japón.

Mis manos anchas.

Era alto.

Mi cuerpo era inmenso y firme.

Me aceptaba con todos mis miedos y debilidades.

Con mis contradicciones.

Tenía una obsesión: que mis padres aprobasen mi vocación.

Para ello debía convertirme en el mejor escritor de novela contemporánea de este país.

Tenía que escribir la mejor obra posible, la más sorprendente.

Y nada iba a impedir que lo hiciese, aunque me supusiese el mayor sacrificio.

Ella

Siempre quise ser otra.

Despertarme un día y tener otro rostro, otro nombre, otra piel, otra mirada.

Nunca quise ser yo.

Me odiaba.

Odiaba mis dedos largos y delgados.

Mi pelo castaño, siempre enredado como las ramas de un árbol.

Mis labios, tan finos como la punta de un lápiz.

Mi cuerpo, tan estrecho y alto… A veces soñaba que se quedaba atrapado en el cuello de una botella.

Siempre quise ser otra.

Más guapa, más lista, más divertida.

No quería ser invisible.

Siempre quise ser como mi hermana.

Era difícil aceptar un deseo así.

Pero la vida está llena de sorpresas…

Y, como si alguien estuviese trazando el camino, empezó mi metamorfosis.

Primera parte
La tela de araña

1
El fin
Ella

Marina Marchante Georgiou falleció repentinamente el 20 de enero de 2018 a la edad de treinta y ocho años. Fue una persona muy alegre, simpática, divertida y buena en todo lo que hacía. Tenía una luz especial y la magia de hacer que cada momento en su compañía fuese único.

Deja atrás a unos padres que la quisieron desde el día que nació y miles de buenos recuerdos en la memoria de quienes la amaron.

A los creyentes se les ruega una oración por su alma. A los que no lo son, se les ruega que no la olviden.

Se celebrará una misa ortodoxa por su alma el próximo 23 de enero, a las doce horas, en la parroquia de San Andrés.

2
El principio
Él

El escritor Valentín Segura (Madrid, 1986) ha ganado el Premio de Narrativa Nacional por su obra *El leve despertar de una mujer,* dotado con la cantidad de 200.000 euros. El jurado ha destacado que «el libro es el bello reflejo de una realidad social en la que muchas mujeres se ven sumergidas al llegar a nuestro país. Logra que unos personajes invisibles se conviertan en un pilar fundamental de nuestra sociedad. Además, muestra una historia alejada de cualquier tendencia y por todo ello aseguramos que este libro ha logrado elevarse, todavía sin el beneplácito de los lectores, al pedestal de las publicaciones más importantes de los últimos veinte años».

En Madrid, a 6 de enero de 2018

3
La fotografía que soy
Ella

Habían pasado ya cinco días de su muerte.

Estaba observando atentamente una foto de Marina, mi hermana gemela.

En esa imagen, posaba de espaldas.

A lo lejos, suspendido en el tiempo, se encontraba el mar. Por la posición de su cuerpo, parecía que lo estaba mirando como si quisiera atravesarlo, quedárselo, o que formase parte de sí misma. Tenía la espalda desnuda y las vértebras se le marcaban como si fuesen las anillas de un cuaderno. Llevaba unos vaqueros ajustados, azules como sus ojos, y tenía una melena corta que le llegaba a los hombros; el cabello estaba un poco ondulado por el salitre.

La postura era elegante, atractiva, confiada. La cintura era fina y la línea de sus pechos sobresalía ligeramente de su silueta.

Tal vez fue tomada por alguno de sus amantes.

Pero me daba mucho pudor pensarlo.

Mi madre decía que mi hermana había sido una santa. Y eso era lo que había.

Sin embargo, no podía evitar analizarla y pensar si habría hecho el amor antes o después de tomarse esa fotografía.

Entonces me estremecí.

Acaricié su cuerpo de papel, repasé el contorno y deseé algo que me hizo sentir culpable: ojalá hubiese sido yo la que estaba detenida frente a ese mar.

Me quedé pensativa y un poco desconcertada.
Era la mañana del 25 de enero y por la ventana entraba un sol tibio.

4
Los días buenos
Él

Estaban todos en la sala: mi agente, Julián Mingueza, un tipo repeinado con pinta de bróker; mi nuevo editor, Pérez-Galván, uno de los hombres más respetados del mercado que también ejercía la función de director editorial; el CEO, James Porter, que, a pesar de su nombre, era mexicano; toda la prensa; personal de comunicación y marketing —que llevaban carpetas con una información que parecía ser importantísima—, y, en último lugar, mi familia.

Mi padre, Pedro Segura, estaba sentado en tercera fila. Se había puesto su traje azul oscuro de siempre que solo utilizaba para las ocasiones especiales y que le quedaba algo grande. Se había afeitado para ese día. Tenía un rostro rígido, serio, y miraba al escenario, aunque se le notaba ausente. Tal vez pensaba en qué más podía hacer para sacar adelante el negocio familiar, una fábrica de calzado. A su lado, Manuela Freites de Barulló, mi madre, con su collar y sus pendientes de perlas, su peinado clásico de corte elegante, acomodada en la discreción de una educación de clase alta ya venida a menos. En su expresión se adivinaba cierto orgullo por el último hijo al que le quedaba triunfar, pero sin estar totalmente convencida de que ese fuese el camino correcto.

Ninguno de los dos supo cómo reaccionar cuando el día de Navidad les anuncié que me habían dado el premio. Él me tendió la mano y me dio la enhorabuena, aunque en su voz había cierta tristeza, porque sabía que mi ruptura con la fábrica ya sería definitiva, y ella me

abrazó esquiva, aunque le habría encantado repetirme que este oficio de la escritura no era uno digno de su hijo ni de la clase social de la que provenía, no era la posición que ella deseaba para mí.

Junto a ellos, mis hermanos, Javier Segura, el mayor, el químico que estaba detrás del proyecto de investigación más importante contra el cáncer de colon, el hombre tímido que no sabía moverse ni relacionarse más allá de su laboratorio y que, cuando se enteró de la buena noticia, se puso tan nervioso que se le cayó el vino al suelo, y Helena Segura, mi hermana pequeña, la chica independiente, alocada, libre, algo hippy, que había estudiado un máster de gestión musical en Los Ángeles, que se había formado en el Manhattan School of Music, que ahora dirigía uno de los proyectos musicales más relevantes del país y que, además de ser sangre de mi sangre, el tiempo la había convertido en una gran amiga sin la cual nada de esto hubiese sido posible, pues ella había sido mi mayor apoyo. Nunca le conté que mi vocación literaria nació por su culpa. No recuerdo el curso en el que estaba cuando me pidió que le escribiese una redacción para sus deberes de lengua. Y, tras esa primera, llegaron las restantes y después también le dieron el primer premio por un cuento que le hice y que mereció el aplauso familiar. Aún guardaba ese relato. En aquel momento, tan solo quería escribir para que mi hermana consiguiese las mejores notas, para que todo el mundo la admirase, pero luego la escritura se convirtió en mi droga.

Tampoco faltaron al evento lectores y algunos escritores que ya habían sido galardonados con el mismo premio. Entre muchos otros, divisé a Francisco Gámez, uno de los autores más consolidados del país y ganador de la décima edición, mientras le daba la enhorabuena a mi madre. También a Carmen Lara, tan elegante, tan atractiva, acaparando todas las miradas fugaces. Cómo había echado de menos ser parte de aquel escenario, codearme y rodearme con el ambiente en el que me sentí como en casa desde el primer instante. Ser, en definitiva, parte de la historia. Supongo que eso fue lo que me enganchó a todo esto, el poder que te otorgaba definirte como escritor, ser el centro de atención en una discusión, ser el tipo que, más que arder en el fuego, era capaz de crearlo. Qué bien sentaba

volver a casa, al sitio que nunca debieron arrebatarme. Había más de cien miradas ajenas y desconocidas puestas en mí: miradas de respeto, de admiración y de envidia. Miradas que hasta ganar el premio también me habían pertenecido, porque yo sabía lo que era perseguir un anhelo. Me daba miedo el aprecio desmesurado que estaba sintiendo ese día, pero nadie lo sabía. Esta profesión era como el amor: cuanto más te querían, más podían dañarte.

La voz del joven ministro de Cultura interrumpió el murmullo.

—En estos tiempos sombríos, la literatura sirve como luz. Recuerdo todavía mi primera lectura consciente, *El responsable de las ranas*; al igual que el personaje protagonista, yo también he necesitado el socorro del amor. No ha sido un amor humano, creo que están al tanto de mi soltería —hubo risas— , sino un amor literario. Un amor que nunca te abandona ni te traiciona ni te hiere. Un amor que es para siempre. Desde esta cartera consideramos que es esencial el reconocimiento de los grandes autores vivos de nuestro tiempo, de poner en valor el más imprescindible de los trabajos: el cuidado del alma. Eso hacen los libros, cuidar el alma. Y Valentín Segura se ha ganado con creces ese elogio al recibir el premio literario más importante de este país, premio que va a contar con todo el apoyo institucional que se merece porque, y aquí debo ser claro, Valentín Segura es un maestro, es un maestro total. —Me sonrojé tras las cortinas.

El siguiente en intervenir fue Pérez-Galván. El director literario subió al escenario con gesto seguro. Era un hombre culto y sobrio, bien sujeto a unas palabras que ansiaba compartir cada año, como si de él dependiese la buena marcha de todo el sector. Amaba ser el centro de atención, pero jamás lo reconocería delante de nadie. Tras una breve bienvenida a las autoridades, habló sobre la importancia de la distinción.

—… Sin duda alguna, el galardón más importante del país —remarcó también mientras dirigía la vista hacia la prensa. Un gran aplauso en la sala. Luego giró su cuerpo hacia el lugar en el que me ocultaba yo—. Querido Valentín, ahora te has convertido en el proyecto más especial de este sello, el proyecto que le da identidad.

Has sabido regar tan bien tus raíces que, en tan solo unos pocos años, has conseguido lo que otros escritores en diez, veinte o cincuenta. Estamos profundamente orgullosos de allanarte el camino y, a partir de ahora, queremos que tus libros se escriban a diez millones de kilómetros de distancia, tanto en calidad como en cantidad, en comparación con los libros de los demás. —Y todo el mundo parecía estar de acuerdo con él.

Luego me tocaba a mí. Finalmente. El hombre del día. La pieza fundamental para que el puzle estuviera completo. Cuando entré al escenario, el estruendo de lo que parecía ser unas galopadas de caballo me catapultó, definitivamente, a la cima del éxito literario. Varias manos tendidas del jurado, que permanecía sentado, satisfecho de su decisión, seguidas de un abrazo firme de Pérez-Galván y una cálida palmada en la espalda del ministro mientras me tendía la estatuilla. Di un paso hacia delante. Los miré a todos.

Al fondo, en una esquina, vi a Agustí Vilacans. Los aplausos seguían, todos estaban en pie salvo él. Le sonreí y se dio cuenta. Enseguida me apartó la mirada, con rabia. Después volví a mirar al público. Qué bien sentaba beber frente al que tenía sed, qué placer daba quitarle el sillón al que estaba cansado, qué gusto daba arrebatarle el sueño a tu peor enemigo.

—Esto es lo que siempre he querido —murmuré. Y, finalmente, saltaron decenas de flashes. Sonreí y mostré el brillo de mis ojos emocionados. Esa foto iba a ser la portada de los periódicos más importantes del país.

»Este libro es la historia de Veronica Braileanu, de Nadina Kovalenko, de María Flores Quispe Mendosa, de Fátima Ibrahimi y de Adanna Abubakar, pero también la de cientos de miles de mujeres inmigrantes que han abandonado sus países en busca de un futuro mejor, en busca de un trabajo digno y de la libertad. Mujeres que han limpiado nuestros hogares y que han cuidado de nuestros hijos y de nuestros padres. Mujeres que ahora tienen dignidad, visibilidad y respeto. En boca de Veronica, una mujer rumana de veintidós años: “Mi objetivo era dejarlo todo limpio, todo ordenado, revivir la casa y darle la forma del hogar que dejé en Rumanía; mi verdadero fin no era

ser la chica de la limpieza, sino la mujer que le devolvía el amor a todo lo que tocaba". Y eso he intentado hacer con esta historia que tanto me ha marcado: recolocarla en el mapa social. Por eso, en primer lugar, se la quiero dedicar a Mihaela, la mujer que estuvo ahí para nuestra familia durante veinte años. La mujer que nos vio crecer a mí y a mis hermanos, que nos alimentó y nos cuidó y nos entregó su vida sin pedir nada a cambio. Cuando decidió regresar a su país, nos dejó preparado un pastel de manzana que todavía saboreo si cierro los ojos; ese tipo de persona era ella. —Un silencio dramático, emotivo, fue interrumpido por el penúltimo aplauso—. Y también quiero dedicárselo a mi familia: a mis hermanos, que son ejemplo y camino, y a mis padres, que han puesto la raíz en el lugar en el que crecen las palabras, que exigen con tanta elegancia que es imposible no querer ser el mejor. Gracias, gracias, gracias.

La sala se puso en pie. Recogí mis notas, agarré la estatuilla y me dirigí al centro del escenario. La acerqué a mi pecho y agaché la cabeza en señal de agradecimiento. Las luces me iluminaron y mi mejilla reflejó una lágrima desnuda, desprotegida, falsa. No pude evitar pensar: «Ahí la tenéis: la foto para la contraportada».

5
Ordenar las filas
Ella

Mi mundo se dividió en un antes y un después: mi vida antes de la muerte de mi hermana y mi vida después de la muerte de mi hermana.

Antes de que sucediese, antes de que ella nos dejara, mi vida era pura rutina. Cada día me despertaba a las seis y media de la mañana. Me aseaba, me vestía y salía a la calle a comprar el pan y los cruasanes que mi madre solía desayunar.

Cuando hacía frío me cubría con una chaqueta vieja de mi padre y cuando hacía calor no.

La panadera, Maripaz, me conocía tanto que ya no nos hacía falta hablar. Tan solo me servía, le pagaba y me iba.

Yo se lo agradecía.

Vivía en un pueblo a las afueras de Madrid y en el que predominaba la soledad. Y eso era lo que más disfrutaba. Apenas se escuchaban unos coches aquí y allá. Recorría varias hileras de calles enrevesadas como si fueran estrías que me conocía como la palma de mi mano, pasaba frente al campanario que nunca frecuentaba, porque nuestra madre nos había bautizado en su iglesia, la ortodoxa, y cruzaba la plaza empedrada del ayuntamiento en el que a partir de la media mañana se juntaban los pocos vecinos para tomar café y cervezas y discutían acerca de temas que yo desconocía. Era un pueblo tranquilo.

Tardaba unos veinte minutos en ir y volver.

Cuando llegaba la primavera solía caminar un poco más despacio,

porque me gustaba escuchar el canto de los pájaros.

En todo caso, llegaba antes de la hora en la que ellos bajaban a desayunar.

Vivíamos alejados del centro, en dos chalets contiguos que mis padres compraron tras casarse y que reformaron en cuanto Marina y yo nos hicimos mayores.

—Cuando nosotros hayamos muerto, uno para cada una —dijo mi madre.

Ambos estaban comunicados por una puerta roja en el primer piso.

Una vez en casa, les preparaba la mesa del comedor: papá desayunaba un café solo, sin azúcar, y una tostada con tomate, jamón y aceite de oliva, y mamá tomaba café con leche —que también compraba en el pueblo— en una taza grande y una bolsita de medialunas. Se comía dos o tres, según le daba.

Mientras ellos comenzaban su día, yo subía a ventilar los dormitorios. Dormían en camas separadas desde que mi padre empezó a tener problemas en el trabajo. Tenía que cambiarles las sábanas todas las semanas. Ya tenían incontinencias, pero trataban de ocultarlo con unas pequeñas toallas, que guardaban bajo la sábana bajera. Me tocaba sacarlas de allí y lavarlas, era algo que solía darme bastante asco. No me gustaba el olor de la habitación de mi madre, así que, tras abrir sus ventanas, me retiraba al cuarto de papá para arreglarlo. Era metódica y me tomaba mi tiempo.

Todavía mantenían igual la habitación que mi hermana tenía cuando era pequeña. ¿Por qué no la transformarían en un vestidor cuando se fue? Se marchó de casa cuando comenzó sus estudios de Derecho en Madrid, en la Complutense. Y, como si fuera un capítulo cerrado, dejó de venir al pueblo. Ni siquiera aparecía para las fiestas. Los vecinos preguntaban por ella a mi madre y ella soltaba su arsenal de excusas: «Tiene exámenes», «Se ha ido de Erasmus», «Está cansada», «Ha adoptado un animal y, claro…»… Yo sabía que no era verdad. Mi hermana había dejado de venir al pueblo porque se avergonzaba de nosotros.

Podía escuchar sus conversaciones, aunque siempre eran las mismas y prefería pensar en mis cosas.

Mamá usaba el baño de arriba y él, el de abajo. Luego les preparaba toallas limpias y como él se afeitaba cada mañana le dejaba la espuma, la cuchilla y el bálsamo junto al lavabo.

Después recogía la mesa, fregaba las tazas y observaba la lista que mi madre preparaba cada domingo con las comidas y las cenas de la semana para ver si faltaba algo. En caso de que sí, debía comprarlo. A eso lo llamábamos compra pequeña.

Alrededor de las ocho de la mañana me iba preparando para ir a trabajar.

Trabajaba en el colegio de mi pueblo como bedel. Mi sueño hubiese sido ser profesora de educación infantil y lo intenté a través de la UNED, pero no conseguí aprobar algunas asignaturas y lo dejé en cuanto mi madre me lo ordenó. Mis funciones eran ordenar las filas de las clases, comprobar que no hubiera alumnos por los pasillos, vigilarlos en el recreo y atender a los padres cuando necesitaban indicaciones para ir a dirección o a administración, entre otras.

Adoraba a los niños y, aunque nunca se lo hubiese mencionado a nadie, siempre había querido tener uno.

Ellos también me adoraban a mí, aunque Izan me hacía la vida imposible.

Con las compañeras me llevaba bien, aunque sabía que Marisol no me soportaba a pesar de los esfuerzos que yo hacía para integrarme. No me veía como una igual.

—Una mujer que no tiene hijos no puede trabajar aquí —le escuché decir una vez.

El tiempo se pasaba volando en el colegio.

Las tardes, después de volver, las dedicaba a otras labores que mi madre me iba recordando continuamente, como si nunca las retuviese.

Cada dos días tenía que fregar los azulejos de los baños.

Cada tres días hacía lo que llamábamos compra grande: huevos, queso, vino, tomates, carne y pescado en el pueblo. Todo lo demás lo compraba en el supermercado que estaba al otro lado de la carretera. A veces me acompañaba ella, otras veces iba sola. Si iba sola, debía cruzar la autovía con cuidado porque había mucho tráfico. Odiaba volver cargada con las bolsas, pero nunca me quejaba.

Cada tres días fregaba las ventanas. Mamá estaba obsesionada con que las ventanas estuviesen siempre limpias, porque decía que si no lo estaban no dejarían que pasase la luz.

Papá se pasaba el día en la fábrica. Trabajaba en el Departamento de Seguridad Alimentaria de una empresa de caramelos. Antes había sido el encargado de uno de los turnos, pero, en cuanto cambiaron los propietarios, lo metieron en ese puesto y pusieron a otro más joven en su lugar. A veces regresaba a las cinco, otras a las seis de la tarde.

Por el contrario, ella se quedaba en casa todo el día, viendo la tele, hablando por teléfono con las mujeres de la parroquia o leyendo libros religiosos.

A veces trataba de conversar conmigo.

Escuchaba, pacientemente, sus quejas y me aguantaba cuando me decía que mi lugar estaba en el pueblo, que yo no sabía moverme en la ciudad, que yo era Elisa, que nunca sería Marina.

6
La isla que no tocaba el agua
Él

Mi carrera literaria estaba cayendo en picado. Hasta que llegó el premio, había publicado dos novelas y tan solo la primera había logrado hacerse un pequeño hueco. No eran pocas las voces que decían que, aunque apenas había comenzado, mi trayectoria ya estaba acabada. Después de los fracasos, mi agente ya no me cogía el teléfono, la editorial me había propuesto que me tomase un descanso y las pocas ferias del libro que se atrevían a invitarme se arrepentían al ver la poca afluencia de público que había en mis conferencias.

Aunque no siempre fue así. Mi primer libro, *Ceniza de antes*, una historia sobre la guerra civil española, contada por un niño, hijo de un republicano, que fue rescatado y protegido por un teniente coronel del bando de los nacionales —figura inspirada en mi abuelo materno—, logró vender casi veinte mil ejemplares el primer año, cifra que para un escritor novel era fantástica. Incluso se colocó entre los finalistas de varios premios regionales y, aunque no ganó ninguno, me dio cierto renombre dentro del sector. Hice una gira de firmas y presentaciones, asistí a fiestas literarias, conocí a gente importante y me rodeé de un aura especial: era el nuevo chico del mundillo literario. Además, firmé un contrato de representación con uno de los agentes más importantes del país, Julián Mingueza. Al mismo tiempo que yo, apareció otro nombre en el panorama: Agustí Vilacans. Era un periodista de reconocido prestigio que había publicado una novela sobre el descubrimiento sexual. Solíamos cruzarnos con cierta

frecuencia en diferentes eventos literarios y, si bien no entablamos amistad, nos tratábamos con una prudencia formal. Compartimos algunos debates, nos saludábamos institucionalmente allá donde nos viésemos e incluso llegamos a firmar juntos en nuestro primer Sant Jordi. Yo firmé casi toda la hora y él dejó de tener gente a los cuarenta minutos. Pude sentir su mirada penetrante clavándose en mis libros, en mis lectores y en el movimiento de mi bolígrafo al escribir sus nombres. Noté su deseo de que dejase de firmar de una vez, de que no lo pusiera en evidencia. Yo sabía que, en el fondo, él detestaba a los escritores que no eran de cuna, que no eran de formación; es decir, escritores como yo, y él era consciente de que yo poseía un aura, una magia que él jamás tendría. Cuando nos miraban a los dos, la gente solo me veía a mí.

Tras el éxito de mi primer libro, tomé mi primera decisión: abandonar la empresa familiar de calzado que dirigía mi padre. Manaslu era una firma de botas de montaña que había estado moviéndose entre la quiebra y la supervivencia durante los últimos veinte años. En la época de mi abuelo Cristino, el padre de mi padre, la empresa facturaba muchísimo dinero y tenía contratos con los mejores deportistas de élite. Pero con el tiempo fue apagándose. El desinterés, las nuevas necesidades del mercado, la poca visión de papá y, sobre todo, las disputas familiares entre el abuelo y sus hermanos fueron los factores que la condenaron. Tras su muerte y la repentina caída en desgracia de sus dos hermanos —uno con alzhéimer y otro con párkinson—, fue mi padre el único que quiso encargarse de ella. Pero, por más que se esforzó, jamás logró recolocarla en el lugar que pensaba que le correspondía.

—Esta empresa es el último resquicio que me queda de mi padre y no la voy a dejar morir —decía.

Era hijo único y, a medida que pasaba el tiempo, parecía que todo el plan de su vida se iba a desmoronar en cualquier momento. Suerte que mi madre disponía de un dinero familiar que, poco a poco, se fue gastando en el negocio. Porque él siempre tuvo su apoyo incondicional. Pasara lo que pasara, mamá proveía. Pero la crisis llegó hasta tal punto que tuvimos que cambiarnos de un chalet de

quinientos metros en Aravaca a un piso —que no estaba nada mal, pero que se alejaba de los estándares sociales de mi familia— en Pozuelo. Y a mis padres todo esto les afectó. Se asentó sobre nosotros una especie de nube que condenó a mi padre a una depresión en la que nos hacía responsables a nosotros, sus hijos, del mal funcionar de Manaslu y a mi madre, a su vez, la hizo sobreprotegernos implicándose directamente en todas las decisiones de nuestra vida. Aunque ella nunca hubiera trabajado, siempre sabía lo que era mejor para nosotros.

Todo el mundo me veía como el sucesor, pero yo necesitaba otro lugar en el que reafirmarme. No quería crecer bajo la sombra de una empresa que estaba destinada a hundirse, porque nada de lo que crecía en la sombra era capaz de mantenerse firme.

No abandoné el negocio por amor a la literatura, sino porque me quedé enganchado al éxito, a la fama que rodeaba a aquel universo tan particular que trajo mi primer libro. Entonces entendí que la literatura era lo más cercano que podría estar de la clase social que me exigía mi madre y de la fortuna con la que siempre soñó mi padre. Ser el mejor, llegar a lo más alto, se convirtió en mi obsesión. Quería demostrarles que, con mi ambición, era capaz de recuperar aquello que ellos habían perdido. Como era natural, no recibí su apoyo. Ambos me condenaron con firmeza:

—Qué sabes tú de literatura —solía decir mi madre—. Tus hermanos están un paso por delante —repetía una y otra vez—. Helena tiene su propio negocio, Javier es un investigador respetado. Tú sabes que tienes un deber con tu familia, un negocio que sacar adelante.

Y cuando se publicó mi segundo libro, *La isla que no tocaba el agua*, una novela que trataba sobre las relaciones a distancia de dos personajes que nunca llegan a encontrarse físicamente, ni siquiera logró colocarse entre los cien más vendidos del país durante la primera semana. A pesar de mis esfuerzos, la historia no gustó. La premisa era buena, pero, simple y llanamente, no logré que interesase. No vendí más de mil ejemplares en el primer mes y, al poco tiempo, la editorial me mandó un correo para avisarme de que destruirían más

de la mitad de la primera tirada. Con mi familia, todo fue peor:

—Te lo dije. Has echado tres años de tu vida a perder —me soltó mi padre.

Durante semanas me hizo sentirme culpable, inútil y egoísta. Quería arrastrarme consigo a ese pozo gris del cual no lograba escaparse. Y entonces decidí alejarme de ellos. Emprendí mi camino en soledad y tan solo regresaría cuando mi nombre estuviera en la portada de todos los periódicos del país.

Mi nombre pasó a formar parte de esa lista de escritores sobre los que se decía que, simplemente, habían tenido suerte y habían tocado una tecla acertada por azar, pero que a la hora de la verdad —con la segunda publicación— no habían podido confirmar su revelación como autor puntero. Estaba acabado antes de tiempo. Era algo que podía notar en las miradas de mis colegas, en las pocas atenciones del círculo literario, en esa falsa condescendencia de los que se relamían a mis espaldas ante mi fracaso, de los que afirmaban en las comidillas:

—Yo ya lo sabía, no tiene lo que hay que tener. Le falta talento.

Y esa nube gris me envolvió de tal manera que ya me fue imposible escribir ni una palabra. Tenía tanta inseguridad en mí mismo que sentía que todos los pasos que daba me dirigían hacia un abismo desde el que no había un camino de vuelta. No lograba recuperar la inspiración. Había perdido la fe. Me dolía la derrota frente a uno mismo, la decepción de haber tomado una decisión y haberme equivocado. Me dolía mirarme al espejo y ver la viva imagen de mi padre.

Lo tenía claro, lo mejor era desaparecer, porque solo siendo invisible se podía tomar el camino más corto.

7

Efervescencia

Ella

Marina residía en Madrid desde que se fue a la facultad para estudiar.

No contaba mucho sobre su vida en la ciudad, pero mamá siempre les repetía a sus amigas que se iba a convertir en una gran abogada, en el orgullo de la familia.

Mi hermana y yo apenas hablábamos, aunque en ocasiones yo cogía el teléfono —siempre llamaba al fijo— e intercambiábamos algunas palabras sueltas.

Cada mes, durante muchos años, mis padres le enviaban «lo del alquiler».

Vivía en un barrio llamado Moncloa.

Luego en otro llamado Lavapiés.

Viajaba con frecuencia a Asturias.

Siempre estaba muy ocupada y, cada vez que le preguntaba por ella, mamá decía que no la molestase.

Pero una mañana de sábado llamaron al teléfono de casa para contarnos que había muerto.

Así de fácil.

—Fue un accidente —anunció el guardia civil—. Iba en una moto, derrapó por las lluvias y se metió debajo de un camión que estaba repartiendo Coca-Colas. No pudimos hacer nada para salvarla —hablaba como si estuviera dando el parte meteorológico, mientras que en nuestra casa estaba a punto de comenzar una gran tormenta.

¿Cómo se podía digerir una noticia así sin que te entrasen ganas de

vomitar?

¿Qué se decía cuando no existían las palabras?

—¿Por qué le ha tenido que pasar a ella, Señor? —repetía mi madre una y otra vez, entre lágrimas, tratando de rasgarse la ropa, como una loba que aullaba su dolor.

—¿Dónde está mi hija? —dijo mi padre.

«Ni siquiera le dio tiempo a despedirse de sí misma», pensé yo.

Luego aparecieron por nuestra casa un montón de señoras que nunca había visto. Desconocía cómo se habían enterado. Todas pertenecían a la parroquia de mi madre: rumanas, ucranianas, búlgaras. Removían la cocina para preparar comida, fregaban, limpiaban, cuidaban a mi madre y me hablaban como si yo fuese la encargada de todo.

Muchas de ellas se estremecían al ver mi rostro, idéntico al del cadáver.

—Hay que prepararlo todo —repetían—. Tiene que estar todo listo.

Al día siguiente, mi padre se fue a Madrid para reconocer el cuerpo y hacer el papeleo.

—Será un trámite rápido, no hay lugar a dudas con lo que ha sucedido —le dijo el guardia civil.

Al segundo día, antes de que llegase el cortejo fúnebre formado por el coche de una funeraria y por el Dacia de mi padre, vinieron a casa tres curas para recibir el cadáver. Todos barbudos, vestidos con su hábito negro, solemnes.

Sus voces gruesas comenzaron a cantar cuando el coche dio la vuelta a la esquina. Todos nos estremecimos. Mi madre aullaba, la sujetaban las señoras. Primero, hicieron la misa en la calle mientras el ataúd de mi hermana permanecía ahí, como si fuera el carrito de los helados. Mamá se había tumbado sobre el capó del coche. Luego se dejó caer al suelo. Papá permanecía junto a ella tratando de incorporarla.

—Es la tradición ortodoxa, el muerto tiene que despedirse de su hogar —decían las señoras con un pronunciado acento del Este.

Algunos vecinos se asomaron a las ventanas, sobrecogidos ante aquellas voces que le cantaban la última misa. Pero ninguno salió.

Luego vendrían al tanatorio algunos de ellos.

—Podrían haberla llevado directamente al cementerio para el entierro —dijo otra señora, pero nadie le hizo caso.

Después nos dirigimos a la iglesia acompañados de un cortejo fúnebre de seis, siete coches. Yo iba con mi padre, que estaba abatido, blanco, con muchos más años encima. Venían con nosotros tres amigos suyos de la fábrica. Conducía el mayor de todos. La iglesia era un local situado en un polígono al otro lado de la carretera. Estaba repleta de imágenes de santos colgadas en las paredes. Al frente había un altar de madera con toques dorados. Junto a él había un atril con un micrófono y justo detrás, estirado como un tronco, vi a un hombre alto, grande, con perilla. Cantaba una misa que no entendía.

Metieron el ataúd de mi hermana con la cabeza dirigida hacia el altar.

Lo destaparon y pude ver su rostro. Estaba serena y guapa. «¿Quién la habrá vestido?», pensé.

Los familiares nos colocamos al lado del féretro. A mi madre la tuvieron que sentar en una butaca. Mientras toda la gente nos miraba, mi padre y yo permanecimos tan quietos como Marina, observándola atentamente.

Cuando se terminó la misa, tuvimos que pasar para besarla. Me agaché sobre su cuerpo y sentí su piel fría en mis labios. Detrás de mí estaba mamá, que se abalanzó sobre su cuerpo sollozando, abatida, destrozada.

Yo me alejé.

Tras el beso de la última señora, agarraron el féretro y la sacaron de la iglesia con los pies por delante.

La gente decía que debían haberla llevado a la capilla para velarla al menos una noche. Pero mis padres no quisieron. Mi madre no pudo quedarse a ver cómo la enterraban. Las señoras se la tuvieron que llevar a la salida.

Pero yo sí me quedé. Mi padre caminaba al frente, cabizbajo, mirándose las manos. El cortejo fúnebre estaba compuesto por cinco, tal vez seis personas. Todas las demás se fueron en cuanto salió de la iglesia.

Las señoras gritaban, aunque ya no tenían voz. Se arañaban el rostro y se tiraban del pelo. Sus ojos estaban rojos, impregnados en sangre. Sus manos tenían el color del papel sucio.

A mi padre lo sujetaron los hombres.

—Esa no es mi hermana, esa soy yo —dije en un momento dado, pero nadie me escuchó.

8
Al otro lado del mundo
Él

Pasé varios meses recluido, compadeciéndome de mí, sintiéndome un desgraciado. Mi único entretenimiento era buscar diferentes trabajos en un portal de servicios, aunque no me decidía por ninguno. ¿Qué podía hacer para no volver a la fábrica? ¿Dónde debía buscar? Esas preguntas me atormentaban cada día. Había desaparecido por completo del mundo literario y parecía que ya nadie estaba interesado en mí. Por otro lado, era incapaz de escribir ni una palabra, era como si me hubiesen abandonado sobre un folio en blanco. Me daba terror abrir un archivo de ordenador, sentía pánico al tratar de dibujar alguna trama en un papel. Me repetía, constantemente, que nada sería bueno, que nada que saliera de mí estaría a la altura.

Pero entonces vi la oferta de una editorial americana. Era para un puesto de lector editorial donde se exigían amplios conocimientos de inglés, francés y castellano. Además, requerían cierta experiencia en el sector. Me levanté de la silla. Por primera vez, después de una larga agonía, sentía algo parecido al entusiasmo. Las ideas fluyeron como tramas en mi cabeza y, como si fuese una luz al final del túnel, vi mi oportunidad y me presenté. Al día siguiente tenía una respuesta positiva en mi e-mail. Esa misma tarde hice la primera entrevista con Alexandra, la encargada de recursos humanos. Duró muy poco, ciertamente. Me preguntó algunas cosas acerca de mi currículo y le gustó mi seguridad al contestarlas. A las pocas horas, Matthew, el director editorial y, además, propietario de Haller&CoBooks, me

convocó al día siguiente para una llamada telefónica. Todo iba muy rápido. Tan solo tenía clara una cosa: debía conseguir ese puesto.

Matthew tenía un acento muy particular y hablaba correctamente. Era como si supiera poner cada palabra en su sitio. Por su voz, podía imaginarme a un hombre alto, con un corte de pelo militar, dedos largos y mirada interesada. Me contó la historia de la empresa, herencia de su familia, con más de ochenta y dos años de trayectoria. Empresa que, aunque era pequeña, se mantenía a flote de una manera sustanciosa, porque había encontrado buenos segmentos editoriales. Me gustó su interés. Yo le hablé sobre el amor que sentía por los libros y mi experiencia como lector, tanto profesional como particular. Al contarle mis últimas lecturas, se quedó sorprendido.

—Justo estoy buscando nuevas voces de mujeres latinoamericanas para abrir una nueva línea.

Entonces supe que ya me había dado el puesto. Al día siguiente recibí una carta de confirmación y esa misma semana me incorporé.

Poco a poco, me gané la confianza de Matthew, un editor al que le llegaban cientos de manuscritos cada semana. Sospecho que jamás se había leído ningún libro de todos los que había publicado, pero él tenía una buena cualidad: sabía identificar el talento. Desconocía su método, pero sí lo reconocía en la seguridad de sus demandas. Tras ver mis primeros informes, me empezó a enviar cada vez más lecturas. Yo trabajaba con un horario americano, aunque seguía viviendo en Madrid. No me importaba, porque cada vez estaba más cerca de aquello que quería conseguir, de mi sueño. Durante los primeros meses, acerté con cinco libros que funcionaron extremadamente bien. Eso me elevó de categoría y, además, me dio una esperanza. Estaba claro que servía para este trabajo.

Entonces, Matthew me propuso ser el editor de la nueva línea de voces latinoamericanas, de esa que me había hablado durante la entrevista. Todo quedaba bajo mi mandato. Era una propuesta atractiva.

—Tal vez podamos anunciarlo para recibir los primeros manuscritos y después ya vemos —le comenté.

Él no se opuso. Yo estaba seguro de que su fe en mí comenzaba a ser

casi ciega y sentía que aquella responsabilidad era consecuencia de mi talento. Entonces llegaron los primeros escritos: autoras salvadoreñas, panameñas, colombianas y, sobre todo, mexicanas. Autoras que tenían muchas historias que contar y, por otro lado, casi todas relataban la misma.

Y así fue como llegó a mis manos LA NOVELA —así se titulaba—. Bajo el nombre de Telma González, una mujer mexicana de veintiocho años, graduada en Literatura y experta en literatura clásica, hija de inmigrantes sinaloenses que habían alcanzado el sueño americano, presentaba un manuscrito con un retrato bellísimo acerca de las limpiadoras del hogar. Relataba las historias de un grupo de amigas que se habían conocido, y sobre todo reconocido, en el metro de Nueva York mientras iban al trabajo. El libro estaba inspirado en su madre, que encarnaba el personaje de Lupita, una señora entregada y sacrificada cuyo único propósito en la vida era que su hija tuviera una carrera universitaria. Sin duda tenía los componentes perfectos para convertirse en un gran éxito, la mejor publicación del catálogo: denuncia social, autoficción , humor, drama y esperanza. Había caído presa de su encanto de tal manera que la devoré sin ni siquiera parpadear. Sentí su magia en mis propias carnes. Tuve la sensación de que había vivido una clase de experiencia celestial. Luego la volví a releer una y otra vez hasta tal punto que me ya me había aprendido de memoria algunos párrafos. No había duda: el manuscrito era perfecto.

Pero lo que más me emocionó de aquella historia fue la aparición repentina del recuerdo de Mihaela, aquella mujer rumana que había permanecido en mi hogar durante muchos años entregando su juventud a nuestra familia y que, poco a poco, se había convertido en una especie de madre, hermana mayor y pilar de nuestro hogar. Una mujer que podría haber sido cualquier cosa, pero que por las circunstancias de su vida no pudo ser ninguna. Tras las primeras páginas comencé a echarla de menos, porque hasta entonces no había comprendido su verdadero valor en mi vida. Comprendí que estaba cabreado con ella, que había sentido un vacío enorme tras su repentino regreso a Rumanía; supe que no la había perdonado ni me

había perdonado a mí mismo por olvidarla. Llevaba sin hablar con ella cerca de diez años y aquel libro me hizo morirme de ganas de escuchar otra vez su voz.

Dejé que pasaran unos días y redacté un e-mail donde recomendaba la no publicación del libro. Le dije a Matthew que su lectura me había tomado una semana, síntoma claro de que me había aburrido. Le dije que no había logrado empatizar con ningún personaje, que el drama me parecía excesivo y los momentos de humor me resultaban incómodos. Le dije que, además, no encontraba ninguna diferencia entre las voces de las mujeres, que era una novela plana, sin acción, y que, peor aún, tenía algún tinte racista, cosa que podría sensibilizar al público mexicano. Si bien estaba escrito por una hija de inmigrantes, se notaba que trataba a sus protagonistas de una forma condescendiente, como si la narradora misma fuese una de aquellas señoras ricas de Hudson Yards que trataba de criticar. Hablaba sobre la inmigración sin entenderla y —sabía que esto iba a ser un gran problema— lo hacía como quien mantiene una conversación de ascensor, «sin emoción, sin alma». Concluí: «Por todo ello, NO recomiendo su publicación bajo nuestro sello editorial. En todo caso, te adjunto el informe con más detalles técnicos que estoy seguro de que reforzará todo lo que te he comentado». No tardó en contestarme: «Ya me lo temía yo, le diremos que por el momento se han ocupado todos los huecos en nuestro catálogo».

9

Rutina

Ella

Pero todo cambió tras el funeral.

Cada día me despertaba a las seis y media de la mañana.

Me cubría con una bata y cruzaba la puerta roja.

Me movía con delicadeza hasta la habitación de mi madre. Parada, en medio del pasillo, escuchaba su respiración.

Los primeros días tuvimos que llamar a un médico para que la viese, porque no pudo levantarse de la cama. Recomendó tiempo y cuidados. Tuve que pedirme una excedencia en el trabajo.

La rutina varió algo. Una vez que escuchaba su respiración, me dirigía hasta la cocina y preparaba su medicación.

Entretanto, papá bajaba ya vestido, listo para marcharse a la fábrica.

No desayunaba.

A veces me hablaba; otras no.

Siempre se iba y se llevaba consigo todo el peso del que no quería regresar.

Yo volvía al cuarto de mi madre para darle las pastillas. Cuando abría la puerta, ella ya estaba despierta; permanecía en la oscuridad, como un ser que estaba a punto de enloquecer.

Apenas desayunaba.

Estaba muy débil.

Se estaba quedando tan delgada como un lápiz.

Se estaba convirtiendo en ausencia.

Me tocaba habitar los rincones de la casa que ella había dejado desiertos y, al mismo tiempo, estar atenta a cada uno de sus movimientos.

Una semana después de la muerte, mientras la ayudaba a incorporarse para darle la papilla, me susurró al oído:

—Estarás contenta, ¿no?

No le respondí nada. Ni fui capaz de sostenerle la mirada.

Una tarde, al abrir la puerta sentí un olor rancio. Callé y bajé la vista mientras me acercaba a la cama. Creí escuchar el zumbido de una abeja en el aire. La cambié y la limpié. Esa fue la primera vez que la vi desnuda. Tenía la piel agrietada y suelta, los pechos caídos y apenas le quedaba vello púbico. En eso me fijé. Era como un cuaderno desgastado. Sentí una arcada, pero logré contenerme.

Ella no dijo nada.

Fueron pasando los días y fue recobrando algo de fuerza. Comenzó a rezar a todas horas. Se levantaba de la cama para arrodillarse frente al altar que había montado en el comedor y se quedaba así durante horas ante la foto de mi hermana y decenas de estampas de santos mientras que yo hacía las labores infinitas del hogar. Susurraba, aunque apenas podía escuchar con claridad lo que decía.

—Padre Santo, Santísimo Señor (…), mi señor Jesús, llévame a mí hasta (…), donde tienes a mi hija, mi buena hija (…), me queda otra (…), siempre he sido buena contigo…

No sabía qué más hacer para ayudarla.

Cuando le limpiaba el cuarto, podía ver los restos invisibles de las lágrimas, los sudores nocturnos, el dolor y el insomnio.

—Tu hermana ha muerto por tu culpa —me dijo una mañana.

Luego me echó de la habitación y la escuché sollozar al otro lado la puerta.

Yo también lloré.

10
Colocar los peluches sobre la cama
Él

Tras varias llamadas, Sonia, la asistente de Julián, mi agente, me contestó.

—Hola, Valentín, ¿cómo estás? —dijo con un perfecto acento canario.

—Sonia, muy bien. ¿Cómo estás tú? Oye, llamo para ver si pudiera hablar con Julián. Sé que estará ocupadísimo, pero tengo algo que puede interesarle.

Escuché que no había dejado de teclear, mi llamada no merecía interrumpir su trabajo.

—Verás, ahora mismo no puede ponerse. Está reunido. Pero déjame el recado y yo le comento.

Sabía que me iba a contestar eso.

—Nada, que me quiero presentar al Nacional este año —respondí.

Pero Sonia ni se inmutó y trató el asunto como si fuera una mera formalidad.

—Listo, lo dejo apuntado y le digo que te devuelva la llamada en cuanto pueda.

Cuando colgué sentí que ya no habría vuelta atrás, que la maquinaria empezaría a moverse en un abrir y cerrar de ojos. Me levanté de mi escritorio y comencé a dar vueltas por la casa, sediento de todo aquello que estaba por llegar. A la tarde recibí un mensaje de Julián: «Adelante». Tan solo decía eso, adelante.

La fecha límite para enviar mi manuscrito era el 1 de septiembre de

2017. Estábamos en abril y el tiempo apretaba. Lo que se sabía sobre la convocatoria era que sería masiva debido al incremento de la dotación económica y que, por tanto, el jurado sería uno de los más importantes y exigentes del país. Era un galardón creíble y veraz, hasta tal punto que había logrado sortear todas las posibles acusaciones de amaños. Y eso lo hacía ser apetitoso para todos los escritores.

Los cinco siguientes meses me puse a trabajar como un loco, invadido por una fiebre literaria que me aisló del mundo casi por completo. No hacía más que dormir, comer y escribir. Aquel proyecto se había convertido en una obsesión, de tal manera que sentía que mi vida dependía de él. Reestructuré párrafos, modifiqué algunas líneas temporales de la trama, rehíce el final, suprimí todas las americanadas, el drama excesivo, busqué los nombres ideales para los personajes y adapté las historias de cada una de ellas al contexto actual de la sociedad en la que vivía. Me inspiré en noticias, programas de televisión e incluso indagué en grupos de Facebook. Algunos días me perdía en algunas de las zonas con mayor población inmigrante de Madrid. Seguía y observaba a aquellas mujeres moverse entre las multitudes del transporte público de Madrid, deslizarse entre trajes y corbatas, guiris y estudiantes. Las veía durmiendo en los asientos del tren o perdidas en largas videollamadas con los familiares que estaban al otro lado, en las que se quejaban de los salarios, de la vida lejos de casa y del maltrato de las señoras. Llevaba encima una grabadora y, sin que ellas lo supiesen, recogía las palabras que, más tarde, completarían mi historia. Si bien era cierto que no podía librarme del alma que la autora mexicana le había impregnado a su trabajo ni de su idea inicial, sí que estaba entre mis manos moldear su cuerpo de otra forma.

Pero mi verdadera musa era Mihaela. De alguna manera, todo debía pasar su filtro. Abrí el cajón de los recuerdos y los coloqué sobre el papel como si fuera un niño que dispone sus peluches sobre la cama. Con ternura, con pasión, con amor. Ella era la protagonista, la mujer bondadosa, la luchadora, la entregada. Su personaje serviría para que todo el mundo se identificase con él, su realidad era la puerta de

entrada para que la novela diese lugar a discusiones, a debates. «Al fin y al cabo, todos tienen una Mihaela en su vida», escribí. La inspiración había vuelto a mí y me sentía eufórico, satisfecho, excitado. Y a finales de agosto ya tenía mi libro: *El leve despertar de una mujer*.

Una vez superada la vorágine literaria, lo primero que sentí fue miedo. Eso no lo voy a negar. Si lo ganaba, las ventas excesivas acarrearían una sobreexposición que sería demasiado peligrosa para mí, una sobreexposición que abría la posibilidad de que me pillasen. Pero me dejé llevar por el ansia de cobrarme, por fin, la deuda que sentía que la literatura tenía conmigo. También necesitaba validarme, callar bocas. Pasé algunas noches sin dormir sopesando los pros y los contras que me bombardeaban, enfrentándome a las pesadillas más retorcidas, enfrentándome a un posible escarnio público, sopesando qué diría mi padre de mí si aquello se descubría, sopesando la vergüenza de mi madre. Y, por eso, decidí protegerme las espaldas de alguna manera. Antes de lanzarme al vacío, debía trazar un plan. ¿Qué se hacía con el fuego cuando se tenía entre las manos? Entregarlo a los humanos, ¿no?

11
El otro nombre
Ella

Eran las tres de la mañana. Era la hora que marcaba el reloj.

Un gimoteo ahogado me sobresaltó de la cama. Tras la muerte, cualquier ruido me despertaba.

Algo aturdida, pensé que había sido un sueño, pero lo volví a escuchar otra vez.

Una voz llena de dolor se lamentaba al otro lado de la pared.

… Desde la habitación de mi hermana.

Sabía que era desde ahí porque nuestros cuartos estaban pegados. La pared de mi habitación coincidía con la que mi hermana tenía en la casa adosada de mis padres.

Parecía que hubieran deseado que siempre estuviéramos unidas.

Un escalofrío invadió mi cuerpo.

Tenía miedo.

Todo estaba muy oscuro.

Pero me incorporé y fui hasta allí.

Abrí la puerta roja.

Caminé a tientas, sin molestar.

El pasillo estaba en silencio, pero no tenía miedo.

Llegué al cuarto de Marina. Estaba cerrado.

Pegué la oreja a la madera fría y coloqué la mano sobre el pomo. Otra vez el gemido.

Entré lentamente.

No había luz, pero la luna alumbraba con la suficiente fuerza como

para divisar una silueta sentada en la cama. Tenía la cabeza hundida en lo que parecía ser una prenda de vestir. Por el color, supuse que era la vieja sudadera de mi hermana.

Era mi madre.

No se inmutó cuando la descubrí.

Fui acercándome a ella, como una perra que se aproximaba a su ama cuando sabía que había hecho algo malo.

Me senté a su lado.

Su cuerpo estaba caliente, la carne le temblaba. Estaba despeinada y olía al humo de las velas. Rodeé sus hombros con el brazo.

Me daba lástima.

Entonces dio una gran bocanada de aire que fue soltando a trompicones.

Mi madre nació en Crénides, un pueblo del interior de Grecia, en el seno de una familia de agricultores que se mudaron a Salónica en los años sesenta. Mis abuelos, a los que nunca conocí, trabajaron durante toda su vida en el puerto con el fin de que mi madre fuese a la universidad. Pero tras la dictadura de los generales, cuando ya tuvo dieciocho años, mamá huyó del país. Se fue a Italia y de ahí subió hasta Suiza con el objetivo de terminar en Alemania. Viajaba con un grupo de estudiantes que se fue desperdigando a medida que iban avanzando por Europa.

Apenas nos contó nada acerca de esa travesía, pero me gustaba imaginármela como una joven sin nada que perder, improvisando para ser libre. Cuando ya estaba todo dispuesto para irse a Múnich, conoció a mi padre. Un apuesto joven español que trabajaba en una mina. Aquel encuentro condicionó su vida de tal manera que un año más tarde, a finales de los setenta, se mudaron a Madrid sin querer saber nada más sobre Grecia, su pasado y su familia. A los pocos meses estaba embarazada.

—Mamá, soy yo, Marina —le dije.

Esas palabras me erizaron la piel.

—Mamá, soy Marina, estoy aquí, contigo —repetí.

¿Cómo se dejaba de habitar un nombre?

Sentí cómo se calmaba. Dejó de apretar el rostro contra la sudadera.

Luego tembló una última vez con rabia e impotencia.

Elevó su cabeza y se serenó.

Se secó las últimas lágrimas de las mejillas y se puso en pie. La luz le iluminaba la silueta a través de su camisón de noche.

Parecía un gigante, un ser de otro mundo.

La seguí con la mirada, pero ella no me la devolvió.

Se acercó al armario, lo abrió y recolocó la prenda con cuidado, con ternura.

Luego abandonó la habitación.

Mi hermana había muerto otra vez.

12
Dos caras
Él

A los pocos días me enteré por mi agente de que Agustí Vilacans también se había presentado a esta edición. Lo haría con un libro sobre la Segunda Guerra Mundial.

Tras aquel Sant Jordi, nada volvió a ser lo mismo entre nosotros. Primero fue el vacío, luego el silencio y, tras eso, surgió el odio por un hecho más bien banal que, por otro lado, suele ser motivo de las peores disputas de la historia.

Ante el impulso inicial que tuvo su primer libro, llegó su siguiente publicación casi inmediata y una caída en ventas estrepitosa. Entonces, se transformó en esa clase de escritor reprimido que buscó en su trabajo un lugar desde el que vengarse del mundo. De la noche a la mañana, cambió su figura por una casi grotesca: comenzó a usar unas gafas redondas y pequeñas y aquella bufanda amarilla, ridícula, que nunca se quitaba, ni siquiera en verano. Llamaba la atención porque empleaba una voz agudísima, caminaba con una ligera chepa y, aunque aparentaba querer pasar desapercibido, esa nueva imagen conseguía el efecto contrario. Se movía entre los círculos literarios con ese aire misterioso y absurdo de los que parecían estar urdiendo un plan para cargarse el planeta, pero que, en realidad, estaban muertos de envidia. Además, se centró en escribir críticas y artículos de opinión. Críticas en las que no le gustaba el trabajo de nadie y, siempre que podía, descargaba la rabia de sus pocas ventas en los compañeros que sí vendían. Casi nadie se llevaba bien con él, más allá

de su editor y un puñado de escritores igual de pedantes a los que denominábamos entre los pequeños entornos como «los conjurados». Se habían ganado esa fama porque nos recordaban a Ignatius Reilly, el protagonista de *La conjura de los necios*. Ellos formaban el grupo de la «alta literatura», que no era más que un lugar maloliente y podrido. Pero, a pesar de ser un tipo desagradable, Agustí escribía muy bien. Y esa era la diferencia entre nosotros, que yo sabía reconocer la calidad de su trabajo.

Cuando mi primera novela estaba en su punto más fuerte y parecía que había traído un aroma fresco, acaparó la mirada de varios personajes, a cada cual más particular. Como decía, yo me enumeraba entre los escritores más jóvenes de todo el circuito, había salido de la nada, era simpático y, por qué no decirlo, uno de los más atractivos. Por eso, supongo, la mayoría de mis lectores eran mujeres. Me gustaba ser uno de los centros de atención en los cócteles que se organizaban con diferentes motivos. Casi siempre me movía entre la gente con soltura, mi compañía era agradable e interesante y parecía que, al poco tiempo, ya los conocía a todos.

Y fue eso lo que atrajo la atención de Carmen Lara. La primera vez que nos cruzamos no tardó en dirigirme varias miradas de tanteo. Además de ser una escritora muy interesante, era hija de uno de los filósofos más valorados del país. Su estilo literario era bello, profundo, capaz de resaltar por encima del resto, y, aunque sus libros no vendían mucho, poseían una calidad exquisita. Se decía sobre ella que se convertiría en la nueva Carmen Laforet y que los premios le comenzarían a llegar a partir de los cincuenta. Y, además de todo ello, su figura acaparaba muchas portadas. Fue ella la que se acercó esa primera noche. Me tendió la mano y se presentó.

—Encantado, ya sabía quién eras —respondí—. En realidad, todos lo sabemos.

Ella, lejos de ruborizarse, me agradeció el cumplido.

—Tú eres el nuevo, por lo que me han contado. Me he leído tu libro, me ha gustado, enhorabuena —replicó.

Luego entramos en un coqueteo sutil, secreto. Charlábamos con cierta formalidad, pero también nos habíamos sumergido en una

batalla de seducción sapiosexual que jamás tendría un ganador. Cuando se terminó la fiesta, no nos fuimos juntos. Pero yo esperé un tiempo prudencial y le envié un mensaje para reencontrarnos. Ella me respondió: «No suelo hacer estas cosas, no quedo con colegas fuera del trabajo. Haré una excepción. Ven mañana a esta dirección».

Más tarde, pasó lo que tenía que pasar. Entre cuatro ojos, despertamos una piel animal, cocinamos mordiscos a fuego lento y traficamos con lenguas prohibidas y ya olvidadas. Galopamos a través de la pasión hasta quedarnos secos, sin saliva, sin palabras que decirnos. Ese juego de niños que Carmen y yo habíamos establecido nos divertía, nos hacía reír, nos gustaba. Pero este enigma morboso que nos envolvía no tardó en destaparse y, si bien a mí no me importó, a ella sí.

Agustí Vilacans lo hizo público en una de sus crónicas semanales en la que, además de cargar contra mi trabajo, también se había atrevido a cruzar esa fina línea entre la escritura y lo personal. A todos nos sorprendió, porque Carmen era una especie de musa para él y nunca había cargado contra su trabajo, mucho menos contra ella. Cada vez que coincidían, su excitación le impedía siquiera mirarla a los ojos. A ella le hacía gracia y me aseguraba que no le incomodaba para nada formar parte de esa especie de enamoramiento bucólico. Hablaba sobre Agustí como si fuese una rozadura o un mensaje no contestado. Pero, tras destaparse nuestro romance, Carmen decidió ponerle fin.

—No quiero ser la comidilla de nadie —dijo.

Pero no fue eso lo que me dolió, sino ser consciente de que Agustín había sido capaz de entrometerse en mi vida y, más allá de ello, de joderme. No es que estuviera enamorado de Carmen ni mucho menos, pero detestaba que las cosas se terminasen antes de tiempo. Sentí la rabia corriendo por mis venas, pero era demasiado pronto para vengarme. Y estaba dispuesto a esperar el momento adecuado.

Pero antes sí que quise provocarle, ponerle nervioso. Sin contárselo a nadie, me presenté a un nuevo intento del lanzamiento de su última obra en una librería del centro. Me senté en primera fila. Apenas se congregaron quince personas en el evento, las suficientes como para que cada gesto y cada rostro incomodara. Yo me alegré de ese fracaso.

Casi todos eran amigos, casi todos sabían quién era yo. Como era natural, se sorprendieron enormemente al verme ahí. Pero yo me mantuve tranquilo, expectante, disfrutando. Fue exquisita la cara que puso Agustí al verme. Aterrado, tomó asiento y vació una botella de agua de un trago. Disfruté del sudor que resbalaba por su cuello y axilas y que impregnaba la camiseta beis que se había puesto, del tambaleo agitado de su pie, la boca excesivamente seca y la mirada perdida evitándome, del nerviosismo en su voz temblorosa… Estaba sufriendo y así se mantuvo durante toda la presentación. Era consciente de que tras el turno de preguntas vendría la firma y yo iba a querer la mía. Me acerqué, debatiéndome entre la ironía y la provocación. Casi podía escuchar el latido de su corazón. Se lo tendí:

—A nombre de Carmen, Carmen Lara, por favor —dije.

Lo firmó y luego me fui.

Nunca le entregué el ejemplar, por supuesto, sino que me deshice de él en el primer contenedor de basura que encontré. Pero, tras aquel episodio, los ataques de Agustí fueron más continuados, más histéricos y ruidosos. Tanto que, días más tarde, me dedicó un hilo completo en Twitter donde hacía un análisis exhaustivo de mi primer libro, un hilo que acaparó la atención de muchos usuarios y que provocó que tuviese mis primeras críticas negativas. Me llegaron decenas de mensajes. Parecía que había encontrado un filón al que agarrarse para atacar y su comunidad respondía ante ello de manera positiva. Y, si bien yo había ganado esa primera batalla, pues tras el episodio de la librería no volví a dirigirle ninguna atención, él recuperó el terreno perdido más adelante. Celebró el fracaso de mi segunda publicación con un artículo enorme en un medio de tirada nacional. «Las segundas oportunidades nunca fueron buenas», así se titulaba. Un artículo que leyó todo el mundo, incluida mi familia.

—Hijo, debes acabar con esto—me dijo mi madre.

—Ya te avisé —soltó mi padre.

Además, y para colmo, justo en esas fechas, yo tuve que lamentar el enorme éxito de su primer libro de relatos, un libro que había visto la luz dos semanas después del mío. Era como si el sistema me hubiese castrado para que aquel animal intelectual barriese con sus ventas a

otra de esas esperanzas literarias que se había quedado en el camino.

Así que fue inevitable, no pude quedarme de brazos cruzados.

13
Cajas pesadas
Ella

Un camión trajo decenas de cajas con todas sus pertenencias. Dos hombres las fueron descargando y apilando en el garaje bajo la supervisión de mi padre.

Lo vi todo desde la ventana.

Esa misma tarde, mamá entró a mi casa.

—Debes desempaquetar todo y colocarlo en el cuarto de Marina. Yo no tengo tiempo y esto es algo que debe hacerse cuanto antes. Tu padre necesita el garaje.

Le respondí que sí y escuché cómo regresaba a su guarida para encerrarse en su habitación.

Reconocí la letra de papá sobre el cartón: «Ropa», «Hogar-Frágil», «Libros», «Electrónicos». Supe que era suya porque, además de enseñarnos a escribir cuando éramos pequeñas, su trazo en cursiva y la delicadeza de sus mayúsculas la hacían inconfundible. La caja de libros estaba rota, se veían varios títulos: *La metamorfosis*, *El leve despertar de una mujer*, *Mi isla*, *Memento Mori*… Algunos de ellos no me sonaban nada, otros habían formado parte también de mis lecturas.

«¿Cuánto pesa tu vida, Marina?», pensé.

Pero no había tiempo que perder.

Una a una, las subí y las amontoné en el pasillo. Me hice daño en los nudillos al rozarme con las paredes, pero no me quejé.

¿Mi madre se encerraba porque tenía miedo de ver algo que no quería ver?

Después de traer la última, un hormigueo asomó en mis dedos y sentí que mis piernas estaban débiles, agotadas.

Me tumbé en su cama y cerré los ojos. Traté de recuperarme y dejé la mente en blanco. Sin embargo, el ansia me hizo incorporarme enseguida; me había convertido en una niña que quería descubrir los regalos de Navidad.

Abrí la primera caja y sentí el olor inconfundible de su perfume. Siempre había usado el mismo. Era dulce, fresco y denso.

Estaba llena de ropa. Agarré la primera prenda. Era un jersey blanco, suave, de algodón, con un pequeño logo azul en la parte izquierda, acolchado por dentro y con el pico acanalado. Un jersey que imaginé que mi hermana se habría puesto en alguna noche de verano o para salir alguna tarde en otoño, tal vez para ir a cenar o para tener una cita. Era elegante, se ajustaba perfectamente a su cadera y resaltaba sus pechos firmes y redondos.

Lo dejé sobre la cama, perfectamente doblado.

Fui sacando y colocando todo lo demás en su armario, que olía a desinfectante. Lo fui poniendo todo junto a las otras prendas que se había dejado cuando se fue de casa.

Mi hermana tenía un total de diez jerséis: tres de cuello alto, cuatro de cuello redondo y otros tres con cuello de pico. También tenía nueve vaqueros, cuatro pantalones cortos de verano, trece camisetas básicas, seis camisas, siete trajes, ocho vestidos de los cuales dos eran muy elegantes, tres abrigos de los cuales uno era deportivo y los otros dos clásicos, dos togas, cuatro chaquetas, cinco sudaderas, cinco faldas, cuatro conjuntos de ropa deportiva, dos pijamas, cinco pares de zapatillas, cuatro zapatos con tacón y cuatro sin, dos botines, unas sandalias y veinte pares de calcetines y medias.

No sabía que hacía deporte.

No sabía que calzaba un treinta y nueve.

No sabía que usaba una talla L para las sudaderas.

Luego abrí la segunda caja, una más pequeña.

Contenía toda su ropa interior: decenas de bragas y sujetadores. Su intimidad.

Reparé en varios conjuntos de encaje; eran atrevidos, finos,

sexuales. Uno negro y otro granate.

Uno a uno, fui doblándolos y repartiéndolos con paciencia entre varios cajones.

—Son bonitos —dije en voz baja.

No pude evitar la tentación.

Cerré la puerta del baño y eché el pestillo.

Me coloqué frente al espejo y me desnudé con lentitud.

La ropa resbalaba por mi cuerpo como si fuese nieve precipitándose por una ladera. Decenas de huesos asomaban debajo de mi piel y el reflejo me devolvía un físico con la fragilidad de un cristal.

Me quité el sujetador.

Me bajé las bragas.

Saqué el conjunto de encaje granate del bolsillo del pantalón y lo coloqué sobre el lavabo. Era un set de dos piezas. El sujetador era casi transparente y estaba hecho de un material tan fino como una burbuja.

Me lo abroché.

Me quedaba grande.

Las braguitas también tenían unas transparencias sugerentes, tanto por delante como por detrás. Una tira fina las sujetó a mi cintura. Me las coloqué y sentí el tacto de una tela desconocida hasta entonces.

Levanté la vista y me observé: no me quedaba mal.

Saqué el móvil y encendí la cámara.

Traté de buscar una postura seductora, pero me sentí ridícula porque no sabía cómo hacerlo. Era como si aquel envoltorio no estuviera hecho para mí.

Lo guardé sin hacerme una foto.

Entonces escuché los pasos cansados de mi madre. ¿Cuándo había salido de su dormitorio?

Rápidamente, me puse otra vez mi ropa.

Metí las bragas y el sujetador en el bolsillo.

Tiré de la cadena, quité el pestillo y salí.

—Todavía quedan cajas por colocar. ¿Las has subido ya todas? Ya te he dicho que tu padre va a necesitar el garaje hoy —dijo ella desde el otro extremo de la puerta de la habitación de mi hermana.

14
El éxito
Él

A partir del premio, toda mi vida cambió. Es lo que tenía tocar de nuevo el éxito. Aquel día, un coche me recogió en la puerta de casa a las nueve de la mañana. Aunque estábamos en invierno todavía, ya hacía un sol perfecto de primavera. El viento entraba levemente por la ranura de la ventanilla alborotándome, todavía más, el pelo. El taxista me miraba de vez en cuando por el retrovisor. Yo permanecía en silencio, con los auriculares puestos, sumergido en el mundo interior de la música, aunque en realidad solo tenía mucho sueño y pensaba que aquella promoción iba a terminar conmigo. Ya iba por el segundo mes. Apenas había tráfico en Madrid y no tardamos mucho en llegar a Atocha.

El taxi aparcó frente a la puerta del AVE y los dos nos apeamos sin decir nada. Ya tenía el maletero abierto y mi maleta preparada cuando cruzamos la última mirada. Me la extendió y me fui sin decirle nada. Busqué la pantalla y, tras un rato de duda, vi que tenía que dirigirme a la primera planta. Caminé entre la gente sin prisa, absorto en aquella tempestad de automatismo que había supuesto el premio. Miles de caras, miles de olores, miles de historias se habían acercado hasta mi libro y casi todas ellas se habían llevado una parte de mí. Ese vacío era placentero. Al fin y al cabo, era lo que siempre había querido.

Pasé los controles sin problemas y miré el reloj, todavía me quedaban veinte minutos de espera. Me deslicé entre pasajeros y

carros de bebés sin llamar mucho la atención. Después de revisar la puerta de salida de mi tren, me acerqué a Relay. Ahí lo vi nuevamente, expuesto en el estante principal: *El leve despertar de una mujer*, mi libro.

La faja anunciaba la cuarta edición, aunque ya iba por la quinta. En el primer mes había vendido en torno a los treinta mil ejemplares, algo insólito. Entré. También estaban los nuevos libros de Carmen, de Agustí y de otros escritores, aunque no tenían ni de lejos tanta exposición.

Me compré una botella de agua y mientras pagaba sentí cómo una mujer reparaba en mí, aunque no me dijo nada. Cada vez era más frecuente que la gente reconociese mi cara, pero que no supieran con exactitud de qué. Las apariciones en prensa local y nacional, los carteles publicitarios en los autobuses de las grandes ciudades españolas y en los escaparates de las librerías y las distintas entrevistas o reportajes en los programas de televisión habían hecho de mí el autor del momento. Me había acostumbrado a ser ese personaje que la gente no sabía muy bien dónde ubicar o que lo reconocía al instante y le pedía una foto o autógrafo.

Tras esperar en la fila y enfrentar la rutina de mostrar por enésima vez el billete a la auxiliar, recorrí el andén hasta el coche del silencio. Entré. Estaba casi vacío. Dejé la maleta en el compartimento y me senté. Detrás de mí entraron cinco personas más. Casi todas parecían saber perfectamente que en aquel vagón no se podía hablar. Lo agradecí. El personal avisó de la salida inminente del tren. Di un trago de agua. Busqué un pódcast, pero no encontré nada que me interesase. Aquella tarde tenía un acto en un festival literario de Valencia. Se esperaba que la sala estuviera llena de lectores, periodistas y, tal vez, algún político. Arrancamos y me quedé dormido más de la mitad del trayecto. Pero antes de hacerlo observé los libros que los demás viajeros estaban leyendo, ninguno era el mío.

—No tenéis ni idea —murmuré.

15
Aquel día gris
Ella

Ignoraba que Marina guardase nuestros recuerdos.

Al fondo de la última caja, descubrí, perdida entre un montón de objetos y souvenirs que había recopilado con los años, una fotografía de las dos.

Era una imagen que había borrado de mi memoria, pero, al verla, me acordé perfectamente del momento en que nos la sacamos. Como si fuese un ejército de hormigas, un escalofrío invadió mi piel.

Estábamos en el último año de Primaria y tuvimos que disfrazarnos de abejas para el carnaval.

Aquella mañana, Marina y yo nos habíamos peleado, porque me había quitado la diadema con mis antenas.

A pesar de ser consciente de lo que había hecho, ella seguía empeñada en que eran suyas:

—Las mías están rectas y las tuyas torcidas, y, mira, estas son rectas.

Acudí a mamá, en busca de justicia, pero no me creyó.

—Es que últimamente estás muy despistada —dijo.

Me fui corriendo a mi cuarto.

Cabreada, comencé a buscar por todas partes.

—Vamos, tenemos que irnos —me avisó mi madre—. Al final llegaremos tarde —insistió.

—Venga, corazón, no pasa nada, no todas las abejas son perfectas —me consoló mi padre.

Finalmente, encontré la otra diadema en la habitación de Marina,

escondida debajo de la cama.

Tenía una antena rota.

Pero me las puse sin decir nada.

Bajé corriendo por las escaleras y me subí directamente al coche, que estaba en marcha.

Al verme, mis padres se rieron.

—¿Ves cómo las habías perdido? ¡Y encima están rotas! —me soltó mi madre.

—Pareces una abeja-unicornio —dijo papá.

No hablé con nadie durante el camino.

Cuando llegamos al colegio, mamá y papá se quedaron en la puerta del gimnasio, porque nuestra maestra, la señora Angélica, debía darnos las últimas instrucciones antes de salir a desfilar.

Al verme, se sobresaltó.

—Pero, bueno, ¿no os había dicho que cuidarais los disfraces?

Tuve que soportar la reprimenda ante el resto de mis compañeros.

—Eres una descuidada.

Luego salimos hacia el patio.

Estaba muerta de vergüenza.

Estaba triste y enfadada.

Para colmo, debía desfilar junto a Marina.

Entre toda la multitud, vi a mis padres. Papá tenía una parca verde y ella llevaba un abrigo azul marino. Lo recuerdo perfectamente.

Del cuello de papá colgaba una cámara analógica que solía llevar en cada viaje, en cada evento de nuestra vida, y que, en algún momento, desapareció sin saber muy bien adónde fue a parar.

Cuando pasamos junto a ellos, aunque tenía la cabeza agachada, sentí varios impactos de un flash potentísimo.

Y esa era la foto que tenía delante.

Ella posaba sonriente, guapa.

Yo me sentí invisible.

Durante la fiesta que hubo posteriormente, ya sin padres, algunos chicos se metieron conmigo por tener solo una antena.

Pero Marina no les dijo nada.

Y nunca más volvió a decir nada.

Tampoco cuando me expulsaron del instituto, porque me confundieron con ella.

Ni cuando se apuntó a mi equipo de balonmano y se convirtió en la mejor jugadora, dejándome fuera de mi posición.

Ni cuando les dije a mis padres que quería ser profesora y ella, que nunca había querido estudiar, les pidió que deseaba entrar en la facultad de Derecho, que iba a ser abogada.

Ni cuando le pedí que no usase mi ropa y me quitó mi blusa favorita, que estaba sin estrenar, para ir al parque con sus amigas.

Aquel día de las antenas de abeja, las lágrimas cayeron por mi rostro como piedras que se precipitaban por una ladera y reventaban contra la tierra en tantos pedazos que, si hubiesen tenido memoria, jamás hubiesen recordado que fueron piedras.

16
Joven, joven, joven
Él

Varias miradas me interceptaron cuando me dirigí a la cafetería. Me reconocieron dos personas, aunque ninguna me molestó. Esa situación en el tren era algo incómoda.

Al llegar a Joaquín Sorolla, un coche con el logo del festival me recogió en la puerta. No me senté en el asiento de copiloto e hice bien porque el conductor tenía ganas de charlar y yo no. Tan solo quería llegar al hotel para dormir.

Me dejó en la puerta y me confirmó la hora en que se pasaría a recogerme. Dije que sí con la cabeza y me dirigí al interior del edificio. Me dieron una habitación superior y noté que la recepcionista se puso nerviosa cuando le pregunté por la hora del desayuno. Llegué a la habitación, coloqué el traje en el armario y bajé a la cafetería a por algo de comida. No me gustaba emplear el servicio de habitaciones. Pedí una tostada de jamón y tomate, un zumo de naranja con pulpa, un café solo y —por qué no— un chupito de hierbas. Me gustó la comida, al fin y al cabo estaba alojado en un buen hotel. Luego regresé a mi cuarto y revisé mi intervención, sobre todo algunos de los datos que el INE había sacado recientemente acerca de las trabajadoras del hogar. En ese instante sonó el teléfono. Era mi madre. Pero no le contesté. A continuación, me envió un wasap: «Llámame cuando puedas».

Me quité la ropa y me tumbé en la cama. Abrí Instagram y contesté varios mensajes. Sobre todo eran aclaraciones acerca del evento que

tendría lugar por la tarde. Pinché en varios de los perfiles de las mujeres que me habían escrito confirmando su asistencia y dos de ellas me gustaron. Una de ellas era fisioterapeuta, rubia, alta, angulosa, tendría unos cuarenta años y en casi todas sus fotos estaba practicando yoga o viajando. En todas aparecía sola. La otra chica sí tenía pareja. Era morena, rondaba los treinta, tenía un rostro risueño en el que destacaban unos labios gruesos, rojos. Su cuerpo era atractivo, sinuoso pero discreto. Cerré la aplicación y me dormí pensando en que la profesión de escritor era una en la que siempre había que estar dispuesto a tomar decisiones.

La directora del festival me despertó con una llamada de teléfono para comprobar que todo estaba en orden. Se mostró amable, cercana y entusiasmada con mi visita. Mencionó que esperaban un aforo desbordante, pero me aseguraba que el equipo estaba preparado para todo. Cuando le colgué, me entraron ganas de masturbarme. Ese subidón me la puso dura. Entré en una página porno, busqué un vídeo aleatorio y me corrí enseguida. Tras limpiarme en el baño, me miré al espejo y apreté mis músculos desde diferentes posiciones, como si fuera un culturista. No estaba nada mal, pero había cogido algo de peso debido al exceso de comida rápida de los últimos meses. Regresé a la cama y, ya sí, logré dormir varias horas sin interrupción. Me desperté con energía, con ganas y con cierta exaltación. Me vestí con un traje azul con la americana cruzada y el pantalón ajustado que tenía una raya perfecta y los bajos en el punto justo. Llevaba una camiseta blanca con dos botones desabrochados. Me hice un café, marqué el número de mi madre y me puse a mirar la ciudad desde mi suite mientras esperaba al transfer.

—Hay que ver lo difícil que es dar contigo —comentó ella.

—Perdona, es que he tenido que venir a Valencia para un festival. Apenas tengo tiempo. De hecho, me tienen que recoger enseguida.

—¿Para tu madre tampoco tienes tiempo? —preguntó a la defensiva.

—No, claro que sí, por eso te llamo ahora…

—Ya, bueno, pero me llamas porque yo te lo he pedido. Si no, a saber… —Noté cierta tristeza en su voz—. Este oficio tuyo…

—Bueno, mamá, es lo que hay, es lo que quiero hacer —dije interrumpiéndola. Me contuve de preguntarle si le decía lo mismo a mis hermanos. Sería mejor así.

—¿Contrataste ya a alguien para que te ayude a limpiarte la casa, a cocinarte, a plancharte…? —preguntó.

—No, no lo he hecho.

Hubo un silencio.

—¿Te acuerdas de Mihaela? —volvió a preguntar.

Sentía que estaba frente a un interrogatorio, aunque no sabía muy bien hacia dónde iba a dirigirse.

—¿Tú sabías que tenía un hijo?

Me calcé unos zapatos marrones que provocaban chirridos por el parquet de la habitación mientras caminaba.

—Pues ahora que lo dices me suena.

Percibí el rastro de mi perfume.

—Bueno, te llamo para contarte que acabo de hablar con ella y me ha contado que está enfermo.

Hubo otro silencio. Sería mejor no decir nada.

—Yo voy a tratar de ayudarla como pueda. Mañana mismo iré al banco para hacerle una transferencia. Podrías echar una mano tú también, al fin y al cabo, te cuidó mucho cuando vivía con nosotros.

Dejé la taza del café sobre la mesita de noche y salí de la habitación.

—Oye, tengo que dejarte, me están esperando para ir a un evento.

—Bueno, pues nada, huye otra vez —comentó en un tono serio, categórico—. Piensa en lo que te he dicho. —Y colgó sin darme tiempo a responderle nada.

Conocía muy bien a mi madre y sabía que estaba molesta conmigo. Su voz sonaba seca y defensiva. Hablaba con mi hermano cada día y Helena también solía darle toda la atención que necesitaba. Pero yo quise alejarme, quise caminar solo porque, en definitiva, quise protegerla. No quería que mi mochila se posase sobre sus hombros. Mi madre no merecía eso. Estar cerca de ella me hacía ser vulnerable, indefenso. También hice lo mismo con Mihaela cuando se fue. La borré por completo de mi vida. ¿Cómo iba a volar con un pasado que me retuviera? Me dio ternura pensar en su hijo. Me dio ternura pensar

en mi madre ayudando a su hijo. Pero entonces se abrieron las puertas del ascensor.

El mismo conductor estaba en la puerta. Sonrió con amabilidad mientras me invitaba a sentarme en los asientos traseros. Le devolví el gesto y traté de ser un poco más cercano durante el trayecto. Me encargué de preguntarle cosas banales sobre los turistas y el Valencia hasta que llegamos a la puerta del auditorio. Se percibía el murmullo de la gente en la entrada, pero él me dijo que entraríamos por detrás para que no me viese nadie. Lo agradecí. Frente a una puerta de emergencia me recibió una mujer de producción y un fotógrafo lanzó el primer disparo en cuanto me apeé del vehículo. Era muy probable que hubiese salido con los ojos cerrados, pero no me importaba porque sabía que esa foto iba a terminar en la basura de su ordenador.

—Bienvenido, señor Valentín. Venga por aquí —dijo aquella chica vestida de negro.

Me condujeron a una sala donde había un pequeño catering de productos salados, vino y agua. Me sirvieron una copa de vino y un técnico se encargó de colocarme el micrófono. Luego apareció la directora del festival, que me abrazó, eufórica. Intercambiamos varias preguntas de cortesía acerca de la comodidad de mi viaje y de la calidad del hotel.

—Debes estar cansado, ¿no? —preguntó.

—Bueno, es lo que toca —respondí, desganado.

Me interesé por las conferencias de los otros ponentes y me dijo que no habían ido mal, pero que ninguna había generado tanto interés como la mía. Traté de mostrar una falsa modestia:

—Nada, nunca se puede predecir el interés del lector.

Fue suficiente para que su mano se posase en mi hombro y le saliese una sonrisa forzada. El técnico apareció nuevamente para anunciar que todo estaba listo. Me tomé el último trago del vino y nos perdimos por varios pasillos hasta llegar a una estancia contigua al escenario. Se abrió una puerta y se apagaron las luces. Solo quedó un foco alumbrando la mitad del escenario.

—Ya ves, aquí lo tenemos todo muy teatralizado —dijo la directora acercándose a mi oído.

—Mucha suerte, ya es todo tuyo —me indicó la mujer que me había recibido y que apareció desde algún lugar desconocido.

Caminé hacia el centro del escenario entre la penumbra. Cuando me vieron aparecer, un aplauso irrumpió en la platea. Todos los aplausos me sonaban igual desde que había ganado el premio. Y yo había aprendido a hacerlos míos, a disfrutarlos, a vivirlos. Me paré justo en mitad del escenario. Me llevé una mano al pecho e incliné mi cuerpo hacia delante. Entonces el público subió la intensidad de sus palmadas y divisé, en algún punto, a varios asistentes en pie. Me mantuve en esta posición durante unos quince segundos, que conté a conciencia, y luego me retiré pacientemente a mi sillón.

Del mismo sitio donde yo había salido, apareció la directora. Se colocó detrás de un atril y dio un breve discurso institucional que debía repetir en cada acto, pero que todos fingían escuchar con atención.

—No les quiero robar más tiempo y les dejo en compañía de la nueva estrella de la literatura española —zanjó.

Otro aplauso, del que yo también formé parte, inundó la sala.

Como estaba haciendo en este tipo de conferencias, empecé con una broma y el público se quedó embelesado. Confiado, proseguí mi presentación como si llevase toda la vida escribiendo, con la seguridad del que llamó al libro libro y al escenario escenario. Hablé durante cuarenta y cinco minutos de lo que había supuesto para mí la escritura de *El leve despertar de una mujer*, de los retos a los que me había enfrentado, del trabajo mental que tuve que hacer para volver a enamorarme de la literatura tras el varapalo de mi última publicación, del sector editorial y sus entresijos, pero también de las estadísticas que corroboraban las historias de esas mujeres que, hasta ahora, habían sido invisibles: sueldos impagados, despidos improcedentes, umbrales de pobreza y, sobre todo, uno de los temas centrales de mi libro… La vergüenza de no haber cumplido sus sueños en combinación con la ilusión de saber que su sacrificio serviría como un pilar fundamental para la construcción del futuro de sus familias.

Conseguí emocionar al respetable, hacerlos empatizar con mis palabras, generar el mismo silencio que se conseguía en un recital de

poesía y cuando terminé, tras secarme las gotas de sudor de mi frente, les dije:

—No hay nada más vivo que la literatura, miren a su alrededor, no se pierdan nada de lo que les rodea, nunca se sabe cuándo se pueden topar con la historia de sus vidas.

Y como si fuese un espectáculo ensayado, tras alejar el micro de mi boca, una luz tenue inundó la sala y muchas personas del público volvieron a ponerse en pie para aplaudirme, para agradecerme, para reconocerme, para engrandecerme…

La asistente me recogió para llevarme al salón de firmas que ya estaba preparado. Durante el recorrido me topé con varias miradas cómplices, sonrisas y entusiasmo. Junto a la mesa cubierta por un mantel, estaba la directora para recibirme con otro fuerte abrazo. Su pelo olía a violetas y reparé en lo largos que eran sus dedos cuando se posaron sobre mi espalda.

—Has estado fantástico, este festival es tu casa, te lo agradezco mucho. —Estaba tan entregada que repitió la palabra «mucho» cuatro veces—: Mucho, mucho, mucho, mucho.

Se separó de mí y me invitó a sentarme. La fila ya estaba formándose. Nada de lo que estaba ocurriendo se le escapaba a la organización. Antes de ponerme a dedicar ejemplares, la directora me comentó al oído que, en cuanto terminase, un coche me recogería para llevarme a cenar. Asentí y le di las gracias.

Comencé la firma a buen ritmo. Había dos tipos de lectores: los que venían con su libro bajo el brazo, como si fuera una barra de pan, y aquellos que lo llevaban en el bolso como si fuese un tesoro que temiesen perder o como si les diera vergüenza. Todos estaban entusiasmados, me decían que habían venido desde diversos puntos de la comunidad, que mi libro había conseguido cambiarles la vida, que ahora apreciaban mucho más a las mujeres de la limpieza, que esa fuerza que poseían les había inspirado a luchar por sus sueños, que les había ayudado a emprender, a superar sus miedos, a estar menos solos… Me pidieron que no dejara de escribir nunca, nunca, nunca, nunca.

Estaba encantado, lleno de gozo y placer y me había contagiado de

ese éxtasis que veía en cada uno de los lectores. Reparé en varias mujeres muy atractivas, entre ellas las dos que me habían escrito por la tarde y a las que saludé como si las conociera de toda la vida. Reparé en sus cuerpos, en los olores, en los movimientos y en los cortejos. Sabía que yo tenía el poder de limitar aquellas miradas y me sentía grande. Me excitaba saber que sus vidas estaban en mis manos y que en algún momento habían soñado con hablar conmigo, con cenar a mi lado, con conocerme y acostarse junto a mí. Esa osadía de los pensamientos acotados me sentaba bien, porque me creía mi propia mentira, me hacía no pensar en nada hasta el último libro firmado, hasta el punto final de una velada magnífica, eterna. La fisioterapeuta se llamaba Aurora y era de Barcelona. Estaba en Valencia por un congreso. La otra chica, acompañada por el novio, me preguntó si ya había probado la mejor paella de la ciudad.

—Escríbeme la próxima vez y te cuelo —dijo en voz baja mientras su chico, encantado y diligente, nos sacaba fotos a los dos.

«La noche es, nuevamente, joven, joven, joven, joven», pensé.

17
Te kiero
Ella

Dediqué la tarde y la mañana a ubicarlo todo en su cuarto.

Aquella habitación se había quedado vieja.

Aquella habitación se había quedado para el cuerpo y para la vida de una niña de quince años.

Tenía que encontrar la manera de colocar todo.

Fui apilando algunas cosas en las estanterías, otras las situé sobre el escritorio y las que consideré menos importantes las puse debajo de la cama, en cajas de plástico.

La caja de los libros se estaba rompiendo cada vez más. Los saqué todos y los distribuí de tal manera que entrasen en un mismo estante. Me pareció atractivo el autor que había en la contraportada que quedó arriba del todo.

La vida de mi hermana era esa habitación repleta.

Yo tan solo era una costurera poniendo parches.

Levanté la última caja del suelo. Iba a cargarla hasta la cama para deshacerla, pero pesaba mucho y no aguantó. Se rajó y todo se esparció por el suelo.

El ruido fue similar a un montón de piedras precipitándose por una ladera para ir a parar a la llanura del valle.

Encima de todos los objetos —libretas, cuadernos, bolígrafos, gafas de sol, estampas, agendas—, destacaba su móvil.

En ningún momento había pensado en su existencia.

Todavía tenía batería. Lo sé porque se iluminó.

Era el último modelo de Apple, el iPhone X.

Centenares de notificaciones aparecieron en la pantalla. Imaginé que la noticia de su muerte había corrido como la pólvora. ¿Qué le dirían, con qué palabras se despedía uno de un muerto que jamás iba a escucharlas, a leerlas?

Lo coloqué frente a mi rostro y se desbloqueó.

El reconocimiento facial.

Lo lancé sobre la cama como si hubiera cometido un delito.

Luego lo recogí todo.

Agarré una agenda pequeña y la abrí. Había un montón de casillas en las que tenía anotadas las tareas del día, reuniones, citas en la peluquería…

Estas anotaciones no se terminaban el día de su muerte. Tenía planes de futuro. Durante el resto de la semana se había dejado pendiente una cita con el dermatólogo, una llamada a un tal Carlos GST —imaginé que sería algo relacionado con el trabajo—, un aviso en rojo, «poner en agenda del móvil cumpleaños de Dani para que me avise en tres meses» —no sabía quién era el tal Dani—, un recordatorio para comprar pescado, otro para recoger un abrigo del tinte. Seguramente, para todas esas personas, ella seguía viva.

Luego abrí una libreta. Era una en la que Marina había escrito algunas reflexiones acerca de la vida y, sobre todo, acerca de sus sueños. Estaba fechada en 2016. Pasé las páginas con interés. En ellas había recuerdos de viajes, comentarios sobre sus cenas, cumpleaños, incluso algunas compras que había hecho… Al final del todo, apuntadas en una página, encontré las contraseñas de sus redes sociales, el número secreto de la cuenta bancaria, incluso hallé los usuarios de Zara y de Zalando. Ahí estaba toda la vida protegida de mi hermana, toda la vida que le pertenecía a ella y solamente a ella.

Entonces el móvil vibró sobre la cama.

Mi hermana había recibido un correo electrónico acerca de una oferta de ropa de Adidas. Me quedé observando la pantalla hasta que se puso en negro nuevamente. Dudaba si hacerlo o no. Pero qué tendría que perder. ¿A quién le vendría mal algo de consuelo?

Uno tras otro, fueron apareciendo mensajes de amor, de cariño y de

compasión. Mensajes que estaban predestinados a quedarse en el aire, vacíos. Mensajes que ella nunca vería.

No conocía a la mayoría de las personas que le habían escrito. Eran perfiles sin rostro: compañeros de trabajo, amigos, conocidos. Algo me hacía desear leerlo todo, enterarme, entrometerme en su vida y habitarla como si ella fuese una manzana y yo una lombriz. O un gusano.

Pero también había mensajes de clientes que todavía no se habían enterado, de reuniones a las que había faltado. Incluso había e-mails con facturas que todavía seguía pagando y comprobé que la última compra que había hecho fue durante un viaje a Asturias.

Entonces lo vi.

Un tal Pablo Arriaga le había dejado un texto largo, intenso, emotivo y cursi. Un mensaje que terminaba con un «te kiero».

Pinché sobre su foto de perfil.

Apareció un rostro con un afeitado pulcro, unas cejas gruesas y unos labios carnosos que ocultaban, imaginé, una dentadura perfecta.

Me desconcertó que mi hermana estuviera saliendo con alguien así.

Luego abrí la galería de archivos compartidos. Se habían enviado quinientas cincuenta y siete fotos y vídeos.

Había imágenes de fiestas, viajes, entradas de conciertos y memes.

¿Eran pareja?

Seguí bajando, indagando con una curiosidad felina, sin pensar siquiera en lo que me podría encontrar. Hasta que abrí las puertas a otra intimidad que me dejó boquiabierta: había varias fotografías de Pablo desnudo.

Tenía un tatuaje en la parte baja del abdomen. «Bestia», aparecía escrito con unas letras tribales que me parecieron horribles.

En ninguna de esas imágenes se le veía la cara.

Algunas estaban tomadas en el espejo del baño, otras en lo que deduje que era el sofá y el resto en la cama.

En unas estaba empalmado y en otras no.

También había un vídeo de él masturbándose.

Comencé a verlo.

Tenía un pene grueso, aunque no demasiado largo. Su piel era

blanca y su punta era roja, más grande que el resto del miembro. Jadeaba y hablaba mientras se lo hacía, aunque no entendía muy bien qué decía.

El vídeo duraba treinta segundos y al final se corría sobre su abdomen.

Expulsaba una gran cantidad de semen y, mientras le palpitaba el glande, sus piernas se retorcían.

Entonces sentí el calor dentro de mí, un ardor que me pertenecía, tan mío como una huella.

Pinché sobre el vídeo para ir a los mensajes. Mi hermana le había contestado: «Mmm, qué rico. ¿Cuándo me das todo eso?».

Me estremecí.

La conversación seguía con una serie de wasaps calientes que, poco a poco, se iban apagando porque Pablo tardaba demasiado en contestar.

Regresé al último mensaje que había escrito a mi hermana, el emotivo y cursi. Quise contestarle, deseaba saber más sobre él.

«Gracias, seguro que lo sabe allá donde esté», escribí.

Me puse nerviosa y le di a enviar.

Enseguida me arrepentí de haber dejado una huella sobre una tierra que no era mía.

No me quería ni imaginar su cara al recibirlos.

«¿Kien eres?», respondió, directo.

«Soy la hermana de Marina», tecleé sin poder quitar los ojos de la pantalla.

Él tampoco pudo hacerlo, porque enseguida saltó el check azul.

«Ah, lo siento mucho. N sabia ke tenia una ermana», escribió tras unos instantes.

Qué clase de persona escribe con tantas faltas de ortografía, sin puntuación alguna y ni un solo acento. Si hubiera sido profesora, habría suspendido a todos los alumnos que no escribiesen correctamente.

«Gracias por tenerla presente, somos gemelas», respondí.

«Estoy aki para lo ke necesites», puntualizó.

«Gracias, lo tendré en cuenta. Y perdona que me entrometa, pero

¿eras la pareja de mi hermana? Es que he visto que hablabais mucho y yo tampoco sabía de tu existencia».

¿En qué estaría pensando él en ese momento?

«Si bueno algo asi», contestó.

«Perdona si ha sido inapropiado, tan solo quiero conocer un poco más a mi hermana… Ya ves, ella no hablaba mucho sobre sus cosas», insistí.

Y de alguna manera esa confesión nos colocó a los dos en el mismo lugar, ya que ninguno sabía de la existencia del otro.

«No, n t preocupes», dijo él.

Y lo cierto era que me hubiese gustado que añadiese algo más, pero se quedó en silencio.

Esperé.

Nada.

Luego abrí la cámara frontal del teléfono y enfoqué mi cara. Traté de buscar una postura atractiva.

Me tomé varias instantáneas con el pelo recogido, con el pelo suelto. Desde arriba, desde abajo, con la luz encendida, con la luz apagada…

Luego volví a la galería para verlas.

Me veía horrorosa, pálida.

Les puse un filtro.

Luego pensé que mi hermana era mucho más guapa que yo. La belleza era una cuestión de estilo.

Yo parecía una foto en blanco y negro, mientras que ella era una imagen a todo color.

Pero me dio igual.

Envié una foto a Pablo, que la vio enseguida.

«¿Ves?, somos iguales», le escribí.

Pero él ya no dijo nada.

18
El hotelazo
Él

El mismo conductor me esperaba en el punto de encuentro acordado. Al subirme al coche percibí la vibración del móvil en el bolsillo. Decenas de notificaciones aparecieron en mi pantalla, ansiosas, anhelantes de una respuesta. Lo haría más tarde.

La cena transcurrió según el estándar marcado. Conversaciones formales en un tono comedido, alguna risa exaltada de vez en cuando, cruces de miradas sin ningún propósito y los cotilleos literarios de siempre. A pesar de la euforia, me notaba más cansado que por la mañana. La directora había bajado su intensidad a medida que avanzaba la noche y yo lo agradecía. Los demás asistentes eran personal del ayuntamiento y organizadores del festival.

Tan solo había dos escritores más: una mujer mayor de pelo blanco y manos cansadas, pero ciertamente animada por el licor, experta en poesía y novela política, pero cuya obra no conocía, y Francisco Gámez, aquel autor ya consolidado al que todo el mundo trataba de arrimarse y que también había ganado el Nacional. Nos conocíamos, aunque nunca nos habíamos tratado más allá de una conversación formal. En un momento de la velada, se acercó al asiento que quedaba libre junto a mí.

—Esto de estar de promoción meses y meses puede ser muy aburrido, ¿eh? Menos mal que tenemos estas cenas —me dijo mientras apartaba la silla y tomaba asiento.

—Desde luego, desde luego. ¿Has tenido intervención hoy? —

pregunté.

—No, no, la tuve antes de ayer. Me he quedado en Valencia porque he tenido que ir a varios institutos a dar una charla a los muchachos acerca de este oficio. Nada, un favor que le debía a esta buena gente —comentó señalando a los organizadores—. Pero, bueno, me han comentado que ha estado muy bien tu presentación. Me habría encantado asistir.

—Ya le he cogido el truco y me lo paso muy bien. Además, tener el Nacional hace que el público esté mucho más atento, que te vea con otros ojos, como si todo lo que dijeras tuviera más valor. Pero, vaya, qué te voy a contar a ti —apunté con complicidad.

—Recuerdo esa promoción porque fue la más agotadora de mi vida. Pero, bueno, tú estás hecho un jovencito. Te toca mucha carretera, compañero —comentó entre risas—. He leído el libro, por cierto, muy buen trabajo, te felicito. Hay algunas cosas que te comentaría, pero mejor lo hacemos otro día, que ahora no es momento —dijo mientras agarraba su copa de vino y la levantaba para brindar—. Mira, dame tu teléfono mejor y te escribo en las próximas semanas.

No supe decirle que no, era todo un honor. Me venía muy bien tener relación con alguien así, una persona que llevaba toda la vida en este mundillo y de la que tenía tanto que aprender.

—Saluda a tu familia de mi parte, por cierto. Tienes unos padres muy agradables —añadió mientras se levantaba para volver a su asiento.

El ambiente se fue animando a medida que transcurría la noche y me propusieron tomar una copa en un sitio cercano. Pero tuve que rechazar la invitación ante el reproche colectivo.

—Esta promoción va a acabar conmigo —le dije a la directora, que pareció entenderlo perfectamente porque enseguida avisó a uno de sus compañeros para que me pidiera el coche.

Me despedí de todo el mundo con la misma atención con la que ellos me trataron. La directora fue algo más efusiva en sus gestos: varios abrazos, ciertos besos, muchas promesas de reencuentro en el futuro y un agradecimiento real por tan maravilloso cierre de jornadas.

El conductor me llevó al hotel y no intercambiamos ni una sola palabra. Una vez en el baño del dormitorio, el espejo me devolvió mi imagen: tenía el rostro cansado y unas ojeras severas. Salí de la ducha y me sequé el pelo con una toalla que dejé tirada en el suelo. Descalzo y desnudo, me fui a la cama. Cuando me dejé caer sobre el colchón, sentí los estragos del vino. No estaba borracho, pero andaba sobre esa ligera cuerda en la que tomarme otra ya hubiese sido peligroso. Las marcas de mis pisadas se imprimieron sobre el parquet marrón de la habitación.

Lo vi en cuanto cogí el móvil, que estaba cargándose sobre la mesilla. Abrí Twitter. Los lectores publicaron vídeos, fotografías con mis dedicatorias, selfies o imágenes donde solamente aparecía yo firmando sus ejemplares. Luego abrí Instagram: decenas de menciones. Aunque era tarde —el reloj marcaba la una de la madrugada—, quise contestarles a todos. Estaba tan cansado que no tenía sueño. Había cuarenta historias y siete mensajes directos. Hacer esa labor tan cercana era algo que todos mis lectores agradecían, aunque muchos de ellos dudaban de que fuese yo el que estuviera al otro lado. Estaban seguros de que tenía a mi propio *community manager*. Di me gusta a las fotos, respondí con algún corazón, agradeciendo la asistencia, e hice captura de todo aquel material que me interesaba tener. A esa hora ya no era habitual recibir ninguna respuesta. Pero, cuando estaba a punto de terminar, Instagram me notificó un mensaje de @AuroraFreixasFisio, que así era como se llamaba virtualmente la fisioterapeuta. «Vaya, ¿los escritores no duermen?». Le di a me gusta y le respondí que todavía no, «pero no me falta mucho. Veo que las fisioterapeutas tampoco», añadí. Me contestó al instante: «Estoy tomando unas copas en un garito del centro». Le contesté: «Yo acabo de tumbarme en la cama, demasiado vino al parecer». Y esta vez tardó un rato en responder: «Por curiosidad, ¿en qué hotelazo te aloja el festival?». Le dije el nombre. «Vaya, casi. Una pena que no vayas a tomarte la última». Me incorporé apoyando la espalda en el cabecero de la cama: «¿Cuál es la dirección del garito en el que estás?». Al buscarla en Google, me di cuenta de que estaba a unos quince minutos andando. «Sí que estamos cerca. Tengo minibar en la habitación». Y

entonces ella, directa, escribió: «No sé qué pensarías de mí a estas horas si me vieras con el rímel corrido». Le respondí: «Dime que también llevas el pelo recogido en una coleta». No tardó en seguir en mi tono: «La coleta la llevo también, aquí hace demasiado calor. ¿No crees que deberías descansar y dejar de hablar con alguien que obviamente quiere verte?». Me gustaba este tanteo, este juego sutil del gato que asoma la patita por debajo de la puerta: «Por deber, por deber… Debería hacer muchas cosas y viceversa. Pero por querer…, eso es otra historia. En todo caso me gusta la compañía virtual de una mujer con el pelo recogido en una coleta y el rímel corrido a esta hora de la madrugada». Me envió varias llamas. «¿Me estás proponiendo algo?», preguntó, tajante. «¿Qué quieres que te proponga?», dije, rápido. «Es que no me ha quedado claro quién va a coger el taxi». La cosa se estaba poniendo interesante: «Pues yo veo muy difícil moverme de la cama». Una pausa. «¿Quieres venir?». Mientras esperaba su respuesta, comencé a tocarme por encima de la sábana. «¿Quieres que vaya?», dijo. Pero, antes de responderle que sí, me contestó que ya estaba buscando un taxi. Le di mi número de teléfono, porque no me pareció del todo seguro seguir aquella conversación por Instagram.

19
Viajera
Ella

Las cosas habían quedado colocadas en su cuarto de tal manera que parecía que ahora vivía ahí. Las redes sociales eran todo un filón. Ya había aprendido que su comida favorita era la pasta carbonara; que le gustaba, sobre todo, leer libros románticos y thrillers; que tenía una cuenta falsa en Instagram, aunque no seguía a nadie; que no tenía dinero ahorrado; que le encantaban los *realities* y también las series sobre asesinos en serie. Además también sabía que tenía intención de montar su propio despacho de abogados, que su inspiración era un tal Gregorio Peces-Barba, que era creyente y que me tenía bloqueada en sus redes.

Ya era madrugada. Mis padres dormían y yo no conseguía hacerlo. El deseo de conocerlo todo sobre ella era el camino para encontrar respuestas. Me deslicé fuera de la habitación, a tientas. Crucé la puerta roja, el pasillo y volví a su cuarto. Caminaba tan pausada como una pluma que cae desde las alturas. Me adentré en su cuarto. La luz de la calle entraba por la ventana. La cama estaba vacía, el aire estaba limpio. De puntillas, me tumbé boca arriba. Sentía el corazón latiendo con fuerza dentro del pecho. Marina llevaba mucho tiempo sin dormir ahí. Se alejó de nosotros como si fuéramos una enfermedad, como si fuéramos una carga que no la dejaba volar. La última vez que nos recuerdo juntas fue discutiendo. Era el año en el que Marina se marcharía a la universidad. Nos anunció que, si aprobaba todo, el próximo verano se iría de viaje a Grecia. Mamá se sorprendió y papá

no dijo nada.

—Pero ¿cómo a Grecia? —dijo mi madre.

—Sí, mamá, me voy de viaje a Grecia, quiero conocer el país. Al fin y al cabo, soy mitad griega, ¿no?

Yo permanecí callada, sentada entre mamá y papá.

—En Grecia no hay nada bueno, hija. Tan solo ruinas y pobreza y gente desgraciada. Grecia ha dejado de existir hace mucho tiempo —comentó mamá.

—Bueno, yo creo que estás exagerando mucho —respondió mi hermana—. Que tú no hayas vuelto a tu país no significa que los demás no podamos hacerlo. Me parece frívolo decir que Grecia no existe cuando la realidad es que es uno de los países más importantes del mundo porque, entre muchas otras cosas, es la cuna de la democracia.

Mi hermana prosiguió su discurso un rato más, detallando todas las cosas que habían nacido ahí, hablando como si estuviera en un estrado frente a un juez defendiendo a un cliente. Mamá y papá no decían nada. Tan solo se limitaban a seguir masticando gambas y jamón. Yo también me mantuve callada, pero, a medida que su retórica se volvía más y más envolvente, dentro de mí ardía otra llama.

—¿Te acuerdas de cuando hablamos acerca de las cosas que queríamos hacer antes de los treinta años? —pregunté. Ella me miró con atención—. Yo te dije que quería ser licenciada, que quería vivir en Madrid, que quería ir a conocer Grecia. ¿O no lo recuerdas? —insistí—. Tú querías otra cosa, querías casarte y tener hijos, querías quedarte en el pueblo con tus amigas. ¿Por qué me estás quitando mi vida, Marina?

Se hizo un silencio y mi hermana le dio un trago largo al vaso de agua. Entonces mamá se levantó de la mesa y nos preguntó si queríamos postre. Yo dije que sí, pero Marina no dijo nada.

En el momento de su muerte no lo supe, pero estaba cabreada con ella. No por morir, sino por rehuirme, por renegar de mí, por rechazarme. A sus ojos era una cobarde, una mujer que se había acomodado en una situación penosa.

Ella era la ciudad y yo, el pueblo.

Me cabreaba su indiferencia por conocer a esa hermana que llevaba casi toda la vida sin ver de verdad, la hermana a la que había escondido en el cajón de la ropa antigua, una muñeca a la que había abandonado.

Me cabreaba también que se creyese mejor que yo. Y, más que eso, me cabreaba saber que había tenido el poder de hacer que yo me creyese peor que ella. Y tal vez ahí estuviese mi herida más profunda. Mi dolor siempre latente.

Pero mi hermana no era perfecta. Sabía, por ejemplo, que durante la época en la que había estado con Pablo, seguía pensando en su ex —descubrí en las notas del teléfono varios mensajes sin enviar— y jugaba sobre esa cuerda floja del deber y del querer, que era el amor. Quería a Pablo, pero ella amaba a Dani (sí, me sonaba ese nombre de haberlo leído en la agenda). Aunque había borrado su chat y todo rastro de su existencia, Marina le escribía unos poemas cutres de amor, de desconsuelo, de deseo.

También había descubierto que, realmente, odiaba su trabajo; que se sentía explotada, pues trabajaba turnos de diez, doce horas; que tenía que decir que no a muchos planes; que odiaba a su jefe y detestaba, cada vez más, el derecho. Canalizaba toda aquella frustración en cenas extravagantes, viajes y ropa extremadamente cara.

Descubrí que estaba frustrada por no haber avanzado del todo, que se comparaba con sus colegas de la facultad y se sentía pequeña —todos ellos habían emprendido su propio negocio o trabajaban para grandes multinacionales—, que más de una vez había pensado en irse a vivir a otro país y huir de su vida en Madrid, y, aunque lo maquillase todo, sabía que se detestaba, que no estaba orgullosa de la persona en la que se había convertido y que si le hubieran preguntado si deseaba rebobinar el tiempo hacia atrás el tiempo ella habría dicho que sí. Y ese espejo pesaba mucho, tanto que a veces ni siquiera quería mirarlo.

Odiaba y amaba a mi hermana a partes iguales.

Odiaba su pasado y amaba su presente.

Y entonces hice algo. No supe lo que pretendía con ello,

simplemente me dejé llevar por una pulsión.

Por la pulsión de mantenerla viva.

Abrí su cuenta de Instagram —@MarinaViajera1—, tomé una foto de la imagen de las dos, con las antenas, y la publiqué con un mensaje: «Te echo mucho de menos, hermana».

Luego me dormí en aquella cama que ya compartíamos.

20
Más fuerte, más
Él

Estaba excitado y, aunque sabía que debía vestirme, me habría encantado recibirla desnudo. Me puse un pantalón vaquero y una camiseta. Al verme frente al espejo, mi polla se marcaba bajo el tejido. Me la agarré. Toda aquella situación me elevaba a un nivel de libertad y de poder que nunca había imaginado. «Creo que ya he llegado, dime el número de la habitación», dijo en un mensaje de WhatsApp. «Sube a la 1210», le respondí rápido.

Unos pasos ligeros se escucharon por el pasillo. Sus dedos golpearon la puerta con cierta timidez.

—Vaya, bienvenida —dije mientras mi mano se posaba en su cadera y nuestras mejillas se daban dos besos lentos—. Adelante, ¿quieres tomar algo? —pregunté mientras señalaba al minibar.

—En realidad, un vaso de agua sería perfecto.

Le serví uno mientras se quitaba la chaqueta de cuero y dejaba el bolso sobre la mesa. Sus pulseras sonaron sobre la tabla de madera. Se las había quitado. También se quitó los zapatos y mientras la miraba me preguntó si me importaba. Me gustaba su seguridad, que se sintiera como en casa.

—En absoluto —dije—, estás en tu casa.

Tomó asiento en el borde de la cama mientras estiraba las piernas. Tenía una piel firme, tensa, morena y unos muslos trabajados, aunque sin exagerar. Me puse a su lado mientras le tendí el vaso. Se lo bebió de un trago y lo dejó caer sobre la alfombra. Luego se giró hacia mí y

me besó sin mediar palabra. A partir de ese momento, todo se sucedió muy rápido. Me quitó la camiseta y yo hice lo mismo con la suya. Tenía los pechos duros, unos pezones pequeños, excitados, y un tatuaje que solo podía verse si estaba desnuda. Me lamió el cuello mientras me dejaba caer en la cama. Sus manos se perdieron en mi pelo, todavía mojado. Entonces se tumbó sobre mí. Las caderas bailaron sobre mi entrepierna y yo solo tenía ganas de quitarme el vaquero y que follásemos.

Pero antes de eso me tenía reservada otra sorpresa. Bajó con la lengua por mi cuerpo y, mientras sus ojos se clavaban en los míos, me desabrochó el pantalón. Sonreía. Me la sacó. Su gesto cambió por completo al verla tan dura. Tras lamerla desde la base hasta la punta, se la metió en la boca. No dejó de mirarme. Buscaba una reacción de placer que no tardó en llegar. Me mordí los labios y le sujeté la coleta con ambas manos. Ella, mientras se la sacaba de la boca, escupía y se la metía hasta el fondo. Lo repitió varias veces, con intensidad y alevosía. Cada vez más profundo. Su pintalabios rojo se esparcía por mi piel y se desdibujaba el contorno de sus labios. Luego lo hizo más lento, repasando con la lengua mi glande, haciendo movimientos circulares sobre mi corona. Me estaba volviendo loco. Sin bajarse los pantalones, empezó a masturbarse con una de sus manos mientras me la comía. Yo le agarré el pelo más fuerte y ella gimió.

Entonces se incorporó y me ayudó a desnudarla al completo. Al mismo tiempo, la miraba y me tocaba. Desnuda, vino hacia mí sin decir ninguna palabra. Nuestras miradas eran salvajes, animales. Se sentó sobre mi polla metiéndosela lentamente. Estaba mojada y el calor que había dentro de su cuerpo elevó mi placer a otra dimensión. Su coño era estrecho y cada vez que la embestía lo apretaba para que lo sintiese todo. Su mano derecha estaba apoyada en mi pecho y con la otra se follaba la boca, lamiéndose los dedos mientras soltaba unos gemidos guturales. Pero después apoyó sus dos palmas sobre mi pecho y me embistió sin dejar de mirarme a los ojos ni un instante. El sonido de los cuerpos entrechocándose era cada vez más fuerte, cada vez más rápido. Sentía cada centímetro de su coño y ella sentía cada vena de mi polla. Aunque llevábamos poco rato haciéndolo, me dijo:

—Córrete dentro de mí.

Me excitó muchísimo. Puse las manos en su cuello y, al tiempo que la observaba con furia, le respondí:

—Fóllame más fuerte y lo hago.

Y ella me lo hizo lo más fuerte que pudo. Botaba encima de mí con pasión, tocaba mi cuerpo y el suyo, su cintura era un árbol que buscaba su raíz en mí. Entonces, el placer recorrió mi piel y un escalofrío abrió las aguas. Salí de su vagina y, como una especie de fuente, el esperma inundó su abdomen y sus pechos sin ninguna dirección, descontrolado y espeso. Cerré los ojos y abrí la boca, aunque no emití ningún sonido. Mi espalda se retorció sobre la cama y lo único que pensaba era en el gusto de terminar. Entonces ella metió otra vez sus dedos dentro de sí y, mientras se extendía el semen por el cuerpo, sentí el temblor de sus muslos, la fuerza de sus pies y vi su expresión de regocijo. También estaba a punto de terminar. No quería abandonarla y, aunque las piernas me tiritaban, hice el esfuerzo de elevar mi espalda para que se acomodase mejor. Sentí que mi polla se iba deshaciendo en mil pedazos y que la erección iba bajando. Pero, justo cuando no podía más, un aullido brotó desde el fondo de su garganta y sus dedos pararon de moverse por el clítoris y todas las vocales del mundo se transformaron en un único sonido. Se había corrido. Tras varios segundos de silencio, me desmontó. Por sus piernas, por su coño, se deslizaron diminutas gotas de semen. Sus labios estaban rojos, hinchados, y sus dedos recogieron una especie de hilo blanco que se llevó a la boca mientras me miraba, me sonreía y se encaminaba hacia el baño.

El agua de la ducha, la posborrachera, la sed, unas palabras descompuestas y sin guion fueron el punto final. Se marchó tras dos besos y un «hasta pronto». Comencé a seguirla en Instagram antes de dormirme. «Quiero volver a verte en Barcelona», le dije. «Quién sabe», respondió mientras su recuerdo se perdía por el pasillo.

Al día siguiente, el coche me recogió quince minutos más tarde de la hora prevista y casi pierdo el tren, pero no me hubiese importado. Tan solo hubiera querido follarnos otra vez.

21

Grecia

Ella

Se cumplía un mes desde su entierro.

Por la mañana, mi madre estaba impaciente, moviéndose de un lado a otro por la casa, limpiando, colocando, arreglando todo. Quería que estuviese perfecto para cuando ella viniera. Yo cumplía sus órdenes sin rechistar.

Papá permanecía sentado en el sofá, sin hacer ruido, sin interponerse.

Ella llegaría a las doce. Sería puntual.

Comenzamos a cocinar desde las siete de la mañana, estábamos preparando la comida de la Misericordia: pescado, guarniciones de patatas, arroz, *moussaka*, *fasolada*, *spanakópita* y *horiatiki.* También elaboramos una cesta de pan y una bandeja de quesos y aceitunas. Mi madre había conseguido varios vinos Mavrodafni y una botella de Metaxa. Vinos que yo no conocía. Para el postre conseguimos un bol de *paximathia*, que serviríamos con el café. Todos esos nombres los sé porque mamá los repetía como si fuera un mantra.

Luego colocamos los platos sobre la mesa y tuvimos que añadir una supletoria para que entrasen todos. En la pequeña colocamos el aceite de oliva, prosforon y *koliva.*

La comida y la religión fueron las únicas cosas que mi madre se había traído de su hogar.

Ella debía encontrarlo colocado cuando llegase.

Luego nos duchamos, nos vestimos con nuestras mejores galas y a

las doce menos cuarto estábamos esperando detrás de la puerta de casa a que sonase el timbre.

Papá movía las manos y mamá, el pie derecho.

Yo traté de mantenerme quieta, con la mirada al frente.

La casa olía a incienso y el ambiente estaba sumergido en una solemnidad completa.

Sonó el timbre.

Mamá carraspeó, deslizó sus manos por el cuerpo para colocarse el vestido y abrió la puerta sin decir ni una palabra.

Cuando apareció, llevaba un vestido de flecos beis, ancho, con un corte que quedaba un poco más abajo de la rodilla y con unas lentejuelas muy pequeñas y discretas, pero que conseguían un brillo fugaz cuando se movía. Era un vestido de Marina. Llevaba el pelo suelto y, al acercarse, sentí su perfume. Era el mismo olor.

Primero saludó a mi madre.

Ella la estrechó entre sus brazos durante varios segundos e hizo que la escena resultase un tanto incómoda para todos. Pero el dolor era más poderoso que la incomodidad.

Mi padre fue más frío y la soltó enseguida.

Yo le di dos besos y, cuando me iba a apartar, mi madre me miró y entendí que también debía abrazarla. Fue tan fugaz como una puerta cuando se cierra.

Había pasado: mi hermana estaba de vuelta en casa.

22
Éxito literario
Él

Mi agente me escribió para darme la noticia. «Una editorial muy importante de Estados Unidos nos ha contactado para publicar la novela. Estamos ante una oportunidad increíble. ¡De aquí a Netflix! Cuando estés activo, llámame y te cuento todos los detalles».

La casa estaba en silencio. Parecía no estar habitada por ningún cuerpo vivo ni por ningún objeto. A falta de luz, todo era vacío. Me había quedado tumbado sobre la cama, con la vista fija en un punto incierto del techo, petrificado. La pantalla del teléfono se apagó. Cualquier otro escritor se habría alegrado porque, sin duda, aquella era una gran oportunidad. Entrar en el mayor mercado del libro no eran palabras baladíes. Una vez me comentó un colega que, si triunfabas allá, tu carrera se podía dar por completada ya que podrías estar sin escribir, tranquilamente, diez, quince años. Aunque me pareció que exageraba, también era consciente de que había algo de verdad en sus palabras. Aceptar esa propuesta implicaría correr el riesgo de que me descubriesen. Ya me dijeron muy bien lo que ocurriría y las consecuencias que tendría, cosa que me aterrorizaba, y, por otro lado, para rechazarla necesitaba un motivo de peso que, en aquel momento, no tenía. «¿Qué debo hacer?, joder».

23

Volver a casa

Ella

Nos sentamos todos a la mesa, aunque mamá se tuvo que levantar porque sonó el timbre de nuevo.

El cura de la parroquia había llegado para celebrar la misa del mes, algo que era típico en la religión ortodoxa.

Lo recordaba del funeral, aunque había adelgazado. «¿Estará enfermo?», pensé.

Saludó cordialmente y empezó a orar. No entendía nada de griego. Su voz era gruesa, pesada, y apenas movía los labios. Aun así proyectaba bastante, tanto que me dio vergüenza pensar que en ese momento podría pasar alguien por delante de casa y escucharlo. Llevaba una cruz en la mano mientras rezaba. Nos teníamos que santiguar a cada rato. La botella de vino y de aceite estaban abiertas. Temí que se derramaran por un golpe desafortunado. Luego agarramos todos un plato de *koliva* y los tres, mi madre, el cura y la chica, cantaron el *vichnaya pamyat* mientras lo balanceábamos. Todos rodeábamos la mesa y yo observaba, pues temía que se apagase la vela que había en el centro.

Mi madre, colocada a su derecha, tenía el rostro pálido.

Ella permanecía cabizbaja, con las manos entrelazadas.

Luego rezaron un padrenuestro, también en griego, y ese fue el final de la ceremonia.

Lo invitaron a quedarse para la comida, pero el cura declinó la oferta alegando que tenía otros compromisos.

Mi madre lo acompañó hasta la puerta y le tendió un billete de cincuenta euros que él se guardó en el bolsillo de la sotana.

Regresó a la mesa y ya, por fin, sonrió:

—Comamos, venga —dijo mientras extendía las manos sobre los platos.

Ni papá ni yo hablamos más de la cuenta.

Ella era el centro de la conversación, aunque todos tratamos de no incomodarla mucho.

Aquella muchacha que llevaba puesta esa ropa, ese perfume y que tenía casi el rostro de mi hermana era una de las feligresas de la parroquia a la que mamá acudía cada domingo. La recuerdo del funeral. Era la más joven de las señoras. Era un poco más baja que mi hermana y sus manos parecían estar muy trabajadas.

Como marcaba la tradición, probó un poco de cada uno de los platos y en un momento dado se levantó para ir al baño. Mi madre la acompañó y mi padre y yo no supimos de qué hablar.

Yo agarré el teléfono, abrí WhatsApp, busqué a Pablo y le escribí: «Hoy se cumple un mes desde que ha muerto».

Pero me arrepentí después de darle a enviar.

Él me contestó antes de que regresaran: «Si, la tngo presente y la echo muxo d menos». No soportaba su tristeza. Ni sus faltas de ortografía.

«Puedes escribirme siempre que quieras», le contesté.

Luego dejé el móvil, porque escuché sus pasos acercándose.

El resto del almuerzo transcurrió entre silencios incómodos y comida a raudales. Aquella pobre mujer parecía que iba a vomitar en cualquier momento. Pero se mantuvo firme, sumergida en su papel.

Quise odiarla, pero solo sentí una leve aversión; era una pobre desgraciada a la que compadecía, porque parecía que la mejor actuación de su vida sería hacer de mi hermana muerta.

Comía como una rata, a bocados lentos y pequeños. Bebía de la copa de vino como si fuera una adolescente que tuviera miedo de emborracharse. Se hacía pequeña cada vez que mi madre le dirigía la palabra. Hablaron sobre su vida en Madrid y sobre su trabajo en el despacho. Aunque ella no tenía la convicción de mi hermana y dudaba

de qué respuesta dar ante las preguntas de mamá. «¿Cómo se puede ser tan ridícula?», pensé. Y todos siguieron comiendo.

Cuando se fue, tuvimos que abrazarla de nuevo. Y me pareció tan frágil que me dio asco.

Un coche la recogió en la puerta y enseguida se esfumó.

Me fui a mi dormitorio después de recoger la mesa, fregar los platos y comprobar que mamá no me necesitaba para nada más. Quería seguir escribiéndome con Pablo.

«Perdona, estaba ocupada con una cosa», le dije mientras me dejaba caer sobre la cama, agotada.

«Tranquila. Cmo lo ests llevando?», preguntó él.

Mis manos tecleaban rápido, como si tuviese clara la respuesta. «Bien, tratando de seguir adelante, es difícil, pero siento que todavía sigue muy presente y, es raro, a veces siento que vive a través de mí».

«M gustaria pedirte algo. N lo e hecho hasta ahora, porque me ha dado muxa verguenza, pro necesito decirtelo, ya m gustaria ir a verla».

Un silencio.

Prosiguió su mensaje: «Siento l necesidad d despedirme de ella, sabes? De decirle un ultimo adios. Crees que sera posible???».

Lo cierto era que mi familia había sido muy discreta con el entierro. Mi madre decía que no quería que nadie se alimentase de nuestro dolor, que la desgracia solo traía la compasión y ella no quería dar pena.

«Sí, puedo ayudarte con eso», le dije. «Déjame organizarme y te propongo un día de esta semana».

Él me contestó con un corazón y, antes de cortar la conversación, me puso un «gracias».

24
La intimidad de la voz
Él

Mi móvil sonó y respondí sin mirar la pantalla. Al principio no distinguí el sonido, tampoco lo que decía. Sonaba como si el interlocutor estuviera en una sala con decenas de personas hablando de fondo mientras empleaban palabras irreconocibles. Pero traté de centrarme y entonces me pareció que era la voz inconfundible de Agustí Vilacans. ¿Qué? ¿Cómo habría conseguido mi número? Como si fuese una linterna que alumbrase en la oscuridad, sus palabras eran cada vez más claras y exactas:

—Sé lo que has hecho, sé lo que has hecho, sé lo que has hecho —decía más fuerte y claro.

Me mareé y quise colgar, pero no pude.

Y luego, junto a la suya, apareció otra voz, la de mi padre, tan firme y dolorosa:

—Sé lo que has hecho, sé lo que has hecho, sé lo que has hecho.

Me horrorizaba, me asustaba sentirme tan desnudo, tan expuesto, tan indefenso. Las palabras sonaban como una cinta que nunca paraba, infinita.

Y luego, al mismo tiempo que las otras dos, escuché la voz de mi agente:

—Sé lo que has hecho, sé lo que has hecho, sé lo que has hecho.

Me asusté. Traté de alejar el móvil de mi oído, pero era como si mi mano estuviera pegada a mi rostro. Intenté incorporarme de la cama y no pude. Estaba inmóvil. Lo peor de todo era que tampoco podía

defenderme; me había quedado tan mudo como un muerto. Y, entonces, como un coro, sonaron las tres voces al mismo tiempo:

—Sabemos lo que has hecho, sabemos lo que has hecho, sabemos lo que has hecho.

Y gritaban, estallaban contra el auricular, se metían dentro de mi cabeza y me golpeaban cada una de las terminaciones nerviosas. Era insoportable. Y, cuando parecía que al fin se callarían, que iban a permitirme explicarlo todo, que podía defenderme, el teléfono vibró sobre la mesilla y me despertó…

Francisco Gámez me invitaba a la presentación de su libro en un evento íntimo, para amigos, en el Círculo de Bellas Artes.

25

Sigue aquí

Ella

Me duché, me apliqué una sombra en los ojos y les di un poco de color a los pómulos. Elegí un pintalabios con un tono suave. Me recogí el pelo en un moño y me eché crema por todo el cuerpo. Luego me puse el conjunto de ropa interior de Marina.

Me vestí con un vaquero, unos zapatos y el jersey blanco que al sacarlo del fondo del armario impregnó, nuevamente, mi habitación con su olor.

¿Lo reconocería él?

Luego me puse un plumón que me desabrocharía en cuanto nos viésemos.

Habíamos quedado en encontrarnos en la puerta del cementerio. Me parecía el lugar más seguro.

Salí de casa con cautela, como si tuviera miedo a algo desconocido. Sentía que incumplir el deseo de privacidad de mi madre me convertía en una delincuente.

Mientras caminaba por las calles desiertas del pueblo, advertía decenas de miradas tras las ventanas espiándome.

Cada vez que doblaba alguna esquina, me parecía ver a mi madre al final de la calle.

Traté de apresurar el paso y no mirar más allá de la punta de mis pies.

Aunque hacía sol, era una mañana fría y seca.

Tras abandonar la zona de las casas, enfilé por una calle desierta

que cruzaba un descampado, con árboles desnudos y adoquines helados.

En el aparcamiento había un Ford Focus gris. Por la ventana divisé al único ocupante, que miraba el teléfono móvil sin darse cuenta de mi presencia.

Me desabroché el abrigo y sentí la helada en todo mi cuerpo.

Me acerqué y me pegué al cristal.

Se sobresaltó cuando me vio y se le cayó de las manos. Tuve ganas de reírme, pero no era un buen momento.

Abrió la puerta y salió.

Iba vestido con un pantalón vaquero, apretado, que no le cubría los tobillos, una camiseta blanca con letras rojas y una chaqueta North Face, que le quedaba muy justa.

—Joder, qué impresión —dijo.

Sonreí levemente.

«Si le ha gustado mi hermana, por qué no podría gustarle yo», pensé.

Y me sobrecogí.

—Lo siento —dije.

Él se quedó boquiabierto durante varios segundos. Como un turista que ve el Everest por primera vez.

—Sí, además tenemos la misma voz. Gracias por venir, seguro que mi hermana se alegra de vernos juntos.

Ignoraba si eso último era verdad.

Era un poco más alto de lo que parecía en las fotos y también más guapo. Tenía el pelo repeinado hacia atrás, en un tupé que acababa recogido en una especie de coleta en medio de la cabeza, y destacaban dos lunares en el cuello. Era un chico atractivo, aunque bastante básico en su forma de vestir y de ser. No pude evitar fijarme en sus dedos largos —tenía varios sellos de oro— cuando me puso la mano en el hombro para darme dos besos.

—Qué impresión da verte, es alucinante. Es como si ella siguiera aquí.

Sonreí.

—Es que sigue aquí.

Él se quedó desconcertado, porque no lo entendió.

Le señalé la entrada del cementerio invitándolo a seguir.

«¿Habrá reconocido su perfume en mi cuello al besarme?», pensé.

Nos movimos entre los mausoleos familiares. El sol filtraba sus rayos entre las cruces y algunas inscripciones brillaban con un amarillo intenso.

«Marina Marchante Georgiou» era el nombre más reciente.

Era la primera vez que volvía a su tumba tras el entierro.

Me impresionó saberla metida dentro de una caja cubierta de tierra e imaginarla descompuesta, con agujeros en el rostro y cientos de larvas comiéndose sus tripas.

Pablo se echó a llorar.

Me dio lástima y le puse una mano en el hombro.

Él se agarró a mí y me abrazó inesperadamente. Sus brazos rodearon mi espalda y sentí su torso fuerte que se apretaba contra mi pecho mientras hundía la cabeza en mi cuello.

Sollozaba.

Dentro de mi estómago, como si fuese un incendio en un pajar, unas llamas invadieron todos mis órganos en un instante.

Cerré los ojos y me dejé llevar.

Reposé los dedos sobre su nuca. Subía y bajaba mi palma en un movimiento torpe, aunque así afirmaba mi presencia.

Sentía su pecho agitándose de manera intermitente.

Mis piernas iban a desfallecer dejándome caer sobre la tierra para que el peso de su cuerpo reposase sobre el mío. Pero entonces él se apartó y se quitó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Me dejas a solas un momento, por favor?

—Claro, cómo no —dije, abatida.

La intimidad.

Caminé agitada y excitada hacia la salida del cementerio.

Había una parte de mí que reclamaba el derecho a ceder frente al impulso de la carne, a ser débil y a pensar en la posibilidad de que quisiera consolar su dolor conmigo, en que buscase aquí la respuesta más cercana a la pregunta que siempre sobrevenía en estos casos: por qué tuvo que ser ella.

También sentí celos y no me avergonzaron.

Al cabo de un rato apareció bajo el arco de piedra de la entrada.

Tenía la cara hinchada y los ojos rojos.

Yo estaba apoyada en el capó de su coche, pero me incorporé al verlo.

Frente a frente, me volvió a dar las gracias y a pedirme perdón por haber llorado. Le daba vergüenza.

Me dio ternura.

—¿Te llevo a algún lado? —preguntó.

—Bueno, si te apetece ir a tomar un café… —le dije.

La invitación le pilló por sorpresa.

—Ah, sí, vale, claro —respondió a trompicones.

Subí a su coche. Olía a ambientador y no estaba del todo limpio: había arena en la alfombra, embalajes de sándwiches y latas abandonadas.

¿Alguna vez habrían hecho el amor en los asientos traseros?

Hubo un silencio incómodo.

—Perdona, no me ha dado tiempo a pasar por el autolavado. Es que he estado en una competición de *muay thai* en Murcia y me lo han dejado así los chavales.

Otro silencio.

—Eh, bueno, ¿adónde vamos? No conozco nada por aquí.

Le dije que arrancase, que yo sí.

Durante el trayecto solo hablamos para darle las indicaciones.

Él estaba incómodo y algo nervioso, porque estuvo a punto de equivocarse de salidas un par de veces.

Fuimos hasta una gasolinera donde había una zona con un servicio de cafetería y cuatro mesas. Junto a ella, había un asador al que solía acudir con mis padres cuando había algún bautizo o alguna boda. En la parte de atrás tenía un gran salón y la gente solía alquilarlo, porque estaba en medio de la nada y era bastante barato. También tenía un jardín y los novios lo decoraban con todo tipo de elementos que a mí me daban vergüenza.

—Es aquí —dije.

Él aparcó el coche y salimos casi al mismo tiempo.

—Marina solía venir a este asador con mis padres cuando había algún bautizo o alguna boda. En la parte de atrás tiene un gran salón y la gente suele alquilarlo porque está en medio de la nada y es bastante barato. Además, también tiene un jardín y los novios lo decoran con todo tipo de elementos que a mí me encantan, pero a ella le daban vergüenza.

Nos sentamos en unas sillas próximas a la ventana.

El sitio estaba vacío.

Se acercó una chica menuda que vestía un polo negro y una gorra naranja. No la conocía.

—Dos americanos —dije.

—Entendido.

Era difícil hablar.

Pablo parecía estar perdido en algún lugar de su pensamiento.

—No pude evitar ver que mi hermana y tú hablabais mucho —le dije.

—Sí.

—Pero ¿erais pareja?

—A ver, pareja como tal no, yo iba un poco más rápido que ella, ¿sabes? Es que ella estaba hasta arriba de curro siempre, ¿sabes?

Silencio.

—Perdona, es que me resulta mazo de raro todo esto. Eres idéntica a tu hermana. ¡Incluso lleváis el mismo puto jersey! Se lo regalé yo, ¿sabes? —prosiguió.

—Sí, mi hermana y yo compartíamos todo. Pues fíjate si le gustó que me regaló uno idéntico esta pasada Navidad. Es raro que nunca te haya hablado de mí. Pero yo creo que no lo hizo, porque le daba miedo que yo te gustase más que ella. —Y cuando dije eso sonreí y tendí mi mano sobre la suya.

Él también sonrió y se puso colorado. Entonces vi que sus labios estaban algo morados por el frío.

—Tranquilo, no te voy a comer, era solo una broma —dije tonteando.

Pero él retiró la mano.

—No sé muy bien qué decirte.

—¿Me puedo sincerar contigo?

Se enderezó sobre la silla.

—Mira, me da la sensación de que en el fondo tú y yo estamos conectados. Me gustaría saber algo más sobre ti…

Clavé mi mirada en la suya. El brillo de mis ojos no mentía y el pudor había desaparecido. Sentí un impulso fuerte que se apoderó de mí. Y me decidí a perseguir mi instinto, a conquistar el deseo que siempre había encerrado. Quise ser valiente, como ella.

—He leído algo de vuestra conversación… Y he visto que os pasabais algunas fotos, «bestia»…

Él se tensó:

—¿Qué? —me interrogó elevando la voz por encima del tono.

—Que si quieres puedes seguir enviándole esas fotos.

Pareció no comprender nada:

—Qué estás diciendo o, mejor dicho, qué coño estás queriendo decir.

Apoyé los codos sobre la mesa.

—Vi tus fotos desnudo y tus vídeos masturbándote. Mi hermana tenía buen gusto, desde luego.

Mi memoria volvió, fugaz, hasta ese lugar repleto de deseo y mis braguitas se empezaron a mojar tímidamente.

—Estás enferma —respondió mientras se levantaba—. Estás enferma, joder. No me puedo creer que esto esté pasando. Cómo puedes estar pensando en algo así.

Se incorporó de un salto y agarró la chaqueta para ponérsela.

La chica levantó la mirada y la dirigió hacia nosotros.

—No te vayas, podemos entendernos. ¿No te gusto? Somos iguales, ¿no lo ves?

Me fulminó con una mirada de asco.

—Es flipante, chavala. Estás puto loca. Olvídame, puta loca.

Y se marchó.

Me quedé petrificada, tan parada como las manillas de un reloj sin pilas.

Entretanto, ella trajo los dos cafés, que dejó discretamente sobre la mesa.

Me dieron asco sus manos hinchadas, sus uñas mordidas.

Me levanté de la mesa y los tiré al suelo.

Pero ella no dijo nada, se quedó quieta.

Lancé un billete de diez euros sobre la mesa y salí.

El coche había arrancado. Olía a gasolina quemada.

Pensé que los hombres como él nunca dirían que no a algo fácil.

—Creí que serías bueno conmigo, que me llevarías hasta el asiento trasero de tu coche —grité.

—Das pena —respondió mientras pasaba a mi lado, con la ventanilla bajada, antes de perderse en la inmensidad del aparcamiento primero, en la inmensidad de la carretera después y en la grandeza del mundo finalmente.

26
El niño de cristal
Él

Sentía el cuerpo como si me hubieran golpeado con una barra de hierro. Me pesaba, me dolía y más que andar parecía que me arrastraba. No me alivió la ducha. Tampoco lo hizo el desayuno. Vagaba por la casa como un zombi, tambaleándome, apoyándome contra las paredes, pero no estaba enfermo. Tan solo era la culpa, una culpa consciente que hasta aquel momento se había mantenido bien resguardada. Sin embargo, ahora me estaba arrasando como la lava de un volcán. Al fin y al cabo, no lo había plagiado tanto, solo había cambiado los nombres, los párrafos, había adaptado la historia a una que pudiese leerse en España, había rehecho la psicología de los personajes y le había dado otra forma a sus vidas. Yo había creado un cuerpo nuevo, ¿o es que acaso no había otras historias en el mundo sobre mujeres de la limpieza? No tenía nada que temer; por ejemplo, había un montón de libros escritos sobre la Guerra Civil o la Segunda Guerra Mundial, con protagonistas similares y tramas que se repetían. Además, ¿no todas las historias de amor eran siempre la misma? Tenía todo el derecho del mundo para hacer lo que hice. Debía llamar a mi agente y aceptar la propuesta de América, debía vestirme y acudir a la presentación del libro de Francisco —seguro que él también se había inspirado en algunos libros para escribir el suyo—, debía mostrarme con la misma entereza con la que me había comportado hasta ese momento. «Sí, soy inocente, señoría».

Sabía que la culpa me podía y busqué una manera de aliviarme, de

sentirme limpio. Llevaba posponiendo la llamada varios días, pero era algo que debía hacer. Recuperé su número en el chat de WhatsApp que mantenía con mi madre; ella había intentado en alguna ocasión que llamase. Antes de contactarla, respiré profundamente.

—Buenas tardes, Mihaela, ¿cómo va todo? —le dije en un tono amable con una dicción lenta y perfecta.

—¡Chico Valentín! ¡Qué bien escucharle!¡Qué sorpresa! Yo no tener su teléfono y pensar que llamar seniora madre.

Me sorprendió que, aunque hubiera pasado el tiempo, ella hubiera reconocido mi voz.

—Pues ya ves, esta vez te llamo yo. ¿Cómo va todo? —pregunté siendo consciente de su respuesta—. Pensé que no me reconocerías.

—Ay, chico Valentín, tu tener voz inconfundable. Ahora ser mal momento… Ahora en hospital. ¿Usted saber lo de mi hijo Georgian? Él llevar casi dos semanas internado, enfermo, y ahora toca resar a Dios y tener pasiensia. No saber qué pasar, él seguir mal. Ser solo ninio pequenio, inocente…

Se le cortó la voz y noté un tambaleo en los sonidos que salían de su garganta.

—Sí, precisamente por eso te llamo. Mi madre me lo ha dicho todo. Lo siento mucho, Mihaela…

Hubo un silencio en el que ella se recompuso.

—Seniora portar muy bien con nosotros porque yo llamar y ella enseguida ayudar. Tú no desir senior porque él enfadar.

En los últimos años, mi padre quería tener controlado cada euro que salía y entraba de casa, pero mi madre siempre se las apañaba para tener sus ahorros. No eran muchos, pero sí los suficientes como para sacarla de un aprieto. Supuse que lo había cogido de ahí.

—No, tranquila, ya lo sabía. —Era mentira—. Mira, te llamo porque yo también quiero ayudar. Necesitáis más dinero, ¿verdad?

Un silencio.

—Yo no saber qué desir… Aquí sistema sanitario público, pero nosotros tener pagar y comprar hasta sábanas de cama. Pagar médicos y enfermeras porque si no tardar en cuidar. Todo ser costoso y nosotros no trabajar porque estar aquí. Y tratamiento ninio caro, venir

desde Italia y Austria. Nesesitar dinero, pero vergüensa de pedir a usted, chico Valentín… Su madre ser bendisión de Dios.

—No te preocupes por eso, Mihaela. Lo he estado pensando y quiero devolverte algo del favor que tú nos has hecho durante tanto tiempo. Siempre has sido muy buena con nosotros y los tres hermanos somos lo que somos, en parte, gracias a ti.

—Ay, chico Valentín —dijo emocionada—. Tú hablar como todo un hombre. ¿Cuántos años tener ahora? ¿Treinta y cinco, cuatro, seis…? Yo no saber cómo agradeser todo. Por WhatsApp voy enviar facturas para que tener todo.

Enseguida la corté para que entendiese que mi confianza en ella era absoluta, que no hacía falta nada.

—Tú nos has enseñado a ser buenas personas, Mihaela. Estoy seguro de que tú harías lo mismo por mí si fuese al revés.

Ella comenzó a llorar al otro lado del teléfono. Se sorbía los mocos, aunque intentaba que su voz se mantuviera todo lo firme que podía.

—Mi familia y yo resamos a Dios por su familia, muy generosidad…

No recordaba haberla escuchado llorar jamás. Ella siempre nos había educado para ser fuertes, para aguantar y para salir adelante. Me dolía sentir su debilidad.

—Pero tú cómo estar, madre desir que ser escritor…

Me gustó que Mihaela me preguntase eso. Le dije que sí, que me había hecho escritor, que ya no iba a volver a la empresa familiar, que había ganado un premio muy importante a principios de año.

—Yo saber que tú tener sensibilidad porque yo ver eso en cómo tocar cosas, chico Valentín —dijo.

Hubo un silencio. Era como si estuviera viviendo dentro de mi novela, afrontando uno de los tantos dramas que asolaban a mis personajes. A pesar de las circunstancias, me reconfortaba mucho volver a sentir a Mihaela cerca. Era, de alguna manera, mi salvavidas. Ella podría ayudarme en caso de que estallase todo, ella podría ser la clave de que aquella historia que escribí fuese verdad, de que, en realidad, fuese mía.

—Oye, antes de colgar te quiero pedir otra cosa. Es una tontería, pero ¿me puedes mandar una foto de Georgian?

27
Viaje astral
Ella

Me puse su ropa: un vaquero de talle alto que no me quedaba tan ajustado como me hubiera gustado, pero tampoco me quedaba mal y un suéter rojo básico, adornado con canalé en el cuello y en las mangas.

Mi piel era más blanca y mi pelo suelto y largo, recién peinado, me cubría la abertura que la blusa tenía en la espalda.

La luz del baño resaltaba mis pómulos y mis ojos parecían más claros y grandes. Me pinté los labios con un rojo igual de intenso que el que llevaba ella. Me coloqué las hombreras y me ajusté algunas arrugas de las mangas.

Delante del espejo me veía una mujer diferente a la que era, me veía como esa mujer que soñaba ser cuando era pequeña. Una más vivaz, más alegre, con un futuro y una carrera y un trabajo digno. Me veía una mujer resplandeciente, atractiva, sensual, me sentía la actriz más importante de mi vida: «Mañana tengo que coger el coche para regresar a Madrid e ir al Corte Inglés para comprarme un vestido, porque tengo una gala. Debo ir al juzgado a defender a un cliente millonario y recoger a mis perros de la guardería. Qué ganas de quedar con ÉL para cenar, para ver las estrellas desde mi ático de Lavapiés y para bailar desnudos bajo las sábanas».

Deseaba ser esa mujer que habitaba dentro de mí. Sí, debía aceptar que, a partir de ahora, esta era mi nueva belleza.

Agarré el teléfono y me hice una foto.

Y luego otra y otra y así hasta quedarme satisfecha.

Me picaba la piel.

Había decenas de hormigas moviéndose por mis extremidades.

Tardé un rato en seleccionar la que más me gustaba, le añadí un filtro y la retoqué, aunque no mucho. Me veía guapa, llamativa, sensual.

Luego me fui corriendo a su cuarto y me desnudé. Intenté colocarlo todo de tal manera que mi madre no viese ninguna huella; ella se pasaba largas horas en su habitación, encerrada.

Luego regresé a mi casa y la puerta roja me pareció menos roja, como si ella también se estuviera transformando en aquello que siempre había querido ser.

Abrí Instagram: @MarinaViajera1.

«Viaje astral», escribí.

Publicar.

28
El triángulo decoroso
Él

En el taxi, de camino al Círculo de Bellas Artes, llamé a mi agente para decirle que no firmase el contrato con los americanos por menos de cien mil euros. Y que su comisión debía ir aparte.

—Entendido —me dijo.

El salón estaba abarrotado. En una esquina, una mujer estaba vendiendo varios ejemplares. Entre las columnas vestidas de mármol había unas mesas altas y casi todas estaban ocupadas. Por la sala circulaban multitud de caras conocidas: periodistas, escritores, políticos, gestores culturales… Parecía que todo el mundo estaba presente. Y entre todos ellos divisé a Francisco, con su pelo blanco y su barba tupida, moviéndose con cariño, con afecto. Estaba en su salsa, saludando, besando y abrazando a los asistentes. Busqué un refugio en una esquina. Sería mejor no llamar mucho la atención.

Agarré una copa de vino y perdí la vista entre la gente por unos instantes. Ciertamente, Paco —así lo llamaban los amigos— parecía un buen hombre. Me quedé sorprendido con el poder de convocatoria que había tenido y me dio algo de envidia, porque yo jamás hubiese reunido a tantos. Aunque era de los asistentes más jóvenes, no desentonaba en aquel paisaje. Probablemente, algunos de los periodistas presentes habían criticado mi obra y también me constaba que ciertos autores habían dicho en los círculos más íntimos que lo mío había sido y era cuestión de suerte, que tan solo era una moda, que las verdaderas carreras se creaban con el paso del tiempo. Y me

constaba porque todos asistíamos a reuniones para guardar las apariencias y a ser posible para poner a parir al otro, con elegancia siempre. Di un trago largo a la copa de vino.

Entonces apareció junto a mí, por arte de magia, Carmen Lara.

—Cómo usted por aquí, querido Valentín Segura —interrumpió mientras se acercaba para darme dos besos.

—¿Acaso los escritores malditos no salimos en busca del primer lugar donde podamos beber gratis? —dije, juguetón.

—Tú de maldito tienes poco, querido. Qué bien está funcionando la novela. —Y colocó un brazo sobre mi hombro mientras me sonreía, cómplice.

—Sabes que ahora mismo hay decenas de miradas sobre nosotros, ¿no?

Pero a Carmen parecía no importarle mucho.

—Vaya, ¿qué ha ocurrido, ahora ya no te importa que nos vean, querida?

Entonces ella se tapó la boca con la mano derecha y, casi susurrando, respondió:

—Es que ahora tengo pareja y me siento intocable. Bueno, ahora y también antes, aunque eso tú no lo sabías. De hecho, aquí está… Ahora sí es público.

Francisco apareció entre la multitud con una amplia sonrisa y me tendió la mano. Me quedé de piedra.

—Qué alegría que hayas venido, compañero.

Mantuve cierta distancia protocolaria e intenté no mostrarme desconcertado.

—Ya imaginaba yo que estos saraos no te iban mucho, así que supongo que el esfuerzo ha sido doble, pero, entre tú y yo —y se acercó a mi oído—, la mitad de los que hay aquí han venido solo por la comida, la bebida y para que los vean. Pero tú no te preocupes, conmigo estás en casa. —Su mano se posó sobre mi brazo y una sonrisa asomó en su rostro. Carmen aprobaba todo lo que decía—. Y, además, sé que Carmen te va a cuidar si te metes en algún fregao. —Y le dirigió una mirada compañera.

—Tienes razón, no soy mucho de fiestas literarias.

Me hubiera gustado decirle que sentía que todos me juzgaban cuando me miraban, que era como si estuviera en deuda con ellos por el hecho de vender más libros o por ser más conocido. Pero no dije nada, el descubrimiento que me acababan de hacer me tenía noqueado.

—En todo caso, me viene bien estar fuera de casa, necesito despejar la mente —zanjé.

Pero Francisco se mostró preocupado por mi tono serio.

—¿Qué ha ocurrido?

No me esperaba que mostrara interés en mí. Entretanto, Carmen también me miraba atenta. Por un instante dudé si decirlo, si soltarme, pero intuía que me vendría bien un consejo. Al fin y al cabo, ambos eran figuras importantes en el panorama. Sin embargo, no me salía ni una palabra en aquellos momentos.

—Bueno, antes de que contestes, vamos a hablar ya del tema para que te puedas explicar con soltura y dejes de tener este cuerpo tan rígido —dijo ella. Él aprobó—. Verás, querido, Paco y yo llevamos juntos muchos años. Hemos pasado por nuestros más y nuestros menos y ahora estamos en nuestro mejor momento. Pero hay algo que nos separa y que es imposible que nos haga vivirnos…, ¿cómo decir?…, plenamente. —Él mantenía una sonrisa formal y con ese gesto aprobaba cada palabra de su discurso—. Y ese algo se llama edad. Aunque no lo parezca, nos separan casi treinta años. Para sanar, por así decirlo, esta distancia, nos permitimos ciertas licencias y libertades. Sobre todo Paco, claro. Él sabía desde el primer momento lo nuestro.

—Culpable —acusó el hombre.

—No quise decírtelo en el primer momento, porque no quería asustarte y actué de forma egoísta. No te creas que hay mucha gente atractiva y, además, con talento en este mundillo. Tú nos llamaste la atención desde el primer instante. No pudimos resistir a tu… inexperiencia. Casi siempre solemos buscarlo fuera, pero esta vez fue diferente, bien lo sabes —prosiguió Carmen.

—A nosotros nos une un amor profundo, un querer espiritual, mental, platónico; el sexo es el arma de los pobres —quiso explicarme

Paco—. Nosotros estamos alejados de todo aquello. No me entiendas mal, tenemos nuestro deseo y nuestro placer, pero lo activamos con otros mecanismos… diferentes, únicos —terminó la frase.

No supe qué decir. No sabía muy bien si estar cabreado porque me habían usado o, por el contrario, estar agradecido porque me habían hecho parte de su historia.

—Decidimos cortar porque no queríamos que esto afectase a tu carrera. A nosotros nos da igual, porque casi todo el mundo ha aceptado quienes somos, aunque tú no lo supieras, pues esto que tenemos es un secreto a voces. Aunque valoramos que se haya quedado solamente en este mundillo y no haya trascendido al público en general. Ya sabes, no hay nada mejor para un escritor que cuidar su privacidad. Cosa que no pasó con lo nuestro porque ese insípido, Agustí, decidió que era algo digno de saberse. Si hubiéramos dejado que todo siguiera igual, ¿habrían entendido los lectores esta relación a tres bandas? Y, además, ¿la habrías aceptado tú? —divagó.

—En fin, son solo conjeturas, ahora que ya lo sabes todo, vamos a brindar y luego nos cuentas qué te ocurre —pidió Carmen.

Me habría encantado beberme la copa de un trago, pero me contuve. Respiré, me recompuse y lo solté como si todo lo que me habían contado formara parte de otra película que no quería ver en esos instantes.

—Me han ofrecido publicar en Estados Unidos y, bueno, aunque he dicho que sí, estoy acojonado. Es un mercado muy grande y pueden ser despiadados.

Una luz iluminó el rostro de Carmen. Tan bella, tan elegante.

—Pero bueno, qué maravillosas noticias —dijo, exaltada.

Francisco, en un tono más serio, comenzó a hablar:

—Es normal que tengas miedo. Si yo te contara… Hace años compraron los derechos de mi primer libro. En España había funcionado muy muy bien, nos pagaron una buena pasta y decidieron hacer una tirada grande para cubrir ese adelanto. Pues pasados unos meses teníamos un e-mail del editor diciéndonos que iban a destruir más de la mitad de los ejemplares, porque el libro no había terminado de encajar. No veas el cabreo. Pero no me sirvió de nada. Y entonces

aprendí que esta industria es como una epidemia; hagas lo que hagas, siempre te acaba tocando estar enfermo. Desde ese momento decidí que mi estrategia sería serme fiel, mantener un perfil estable, unos lectores suficientes para tener contenta a la editorial, pero también para no estar frente a los focos que, a veces, funcionan como un pelotón de fusilamiento. Ahora soy más de segunda línea que de primera. Pero, bueno, tú eres joven, es lo que te toca, amigo, enfrentarte y pelear. En todo caso, te cuento que el cabreo me duró un par de semanas. Y luego usé el dinero para comprarme un coche nuevo y ea…

Paco soltó una carcajada que Carmen acompañó ruborizada.

—Te lo agradezco mucho, yo creo que mi historia no va a encajar. El lector estadounidense es muy sensible y me preocupa que se la carguen desde el primer momento. Al fin y al cabo, soy un hombre escribiendo sobre mujeres que luchan por su libertad y los personajes son muy regionales. No he indagado mucho, pero seguro que ya han publicado algo parecido allí.

—Ya sabes lo que se comenta siempre: todas las historias ya están escritas, tan solo le damos el formato del tiempo en el que nos toca vivir —mencionó Carmen en un tono didáctico—. En todo caso no le des más vueltas a eso, tú preocúpate de tu siguiente libro —prosiguió.

Di otro trago al vino antes de confesarme:

—Bueno, ya estoy pensando en algo nuevo, aunque siento que no vale nada.

Pero Francisco sonrió irónicamente.

—Siempre suele pasar después de un bombazo. Ahora necesitas darte tiempo, aguantar el recorrido del último lo máximo posible y ganarle la partida a la editorial. ¡No tengas prisa!

Tenía razón, pero no pude dejar de preguntarme cómo haría para cumplir las expectativas y cuál sería el ingrediente para seguir enganchando a los lectores. Qué haría para volver a ser escritor. Sin embargo, no lo comenté, no quería transmitir más inseguridad. No era tanto una inseguridad en mi escritura como más bien la autoexigencia de querer ser el mejor, de querer cumplir mi sueño. Entonces nos interrumpió el jefe de prensa de la editorial. Muy sutilmente, colocó la

mano bajo el codo de Paco y lo invitó a seguir la ronda para cumplir con el resto de sus compromisos. Él le comentó algo al oído ante nuestras miradas. Carmen también debía atender a otros asistentes. Los dos se volvieron hacia mí. Antes de marcharse, Paco me volvió a ofrecer su amistad:

—Llámame cuando quieras, estaré encantado de hablar contigo sobre todos estos asuntos que te preocupan. A mí no me ayudó nadie en su día y me tropecé con muchas piedras que podría haber esquivado. Ah, y un último consejo, tras el tercer vino, lo ideal es marcharse de estas fiestas —dijo.

Entonces, su jefe de prensa me tendió un ejemplar de su libro, firmado y dedicado. Francisco me tendió la mano y Carmen me dio un abrazo y un beso. Luego se perdieron entre la multitud. Apuré la copa y salí por la puerta sin despedirme de nadie más.

29

Solo hay una sirena

Ella

Hasta ese momento nunca me habían interesado demasiado las redes sociales. Tenía una cuenta en Facebook y otra en Instagram, pero apenas las usaba y terminé por borrarlas.

Marina, por el contrario, había sido muy activa.

Ella había publicado prácticamente toda su vida: cenas, posts motivacionales, selfies, fotografías de viajes, canciones, sus rutinas en el gimnasio, noticias jurídicas… También había opinado acerca de temas controvertidos.

Pero nunca había colgado nada sobre mí o nuestra familia.

Lo sabía porque había recuperado todo el contenido de su cuenta original. Había más de dos mil archivos, que fui viendo uno a uno.

Mi madre me dijo una mañana que debía borrar todo lo que hubiese de ella en internet.

—No quiero que mi hija se quede ahí, como si no hubiera pasado nada.

Pero yo no podía deshacerme de su vida de esa manera.

No podía dejar de viajar por su mundo, no podía contener el impulso de querer saber más y más, de ser su espectadora y, al mismo tiempo, su estudiante. Como si fuese una biografía, ordené todo a través de las imágenes.

Había un vídeo de ella que me tenía fascinada.

Estaba en un barco, sentada en la proa, agazapada, abrazándose las rodillas. El viento le alborotaba el pelo y el sol le cegaba los ojos.

Entonces la cámara hacía un movimiento de zoom y se le veían unas pecas muy tenues sobre los mofletes. Estaba en una travesía por algún lugar del Mediterráneo. Y no aparecía nadie más, aunque por detrás se escuchaba algo de música y varias voces. En un momento puntual, alguien la llamaba. Ella giraba el rostro. Una vena se marcaba en su cuello y su cara dibujaba una sonrisa dirigida hacia la cámara. Mostraba sus dientes blancos y ese hoyuelo característico que se le marcaba. El vídeo era natural, nada impostado. Y a Marina se la veía feliz, pero sobre todo libre. Tras el saludo, volvía a girar la vista hacia el mar, a perderse en la inmensidad de sus pensamientos. Y ahí se cortaba.

Esa película me había atrapado de tal manera que no podía dejar de observarla, de analizarla cada día. Y todo resultó tan desalentador…

Otra vez era consciente de que yo no había vivido ni una décima parte de lo que lo había hecho ella. Yo nunca había mirado al mar de esa manera tan profunda. Yo nunca había salido a cenar al restaurante de moda, nunca había gritado en un concierto hasta dejarme la voz, nunca había reflexionado sobre mi vida ni había puesto en marcha un cambio.

Lo único que había hecho era conformarme.

Pero la vida no podía quedar así.

Y entonces decidí mostrarla al mundo de nuevo, darle una segunda oportunidad. O tal vez me la estaba dando a mí. Marina y yo seríamos una y nunca existiríamos la una sin la otra. No me importaban los mensajes de sus amigos. La mayoría no entendían qué estaba ocurriendo, pero pronto lo sabrían.

Y volví a publicar el vídeo, que era ella, pero en realidad era yo en @MarinaViajera1. Y ahora, por fin, lo había comprendido.

«Un día sin sonreír es un día perdido», escribí.

30
Los dos mundos
Él

Todos los cumpleaños de mi padre habían transcurrido de la misma manera: mis hermanos, mi madre, él y yo quedábamos en el restaurante La Ruta, en Pozuelo, para almorzar. Nos sentábamos en la misma mesa de siempre, él pedía los mismos platos de todos los años y nunca le cantábamos un cumpleaños feliz ni le dábamos regalos porque lo odiaba. Tras las conversaciones de rigor, él se levantaba para pagar la cuenta. Nadie protestaba. Cuando volvía ya sabíamos que debíamos irnos. Y así hasta el año siguiente.

Mi hermana fue la última en llegar. Nos saludó a todos con mucho cariño y cuando se acercó a mi padre le deseó un feliz cumpleaños abrazándolo fugazmente. Tuve la sensación de que olía ligeramente a alcohol.

—Perdonad, es que había mucho tráfico al salir de Madrid. ¿Habéis pedido ya el vino? Me apetece un Rioja, fijaos lo que os digo. Pero, bueno, papá, tú mandas.

Mi hermano y yo nos quedamos mirándola, algo sorprendidos por su entusiasmo. Papá hizo algo que no había hecho nunca. Levantó la mano y llamó al camarero, que acudió enseguida. Pidió un Marqués de Murrieta. En su cumpleaños siempre se tomaba vino blanco.

—Bueno, qué, escritor de éxito, cómo va la cosa, ya he visto que vas a publicar en las Américas, ¿cuántos ejemplares hay que vender para entrar en la lista del *New York Times*? —preguntó mi hermana.

Todos esperaron expectantes mi respuesta ante un silencio que se

llenó de miradas.

—Mínimo, diez mil —dije.

Sospechaba que nadie, excepto Helena, se había leído ninguno de mis libros. Era como si estos años no hubiesen existido para el resto de mi familia, como si la escritura fuese una enfermedad de la que no se hablaba porque hacerlo la haría real, vigente y dolorosa. Eso sentía cada vez que el tema estaba a punto de salir, que yo era el tema tabú.

—Bueno, hermana, ¿cómo va lo tuyo? —pregunté.

Apuró la primera copa de vino de un trago. Torció el gesto como si acabara de tomar un licor fortísimo.

—Bien, bien, aunque ya sabéis que el negocio de la música es inestable y haberles comprado su parte a mis socios me da mucha más responsabilidad de la que me gustaría. Pero, bueno, aquí el mejor empresario de todos es papá, ¿verdad? —dijo con ironía mientras se servía otra copa.

Como si fuese un partido de tenis, todos —salvo mi madre— dirigimos la vista hacia él. Pero solo se limitó a asentir con la cabeza y a mirar hacia la ventana, a un jardín que cada año parecía estar más descuidado. Mi hermana apuró el segundo vino mientras lo estudiaba de reojo. «Vaya, sí que ha empezado fuerte la mañana», pensé. «Y eso que acabamos de llegar», pareció decirme mi hermano con la mirada.

El camarero, que tendría unos setenta años, se acercó y mi padre pidió una ración de jamón, otra de queso manchego, una ensalada de tomate con ventresca, una ensaladilla rusa —a mi madre le gustaba mucho la de ese restaurante—, una lubina a la sal y un entrecot cocinado al punto. No había ninguna sorpresa.

—En su momento, te pediremos el postre y el café —añadió.

El señor se retiró todo lo rápido que pudo y la mesa se quedó en silencio.

—Bueno, qué demonios, estamos en familia, ¿no? —irrumpió Helena—. Lo cierto es que me va mal, estoy jodida, vaya. Varios de mis artistas han fichado por una discográfica nueva que han montado mis exsocios justo después de haberles pagado un pastón. Vamos, que me la han jugado y se me ha quedado esta cara de gilipollas.

Ni mi hermano ni yo nos esperábamos algo así. Si bien mi hermana

siempre había sido una rebelde y una buscavidas, era la primera vez que veía en sus ojos que lo estaba pasando francamente mal. Justo cuando iba a servirse la tercera copa, mi madre se lo impidió. Papá seguía absorto en lo que había al otro lado de la ventana.

La tensión se vio interrumpida por los primeros entrantes. Tras dejarlos cuidadosamente sobre el mantel blanco, en el centro de la mesa, Helena volvió a la carga:

—No todos vamos a ser tan buenos empresarios como tú, ¿no, papá? —Se dejó caer sobre la silla sujetando su copa de vino, vacía—. O, bueno, ¿debería contarles a mis hermanos que fuiste tú quien me dijo que lo mejor…, no, espera, espera, cómo lo dijiste? Ah, sí: «Lo más sensato para tu negocio es comprarles las participaciones a Manuel y Álvaro». —Nos quedamos de piedra—. Pues eso, queridos, ya lo sabéis. Le hice caso a mi padre y ahora estoy al borde de la ruina. Me siento como una niña pequeña a la que le acaban de robar los juguetes que le han regalado. Porque, papá, querido papá, ahora yo soy lo que vosotros habéis querido que fuese: una niña a la que hay que sacar adelante. ¿No te parece irónico?

El líquido rojo de la tercera copa, que era mía y que Helena me quitó sin pudor, se deslizó por su garganta. Entonces mi padre giró la cabeza y dijo, autoritario:

—Basta.

No elevó el tono de voz, sino que se mantuvo sereno. Fue un «basta» seco, nada abrupto, un «basta» como quien dice «adelante» cuando tocan la puerta. Un basta funcionario.

—Hombre, basta no, que te has metido en mis negocios y yo te he hecho caso porque soy así de tonta. Qué querías, ¿hundirme? Creo que te dejé bien claro que no quiero saber nada de Manaslu. ¿Por qué no se la intentas colar a estos dos? Por qué no irrumpes en sus carreras, te adueñas de todo y luego lo destruyes. O es que, acaso, sientes la necesidad de que todos dependamos de ti, de sentirte el salvador. Esa empresa es tu proyecto. Lo que pasa es que ahora quieres que yo sustituya a Valentín, que se nos ha hecho escritor y no quiere saber nada de zapatos, y esto ha sido todo lo que se te ha ocurrido. ¿Cómo no he podido darme cuenta, coño?

Helena ya había empezado a balbucear. Una ligera masa de saliva se le había formado en la comisura de la boca y sus labios ya tenían varias tonalidades de rojo, culpa del vino y del pintalabios. Mi madre permaneció cabizbaja, mirándose las manos. Pero papá dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó. Mi hermano y yo nos quedamos observando.

—Eso, vete, te jode que te digan las verdades a la cara. Venga, un brindis: ¡por papá!

Helena elevó la copa sobre la mesa. Pero nadie la siguió. Esperábamos que papá dijese algo más. Pero no lo hizo. Se alejó, a paso cansado, entre los comensales, con la mano en el bolsillo de la americana. Su andar era triste y viejo. Me daba lástima. Esa empresa era su vida, era su manera de decirnos que no era un fracasado, que él había logrado mantener un crucero flotando sobre un río. Esa empresa era su obsesión, lo que le protegía de ser un hombre mediocre. Al observarlo salir por la puerta, mi madre también se levantó. Recogió su bolso y nos dirigió un ligero gesto, una sonrisa fugaz, mientras se marchaba. Javier y yo nos quedamos mirando cómo se metían en el coche, lentos, pesados. Nadie hizo nada.

—Que se joda —dijo mi hermana.

Terminamos de comer en silencio. Ninguno de nosotros se fue del restaurante, no nos atrevíamos. En el fondo, todos teníamos la esperanza de que acabarían volviendo y haríamos el ritual de todos los años. Pero no fue así.

Como una orquesta desgastada, el camarero se movía a nuestro alrededor al compás de unos platos vacíos y las nuevas botellas que mis dos hermanos se encargaron de beber. Tras tomar el postre, me levanté de la silla y me dirigí a la barra. Le tendí la tarjeta al camarero y este me la devolvió con amabilidad. Regresé a la mesa. Ellos seguían sentados como dos estatuas de piedra. Parecían tan frágiles que podrían romperse con tan solo tocarlos.

—¿Vamos? —les dije.

31

Soy un cisne negro

Ella

Había dejado que me creciera el cabello. Incluso había ganado un poco de peso y me sentía mejor conmigo misma.

—Estás más guapa últimamente —me dijo Maripaz esa mañana.

—Gracias, yo también lo creo —respondí.

Me sentía como la alumna que superaba a la maestra, como si su muerte hubiese sido un trampolín desde el desierto en el que me hallaba hacia el corazón de un mundo menos gris. Nunca pensé en la culpa porque no estaba haciendo nada que no hiciera cualquier otro, ¿no?

Al llegar a casa mi madre me esperaba en la cocina. Estaba sentada frente a la mesa, con gesto serio y la mirada perdida en el café de su taza.

—Crees que no lo sé —afirmó en voz baja.

Agaché la cabeza y no dije nada. Tan solo me quedé parada en el marco de la puerta, como cuando era niña, apretando una bolsa llena de bollos y pan.

—Veo la luz en tu habitación cada noche, te escucho —prosiguió.

Sentí que su mirada se clavaba en cada rincón de mi cuerpo en busca de la vergüenza.

—Sé que no estás rezando precisamente. Dime, ¿qué te mantiene despierta hasta tan tarde? ¿Acaso quieres echarte a perder como ELLA? ¿Acaso quieres matarme del todo? —me acusó.

En el suelo de la cocina había una mancha negra, redonda, una gota

que se había caído de alguna parte y se había impregnado en una baldosa y había logrado sobrevivir a todos los productos de limpieza. La miraba fijamente.

—Solo los pervertidos se quedan despiertos hasta tan tarde, ¿acaso eres una pervertida?

Negué con la cabeza y no articulé palabra.

—Y ese nuevo pelo que te has dejado, ¿qué significa? ¿Qué significan esos kilos que has cogido? ¿Acaso no sabes que una señorita no debe engordar? ¿No te he enseñado eso a lo largo de toda la vida?

Y no sé cómo, pero tal vez por arte de magia, la gota comenzó a hacerse un poco más grande frente a mis ojos.

—Te huelo, sé que te echas su perfume, lo huelo por la casa cuando te mueves, dejas un rastro que no te pertenece, ¿acaso quieres hacerme más daño?

El epicentro de la gota, que era negro, diminuto y parecía ser muy profundo, no se expandía con el resto del círculo.

—Te prohíbo que uses sus cosas, te prohíbo que vuelvas a entrar a su habitación sin que yo te lo ordene, te prohíbo que te aproveches de tu hermana.

Y entonces el círculo se metió por debajo de los muebles de la cocina, llegó hasta el fregadero, alcanzando ya la mesa en la que estaba sentada mi madre. Y todo lo que cubría parecía volverse frágil, tanto que podría romperse en cualquier instante. Quería gritar, pero no podía.

—Te lo prohíbo.

El punto negro ahora era un agujero que se desplazaba hasta sus pies engulléndolo todo. Pero ella, como si estuviese prevenida, se levantó de la silla y escapó de aquel círculo horroroso. Se dirigía hacia mí.

—Vete de aquí ahora mismo —dijo señalando la puerta.

Quería quedarme para salvarla, evitar su hundimiento, pero no lo hice. Salí corriendo por las escaleras como la niña que era y como la niña que siempre seré. Dejé la bolsa tirada en el suelo y no eché la vista atrás, pero sentí que, si no la miraba, la mancha desaparecería.

Para llegar a la puerta roja debía pasar frente al cuarto de Marina.

Vi el altar, al fondo. Todas las imágenes de santos y las fotos de ELLA me observaban con atención, juzgándome. Parecía que mi madre les había contado que era una puta que debía ser castigada, que no merecía ser la hija que estaba viva. Apreté mis puños y sentí un calor intenso en mis pómulos.

Cuando éramos pequeñas, mamá nos obligaba a rezar. Teníamos que hacer las reverencias mientras nos santiguábamos frente a decenas de estampitas, velas y un cuadro grande de la Virgen María sujetando al niño Jesús. La cruz, la genuflexión, la cabeza apoyada en el suelo. La cruz, la genuflexión, la cabeza apoyada en el suelo. Así hasta cincuenta repeticiones. Después nos arrodillábamos y recitábamos el credo. A veces yo, otras mi hermana. Cuando terminábamos, mamá nos bendecía con un pequeño frasquito de mirra líquida dibujando una cruz en nuestra frente y otra en el dorso de nuestras manos. Y entonces ya nos podíamos ir a dormir.

Seguí caminando deprisa hasta la habitación de mi hermana y entonces lo vi: el paisaje era desolador. Las puertas de los armarios estaban abiertas, los percheros y los cajones estaban vacíos, no había nada sobre el escritorio ni quedaban las fotos que yo había colocado con tanto cuidado sobre las paredes. Tan solo quedaba un colchón frío, solitario, las cajas debajo de la cama y los libros en las estanterías. Rápidamente me dirigí al baño; el armario con los productos de mi hermana estaba vacío. Entonces escuché su voz desde la cocina:

—Ni se te ocurra entrar en su habitación —gritaba.

Mi madre había borrado todo lo que la mantenía con vida. ¿Dónde estaban sus cosas? Tan solo me quedaba su teléfono y los objetos que tenía a buen resguardo en mi casa: el frasquito de perfume, el jersey blanco, el conjunto de ropa interior granate. Algo desconocido se removía dentro de mí y mi cabeza no paraba de boicotearme: «No vas a librarte nunca de esta vida, no hay futuro para ti».

Haberme despojado de los restos de mi hermana era haberme abandonado en un desierto en el que no sabría qué palabras debía poner sobre la hoja en blanco, en el que no sabría ni cuál era mi verdadero nombre si me lo preguntaban.

Quería bajar a la cocina, agarrarla por el pelo y arrancárselo. Pero no lo hice. Me giré hacia el altar con las fotos y los santos. Me encogí y grité mientras apretaba los puños llenos de rabia. Pero el grito era silencioso, mi voz se había frenado en la garganta y mis ojos se habían cubierto de lágrimas.

Y fue ahí, en ese preciso instante, cuando dejé de creer en Dios y, por lo tanto, dejé de creer en mi madre y deseé con todas mis fuerzas que el punto negro la hubiese engullido para mandarla al fondo de la Tierra.

«Soy un cisne negro»…

32

Yemen

Él

Me parecía retorcido que mi padre hubiese actuado así, pero, aunque me costase aceptar la realidad, tras darle algunas vueltas, sentía que todas las piezas encajaban. A él le quedaba muy poco y la empresa era su vida. Debía ser difícil encontrarse en la tesitura de ver que el trabajo de toda una vida se iba a ir al garete. Perder el negocio suponía para mi padre haber empleado decenas de años en escribir un libro, con todo el empeño, con todas las ganas, para que, a la hora de la verdad, nadie quisiera comprarlo.

Con mi hermano no podía contar, porque para él no existía ninguna vida más allá de su laboratorio. Conmigo tampoco, pues, además de mi reciente notoriedad, había entendido que mi salida de la empresa exclusivamente había tenido un camino de ida. La única solución era Helena. Por un lado, lo comprendía y sentía lástima por él. Entendía su desesperación y entendía que hubiera querido sacrificar a su hija de esa manera. Pasados varios días llamé a mi hermana.

—¿Estás mejor?

Se rio al otro lado de la línea.

—Estoy jodida, pero no me queda otra que seguir peleando. No me voy a rendir tan pronto. Eso sí, ya te pediré que me eches un cable con algunos contactos ahora que eres famoso.

Me tranquilizó escuchar que había vuelto a las andadas, que volvía a estar llena de esa vitalidad tan característica.

—¿Y tú cómo estás?

—Buena pregunta, Elenita. Pues cada vez más cansado. En su día me pareció buena idea aceptar participar en todos los eventos, porque en este negocio nunca se sabe cómo puede ir y por dónde va a llegar la pasta; cuando se tiene al alcance de la mano, hay que agarrarla. Pero, tras estos tres meses de promoción, siento que me estoy muriendo poco a poco.

Me había sumergido en una espiral temporal en la que no era consciente del día en el que me hallaba y, al mismo tiempo, era esclavo del calendario. Era como estar en dos lugares a la vez, en dos cuerpos, en dos mentes. Visitaba ferias del libro, impartía conferencias, asistía a festivales, participaba en actos institucionales organizados por diferentes concejalías de cultura en pueblos cuyos nombres no había escuchado jamás…

—No te quejes, cabrón, que tú al menos ya tienes resueltos varios años de vida. Bueno, cuéntame lo de América. ¿Cómo va esa movida? —curioseó.

—Pues sí, parece ser que se va a publicar en otoño, que les ha molado mucho y que van a apostar por la novela… —Un silencio—. Pero estoy cagado, para qué voy a mentirte. Esa peña está bastante loca y me da miedo vender mucho o que se la carguen. ¿Tú sabes lo jodido que será cumplir con las expectativas en caso de que pase lo primero y, por el contrario, lo que me costará levantarme de una hostia de semejante magnitud en caso de que ocurra lo segundo? No sé, no sé, hermanita…

—¿Desde cuándo tu padre ha educado a un cagueta? —dijo riéndose.

Viajaba con una mochila que era cada vez más pesada y mi hermana era de las pocas personas del mundo capaces de hacer que la soltase. Había pensado en contarle que estaba ayudando a Mihaela —¿sabría lo que había ocurrido?—, pero dada su situación laboral era mejor no decirle nada. Sin embargo, le confesé otra cosa.

—Un cagueta que le ha hecho un pedido de veinte mil pavos en zapatos para enviarlos a Yemen, sí.

Helena no dijo nada durante unos segundos.

—Lo habrás hecho de una forma anónima, ¿no? Ya sabes que tu

padre no quiere limosnas.

Me sorprendió muy gratamente su respuesta. Naturalmente, le contesté que sí, que no se preocupase. Ese era un buen punto que mi padre, ella y yo teníamos en común. Nos cocinábamos solos las castañas que luego nos comeríamos. Y hubiera más o menos, nunca nos conformaríamos.

Al mismo tiempo, el teléfono vibró y en la pantalla apareció un nuevo e-mail de mi jefa de prensa. Supuse que había llegado otra invitación de algún sitio aleatorio que me requería para dar una charla.

—Bueno, hermanita, guárdame el secreto, ¿eh? No le digas nada a mamá ni a tu hermano. Que luego se van de la lengua.

—Venga, abandona ya a tu pobre hermana, lánzala en soledad a esta desgraciada vida que le ha tocado vivir, déjala frente al pelotón de fusilamiento y cuelga.

Me reí y, antes de colgar, le dije que la quería. Ella me dijo que me lo agradecía.

El verano se acercaba y no tenía ningún otro plan más allá de encerrarme a escribir. Todavía no sabía muy bien el qué. Pero aún quedaban dos grandes ferias: Sant Jordi y la Feria del Libro de Madrid, dos de los eventos más esperados del año, donde todas las previsiones apuntaban a que iba a triunfar.

La nueva invitación que me había llegado al e-mail era del ayuntamiento de un pueblo que se encontraba a las afueras de Madrid y que, sorprendentemente, pagaba muy bien por una presentación. Ofrecían, también, transporte desde y hasta la puerta de mi casa y, en caso de que lo quisiera, una noche de alojamiento. Durante la promoción había aprendido a habitar esos hoteles como unos no lugares. Me regodeaba en las habitaciones frías, caminaba desnudo y descalzo detrás de esas ventanas que no daban a ningún lado y me convertía en un pasajero fugaz en una estación cuyo nombre jamás volvería a recordar porque no existía. Y no me importaba.

«No me vendría mal un poco de aire fresco ni algo más de dinero en mi cuenta bancaria», pensé.

33
La puerta roja
Ella

Amanecía en el pueblo y la alarma del móvil sonaba a las ocho de la mañana. Extrañada, revisé qué estaba ocurriendo. Estaba bastante cansada. Los días anteriores habían sido una especie de película de terror. Pero había entendido, al fin, que yo era más fuerte que el miedo y por eso debía levantarme, seguir de pie. Era una notificación: «Cumpleaños de Dani», acompañada de un corazón. Luego recordé que Marina también lo había apuntado en su agenda. Nuevamente, rebusqué en su teléfono alguna forma de contactar, pero no había ningún wasap ni estaba en Instagram ni en Facebook. ¿Sabría que Marina estaba muerta? Entonces se me pasó por la cabeza mirar los mensajes de texto y no tuve que buscar mucho. Ahí estaba, Dani G. y dos mensajes: Marina le había enviado un corazón el 31 de diciembre y él, al poco rato, le contestó con otro. Y nada más.

«Hola, Dani, ¿cómo estás? Verás, soy Elisa, la hermana de Marina. Acaba de saltar una alarma en su teléfono y te escribo para felicitarte el cumpleaños. ¡Espero que seas muy feliz!».

Una vez al mes tenía que limpiar la puerta roja. Primero debía quitarle el polvo, luego pasar un paño mojado con agua fría, otro con agua caliente y dejarlo secar. No tardaba mucho porque la capa que se quedaba era muy fina. Luego debía desinfectar los marcos y abrillantar los pomos y la madera con una mezcla de vinagre y más agua. Finalmente, debía echarle un espray que cuidaba el buen aspecto y le daba un olor fresco de menta. Pero a la mitad de la tarea

sonó el teléfono.

«Estás de broma, ¿no?», escribía Dani.

«Hola, Dani, nuevamente. No, no estoy de broma. Ya veo que mi hermana me tenía bien oculta. ¿Nunca te ha contado que tenía una gemela? Supongo que ya te habrás enterado…».

La tarea de limpiar era una de las que más me gustaba, incluso me relajaba y me despejaba. A veces pensaba que las cosas tenían vida propia y que también sentían. Por eso las cuidaba con tanto mimo, les hablaba y sabía que, aunque no pudiesen responder, me escuchaban con atención.

«Que si me he enterado de qué, exactamente», respondió.

«Siento ser yo quien te lo cuente, pero Marina ha fallecido a finales de enero. Por eso soy yo quien te escribe. De las pocas notificaciones de cumpleaños que tenía guardadas en el móvil era esta fecha y supuse que era importante para ella. Ahora su teléfono lo tengo yo. ¿Necesitas algo?».

«¿¿¿Cómo, cómo, cómo??? Espera, ¿puedo llamarte?…».

Tras haberle contestado que sí, pasaron varios minutos en los que me dio tiempo a hacer la mezcla del vinagre. Sin embargo, no pude emplear el paño, porque al otro lado de la línea, Dani, con una voz aguda y suave, como una uva que no había madurado del todo, me preguntaba:

—Perdona, esto no será una táctica que Marina se ha inventado para que deje de escribirle, ¿cierto? —fue eso lo primero que me dijo.

—Hola, Dani. No, no es ninguna broma. Marina falleció hace poco más de tres meses en un accidente de tráfico. Ha sido todo muy repentino y todavía seguimos en shock. Ya veo que no te has enterado…

Una pausa.

—No te puedo creer. —Se le estaba quebrando la voz—. Tengo ta… tantas preguntas ahora mismo… ¿Te… te puedo llamar en un rato? —Entonces se le rompió la voz y comenzó a sollozar.

Naturalmente, le dije que sí.

Y luego colgó.

Comencé a pasar el paño, primero de lado a lado, luego de arriba

abajo. Quedaba una marca perfecta, lineal. Ya me había acostumbrado al olor del vinagre e incluso me parecía agradable. La casa adquiría su cuerpo original cuando la limpiaba y mi parte favorita era, desde luego, esta puerta roja. Justo aquí, en este punto, era donde mi vida pasaba de un lado a otro, como si fuese una pelota de tenis. En mi casa me sentía segura. En la casa de mis padres, todo lo contrario. Por eso era importante para mí, porque esta puerta me daba la esperanza de que cuando la abría hacia mi hogar solo encontraría cosas buenas.

Sonó el teléfono de nuevo y me pilló desprevenida.

—Hola.

—Hola —respondí—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo.

—Lo siento mucho…

—¿De verdad eres su hermana? —preguntó.

—Sí, soy su hermana. Me llamo Elisa.

—¿Y tú eres…?

Ya no la escuché… No daba crédito a que no hubiera visto ninguno de los mensajes que habían estado circulando por sus redes sociales, sobre todo en los días posteriores a su muerte. Así que le pregunté al respecto.

—Verás, es complicado de explicar. —Noté el dolor de una pérdida inmensa en su voz. El mismo dolor que se expresa cuando se pierde a un gran amor—. ¿Me puedes decir cómo ha sido? Nosotras no estábamos muy bien últimamente…

—Parece ser que Marina estaba llena de sorpresas. Tú no sabías de mi existencia y yo no sabía que le gustaban las chicas… Porque le gustaban las chicas, ¿no?

Estaba realmente impresionada. Proseguí tras su silencio:

—Su muerte no tiene ningún misterio. Circulaba con la moto, comenzó a llover y se metió debajo de un camión.

¿Había sido demasiado brusca?

Al otro lado del teléfono, Dani empezó a sollozar de nuevo, pero esta vez no colgó. Hubo otra pausa.

—Joder, mira que le dije que no se comprara la puta moto —mencionó tras digerirlo.

Escuchaba su respiración agitada, pesada.

—¿Cuánto tiempo llevabais saliendo? —le pregunté.

Ella dudó un instante.

—Como te decía, era complicado. Llevábamos siendo «amigas» desde la universidad, aunque Marina aceptó que éramos pareja en su fiesta de los treinta años. Luego yo me tuve que mudar a Asturias por una situación familiar y ahí, lentamente, se murió nuestra relación. Ella subía a verme varias veces al año, pero no era suficiente. Yo demandaba su amor y Marina, como supongo que ya sabrás, era una persona independiente y con muchos miedos. Llevábamos varios meses sin vernos, sin hablar…

Podía sentir la fragilidad de su lamento, el pesar de sus lágrimas cayendo por sus mejillas. Soltaba algunas bocanadas de aire y luego, tras un silencio, volvía a respirar. Ya no se acordaba de que había alguien al otro lado, escuchándola. Su dolor pesaba más que cualquier apariencia, que cualquier palabra. Yo esperé pacientemente para ver si decía algo más. Pero no fue así y, tras unos minutos, colgó.

La mezcla de agua y vinagre ya se había secado. Tan solo me quedaba el último paso, el que más me gustaba. De manera ondulada, pulvericé la madera y aquel olor a menta me roció la cara y el cuello y las manos como si fuese la primera lluvia de primavera, aquella después de la cual comenzaban a crecer todas las cosas.

34
Triángulo amoroso
Él

Un día antes de Sant Jordi, el 22 de abril, debía ir a Barcelona para hacer la previa. Ese año tocaba visitar Sabadell para lo que llamábamos la previa, una pequeña borrachera literaria reservada para los libros más vendidos del país, antes de la gran cita del día 23, donde tan solo tenía una firma y nada más. El tren rebosaba emoción y ganas. Estaba repleto con gran parte del sector editorial y periodístico. Me encontré a varios colegas, gente de comunicación, de marketing, editores. Todos íbamos a celebrar los libros. Pero, tras esa euforia inicial en la que parecían haberse disuelto todas las rencillas, en cuanto arrancó el tren, la vida volvió a la normalidad.

Aquella mañana había colgado una historia con todas mis firmas. Ya sentado en mi asiento, saqué el teléfono para entretenerme un rato antes de echar una cabezada, pero entonces vi el mensaje de Aurora. Era una foto. Me escoré en una esquina para que nadie lo viera. La abrí. Sus dedos, empapados con su flujo, estaban frente a su vagina, roja y apretada. «Me acabo de correr pensando en ti, qué bueno que vengas», me escribió a continuación. Me retorcí sobre el asiento. Sentía un bulto hinchándose en mi pantalón.

«Dame de lamer tus dedos», le escribí avecinando una partida de *sexting*.

Y así fue.

Uhm…

Uno a uno, antes de metértelos. Mientras tanto, tú desabróchame el pantalón y lámemela también.

Háblame más, dame más.

Salgo de tu boca, me agacho y escupo. Te cae sobre la lengua. Luego te meto la polla de nuevo. Me miras a los ojos y gimes mientras la dejas entrar hasta el fondo de tu garganta. Ahogándote, claro.

Sigue.

Luego empiezas a lamerme los huevos mientras me masturbas. Me empujas sobre la cama y me dejo caer. Bajas con la lengua hasta mi culo y me penetras. Tu mano me masturba. Tu boca es una masacre de pintalabios corrido.

Por favor, quiero que me folles.

Vuelves a meterte la polla hasta el fondo de la garganta y te retuerces, arrodillada. Aguantas unos segundos y me sueltas. Las lágrimas te han corrido el rímel.

Dame algo un poco más fuerte…

Me incorporo y te agarro las nalgas. Te lamo la boca, giro tu cuerpo y te empujo sobre la cama. Tú sola te giras, boca abajo. «Fóllame fuerte», pides. Entonces abro tus nalgas y escupo varias veces. Te masajeo el ano mientras me masturbo. Tú agarras las sábanas y te retuerces como una serpiente. Te veo mordiendo las sábanas.

Por favor, fóllame duro.

¿Quieres que te diga al oído lo zorra que eres?

Joder…

Acerco la polla a tu culo y la introduzco poco a poco. Pero enseguida entra entera. Gritas de placer y comienzas a masturbarte. Te embisto lentamente, aunque pones la mano en mis muslos y me empujas dentro de ti.

Más.

«Estas son las embestidas que te mereces», te digo. Y gimes. «Qué bien te entra la polla», te digo. Y gimes. «Si sigues así, vas a despertar a mi compañero de piso», te digo. Y gimes.

Quiero despertarlo.

Te agarro el pelo y dirijo tu cara hacia la almohada. Saco la polla de tu culo, la limpio con saliva y la introduzco en tu coño. Me acerco a tu oído: «¿Quieres que lo despierte para que te follemos los dos?». Y gimes.

Sí, quiero que lo despiertes y que me folléis los dos.

Al otro lado de la puerta, unos dedos golpean deseosos de entrar.

Que entre ya.

Tiene la polla en la mano. Tú te arrodillas nada más verlo. Te colocas entre los dos y nos la chupas sin decirle ni una palabra.

Quiero que me la meta por el culo, ya lo tienes preparado tú.

Muy bien. Te agarra el pelo y te empuja contra mi polla. Lo hace repetidas veces. Luego te incorpora y coloca una mano en tu espalda para que te agaches. Obedeces y abres las piernas. Entonces entra dentro de ti y gimes. Yo me coloco delante y te la meto en la boca. En cuanto las sacas, pides más. Él sigue dándote fuerte, como un

animal. Entonces sale de ti y se acerca a tu boca. «No quiero correrme ya», dice.

Agárrasela y mastúrbale mientras te la como.

Lo hago. Cada poco rato me sacas de tu boca para escupir sobre su polla. Pero no tienes suficiente, así que la agarras y te lames la palma. «Para que esté bien mojada», dices. Te sabe a su polla.

Quiero la leche en la cara, por favor.

Él se gira y tú comienzas a lamer su culo. Le metes un dedo. Yo lo masturbo mientras te miro y él comienza a gemir de placer. La tiene durísima.

Quiero que me la meta una última vez. Por donde sea. YA.

Me tumbo sobre la cama y tú te sientas sobre mí dándome la espalda. Te la metes en el culo. Mientras tanto, él se acerca y te la mete por el coño. Las dos pollas se rozan al entrar. Sus embestidas son las mías.

Dadme fuerte, así, los dos a la vez… Podéis hacer conmigo lo que queráis.

Dónde quieres la leche, dinos.

La tuya en la cara y la suya en la boca.

Arrodíllate, vamos.

Coge mi móvil y grábame.

Nos masturbamos para ti mientras abres la boca y sacas la lengua. Cada poco dejas caer un poco de saliva sobre tus tetas y te las aprietas. Al mismo tiempo te estás apretando el clítoris.

En cuanto me deis la leche me corro.

Entonces te empapamos la cara y te llenamos la boca, los dos al mismo tiempo, como si lo hubiéramos hablado. Tú cierras los ojos y empiezas a retorcerte en el suelo, arrodillada. Nosotros nos sacamos las últimas gotas y las dejamos caer sobre ti. La pausa. Luego levantas la cabeza y sonríes…

Uf, joder, cómo me he corrido. Dime que haremos esto en Barcelona, esta noche…

Me encantaría, claro que sí. Por lo pronto quiero contarte que me he tenido que ir al baño del tren y me acabo de correr. Qué cosas me haces hacer, querida Aurora.

35
Lo necesario para crecer
Ella

A veces me entretenía leyendo todo tipo de noticias en internet. Me gustaba visitar sitios de prensa local de diferentes partes del mundo: Perú, Honduras, Colombia…, y leer acerca de lo que había ocurrido en esas zonas. No retenía ningún suceso, simplemente leía para sentirme parte de algo. También indagaba acerca de las noticias ocurridas en España. Y esta mañana había leído una entrevista de aquel escritor cuyo libro había colocado en una de las estanterías del cuarto de Marina, me acordaba perfectamente.

Decía que «los autores nos transformamos en nuestros propios personajes cuando escribimos y, en ocasiones, también lo hacemos en nuestra vida cotidiana» y me gustó.

Luego fui a la habitación y rescaté el libro. Mi madre no se había desecho de ellos.

La portada era una ilustración: una habitación impoluta y la silueta de una mujer al otro lado de la puerta. Transmitía una sensación de equilibrio y certeza.

El leve despertar de una mujer.

Lo giré y volví a ver su fotografía: Valentín Segura, un hombre con una nariz prominente, unas cejas gruesas y unos hombros fuertes. Parecía tener más o menos mi edad. Posaba apoyando su mano derecha en la barbilla, sus ojos eran capaces de penetrar el papel y yo me relamí la boca.

Me lo metí debajo del brazo y regresé a mi habitación.

Cuando lo abrí, vi que mi hermana había subrayado diferentes párrafos del principio, pero eran muy pocos. Creo que no siguió porque después murió.

En la primera página había dos iniciales: D. G. ¿La de provenía de Dani?

«El tiempo pasa como un ave a la que es imposible distinguir de otras de su especie, de la misma forma que es inviable distinguir, también, una hora de otra», así comenzaba y me gustó.

Me sumergí en la lectura y, como si fuera una pócima mágica, me atrapó sin darme cuenta. Sucedió de tal manera que las horas fueron pasando sin sentir hambre, sed, frío o calor. Las distintas emociones se deslizaban por mi piel como gotas de lluvia en el cristal. Lloraba, reía, me cabreaba y aprendí a partes iguales. Era fantástico. Llevaba mucho tiempo sin engancharme a nada de aquella forma. Era como si yo fuera un mosquito y él me hubiera atrapado en su tela de araña. Pero no para matarme, sino para hacerme más fuerte, para enseñarme el camino de la supervivencia. Yo era una abeja y las palabras mi miel. Sentí la fiebre que sentían los que hacían de las cosas que les rodeaban un motor para su vida. Era difícil de explicar, pero ¿acaso hacía falta? Al llegar a la última página, me di cuenta de que me había pasado cuatro horas sin levantar la cabeza de sus páginas, sin apenas respirar. Y, en cuanto lo terminé, me sentí perdida, vacía. Como si todo lo que viniera después fuera un terreno desconocido, como si yo ya no perteneciera a nada y a nadie.

Pero sabía que había encontrado un mapa de vuelta a casa.

«Es perfecto», pensé.

Perfecto hasta tal punto que me identifiqué tanto con una de sus protagonistas que por un momento sentí que Valentín Segura se había inspirado en mí, sentí que había abierto un agujero en algún punto de mi vida al que se había asomado para escribirme y escribirme y escribirme.

Veronica, que así se llamaba el personaje que me llamó la atención, se sentía atrapada en un mundo en el que no quería vivir, pero, al mismo tiempo, no tenía la capacidad para salir de él y por eso debía hacer la mayor renuncia de todas: sacrificarse. «Para crecer se

necesita, ante todo, paciencia» era una de las citas que le decía una de sus profesoras de español y que ella no había conseguido quitarse de la cabeza durante todos los años que estuvo viviendo en Tarragona. «Ahora sé que también hay esperanza para mí, que tan solo debo esperar un poco más y que para florecer debo estar dispuesta a cortar mi vida de raíz». Esa era la última frase que decía y me gustó tanto que la subrayé; al fin, alguien me entendía.

Y precisamente por eso sentía la necesidad de escribirle al autor, de contarle aquello que me había hecho vivir, de agradecérselo. Me daba pudor hacerlo, pero ¿acaso le daría pudor a Marina?

Entré a Instagram y busqué su nombre.

Temía no encontrarlo.

Pero tuve suerte.

Primero le di a seguir.

Luego bajé por su perfil y vi fotografías de diferentes actos y presentaciones.

La última de ellas era en Sant Jordi, en Barcelona.

Había una cola de cientos de personas elevando su libro sobre sus cabezas. Al frente estaba él, sentado en una mesa, rodeado de rosas, sumergido en las dedicatorias. Tenía el pelo largo, alborotado lo suficiente como para que pareciera un oso de peluche.

Pinché en sus historias y fue como si una luz hubiese iluminado cada uno de los recodos que había en mi vida.

«El escritor dará una charla en el auditorio municipal».

Junto a su foto había una fecha, junto a la fecha había escrita una hora y debajo de esa hora estaba el nombre de mi pueblo.

36
Luciérnaga
Él

La concejala de cultura, una mujer ancha y contrahecha, con una boca pequeña y unos pómulos tan rojos como el fuego, me recibió en la puerta del auditorio. Era el 3 de mayo de 2018.

Una voz chillona me tendía la mano y me agradecía la presencia en un salón que esperaba que se fuese llenando a medida que fuera acercándose la hora del acto. Me advertía de que los habitantes del pueblo no eran muy lectores, pero que, dada la relevancia del libro y, sobre todo, del autor, ella esperaba una buena acogida. Mientras nos adentrábamos en una pequeña sala de espera, me comentaba los problemas que habían tenido con la distribución del cartel por redes sociales por eso de que el algoritmo ya no era como antes y me reiteraba el poco tiempo del que dispusieron para mover el acto, ya que mi editorial había confirmado la invitación con muy poca antelación. Yo sabía que era mentira, pero no dije nada. Una vez superadas las quejas, me invitó a sentarme en una silla con forma de trono y, acto seguido, me citó los nombres de todos los escritores que habían pasado por ahí en los últimos años. Eran muy pocos los destacados, realmente, aunque yo puse cara de conocerlos a todos. Me dijo que el último había sido Agustí Vilacans. Y torcí el gesto. Pero ella hablaba sin ningún tipo de recelo y yo me preguntaba, a cada rato, qué demonios hacía en aquel lugar.

Un técnico de sonido abrió la puerta y nos interrumpió. Venía a colocarme el micrófono y a informarnos de que empezaríamos en diez

o quince minutos. Era un hombre con las manos gruesas y el pelo largo que vestía de negro —me pregunté que por qué todos los técnicos de sonido vestían de negro— y, a pesar de su edad avanzada, me pareció que seguía viviendo en casa de sus padres. Mientras me colocaba los cables y la petaca por debajo de la chaqueta, la concejala le preguntó si había gente y él respondió que unas veinte personas, un número que, a esas alturas y dadas las circunstancias, agradecía verdaderamente. No me importaba que no entrase nadie más.

Unos aplausos tímidos me recibieron en la sala. Como siempre, los correspondí poniéndome la mano en el pecho e inclinando ligeramente la cabeza. Frente a mí había una mesa baja de cristal, una botella de agua y un ejemplar de mi último libro colocado sobre un atril que estaba a punto de caerse en cualquier instante. Una luz amarilla me permitía distinguir todos los rostros. En primera fila, se había sentado la concejala. Junto a ella, había dos señoras y parecía que lo único que las diferenciaba era el color de la blusa. El auditorio tendría un aforo de ciento cincuenta personas y tan solo una veintena de sillas, como había anunciado el técnico, estaban ocupadas. Casi todos los asistentes tenían más de sesenta años. «Aquí no hay nadie que se haya leído mi libro», pensé. «Este no es mi público». Al fondo, junto a la puerta de entrada, vi a la encargada de vender los libros. Estaba mirando la pantalla del móvil, absorta y ausente. No me incomodó. Pero a pesar de todo debía seguir con el acto, hacer como que nada estaba ocurriendo. Les di la bienvenida.

—Quiero agradecer a la concejalía por hacer posible este encuentro, por su compromiso con la cultura de este país y por apostar por una voz joven para esta velada que espero y deseo esté a la altura de sus expectativas.

Y tras pronunciar la última palabra, lejos de la sonrisa orgullosa y agradecida de aquella mujer, la puerta se abrió tímidamente y un cuerpo delgado, cohibido, vestido con una blusa blanca y que llevaba una copia de mi libro debajo del brazo se adentró en la sala a un paso tan lento que parecía estar volando y, al mismo tiempo, hundiéndose en el suelo. La que vendía los libros despegó su vista de la pantalla y, al igual que yo, la seguimos con la mirada hasta que tomó asiento en

una de las butacas más alejadas del escenario.

37
La piedra y el agua
Ella

Mis pisadas se escuchaban por la acera como el traqueteo de unos raíles y parecía que aquel era el único sonido de la tierra.

A medida que me iba acercando al auditorio, un nudo se iba formando en mi pecho. Un nudo que pesaba y que me robaba el aire, sofocándome y atrapándome en una especie de círculo donde me hacía cada vez más pequeña. Un nudo que no sabía de dónde provenía.

Caminé hasta pararme bajo el letrero municipal.

¿Habría acudido alguien del colegio? ¿Cuántos meses llevaba ya sin ir?

Había cierta libertad en ser invisible, en no existir ante los ojos de los demás, en la repetición constante de una rutina que mantenía cerradas las puertas del mundo. Había cierta libertad en no hacer nada más que aquello que los demás esperaban de ti, de la misma forma que había un cierto sabor amargo en un dulce, un cierto placer tras el dolor.

El deshielo.

Me temblaba la mano al colocarla sobre la barra de aluminio, fría. Empujé.

El corazón me latía de tal manera que parecía una hoja de papel frente a un altavoz enorme.

Accedí al hall.

¿Qué esperaba de ese encuentro?

Deseaba tenerlo frente a frente y decirle todo lo que me había hecho sentir con su libro, decirle que me había dado fe, que me había enseñado un camino. Ansiaba preguntarle más acerca de aquellas mujeres que, al fin y al cabo, me habitaban a mí y habitaban a mi hermana. Quería hablarle sobre mi hermana y preguntarle si habría segunda parte. Tenía intención de invitarle a un café.

Al fondo, tras una puerta de madera, se escuchaba una voz. No era muy grave ni muy aguda, ni rápida ni lenta.

Entré.

A la izquierda había una mesa llena de libros y tras ella vi el rostro de Ángeles, que estaba vendiendo los libros y que era hermana de Maripaz, la panadera, iluminado por una pantalla. Le dirigí una mirada fugaz y no recuerdo muy bien si le sonreí.

Llevaba mi ejemplar bajo el brazo y me pareció que si lo apretaba un poco más fuerte lo partiría en dos.

Tomé asiento en la primera butaca que palpé con la mano, casi al fondo de la sala.

38
Virgen suicida
Él

Nuevamente, conté las mismas bromas, lancé los mismos datos estadísticos, hablé sobre la dificultad para delimitar a unos personajes tan amplios, sobre la exigencia a la hora de retratarlos con el mayor rigor de realidad posible, expuse toda la investigación que había realizado y alardeé de las horas de metro que le había entregado a la historia —en realidad no fueron tantas, pero, en cada presentación, me permitía el lujo de incrementarlas, de tal manera que pasaron de diez a cien en unos meses—. Era una coreografía en la que los espectadores aplaudían cuando tenían que hacerlo, reían cuando debían y se mostraban serios en los momentos en los que yo daba un giro hacia un tono más académico. A pesar de que esta vez el público no me lo estaba poniendo fácil, poco a poco los fui metiendo en mi mundo. Sobre todo, se emocionaron cuando conté la historia de Mihaela, el motor de mi creación.

La única que permaneció impávida era la misteriosa mujer del fondo de la sala. Enseguida me di cuenta de la musicalidad que tenía ese sobrenombre que le había puesto: «la misteriosa mujer del fondo de la sala». Pero aun así me miraba atentamente y, desde la distancia, parecía que no parpadeaba. Se mantuvo sentada en una postura correcta, la espalda derecha, el libro igual de apretado contra su pecho que cuando entró y el pelo recogido en una coleta, que caía sobre su espalda.

Me generaba tanta curiosidad que, en cierto punto, toda mi atención

parecía estar dirigida hacia ella, hacia ese aroma de melancolía, de belleza y, al mismo tiempo, de incertidumbre que la rodeaba. Era ese tipo de persona que al mirarla sabías que ocultaba una gran historia. Como un personaje sacado de una película de Sofia Coppola. Pero debía abstraerme y centrar mi atención en el resto del público. Nunca estaba de más vender algunos libros. «La clave está en mirarlos a los ojos», escuché decir una vez a un compañero. Por eso, en cada conferencia o presentación les entregaba una parte de mí, pero siempre con el deber de ser equilibrado. Aunque la vista siempre se perdía en el mismo punto, traté de reencontrarme en sus rostros. Y parecía que, al final, mi charla les acabó interesando porque todos tenían expresión de no estar aburridos, de no arrepentirse de haber venido. Y nadie bostezó. El acto se me hizo más corto de lo que esperaba y, cuando llegué al final, me aplaudieron con más intensidad que cuando me recibieron. Entonces supe que lo había hecho bien.

—Les espero a todos en el espacio que, buenamente, ha dispuesto la concejalía para la firma de ejemplares; no, no es el bar —risas—, es la mesa que hay fuera del auditorio. Si son ustedes tan amables de organizar una fila, les atenderé con gusto. Muchas gracias.

Y volvieron a aplaudir. La concejala recibió, a su vez, la aprobación de sus dos acompañantes y estaba tan llena de satisfacción que enseguida supe que me iba a proponer ir a cenar y, si declinaba la oferta, me diría que tomásemos algo en el bar de enfrente. Tenía claro que también iba a decirle que no a esa proposición.

39
Huir de ti
Ella

Tenía un discurso sólido. Hablaba con la seguridad de quien caminaba dando un paso tras otro, con la fluidez de quien recitaba el abecedario de memoria. Su aura parecía la de un predicador y todos, sin saber muy bien cómo, acabamos sumergidos en aquella coreografía.

Yo traté de permanecer oculta y de hundirme cada vez más en mi asiento hasta tal punto que una punzada me penetró en el cuello y tuve que recomponerme.

Me sujetaba al libro como si fuese un pilar.

Pero en algún momento reparó en mí.

Y me dio miedo.

No sé muy bien el porqué, pero sentía que, cuanto más quería ocultarme, más interés le generaba.

Había una especie de niebla que se iba disipando a medida que él me miraba y me miraba y me miraba.

Sabía cómo hacerlo, cómo distribuir su atención por toda la sala y seguir pendiente de cada uno de mis movimientos.

Me intimidaba aquella curiosidad y también me excitaba.

Me encontraba fuera de mi hábitat.

Apenas podía interiorizar las cosas que decía, era como un sonido exterior tratando de comunicarse conmigo a través de un cristal grueso que lo insonorizaba.

Tan solo seguía el movimiento de su boca, su mano hundiéndose en el pelo que le caía levemente sobre la frente o el bailoteo suave de su

pie al compás de una canción desconocida.

Qué hombre.

Nadie de la sala —reconocí a todos los vecinos: a la concejala de cultura, que estaba con Maripaz y su otra hermana, Pilar; a Trini, la directora de la escuela, y a otras caras conocidas— se percató de mi asistencia. Excepto Ángeles, claro.

Agradecí pasar desapercibida. Sobre todo por la directora, que seguro que me preguntaría por mi excedencia, por mi hermana, por mi familia, por mí…, y no me apetecía dar explicaciones.

A medida que pasaban los minutos, mi cuerpo fue calmándose, mi pecho dejó de latir con tanta fuerza y un ápice de confianza me agarró de la mano.

Pero ya era algo tarde.

—Si son ustedes tan amables de organizar una fila, les atenderé con gusto —dijo.

Antes de que terminasen los aplausos, saqué el móvil e hice una foto.

Luego salí apresurada de aquel lugar.

40
La luz que te alumbraba
Él

El técnico me quitó el micrófono con mucha más maña de la que antes había empleado para colocármelo. Me dijo que le había gustado mucho el acto, que él también escribía, aunque no a ese nivel. La concejala se acercó con sus dos amigas y tuve que besarlas y fotografiarme con ellas sobre el escenario ante el pudor colectivo de aquellos ancianos que todavía no habían logrado incorporarse. Estaban entusiasmadas y emocionadas y me pidieron que les firmase los ejemplares que sacaron del bolso, que eran para ellas, aunque una le quería regalar uno a su hija. Se alegraban mucho de haber venido.

—Si quieres tomar una caña, te sacamos de marcha por ahí —dijeron ante la aprobación de su fiel camarada del ayuntamiento.

Pero yo tuve que declinar la oferta, ya tenía la excusa aprendida:

—Se lo agradezco mucho, pero estoy tan cansado que no sé ni en qué día vivo; sin embargo, se las dejo a deber para cuando regrese, porque regresaré, ¿verdad, concejala?

Y las tres rieron al unísono, y me fijé en que ninguna tenía anillo de casada y entonces entendí un poco más sus vidas: dos solteras y una divorciada. ¿Divorciadas? Cuando me liberé de ellas, nos dirigimos hacia la salida. Tan solo me esperaban diez personas. Indagué en la fila y no había rastro de ella. Qué extraño. Luego recordé que me había hecho una foto y todavía me quedaba la esperanza de encontrarla en alguna mención en redes sociales.

Antes de comenzar, me dirigí hacia la responsable de la venta de los

libros y le tendí la mano disculpándome por hacerle trabajar a esas horas. Ella me respondió con aridez. Entendí que mi libro no era de su agrado, pero no le había quedado más opción que venir a cubrir aquel acto, porque supuse que le convenía llevarse bien con la concejalía.

Volví a echar un vistazo a la fila, buscándola por si no hubiese mirado bien, y sonreí a los que me aguardaban, aunque no tenía ganas. Correspondí a su espera y su asistencia con una atención personalizada firmándoles con calma y dedicándoles los ejemplares con letras comprensibles. A mi vera se colocó la concejala y sus amigas —de las que ya me había despedido anteriormente—. Parecía estar encantada de intercambiar algunas palabras con aquella gente mientras yo trataba de concentrarme en no poner «José» en vez de «Juan» o «Pinar» en vez de «Pilar». La situación era un tanto ridícula. Pero todos fueron muy amables y agradecidos; todos estuvieron a la altura de lo que podría considerarse un buen público.

Mientras terminaba de atender a la última persona, una mujer mayor que me hizo firmar el ejemplar para la chica rumana que limpiaba su casa desde hacía casi veinte años, las amigas de su señoría se marcharon definitivamente, llevándose consigo todo el ruido de aquel sitio. Divisé por el rabillo del ojo cómo se apagaban las luces y el técnico se perdía, a su vez, por una puerta, camino hacia el fin de otra jornada.

Tras agradecerle mucho a la última lectora, me incorporé y la concejala, que no se había despegado de la mesa, me dio otro abrazo. Me dijo que aquella era mi casa, que me escribiría en los próximos días para emitir la factura y que si me apañaba para llegar solo al hotel. Parecía que no iba a callarse nunca. Reía sin parar y añadió:

—Aunque con estas nuevas tecnologías lo difícil es perderse y tú eres tan joven que las manejas mucho mejor que yo. Pero, vamos, ¿seguro que no te animas a tomarte algo?

Tuve que repetirle que no mientras me escapaba de su abrazo y que, por favor, no se preocupase, que lo tenía todo controlado.

Empujé la puerta, que chirrió al abrirse. Se había hecho de noche en aquel pueblo que parecía estar más desierto que la estepa rusa. Un aire fresco, de campo, me golpeó el rostro y me gustó la sensación.

Después levanté la vista hacia el otro lado de la calle. Ahí estaba, la mujer del fondo de la sala, parada bajo una farola, esperándome.

41
La pluma y la espada
Ella

Una parte de mí me obligaba a huir, pero dentro de la vorágine, como si fuese una especie de huracán, había otra que me invitaba a dejarme llevar, a quedarme.

Fui la primera en abandonar el auditorio.

Las calles estaban desiertas, casi oscuras, las luces de las farolas creaban a su alrededor una especie de vestido de novia, amarillo y frugal. Un coche pasaba por ahí.

Automáticamente, me encarrilé hacia casa, caminaba como si fuese un insecto yendo a su refugio, con la sensación de que había algo que me perseguía y de que existía el peligro de cruzarme con todas las cosas que no quería toparme.

Entonces pensé en mi hermana.

Cuando éramos pequeñas, inventamos un juego que solamente conocíamos ella y yo. Mamá tenía varios tomos de una enciclopedia universal, colocados cuidadosamente en la estantería del salón. Los apreciaba mucho porque decía que cuando era pequeña no había podido tener al alcance de la mano tanto conocimiento.

Cuando no estaban en casa, mi hermana agarraba uno de ellos al azar y subíamos a su cuarto.

El juego consistía en abrirlo por una página aleatoria y escoger alguno de los personajes que aparecían.

Luego teníamos que imitarlo.

De tal manera que a veces hacíamos de romanas, otras de griegos,

de indios, de pintoras o de deportistas.

No sabíamos quiénes eran la mayoría, pero nos bastaba con ver sus fotos para imaginar cómo hablaban y cómo se movían.

Ella solía hacer interpretaciones muy cómicas y yo, por el contrario, casi siempre los hacía sufrir por amor.

Nos gustaba transformarnos.

Un domingo por la tarde nos metimos en el cuarto de mis padres —porque sí, cuando éramos pequeñas, no dormían en habitaciones separadas, compartieron intimidad y cama— y usamos la ropa y el maquillaje de mi madre. Mi hermana tenía que hacer de un general francés del siglo XVIII y yo era una escritora española del siglo XIX.

Me puse un gran sombrero, un vestido largo de flores y me pinté los labios de color carne. También me coloqué un collar de perlas y unos pendientes con unos hilos colgantes.

Marina cogió un sombrero de mi padre. A su vez, se puso un pantalón blanco y unas botas negras que le llegaban hasta las rodillas. Agarró una chaqueta de esmoquin y, cuando se la colocó, la cola le llegaba hasta los gemelos. Se pintó los mofletes con un rojo muy intenso y se metió una almohada debajo de la camiseta, porque aquel hombre tenía una gran barriga.

Nos reímos muchísimo cuando nos vimos.

Estábamos ridículas, pero lo estábamos pasando tan bien.

Marina imitaba un acento francés y yo hablaba muy despacio. Decíamos cosas como «Yo no tengo familia, tan solo conozco la guerra» o «Voy a escribir el mejor libro del mundo».

Pero justo en aquel momento de ensoñación, de delirio, escuchamos la voz de mi madre.

Las dos nos quedamos paralizadas.

Y ella pareció saber que estábamos haciendo algo que no debíamos, porque subió directamente al cuarto.

Nos encontró agarradas de la mano, paradas como estatuas, junto a un armario abierto y decenas de prendas tiradas sobre la cama.

Se acercó a nosotras a paso lento y nos abofeteó.

Mientras llorábamos, nos desnudó y nos mandó al baño a lavarnos.

—Yo no fui, no fue idea mía, no es culpa mía —repetía mi hermana

una y otra vez—. Ha sido ella, ha sido ella, ha sido ella —decía señalándome.

Y esa fue la primera vez en mi vida que salí corriendo…, porque tenía miedo.

Me sentí abandonada. Marina me había fallado.

¿En quién me había convertido desde entonces?

A partir de ese momento dejé de sentir la necesidad de hacerme notar, quise, simplemente, ser invisible y lo conseguí la mayor parte del tiempo. Me convertí en la sombra de Marina y fue tarde cuando me di cuenta de que las sombras, cuando no había sol, desaparecían.

Di media vuelta y regresé al auditorio.

Tal vez él podría ayudarme a comprenderme. Tal vez él podría entenderme de la misma forma que había entendido a los personajes de su libro. Tal vez podría llegar a gustarle y, por una vez en mi vida, podría dejar de ser invisible para alguien, mostrarme tal cual era, una mujer en busca de luz. Tal vez él supiese descifrar este cuerpo lleno de deseos.

—Tal vez puedas ayudarme… —susurré.

Me quedé quieta bajo la farola que había al otro lado de la calle, frente a la puerta de salida, para que me viese, para que supiese que estábamos ahí para él, esperándolo, como dos niñas traviesas.

42
La mujer del fondo de la sala
Él

Recordé un párrafo de la novela, un relato que hacía Fátima acerca de su encuentro con un hombre tras decidir divorciarse de su marido, que seguía en Marruecos: «A veces, el mundo es capaz de frenar. Puede ocurrir en un semáforo que decides no cruzar, en un beso que parece durar más de lo que dura, en una canción favorita o en un viaje por la costa, junto al mar. Y, cuando el mundo frena, ocurre que la vida se llena con un poco más de poesía y toda la fealdad se transforma en belleza y entonces Alá marca el camino de la felicidad».

Nos quedamos mirándonos varios segundos. Estábamos frente a frente, pero alejados el uno del otro. Ella, tan quieta como una piedra. Yo, lleno de incertidumbre. Pero ninguno de los dos pareció estar dispuesto a cruzar la calle. Ella, por timidez, supongo. Yo, por orgullo, seguro. La mujer del fondo de la sala apretaba mi libro con más fuerza, lo sujetaba junto a su pecho como si formase parte de ella, como si quisiera imprimirse las palabras en la piel. Entonces le sonreí y ella me devolvió el gesto, pero fue tan fugaz que, tras un parpadeo, había vuelto a la misma expresión incierta de quietud. Y entonces me dio un poco de miedo, porque desconocía sus intenciones. De pronto, me sentí indefenso. Había algo que me inquietaba y me seducía al mismo tiempo. Como si fuese una droga peligrosa o un personaje del que jamás me podría desprender en caso de escribirlo. Era esa clase de miedo que solo entendíamos los escritores y que, algunos, llamaban inspiración.

Debía marcharme. Busqué mi móvil, activé Google Maps y comencé a caminar. No era capaz de pensar en nada. Las calles estaban alumbradas levemente y toda mi atención se centraba en esa sombra que podría estar caminando detrás de mí, aquellos ojos que me seguían desde la otra acera y el misterio que la envolvía como si fuese un velo de novia. Por el rabillo del ojo, divisé una silueta. Se me erizó la piel. Giré la cabeza y vi que había cruzado la calle, que se movía conmigo. Al observarla más de cerca y sentirla tan desprotegida, comprendí que, en realidad, era ella la que tenía miedo. Entramos en un juego de repetición extraño… Me paré y ella se paró. Nos volvimos a mirar y seguí caminando. Me paré y ella se paró. Nos volvimos a mirar y seguí caminando. Me paré y ella se paró. Nos volvimos a mirar y ella se paró, indefensa, como una perrita abandonada. Se había acercado un poco más. Tanto que divisaba, ahora más claramente, sus pisadas sobre los adoquines. Estaba a unos seis, siete pasos por detrás. Doblé una esquina y ella la dobló también. Aunque no había ningún coche, me detuve en un semáforo y ella hizo lo mismo, colocándose a mi lado. Esperamos a que se pusiera en verde, pero no dijimos nada. Parecía querer ocultarse, porque comenzó a caminar encogida, como si tuviese pánico a que alguien más la viese. Pero no había nadie por esas calles. Las casas tenían las luces encendidas y detrás de la puerta de metal de cada garaje, seguramente, descansaban los coches de aquellos que tendrían que irse a trabajar la mañana siguiente. Nosotros éramos los únicos habitantes de aquel lugar y, por lo tanto, los únicos de la Tierra, porque no había ningún alma que se interpusiera entre nuestros cuerpos. Por fin, llegué al hotel. Tenía tres estrellas. Llevaba una mochila y en el bolsillo tenía las llaves de la habitación 203. La concejala se había ocupado de la reserva, del *check-in*, de todo. Las puertas se abrieron y el recepcionista me saludó.

—Buenas noches.

—Buenas noches —correspondí sin añadir nada más.

Él agachó la cabeza, refugiándose en sus papeles. Detrás de unas columnas, junto a unos cuadros con paisajes, divisé las escaleras y me dirigí hacia ellas. Aquel lugar estaba igual de vacío que el pueblo. Antes de subir, me paré y miré atrás. La vi dudando. Levanté la mano

y le enseñé las llaves, que tintinearon, descompasadas.

Di los primeros pasos sobre las escaleras y escuché el ruido de la puerta automática. Luego, sus pisadas sobre el suelo de mármol. Ella y el recepcionista no se saludaron. No la veía, pero me la podía imaginar caminando a pasos rápidos, sujetando ese maldito libro a la altura de su barbilla, queriendo ser invisible para todos los ojos del mundo, excepto para los míos…

43
Seguir mi estrella
Ella

Se quedó mirándome varios segundos.

Me intimidaba que me viese así.

Entonces me sonrió.

Las cadenas que me sostenían al suelo se rompieron.

Comenzó a caminar por la avenida: uno, dos, tres, cuatro, cinco pasos.

Como si fuese una perra, hice lo mismo.

A cada metro que avanzaba me liberaba.

Él no aceleraba el ritmo, pero estaba pendiente de mí, porque de vez en cuando giraba su rostro de manera sutil, como si necesitara mirar atrás para seguir hacia delante.

Se paró y yo me paré.

Lo repetimos varias veces.

Estaba satisfecho con aquel juego.

Quería tenerlo cerca.

Entonces crucé la calle y caminé detrás de él.

Respiraba el aire que él soltaba; me alimentaba de su perfume.

Dobló una esquina y lo perdí de vista por un instante.

Me alarmé y aceleré el paso para alcanzarlo.

Ahí estaba.

Se paró frente a un paso de cebra y yo me coloqué a su lado, quieta.

Oculté mi rostro con el cuello de la chaqueta porque escuché el ruido de un motor. Tenía la sensación de ser una delincuente a punto

de atracar aquello que se me pusiese por delante.

No quería que me viesen otros ojos que no fuesen los suyos.

Cruzó.

Se dirigía hacia el Estrella, el único hotel que había en el pueblo, que estaba a dos calles del semáforo.

Como dos baldosas, fuimos caminando juntos, casi pegados.

Llegamos.

Él entró.

Yo me quedé paralizada en la puerta.

El deseo era un animal salvaje capaz de transformar, de remover, de guiar, como la llave de su mano. El deseo me hizo ansiar el cuerpo de ese hombre desconocido. Me hizo adentrarme en ese hotel, muerta de vergüenza y muerta de pudor.

Se abrió la puerta automática y vi a Pedro, el hijo de Maripaz.

Levantó la cabeza y me miró.

No le dije nada y él tampoco.

Bajó la vista hacia el teclado del ordenador y escuché el sonido de sus dedos aporreándolo.

Anduve por delante del mostrador como si estuviera vacío.

Enfilé hacia las escaleras y le seguí hasta el segundo piso.

Todo estaba impregnado con su olor.

Fui detrás de él como una leona que sigue el rastro de la sangre, aunque sabía que, más que cazadora, yo ansiaba ser presa, deseaba ser devorada.

44
Todas mis historias
Él

Siguió mi sombra por las escaleras y, cuando abrí la puerta de la habitación, ella había alcanzado ya el pasillo. La dejé abierta. Ella la cerraría al entrar. Coloqué mi mochila sobre la mesa, prendí la luz de la lámpara y me senté en la silla que había frente al escritorio. La giré hacia la entrada. Entonces apareció. Estaba tan delgada que podría ocultarse entre las páginas de un libro.

—Adelante, pasa —le dije.

Y ella obedeció. Se quedó quieta en la entradilla.

—Ven aquí, acércate.

Y también obedeció. Cuando estuvo al alcance de mi mano, la deslicé hasta sus nalgas. Llevaba un pantalón vaquero negro, elástico. Creí sentir un ligero temblor en sus piernas. Levanté la vista y ella miraba al frente.

—¿Esto quieres? —le pregunté.

Y tuve que volver a hacerlo otra vez hasta que ella dijo que sí con la cabeza. Sentí sus huesos marcándose a través de la piel. Me incorporé y se desplazó ligeramente hacia atrás, pero sin querer escaparse de mis brazos, que la acogían. Era un poco más alto que ella. Tenía un perfume dulce, aunque fresco, que se me impregnó en la nariz. Le cogí el libro y lo dejé sobre la mesa. Le quité el abrigo y lo dejé caer al suelo. Ella se dejaba hacer. Pasé la mano sobre su coleta, era larga, suave y cuidada. Entonces la agarré y tiré con fuerza.

—¿Quieres esto? —le dije.

Y ella asintió de nuevo mordiéndose el labio. Sus brazos caían sin fuerza a lo largo de su cuerpo. Mientras le estaba besando el cuello, el sabor amargo de su colonia me invadió la boca. Mis manos subieron hasta sus pechos y los apreté por encima del jersey. Apenas se notaban, eran pequeños, pero sentí sus pezones duros, marcados. Luego le agarré la mano y la coloqué en mi nuca. Sentí cómo la deslizaba torpemente. Pero me gustaba esa torpeza. Me separé un poco de ella y le quité el jersey. Se había puesto también una camiseta blanca y fina. Se le transparentaba un sujetador de encaje granate que estaba deseando quitarle. Entonces acerqué mi boca a la suya y ese fue nuestro primer beso. Sus besos eran inexpertos. Hacía movimientos rápidos y nerviosos. Entonces sus manos agarraron mi jersey y me atrajeron hasta la cama. Me dejé caer sobre ella quitándole la blusa, desabrochándole el sujetador. Cuando comencé a comerle las tetas, creí escuchar un pequeño gemido, pero no estaba muy seguro. Era una mujer silenciosa. Parecía que estaba observando el techo, como si le diera pudor mirarnos. Dejé caer un poco de saliva sobre su cuerpo y la extendí con la palma de la mano. Mientras tanto, con la otra me desabrochaba el vaquero. Agarré su brazo y lo puse encima de mi calzoncillo para que sintiese lo duro que estaba.

—¿Quieres esto? —volví a preguntarle.

Y ella me respondió que sí. Era la primera vez que escuchaba su voz. Me lo dijo con firmeza, con deseo. Fue un sí en el que alargó ligeramente la i final, de tal manera que le quedó algo melódico. Me la saqué y su mano me la agarró sin saber muy bien qué hacer. Pero no me importó, porque la cubrí con la mía y empecé a masturbarme. Tenía unos dedos finos, delicados y largos. Una vez la había guiado, la dejé hacer mientras me quitaba el resto de la ropa y me quedaba desnudo frente a sus ojos. Sonreí al tiempo que volví a dejar caer mi cuerpo sobre el suyo. Lo hice con lentitud, con miedo de aplastarla. Pero no dijo nada. Besé su cuello, mordí sus orejas y sus labios. Sentí cómo su piel se calentaba. Me aparté y se quedó a mi lado, tendida sobre la cama, sin saber muy bien cómo seguir.

—Quítate las zapatillas y el pantalón —ordené.

Se puso de pie y obedeció. Comenzó a desnudarse mientras la

miraba y me masturbaba. Le daba vergüenza su cuerpo. Se tapó los pechos. Y también se cubrió los genitales a pesar de no haberse quitado las braguitas. Parecía una escultura. De vez en cuando me dirigía una mirada fugaz, aunque, cuando la pillaba, me esquivaba.

—Ven aquí, vamos.

Se volvió a tumbar y la atraje hacia mí. Comencé a lamerle el cuerpo. La punta de mi lengua, fina como una pluma, la recorría como si fuera una estilográfica en busca de una palabra acertada. Cuando llegué a su coño, la miré, pero su mirada seguía sin poder cruzarse con la mía. Le aparté las braguitas y pasé la lengua por su vulva. De abajo arriba. De abajo arriba. De abajo arriba. Cuando llegué a su clítoris, lo apreté con la punta. Estaba empapada y su vagina era pequeña, suave, clara. Luego volví a colocarme sobre ella.

—¿Quieres que te la meta?

Entonces volvió a decir que sí. Separé sus muslos y me incliné un poco hacia un lado. Agarré mi polla y la restregué sobre la línea de su vagina que parecía abrirse como un libro con las páginas pegadas. Sentí la humedad, una mezcla de saliva y flujo vaginal. Ansiaba habitarla. Ansiaba descubrir qué ocultaba. Tenía la polla sujeta por la base. La sentía grande, dura, poderosa. Quise hacerlo lento. Primero introduje la punta. Sentí el calor. Su cara expresaba alivio, luz. La penetré varias veces. Cada vez que entraba, la sentía más estrecha. No sabía muy bien si le dolía o no. Y tal vez ella tampoco. Luego aparté la mano y coloqué los brazos junto a su cabeza y me incorporé sobre su cuerpo hasta introducírsela entera. La embestí varias veces hasta el fondo. Ella separó los labios soltando un ligero gimoteo. En cada embestida, trataba de liberar todo el aire que contenían sus pulmones.

Era un sexo extraño, asimétrico, dispar, un sexo que nunca había tenido y que nunca había imaginado, era un sexo que no me excitaba y al mismo tiempo sí, porque sentía su deseo oculto, su pasión escondida, notaba el fuego que había dentro de sus entrañas. Sí, su cuerpo estaba preso, atrapado en algún lugar lejano, pero ansiando con todas sus ganas escaparse, ser libre. Ella me usaba para romper todas las barreras y no había nada mejor que esa autodeterminación de buscar en otro lado lo que no había encontrado en su interior; sí,

eso es lo que hacía ella, buscarse.

El regocijo fue aumentando y, aunque imperfecto, logramos encontrar un lenguaje común en algún punto, uno que desconocía, pero que solo nos pertenecía a los dos.

Conectamos de tal manera que ya no parecíamos dos extraños, sino dos seres que compartían un mismo idioma. Yo me había convertido en escritor y ella en musa. Así fue como follamos. Y de pronto me vino un pensamiento fugaz: «Esta noche da para un buen comienzo de novela. Un buen protagonista es como un hilo que, a medida que lo desenredas, te va contando todo con pelos y señales». Y tras ese lenguaje, sin esperarlo, sin prepararlo, llegó mi orgasmo. Sentí que estaba a punto de correrme y salí de su cuerpo. Las gotas de semen se expandieron sobre su abdomen y entonces vi esa mirada atenta y curiosa hacia mi capullo, hinchado y rojo…, una mirada primaria y genuina. Gemí mientras me la agarraba y me exprimía. Ella me tocaba el brazo clavando un poco las uñas. Quería dárselo todo, vaciarme. Quería terminar de crear el recuerdo del día en que se folló al escritor, del primer y el último día en el que se encontrarían… Sí, eso quería, una historia de una noche con principio y final.

45
Ser libre, ser libro
Ella

La puerta estaba abierta. La cerré al entrar.

—Adelante, pasa —dijo.

Y obedecí.

—Ven aquí, acércate.

Y obedecí.

Estaba sentado y sus manos me agarraron las nalgas.

—¿Esto quieres? —me pareció escuchar.

Pero como no estaba segura no contesté.

—¿Esto quieres? —repitió.

Y dije que sí con la cabeza.

Se incorporó y, antes de quitarme el abrigo, agarró el libro y lo dejó caer sobre la mesa.

Deseaba tocar su cuerpo, explorarlo, invadir sus muslos y su piel. Sin embargo, mis manos parecían no tener fuerza para despegarse de mí, tan solo se deslizaban como dos alas sin dueño. Deseaba besar ese tronco, pero mi boca permanecía cerrada como un libro.

Él deslizó su mano por mi coleta y, en un movimiento repentino, tiró de ella hacia atrás.

Me hubiera gustado decirle que eso me excitaba, pero no lo hice.

Volvió a preguntarme, aunque esta vez intercambió el orden de las palabras:

—¿Quieres esto?

Me hubiera gustado gritar que sí, que quería, pero no dije nada. Tan

solo cerré los ojos mientras su boca se entretenía con mi cuerpo y sus manos se escurrían hasta mis pechos. Entonces agarró mi brazo y hundió mis dedos en su pelo.

Me quitó el jersey, me besó y su lengua se movía con facilidad por mi boca, parecía un espeleólogo sumergido en las profundidades de una cueva, buscando un tesoro que ni yo misma sabía que existía.

Luego me sentó sobre la cama.

¿Era así como se hacía? ¿Era esto lo que se sentía? ¿Por qué no podía moverme y por qué, al mismo tiempo, me excitaba no poder moverme?

Pero de mi boca salió un suspiro, una especie de gemido genuino, que emergía por primera vez, como un niño que al nacer lloraba.

Él dejó caer saliva sobre mi piel descubierta mientras se desabrochaba el pantalón.

Lo había sentido duro, lo había sentido como se notaban los arcos de una cama antigua o el peso de las cosas en las palmas de las manos.

Y luego solté el primer sí cuando me preguntó si podía seguir, y hubiese soltado otros síes a cualquiera de sus preguntas, porque eso era lo que ansiaba.

Ser libre.

Me agarró y sentí su tronco caliente y su pene erecto. Empezó a masturbarse, a enseñarme cómo se masturbaba.

Me dijo que me quitase el pantalón y las zapatillas y obedecí.

Él permanecía tumbado sobre la cama, observándome.

Quería chupar hasta dejarlo seco, que me atragantase con su pene, pero no fui capaz.

Me mostré ante él avergonzada, como una niña que ya no quería bañarse con su madre. Me mostré ante él sonrojada, tapándome las partes como si quisiera pedir perdón por ser quien era.

Pero él me volvió a atraer hacia la cama.

Y caí presa de su deseo.

Me dejé caer sobre aquel colchón, fijé la mirada en el techo y sentí su lengua recorriendo mi vagina, mojándola, saboreándola. Noté su lengua esponjosa y parecía que ahí estaba el centro del universo.

Se colocó sobre mí.

—¿Quieres que te la meta?

Eso me preguntó.

Por Dios que sí, sí deseaba eso que me estaba preguntando.

Entonces su glande comenzó a masajearme, abriéndose paso entre mi vello y toda aquella piel sin nombre ni dueño.

La introdujo poco a poco y yo no podía pensar más que en lo extraña que me sentía, lo invadida y lo hueca que estaba por dentro.

Aquel miembro podría llegar a cualquier rincón de mis entrañas, podría hacer conmigo lo que quisiera, porque tenía todo el poder del mundo.

¿Marina se habría sentido igual en su primera vez?

Era más fuerte el deseo que el placer, apenas lo diferenciaba.

Me dolía y al mismo tiempo no.

Pero sabía que la puerta que había abierto era grande y desconocida y ese camino que se divisaba sería uno largo y lejano.

Gemí y coloqué mi mano sobre su antebrazo, apreté mis labios mientras él me embestía y vi sus ojos cerrados. Sentí su cuerpo tenso y fui dejándome guiar en su fantasía, lo seguí como lo había seguido por la calle —la perra obediente—, hasta que unas gotas de esperma cayeron sobre mi abdomen y, joder, cómo odié que no cayesen en mi boca, en mi cara, en mis ojos y en mi pelo.

Luego me la metió otra vez, una última vez.

Y entonces me abandonó, salió de mí.

Se levantó y se fue.

Me quedé tumbada un instante, perdida en la nada, sumergida todavía en el deseo, y, aunque él ya no estaba allí, lo sentía. Me incorporé, agarré las bragas de mi hermana y me limpié el semen. Luego me las puse y me vestí con el resto de su ropa.

46
Para eso he venido
Él

Me levanté y me fui al baño para lavarme. Me eché agua en la cara, en la nuca y me froté los ojos frente al espejo. Luego me senté en el bidé y me limpié los restos de semen y de flujo. Mojé una toalla y me la pasé por el cuerpo caliente. La tiré al suelo y agarré otra que me anudé a la cintura porque, por algún motivo, me daba pudor que ella me viese desnudo. Entonces salí del cuarto y me la encontré frente al escritorio, ya vestida, con el libro en las manos, abierto por la última página.

—¿Me lo firmas? —me preguntó.

Me hubiera gustado que se quedase un poco más, saber su historia, conocerla. En el fondo me hubiera gustado saber si podría escribirla, porque ella era ese tipo de personaje que, en mayor o menor medida, todos llevábamos dentro. Me sentía su creador, una especie de mesías que la había guiado hacia el descubrimiento de su sexualidad, que había cumplido su fantasía y que le había dado un recuerdo difícil de olvidar. Me la imaginé llegando a casa, duchándose, metiéndose en la cama y despertándose al día siguiente con la sensación de haber soñado. Me la imaginé yendo a trabajar —¿a qué se dedicaría? Si hubiera vivido en una gran ciudad, podría decir que trabajaba en un teatro, pero ahí, en ese pueblo, me la imaginé atendiendo un negocio familiar— sin poder quitarse el rubor de la cara. No tenía pareja, eso lo sabía, eso lo veía, estaba soltera, pero mi mente no podía dejar de relacionarla con un amor no correspondido, con un corazón roto en la

adolescencia, con un abandono que había ido arrastrando o, más bien, por el que se había dejado arrastrar hasta este punto de su vida. Me moría de ganas por saber de dónde venía esa necesidad imperiosa de ocultarse —tal vez le avergonzaba el deseo; tal vez se sentía como aquellos personajes que tenían sexo en la oscuridad, entre la maleza —. Me quería convertir en una especie de Pigmalión para esculpirla, para escribir dónde estaba su dolor, cuánto pesaba su fragilidad, qué era aquello que buscaba en la vida. No me importaba su persona, sino su personaje. Pero no le dije «quédate», tan solo agarré el libro que me tendió y le pregunté su nombre.

—Marina, me llamo Marina, fírmalo a nombre de Marina.

Y esa repetición me inquietó, porque no era del todo coherente. Entonces pensé, por un instante, que la mujer del fondo de la sala me había usado, que, en realidad, había empleado sus armas de seducción para llevarme a la cama y al día siguiente iba a seguir con su vida como si nada. Pensé que, tal vez, estaba idealizándola y que ella tan solo había hecho una apuesta con sus amigas para ver qué podía conseguir de mí o que quizá me había incluido en un juego sexual que luego —¿por qué no?— vendería a la prensa o expondría en redes sociales. Dudé entonces de si debía firmarle el libro, porque no quería dejar pruebas. Pero tal vez solo hablaba mi cabeza cansada y se trataba de una paranoia; en realidad, Marina solo era una lectora que se había acostado con su autor preferido en una noche cualquiera, en un pueblo cualquiera, a las afueras de una ciudad cualquiera. Yo, Valentín Segura, era un escritor bendecido por poder seguir manteniendo con vida su gran mentira. Y entonces se lo firmé, porque para eso había venido, porque para eso existía, para dedicar libros y para escribirlos. Yo, sin ella, sin Marina, no era nadie.

Lo firmé, se lo tendí y se marchó. Cerró la puerta y sentí el impulso de salir corriendo detrás de ella. Pero no lo hice. Dejé el bolígrafo sobre el escritorio y me quité la toalla quedándome desnudo, sintiéndome desprotegido.

Pero entonces lo vi: en la cama, sobre la colcha blanca, había un ligero, fino y grácil hilo rojo.

47

Me llamo Marina

Ella

Saqué un bolígrafo del bolso y le apunté el número de teléfono en un papel que dejé a la vista y, como una boba, cuando regresó del baño, le pedí que me firmase el libro. Se lo tendí, abierto por la última página.

Cuando me preguntó mi nombre, le dije que era Marina, que me llamaba Marina, que lo firmase a nombre de Marina.

Su mano lo abrió con cuidado y comenzó a escribir sin decir nada.

Me daba vergüenza leerlo en ese momento, aunque me moría de ganas por ver qué había puesto.

Luego me lo tendió y lo apreté contra el pecho.

Y me fui.

Ni siquiera me llevé el bolígrafo.

Me había enamorado, esa era la realidad. Me había enamorado de la misma forma que un padre amaba la primera palabra de su hijo. Me había enamorado de una forma inolvidable. No, no era pronto para decir ya que era un amor inolvidable. Una mujer siempre sabía esas cosas.

Y al hacerlo había descubierto un nuevo mundo. Me sentía como el arcoíris que nacía de la lluvia. Él había puesto color a mi vida.

Y, aunque sabía que estaba perdida en un continente desconocido, no tenía miedo. Me moría por encontrar los tesoros de su piel, por explorar la infinidad marítima de su espalda.

Me moría por un beso.

Ahora quería transformar mi vida en un lugar para dos, quería ponerle un banco frente al mar, entregarle mi amor para que nunca le faltase nada. Eso deseaba, ser su «te quiero».

Tenía todo impregnado en la memoria, en la piel.

Lo repasaría cada mañana, cada noche. Como un padrenuestro. A ÉL debía rezarle. Así de grande era lo que sentía.

Me había enamorado. Por primera vez, había encontrado a alguien a quien querer.

Bajé las escaleras, crucé la puerta automática y salí a la calle. Había otro mundo para mí ahí fuera. «Estoy dispuesta a hacerlo todo por tu amor», dije mientras me perdía por las calles.

Segunda parte
Redención

48
Explosión
Él

Días después de la Feria del Libro de Madrid, el autor del que para muchos ha escrito el libro del año ha sido acusado de un supuesto plagio.

Una carta anónima ha llegado a esta redacción afirmando que la autoría de *El leve despertar de una mujer* no pertenece a Valentín Segura.

Si bien es cierto que la acusación no presenta ninguna prueba fehaciente, este periódico ha tratado de contactar con el autor y su agente, pero ninguno ha respondido a la petición. Sí lo ha hecho su editorial a través de su Departamento de Prensa: «Confiamos en que el trabajo de nuestro autor es original y rechazamos cualquier tipo de acusación infundada cuyo fin, sospechamos, no es más que frenar su buena marcha en las librerías, así como ensuciar la imagen de uno de los escritores más prestigiosos del país en estos momentos. Estudiaremos tomar medidas legales contra cualquiera que perjudique a esta casa editorial, así como a la figura de Valentín Segura».

En el aire queda, pues, la duda de lo que parece que será el cotilleo literario del verano. Lo que sí ha provocado, desde que se ha dado a conocer la noticia, ha sido un aumento considerable de las ventas. Aunque también hay algunos libreros independientes que han decidido retirarlo: «Ya sabéis el dicho: cuando el río suena, agua lleva», ha declarado Manuel Jurado, de la librería SENAGEL.

49
Conjuros
Ella

Primero fue Marisol.

Luego fueron los ojos de Alba y los ojos de Miguel.

Luego llegó la mirada de Trini.

Y entonces escuché los cuchicheos.

Palabras indefinidas, conjuros contra mí, frases llenas de burla.

Y, tras mis compañeras, comenzaron los niños.

Izan correteaba en círculos a mi alrededor. Gritaba, chillaba, repetía una frase que no lograba entender.

Lo observaba mientras los fuegos artificiales estaban a punto de terminar.

Y entonces el bullicio comenzó a tronar más fuerte.

—Pa fuera lo malo, pa fuera lo malo, pa fuera lo malo, pa fuera lo malo.

Eso era lo que decía el niño.

El titular se reproducía en mi cabeza como un mantra: «Valentín Segura es acusado de plagio en su último libro».

Luego fueron las voces de los padres las que lo repetían.

Todos hablaban de ello.

Sonrisas deformes, cuencas de los ojos vacías, rostros alargados, cuerpos danzando alrededor de un fuego que emergía de las palmas de mis manos, dedos con cabeza de serpientes señalándome.

Y la risa de Izan lo invadía todo.

Entonces Marisol se acercó a mí.

Sus rizos rubios se habían convertido en anguilas. Sus pómulos rojos eran melocotones podridos.

Y me tocó el brazo.

Y sentí que su tacto era tan violento como una puñalada.

Me aparté.

Luego vi sus ojos y en sus pupilas estaba el rostro de mi hermana muerta.

Chillé.

Izan paró de correr.

El cielo, que tenía un color violeta, de repente se volvió azul.

Todo el mundo me observaba con atención, como si estuviese loca.

Salí corriendo hacia el escenario.

Golpeé a varios críos, que cayeron al suelo.

No me importó escuchar su llanto.

Trini me miraba atónita.

Me tropecé con los escalones, pero no me caí.

Ya nadie estaba pendiente de la última traca de los fuegos.

Le arrebaté el micrófono a la directora.

La defensa.

El ataque.

—Es inocente, mi novio es inocente —lo grité desde el fondo de mi estómago con la misma fuerza con la que grita una madre cuando pare.

Y luego salí corriendo.

Iba a demostrar su inocencia.

50
Asiento 5B
Él

Aunque era verano, llovía en Bucarest. Cuando el avión tocó tierra en el aeropuerto de Otopeni, todos los pasajeros comenzaron a aplaudir. Hacía mucho tiempo que no oía a nadie aplaudir en un avión. «¿Qué hago aquí?», eso fue lo primero que pensé mientras la azafata anunciaba que se podía desembarcar tanto por delante como por detrás.

Las últimas dos semanas de la Feria del Libro habían sido una absoluta locura. Perdí la cuenta de las horas que estuve firmando y me mareaba si pensaba en la cantidad de libros que habían pasado por mis manos. Toda la prensa posible se había acercado a mi caseta, vinieron a saludarme mis editores, otros autores e incluso mi agente, que apenas se dejaba ver y que incluso me ofreció un vaso de cerveza. En los días previos, la mismísima reina de España había salido en todos los telediarios sujetando uno de mis libros. Sentí pudor cuando compartía caseta con otros colegas, ya que ellos no firmaban ni la décima parte de lo que yo llegué a firmar. Percibía sus miradas, escuchaba sus palabras detrás de la caseta y afrontaba sus sonrisas falsas con la mayor entereza posible. Luego me refugiaba en mi casa y me metía en la cama hasta el día siguiente. «¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?», pensaba una y otra vez.

Fue el último día el desencadenante de una serie de sucesos que cambiaron mi carrera para siempre. Justo en la caseta de enfrente, Agustí Vilacans firmaba su último libro. Mientras que por mis manos,

una vez más, pasaban cientos de lectores, por las suyas solamente pasaron cinco. Sí, los conté. Sentía su mirada de asco clavándose en mí. Me podía imaginar la conversación que estaría manteniendo con la librera: «Esos no son lectores. Están ahí por moda, no tienen ni idea de lo que es la buena literatura». Le reventaba en el alma que yo estuviera triunfando y él no. Le daba rabia saber que había tenido el éxito al alcance de la mano, pero había sido incapaz de tocarlo. Yo era su peor enemigo, yo era el único ser humano de la tierra que era capaz de hacerlo sufrir sin ni siquiera mirarlo a la cara. Claro que lo entendía.

Tras dos horas de firma, sabiendo que su turno se estaba terminando, pedí un pequeño receso.

—Voy a saludar a un viejo amigo —le comenté a la chica de prensa que me acompañaba.

Los libreros se extrañaron, pero no me dijeron nada. Me levanté de la silla y, mientras me cruzaba con los cientos de lectores que todavía quedaban en la fila, atravesé el paseo y me planté frente a la caseta 225.

—Buenas tardes, compañero. Te he visto y he querido pasar a saludarte. Ha ido muy bien, ¿no?

Fijé la vista en su cara, que estaba llena de furia y de calor. Pero ante todo debía ser un caballero y me tendió la mano. Se la apreté con fuerza.

—Sí, ya sabes que la buena literatura es como el vino caro, que está al alcance de muy pocos, pero interesantes —murmuró entre dientes.

Le sonreí.

—Me ha gustado mucho tu último libro, por cierto. —Nuestras manos se separaron y, aunque los dos disimulamos, estábamos doloridos.

Hubo un silencio, seguido de una incomodidad que a mí me reconfortaba, pero a él lo llenaba de ira. No dijo nada. Yo sabía lo que opinaba él sobre mi trabajo. Percibí las miradas de desconcierto de las libreras.

—En fin, debo volver al oficio. Ya sabes lo que también se dice sobre este trabajo: el lector siempre tiene la razón —rematé.

Él habría respondido a mi provocación, pero no le di tiempo. Deshice el camino hasta mi silla, agradecí a los lectores la paciencia y tomé asiento. Cuando miré al frente para volver a verlo, ya no estaba.

Y tras ese episodio, justo al día siguiente, llegó el anuncio.

Había acabado exhausto, sentía que la Feria se me había hecho más eterna que nunca, tenía ojeras, me faltaban fuerzas y, aunque era imposible, no quería saber nada sobre libros durante una temporada. Era domingo por la noche y decidí poner el teléfono en silencio para dormir lo máximo posible. Creo que no soñé nada esa noche.

Me desperté a las doce de la mañana con una retahíla de llamadas perdidas: mi editorial, mi agente, colegas, mi familia, amigos ya olvidados… Mi e-mail echaba humo y mis redes sociales estaban a pleno rendimiento. Pronto supe qué estaba sucediendo. Mi popularidad se disparó hasta tal punto que me convertí en el autor estrella para unos y en el autor estrellado para otros. Mantuve la calma. Hice como si las balas no estuvieran sonando a mi alrededor. Tras comprobar que me había hecho *trending topic* en Twitter, me metí a la ducha. Encendí el agua fría, muy fría. Luego volví y revisé los mensajes, uno por uno: burla, odio, pánico, pero también amor y consuelo y defensa.

Los titulares se sucedían a medida que avanzaba la mañana: plagio, plagio, plagio… Eso era lo que más se repetía. Pero no hablé con nadie, no respondí nada. Como una tortuga, me creé un caparazón y me escondí debajo durante un rato. En ese universo todavía había paz. ¿Qué iba a decirles? Empecé a hacerme la maleta con paciencia, con calma. Incluso puse algo de música. Antes de bajar para montarme en el taxi que me estaba esperando, decidí apagar el móvil y extraerle la tarjeta. En unos pocos minutos, me planté en el aeropuerto. Sin pensarlo, cogí el primer vuelo que salía para Bucarest, una ciudad y un país del que apenas sabía nada: Drácula, Gica Hagi, Nadia Comaneci y Mircea Cartarescu. Y sí, también era el país donde vivía Mihaela…

51
Hacer lo que sea necesario
Ella

El sudor caía por mi frente como una cascada que se precipitaba al vacío en esa carrera desesperada. Las miradas clavándose como cuchillos. El primer recuerdo, como si fuera un ingrediente que me llevó a hacer lo que hice, vino a mi mente.

Días antes del SUCESO, regresé al colegio para el fin del curso.

Ahí estaba de nuevo, lejos de la hecatombe.

Sí, me gustaban esos días de principios de junio porque todo el mundo estaba más tranquilo y vivía un poco más lento.

Las compañeras me recibieron con un abrazo fraternal. Me dieron sus condolencias y las acepté sin mucho victimismo. Mi excedencia, más larga de lo habitual, había llegado a su fin.

—La vida debe seguir —les dije.

Estaban todas menos Marisol, que faltaba esa mañana.

La directora, Trini, se había encargado de contarles a los alumnos el motivo de mi ausencia.

Así me lo dijo:

—He informado a los chicos para evitarte el mal trago.

Ninguno de ellos preguntó nada, aunque yo sabía que se morían de curiosidad.

Lucas y su hermana Varela me habían preparado una cartulina para celebrar mi regreso.

Me habían dibujado junto a la puerta de entrada del colegio, señalando el letrero con su nombre. Me habían dibujado alta, delgada

y estirada como un palo. Por algún motivo, me pintaron el pelo rizado y negro.

Izan me dijo que la mujer que había estado en mi lugar era más guapa que yo. Le sonreí mientras le acariciaba la cabeza.

Ese día quise llevar conmigo *El leve despertar de la mujer*.

Quería que ÉL estuviera cerca, que estuviese presente en mi regreso.

Al entrar a la sala de profesores, durante el recreo, me alegré mucho cuando varias compañeras me dijeron que lo habían visto anunciado, que tal vez se lo comprarían para leerlo en verano.

—Este chico ha estado hace poco haciendo una presentación por aquí, ¿no? —comentaron. Pero yo no dije nada—. Qué pena que nos lo perdiéramos, porque el libro tiene muy buena pinta —prosiguieron.

Pensé: «Yo lo tengo firmado y vosotras no».

Pero no dije nada.

Tras los recreos siempre disponía de un rato libre. Hacía calor, así que me quedé en la sala de profesores mirando por la ventana.

Los chicos de quinto estaban en clase de gimnasia.

De repente, apareció Marisol. Tan rubia, tan gorda, tan sudorosa como siempre.

Me enteré por las otras profes de que su ausencia se debía a que estaba en el médico haciéndose un chequeo. No pregunté qué le había pasado.

Se sorprendió al verme.

Incluso podía afirmar que se asustó, como si hubiera visto un fantasma.

Lo cierto es que no tenía buena cara: ojeras, pelo despeinado, rostro largo y pesado.

Me miró y no dijo nada. Sus ojos me atravesaron como si fueran un avión pasando entre las nubes.

Posó sus cosas sobre la mesa: el bolso, las llaves del coche, el móvil.

Yo me levanté y me acerqué a ella con cierto disimulo.

Entonces levantó la mirada y sonrió brevemente.

—Perdona, no te había visto —dijo.

Pero mentía.

—Pues ya ves, ya estoy aquí, de vuelta.

Una sonrisa preciosa, grande, radiante, se dibujó en mi cara mientras abandonaba la sala, dejándola ahí, plantada.

«¿Habría reconocido a la vieja Elisa en la nueva Marina?», eso pensé en cuanto la vi. Preferí no darle muchas vueltas, me parecía un triunfo haber sido capaz de dejarle con la palabra en la boca, sola.

Todo esto recordé mientras iniciaba esa carrera física y mental huyendo del SUCESO.

52
No me espera nadie
Él

En el control de pasaportes, el policía me dirigió una mirada severa y, mientras revisaba mi documento, dijo con un pronunciado acento del Este:

—¿Espania, ah?

Sonreí.

—Sí, Madrid.

Siempre hay cierta tensión en este tipo de rutinas, pero afortunadamente aquello no duró mucho.

—*Go, avanti* —dijo.

La terminal de llegadas estaba abarrotada. Decenas de personas besándose y abrazándose. Encuentros de parejas, de nietos y abuelos, de hermanos, de padres y madres. Me impresionó ver tal cantidad de personas emocionándose al mismo tiempo. A mí no me esperaba nadie.

Me aparté a un lado y pedí un Uber mientras comprobaba, nuevamente, la dirección del hotel. Luego me dirigí al aparcamiento y esperé. Había varios coches de lujo. La gente se dirigía con precisión a sus vehículos y todos parecían tener muy claro por qué estaban ahí y adónde debían ir. Una van apareció tras la esquina. Era mi transporte. El conductor, un señor entrado en la cincuentena, me saludó cortésmente mientras cogía la maleta y me invitaba a tomar asiento. En un perfecto inglés, me preguntó si todo estaba en orden y comprobó el nombre de mi hotel.

—*Oh, it's one of the best hotels in town* —afirmó antes de ponerse a conducir.

La lluvia había amainado, aunque el asfalto estaba húmedo. El tráfico parecía fluir sin ningún problema; sin embargo, hubo varios trechos en los cuales tuvimos que aguantar varios minutos de atasco. Bucarest era una ciudad extraña. Cruzamos una zona donde había decenas de concesionarios de coches situados uno al lado del otro para luego enfilar por una gran avenida hasta alcanzar un arco del triunfo imponente. El chófer me dijo que justo al lado estaba la antigua casa de Ceaușescu.

—Ah, claro, *the dictator* —afirmé.

Luego continuamos por un gran bulevar hasta dar con una plaza enorme, vestida por varios edificios de arquitectura claramente comunista. Me gustaba que cada calle que recorríamos tuviera decenas de árboles que, a diferencia de las fachadas sucias y grises de los edificios, parecían estar en buen estado. Imponente, el Museo Nacional de Arte Rumano apareció tras el cristal. Me gustó su corte clasicista. Lo bordeamos y aparecimos, nuevamente, por un paseo repleto de árboles y césped. Un taxi amarillo nos pitó cuando giramos hacia la derecha por una calle llamada Euforia, que recorrimos enseguida.

El Marmorosch era un hotel precioso. Había sido la sede de uno de los bancos más importantes del país. El edificio pertenecía a una *belle époque* que, ciertamente, se palpaba en cada rincón del centro de la ciudad. Un gran portón dorado me recibió. Un hombre vestido de negro se acercó para agarrar mi equipaje e indicarme el camino hacia el mostrador. Unas escaleras anchas de mármol daban a un hall con una cristalería imponente. Justo a la izquierda, frente a varias sillas orejeras, el mostrador de madera maciza me invitaba a posar mis codos sobre su superficie mientras le tendía a una mujer guapísima, rubia, con ojos azules, maquillaje perfecto, peinado ideal y una voz tan fina como un suspiro, nuevamente, mi pasaporte. Tras indicarme la cantidad de servicios de los que disponían, me facilitó una llave con el número de mi habitación. Había hecho tantas veces ese procedimiento que, hasta aquel momento, no le había prestado

atención a las manos que me abrían el *hogar*. Las suyas eran diminutas, con una manicura francesa en perfecto estado, y parecían tocar con la misma suavidad que su voz. Pero, al mismo tiempo, también eran unas manos serviciales.

Había alquilado una suite. Unas paredes cubiertas de madera, un apartamento separado en dos espacios: la zona del dormitorio y el salón decorado por una gran chimenea de mármol y una televisión enorme me recibieron con toda la calidez que un lugar así podía ofrecer. Le tendí diez euros de propina al botones, que cerró la puerta deseándome una feliz estancia. Llevé las maletas hasta el fondo del cuarto. Una cama doble situada bajo una lámpara del siglo XIX sería mi hogar durante las próximas noches. En el baño había un espejo ovalado, unas paredes de mármol marrón, gris y blanco y una bañera demasiado tentadora, pero muy poco práctica. Encendí la luz y vi mi rostro cansado. «Voy a bajar al restaurante a cenar algo», pensé.

—Mañana tengo muchas cosas que hacer —dije en voz alta.

53
Lluvia de recuerdos
Ella

Cada zancada que daba era un paso más hacia la libertad. El amor era una fuerza capaz de poseer de tal manera que nada de lo que se hiciese bajo su paraguas tenía condena. En mi cabeza retrocedía a los otros días en los que todavía era feliz, porque todo estaba bajo control. Me fui a ese día concreto…

Me pareció raro que el teléfono sonase.

Tras su muerte, nadie había vuelto a llamar.

Pero yo cada día lo encendía, casi como un ritual. Por si pasaba algo.

¿Qué se hacía con el número de teléfono de un muerto? ¿Llamabas para ver si era verdad que se había ido? ¿Le escribías un mensaje de despedida que nunca leería?

Tras la oleada inicial de mensajes, fue como si Marina hubiera desaparecido otra vez. Y el recuerdo que se borraba era como una brisa de aire que nunca tocaba dos veces en la misma piel.

Al poco tiempo la eliminaron de los grupos de WhatsApp.

Al poco tiempo dejaron de escribirle para contarle las novedades.

Al poco tiempo dejaron de echarla de menos.

Ni siquiera Dani volvió a aparecer.

Nadie había dado de baja la línea y supongo que era mi madre quien la pagaba. Tal vez albergaba cierta esperanza de que así seguiría viva en algún lado.

La voz que me hablaba al otro lado del auricular tenía un acento

que no había escuchado nunca. Llamaba con número oculto.

—¿Marina Marchante Georgiou? —preguntó.

Dudé un segundo, pero le respondí que sí.

—Soy yo.

—Llamaba para la oferta de trabajo de Suiza. Mi nombre es Carlos Heisser y trabajo para la consultoría jurídica GST, en el Departamento de Recursos Humanos.

—Sí, claro, dígame.

Por el auricular entraba el sonido de muchas voces; era como si estuviera en una sala de atención al cliente.

—La compañía la ha seleccionado para el puesto aplicado, son buenas noticias. Tendría usted quince días para incorporarse. Vive en España, ¿cierto?

Conocía el deseo de mi hermana de irse, pero ignoraba que hubiese realizado solicitudes para algún puesto de trabajo. De pronto, recordé el nombre del tal Carlos en su agenda, otra incógnita que se desvelaba. Era probable que esta noticia hubiese sido una pequeña salvación para ella, una pequeña cuerda a la que aferrarse para salir de la vida que se había montado en Madrid.

Traté de alegrarme de la misma forma que lo hubiera hecho ella.

—Oh, qué buenas noticias. Llevaba meses esperando su llamada. —Pausa—. Sí, vivo en Madrid actualmente —dije, acalorada.

—Está bien. Me puede confirmar si su dirección de e-mail es marinamarcha… —En este punto de mi apellido dudó un poco y lo leyó lentamente, como un niño que aprende el abecedario—… nte10@g —no dijo «ge», dijo «yi»— mail.com.

Se escuchaba su respiración, acompasada.

—Sí, ese es mi e-mail personal —confirmé.

—Está bien, le voy a escribir con toda la información que necesita para que continuemos con el proceso.

Creo que había querido decir «necesitamos», pero no le corregí.

—Muy bien, muchas gracias, estaré pendiente y le contestaré cuanto antes.

No le hice más preguntas.

—Muy bien, le deseo un felis día —zanjó.

—Igualmente, Carlos, hasta pronto.

Colgué.

¿Estarían sus libros en las librerías suizas?

… La pregunta que me hice aquel día continuaba haciendo eco en mi cabeza en este instante. También imaginaba una vida nueva, lejos de todos, lejos de todo… Con ÉL. Empezaba a estar cansada de correr, pero no podía parar, como tampoco podía dejar de retroceder en el tiempo. Lluvia de recuerdos. Entender, solo quería entender lo ocurrido…

54
Regresar al pasado
Él

Una multitud de taxis se deslizaban por las avenidas como si fueran unos niños correteando por el pasillo de un centro comercial. Iglesias ortodoxas con cúpulas doradas. Mujeres con faldas y velo. Semáforos. Fachadas grises perdidas en algún lugar de un tiempo pasado. Calles en obras. Ruido. Una cafetería moderna situada junto a un mercado caótico donde había tomates aplastados en el suelo. Mendigos y BMW. Bocas de metro y tranvías. Pintadas: «Basarabia e Romania, Muie Steaua». Más avenidas. Más calles. Casi todas en obras. Palacetes abandonados y otros, por el contrario, extraordinarios y bellos. «Hay tantas arquitecturas en esta ciudad que parece la cesta de la compra», pensé. «Hay tantos olores en esta ciudad que parece un paseo marítimo. Es París y, al mismo tiempo, Moscú».

Mi conductor era un tipo gordo, con bigote, vestido con una camiseta de tirantes. El coche, un Dacia Logan, tenía cinco crucifijos colgando del soporte que sostenía el espejo retrovisor. Junto al cambio de marchas, había una toalla rosa, roída, con la que el hombre se secaba el sudor de la frente cada vez que podía. Circulaba con la ventanilla del coche bajada y respiraba con dificultad.

El trayecto duró quince minutos y ninguno de los dos dijo nada, aunque yo sabía que me había engañado con el taxímetro, porque hizo el camino más largo. Le tendí un billete de cincuenta leis, y eso fue todo. No me devolvió el cambio. Arrancó mientras yo me quedé parado junto a la fachada. Decenas de ventanas se dibujaban sobre un

paisaje cenizo que debía estar ardiendo por el calor extremo de la ciudad. Dos banderas: la rumana y la de la Unión Europea. Escaleras con una pintura rojiza y desgastada que subían hacia unas puertas antiguas, blancas.

Cuando me adentré en el recibidor, sentí un olor denso a medicamentos y perfume barato. Una enfermera con el pelo corto, teñido de un rojo intenso, que tendría unos cincuenta y muchos años, me cortó el paso.

—*Unde mergeti* —dijo, seca.

Pero mi cara debió de delatarme, porque, para mi sorpresa, enseguida cambió de idioma.

—*Where are you going?* —preguntó en un perfecto inglés, ya más amable.

Le di su nombre completo.

—*Ah, perfect. Follow me, please.*

Comenzamos a caminar por unos pasillos con un suelo pintado de azul. Las paredes tenían dibujos y todo tipo de figuras pegadas como si fueran pósteres. Todo estaba bastante más cuidado y limpio de lo que me imaginaba. Pero, aun así, el ambiente comunista lo delataba. Subimos varias escaleras, cruzamos puertas y no intercambiamos ninguna palabra. Todo estaba sumergido en un silencio solemne, pesado. En un silencio lleno de enfermedad. En un momento inesperado me entró miedo y quise volver atrás. ¿Qué buscaba en Rumanía? Pero la seguridad con la que caminaba aquella mujer me impedía tomar otra decisión que no fuera la de seguirla. Se paró frente a la habitación 435. Me miró. Levemente, golpeó la puerta de madera con los nudillos. Sonrió. Luego la abrió muy despacio. Había una eternidad entre el cuarto que se descubría ante sus ojos y mi cuerpo parado. Una eternidad llena de dolor. La mujer dijo algo en rumano que no entendí, aunque pude distinguir la palabra «visita». Me encaminé hacia allá, pero no escuché ningún ruido. Era una habitación vacía. Mis pies pesaban. Quería salir corriendo. Entonces levanté la vista y los vi. Y me sentí mejor… Una pared pintada de verde y amarillo. Una televisión encendida donde había unos dibujos animados. Una pegatina con un dinosaurio justo debajo de la tele. Una

mesa de plástico con patas de aluminio, pequeña, repleta de medicamentos y fruta. Una cama militar, con barrotes de hierro, agarrada a un suelo de gresite. Mihaela y su hijo, sobre el colchón delgado. Georgian estaba tumbado y ella estaba sentada junto a sus pies.

55
Sorpresas que da la vida
Ella

Quise que esa carrera no se acabara nunca, quise sentir de nuevo todas las sensaciones que vivía recordando lo nuestro, aquella noche que estuve con él, en la que se abrieron todas las puertas del deseo… Sí, le había dado un manotazo a Izan y no me había importado escuchar su llanto porque el dolor era mío y solo mío.

Durante todos esos días después de esa noche con ÉL, sentí que habitaba en un cuerpo nuevo. La forma de las cosas que había a mi alrededor había cambiado hasta tal punto que parecía estar viviendo en otro mundo, en otro idioma.

Cada día volvía a nuestro momento y encontraba otros detalles que habían pasado desapercibidos.

Me masturbaba.

Lo hice incluso en los baños del colegio.

Si lo imaginaba con mucha atención, todavía podía percibir en mi piel el olor de su esperma, el leve dolor que sus embestidas habían dejado en mis ingles o las marcas de sus manos en mis nalgas.

En ese nuevo lenguaje había infinidad de recámaras que ansiaba explorar, quería hacer mío aquel paraíso que, hasta entonces, no había sido para mí.

Deseaba que hubiera una próxima vez.

Era consciente de que apenas sabía nada sobre él, pero me pasaba el día con ganas de que me escribiera, ávida de un nuevo encuentro que había dibujado en mi cabeza, de las palabras que se chocarían a medio

camino entre mi boca y la suya.

Marisol le había contado a todo el mundo que me estaba pasando algo, pues notaba que todos hablaban sobre mí a mis espaldas.

Quizá todos pensaban que era el duelo por Marina, que lo encajaba de esa manera.

Pero se equivocaban, no se trataba de eso.

Yo me sentía más radiante y más feliz que nunca.

Alba y Miguel fueron los primeros que se interesaron por mí. Ella daba clases a tercero y él era el profe de Educación Física. Podía decir que eran mis únicos amigos en la escuela.

—¿Cómo te sientes? Te noto… diferente —me dijo Miguel.

—Es verdad —confirmó Alba mientras le daba un bocado a una tostada—. Cuéntanos, ¿cómo ha sido todo?

Se me iluminaron los ojos.

—Pues, veréis, no se lo he contado todavía a nadie. Pero, para resumir, nos conocimos en internet, luego vino a verme, nos acostamos y nos enamoramos. Ha sido un pilar importante para superar la muerte de mi hermana, es muy guapo y, además, es escritor.

Ambos se quedaron sorprendidos.

Dudaron un instante.

—Ah…, eh… Bueno, ¡no sabíamos que tenías pareja!

Se miraron, desconcertados.

—Cuando menos te lo esperas, la vida te sorprende —alegué.

—Bueno, nosotros nos referíamos más a lo de tu hermana. —Ambos se miraron incrédulos. Hubo un silencio—. Pero, vaya, has dicho que es escritor. ¿Qué libros ha escrito? A lo mejor lo tengo en la estantería y todo —añadió Alba para encauzar el malentendido.

Pero no quise revelarles su identidad tan fácilmente.

—Anda, dínoslo, que a mí me falta lectura para el verano —dijo Miguel.

—¿No será poeta? Cuidado con los poetas, que no se suben la bragueta —comentó Alba—. Anda, dinos quién es, ya nos has generado todo el misterio.

Me ruboricé.

Hice una pausa dramática.

Me acerqué a ellos para hacer la confesión.

—Es Valentín Segura, el autor de este libro.

Lo señalé mientras lo sacaba del bolso. Lo llevaba siempre conmigo desde que me incorporé de nuevo al colegio. Era mi guía, el faro que me llevaba de vuelta a casa.

Ambos se quedaron observándolo atentamente.

Ambos tenían ganas de añadir algo.

Pero en ese preciso instante apareció Marisol, que nos observó con atención.

—Vaya, yo tengo ese libro. Me lo he leído, está muy bien —dijo.

Un silencio. Un silencio breve.

Como si lo hubiéramos ensayado, los tres soltamos una carcajada infantil, malvada.

Ella se quedó paralizada.

—No entiendo de qué os reís —soltó.

Me perturban los recuerdos, pero me permiten huir… Las lágrimas se juntaban en el borde de mi barbilla. Sí, también grité por el micrófono. La defensa. El ataque. «Es inocente», dije. Y luego el estruendo de un altavoz a punto de estallar.

Mi pecho ahogado. La nueva carrera hacia mi fortaleza, hacia mi casa, el único sitio al que podría ir. La cabeza me iba a estallar…

56
Las diferencias que nos unen
Él

Georgian se refugió en la infinidad del colchón, tímido y asustado porque no sabía quién era yo. Tan solo veía a un hombre desconocido que acababa de aparecer en su habitación. Un hombre que ni siquiera hablaba el mismo idioma, que ni siquiera sabía pronunciar bien su nombre, un hombre que no le había llevado ni un juguete ni un yogur ni un plátano. Un hombre que no estaba enfermo.

Mihaela se bajó de la cama con gran agilidad y, a pesar de que llevábamos demasiados años sin vernos, se acercó y me estrujó en sus brazos como una madre que volvía a encontrarse con su hijo perdido.

La enfermera se fue. Mihaela no paraba de darme besos y abrazos, mientras que yo permanecía quieto, tan sorprendido como su hijo, buscándolo con la mirada, esperando encontrar el momento perfecto para acercarme y tocarlo y conocerlo.

—Qué sorpresa, chico Valentín, qué sorpresa —repetía en un español a trompicones.

Había perdido todo el acento y estaba más mayor, más envejecida. Tenía el cabello escaso y el flequillo que tanto quería se había convertido en una especie de bancal con cuatro pelos. La cara la tenía arrugada. Las manos delgadas se habían transformado en unos guantes de boxeo, duras, hinchadas, grandes y rojas. El cuerpo era el de una mujer castigada por el trabajo, por la vida.

—Qué guapo, qué alto, qué hombre eres, chico Valentín —dijo.

Sin quererlo, me compadecí de su historia, pero también de la mía y

por mostrarme avergonzado y pudoroso ante ella, ante la mujer con la que había compartido tanto tiempo.

Eso sí, había algo que seguía igual: su olor. Mihaela desprendía un aroma de vainilla mezclado con una masa de harina horneada. Enseguida me fui hasta aquellos días en los que nos preparaba pastel de manzana y toda clase de bizcochos de chocolate y nueces y pasas.

—Ven a conoser mi hijo.

Y me agarró de la mano para guiarme hasta el borde de la cama.

El crío se había tapado la cara con una almohada y cuando Mihaela le tocó la mano, con paciencia, él hizo fuerza para que no lo destapara. Comenzó a hablarle con una voz dulce, amigable, con una voz que yo también reconocía, porque fue la que me cobijó y me educó. Y el crío aflojó, como si fuese una nube transformándose en un pájaro, se quitó la almohada de la cara y me miró con gesto incierto, herido. Le sonreí.

Mihaela me cogió la palma de la mano y también la de su hijo. Las juntó. Georgian tenía unos dedos frágiles, sin fuerza. Nuestros brazos se balancearon durante varios segundos, como si fuéramos dos camaradas que se acabasen de reencontrar después de muchos años.

—*Salut* —dije.

Era la única palabra que había logrado aprender en rumano. Mihaela soltó una expresión de sorpresa y, ante su jolgorio controlado, Georgian me respondió con otro tímido, corto y breve:

—*Salut.*

Entonces Mihaela me puso al tanto de todo lo que había pasado y del punto en el que se encontraba la salud de su hijo. Tenía una leucemia linfoblástica aguda, que requería de un largo tratamiento. Me agradeció en numerosas ocasiones toda la ayuda recibida y, ante un rubor que ella conocía a la perfección, dejó de hacerlo.

—Stefan llegar mañana para recoger, nosotros vamos pueblo, casa nuestra, a Geo le dan alta provisorio —comentó.

Yo le conté que había llegado a Bucarest sin ningún plan, que había ido a visitarlos y que no sabía dónde ir, más allá del hospital y de mi hotel. Pero Mihaela ya había maquinado en su mente todo mi itinerario.

—Tú venir con nosotros a Roșiori de Vede, tú no quedar en Bucarest, cara, sucia y gente mala —zanjó.

Desde luego que no le iba a llevar la contraria. Me parecía una aventura muy interesante adentrarme en la Rumanía que ella habitaba, volver a reencontrarme con una mujer que en aquel momento me era desconocida.

Georgian se entretenía con un libro repleto de dibujos con animales. De vez en cuando agarraba los lápices que tenía desperdigados por la cama y pintaba aquellas páginas marrones. Parecía no importarle nada nuestra conversación ni que su madre hablara un idioma desconocido, raro, inexplorado.

La enfermera que me había guiado hasta allá volvió a aparecer. Con el mismo tacto, abrió la puerta y se dirigió a Mihaela. Miré el reloj y había pasado más de una hora y media desde que estaba ahí. No entendía muy bien cómo el tiempo había podido correr a tanta velocidad, sentía que todavía me quedaban todas las cosas del mundo por hablar con ella.

—Chico Valentín, visita acabar, tener que ir tú. Yo quedar aquí con Geo. Así es regla. Maniana, ocho de la maniana, tú regresar aquí con maleta para ir casa. Stefan tener miedo a conducir por Bucarest, pero no preocupar, buen chófer.

Recordé todas las veces que aquella mujer me había protegido de la rigidez de mi padre, de la exigencia de mi madre, de la obligación de ser lo que no sabía si quería ser. El ciclo.

—Yo maniana llamar si tú no aparecer. ¿Sigue gustando igual dormir mucho? —preguntó mientras soltaba una carcajada.

Le dije que, tristemente, se me había roto el teléfono y que no tenía manera de arreglarlo. No sé por qué le mentí. Pero la tranquilicé prometiéndole que estaría en la puerta a la hora que me había convocado, que no se preocupara.

—Tú gustar mi país —dijo mientras se ponía en pie para despedirme.

Volvió a abrazarme con fuerza y esa vez Georgian sí me miró. Su madre me soltó y yo me acerqué a él y le volví a tender la mano. Tras un instante de duda, la agarró y repitió:

—*Salut.*

Sonreí y le correspondí. Salí por la puerta del hospital con la sensación de haber encontrado algo que ya no querría perder nunca.

57
Pensar en ti
Ella

Recordé cuando me atreví a contactar de nuevo con él, cómo me tiré al precipicio sin saber que sería capaz de volar tras un simple «Hola». Solo deseaba huir y lo hacía como podía. Decenas de padres habían protegido a sus hijos de mí, como si yo fuera una fiera salvaje, una bruja o una ladrona. Cerré los ojos. Regresé a ese día, cuando decidí mandarle un mensaje.

Pensé que tal vez no había visto el papelito con el teléfono; tal vez lo había visto, pero lo había perdido; tal vez, escribí mal algún número; tal vez, la culpa era mía…

Abrí Instagram y fui a su cuenta.

«¿Te acuerdas de mí?».

Tras enviarlo me arrepentí de no haberle dicho otra cosa. Pero había caminos por los que una no podía volver sola. Sobre todo, si eran de ida.

Luego me metí en la cama y traté de dormir, aunque fue imposible, porque el impulso de revisar la pantalla cada instante era irrefrenable.

Llegué a pensar que había muerto o que le habían robado las cuentas, que era otra forma de morir, tal vez más dura y profunda que la anterior.

«¡Hola! Sí, claro que me acuerdo, ¿cómo estás?», me respondió, de repente, a la mañana siguiente.

Mis piernas casi desfallecieron al leerlo.

De la emoción arranqué el cable del cargador y lo rompí. Pero no

me importó.

Pateé de felicidad.

Le habría contestado al instante, pero me contuve.

«¡¡¡Muy bien, gracias!!! Pensé que entre tanta gente que debe de escribirte a diario no verías mi mensaje… Además, mi foto de perfil deja lugar a muchas dudas porque salgo de lejos. Y creí que no me reconocerías. Qué suerte la mía, jaja».

Me aterraba la idea de pensar que tendría que pasarme varias horas sin recibir otra respuesta.

¿Por qué había puesto ese «jaja» al final?

Pero me alivió escuchar la vibración del teléfono al poco rato.

«No te creas que me escribe tanta gente. Espero que tú también estés bien. Sí, ya la vi, pero te delató el nombre. No he interactuado con muchas Marinas en los últimos días, también te digo».

No había nada más placentero que leer ese «espero que tú también estés bien» salido de sus dedos.

Tuve que rehuir el impulso de preguntarle cuándo lo volvería a ver. Mantuve la calma.

«Qué afortunada soy, entonces. En el fondo, Marina es un nombre difícil de olvidar. Suerte que tú eres listo…».

Me sentía ridícula. Mis palabras no estaban a la altura.

Proseguí por otro lado.

«Voy a hacer todo lo posible para verte en la Feria del Libro de Madrid».

Esperé unos minutos.

«¡A ver si me puedo acercar para que me firmes el otro libro! Pero solo quiero que me firmes uno, eh, que el tercero lo dejamos para la próxima vez».

No dijo nada.

Me exasperaba pensar que pudiera estar hablando con otra.

«Qué bien, te esperaré allá. Aquí tienes el cartel con los horarios. ¡No lo dejes para el final, como hace todo el mundo! Cae en domingo y se suele llenar demasiado».

No pude contenerme más y se lo pregunté: «¿Cómo hacer para que los ojos que miras te devuelvan la misma mirada?».

Pero no contestó.

Y, ahora que ya sabía quién era, me extrañaba que no me hubiese seguido.

No me podía creer lo que estaba pasando. ¿Alguien le contaría esto a mi madre? ¿Le dirían que su hija se había vuelto loca por amor? Me invadía esa vergüenza que me revolvía las tripas. Esa imagen que me devolvía una yo desconocida con un micrófono, gritándoles a todos. «Pero pensar en ti me proporciona placer y dolor, mi amor…», dije en esa carrera desesperada.

58
Pastel de manzana
Él

Stefan era un tipo muy común: ni muy alto ni muy bajo, ni muy guapo ni muy feo, ni gordo ni delgado. Tenía, eso sí, unos pequeños volcanes en la cara, fruto de alguna varicela que tuvo cuando era pequeño. Me estrechó la mano con vigor cuando me vio. Su piel era arrugada y trabajada. Luego hizo amago de abrazarme, pero se cortó a medio camino. Era un hombre torpe, aunque vi en sus ojos una bondad infinita. Cuando soltamos las manos, me sonrió amablemente y entonces entendí su dolor.

Al poco tiempo de regresar a Rumanía, Mihaela se casó. Tras un año, nos anunció que se había quedado embarazada y desde entonces habían pasado otros diez. Nadie de mi familia había conocido a su hijo, aunque ella le mandaba fotos por Navidad a mi madre y siempre nos felicitaba los cumpleaños a través de ella.

Partimos los cuatro en un Dacia Logan al que se le notaba el paso del tiempo hacia la ciudad en la que vivían y cuyo nombre me parecía tener una musicalidad fascinante: Roșiori de Vede. Mihaela se sentó detrás con su hijo. Yo permanecí junto a su marido en el asiento del copiloto, que parecía estar muy seguro del camino que tenía que tomar para llegar a su casa. Aunque yo me moría de ganas de preguntarles cosas acerca de su país, ninguno tenía muchas ganas de hablar y Stefan, atento, encendió la radio. No estaba siendo una buena mañana para Georgian, pero Mihaela me dijo que esperaba que fuese mejorando durante el día. No le gustaba nada pasar tantas horas en el

coche. Y lo entendía. Rumanía no es que tuviese los mejores chóferes del mundo.

El paisaje de Bucarest que había conocido se iba difuminando a medida que avanzábamos, hasta desaparecer por completo. Georgian se había quedado dormido en los brazos de su madre. Decenas de pueblos iban apareciendo y desapareciendo en la carretera. Tenía la sensación de estar en otro mundo, uno deshabitado, uno por el que el tiempo no había pasado, sino que se había detenido como un reloj sin pilas. Mihaela me dijo que estábamos atravesando una de las zonas más pobres del país donde la población estaba envejecida a causa de la brutal inmigración que había sufrido durante los últimos años.

—Los jóvenes buscan futuro lejos de aquí —zanjó.

Si bien el Dacia tenía aire acondicionado, se podía sentir el calor abrasador y asfixiante. Aquellas tierras que se extendían hasta donde alcanzaba la vista estaban condenados a desaparecer. Por la carretera nos cruzamos varias carrozas tiradas por caballos y burros, decenas de agricultores que se perdían entre los campos de maíz, con la piel quemada por el sol. No había ningún punto de atracción turística más allá de la cantidad bestial de iglesias que aparecían a cada pocos kilómetros. Parecía que aquel lugar se alimentaba solamente de la religión.

Pero, poco a poco, también dejamos atrás aquella desolación que nos había atrapado. Entramos a la ciudad y descubrí otro mundo igual de triste y perdido, aunque un poco más actual.

La casa estaba ubicada entre varios bloques, en una carretera sin asfaltar. Stefan aparcó el Dacia junto a un montón de tierra y justo en aquel instante el niño se despertó.

—Aquí vivimos —anunció Mihaela.

Me bajé del coche y el calor me impactó en el rostro y en los brazos. Era seco. Un muro de cemento rodeaba la propiedad que, aunque era pequeña, parecía ser suficiente para los tres. También tenían un manzano que no había logrado crecer del todo, aunque estaba repleto de frutas. Sobre una de las paredes había emergido, salvaje y descuidada, una vid. Georgian se apeó del coche con una agilidad que hasta entonces desconocía y se dirigió hasta la puerta de la entrada,

que era de un rojo que, en su día, había sido muy intenso, pero que ahora se había desdibujado. Detrás caminaba su madre y la seguíamos Stefan y yo con todas las maletas.

—No es muy bonita, pero es nuestra —dijo Mihaela cuando entramos a una sala que hacía de recibidor con un zapatero y un armario para ropa de invierno.

Georgian abrió una puerta blanca que chirrió y se lanzó sobre el sofá duro que sería mi cama durante los próximos días. Encendió la tele y buscó su canal preferido de dibujos animados. Como si fuera una coreografía, su madre le trajo un vaso de limonada y le dejó varias pastillas sobre un platito decorado con flores. El comedor tenía un espejo sobre un armario, un escritorio y una mesita baja, todos regalos de boda, como me dijo más tarde. La tele estaba colocada sobre un mantel blanco, frente al sofá. El resto de la casa se componía de un baño, una cocina y una habitación grande en la que dormían los tres.

—Cuando Georgian más mayor, nosotros hacer pared para dar su habitación —comentó Mihaela.

Por toda la casa había elementos religiosos: estampas de santos, cuadros y un calendario que estaba colgado en la cocina, con una letra diminuta que anunciaba todas las festividades. Mihaela controlaba todo, ella había creado ese hogar de la misma manera que un músico componía una canción. Parecía estar tan segura de los movimientos que hacía que, por un instante, creí que bailaba. Recordé los días en los que también vivía en nuestra casa y cómo se sostenía, sin quejarse, sin malas caras y sin pesar.

Stefan había salido para hacer una compra y yo decidí quedarme, porque el calor no me sentaba bien. Mihaela encendió el ventilador que emitía un ruido blanco, perfecto para respirar mientras me peinaba el rostro. Me senté en el sofá junto a Georgian y lo observé. Estaba sumergido en otro mundo más limpio y más tranquilo. Cerré los ojos por un instante y me quedé dormido hasta que me despertó un olor que me había acompañado durante tantos años de mi vida: un pastel de manzana se estaba cociendo en el horno.

59
Fuegos artificiales
Ella

Ya divisaba mi casa, la puerta por la que entraría y cerraría de golpe. Estaba deseando tumbarme en la cama y no parar de llorar. Solo me quedaba recoger los últimos recuerdos, los que desembocaban en este día horrible donde había saltado la noticia, a este día horrible donde había perdido el control, a este día horrible donde mis piernas no eran mías, sino que eran suyas. Volví entonces a ese fin de semana…

«No pude ir a verte a la feria porque tuve que hacer la limpieza del verano en la casa. Pero no pasa nada. Te quedan dos firmas. Ya sé lo que dijiste. Pero a ver si puedo escaparme la última semana, aunque sea el último día. Antes no puedo porque debo volver al trabajo. ¿Te he contado que soy profe?».

No podía confesarle mi verdadera profesión. Me daba vergüenza. Era como hablarle sobre los sueños que no había cumplido y que jamás cumpliría.

Sí, durante ese fin de semana, me encargué de las ventanas, los armarios, el garaje y los trasteros…

Mi madre estuvo vigilándome, pero apenas chocamos.

El último lunes de mayo regresé al colegio.

A los pocos días, ya todo el mundo se había enterado de que Valentín Segura era mi pareja.

Yo estaba feliz.

Durante un descanso, Marisol me trajo un café y me acercó su paquete de galletas.

—Para mojar —dijo.

Después estuvimos trabajando en la festividad de fin de curso. Los alumnos de cuarto de Primaria debían interpretar el «Himno de la alegría». Marisol, que había ido al conservatorio, se ofreció para ayudarlos con la parte instrumental. Y me pareció extraño, pero me pidió apoyo.

Durante aquella jornada, algunos padres se acercaron para darme el pésame y agradecerme el esfuerzo que había hecho para regresar.

—A los chicos les ha hecho mucha ilusión.

Desde una esquina, Marisol me observaba sonriente.

El 11 de junio, la fecha fatídica (mi perdición), momentos antes del suceso, las familias acudieron en masa a la festividad de fin de curso, reuniéndose en el patio frente a un escenario improvisado. Hasta EL ANUNCIO, todo transcurrió como un día redondo. Por turnos, los niños fueron saliendo para actuar: música, baile, poesía, teatro. Luego fueron subiendo, uno por uno, ante el jolgorio general, para recoger un diploma y una medalla de plástico dorada que Trini les colgaba del cuello con cuidado. Nosotras los mirábamos orgullosas. Como si fueran nuestros hijos.

Luego los de cuarto cantaron el «Himno de la alegría» y todos aplaudieron al final. Ellos estaban muy satisfechos.

En ese momento ya había saltado la noticia, pero yo no lo sabía.

Cuando terminamos la canción, sin esperarlo, la directora pidió un aplauso para mí.

Emocionada, lo agradecí. Padres, alumnos, compañeras, todos aplaudían.

Todos excepto Marisol, a la que miré desconcertada.

Izan estaba de buen humor.

Al bajarse del escenario, todos los chicos salían corriendo hacia el lugar donde estaban sus familiares para enseñarles sus logros, orgullosos.

Todavía quedaba la entrega de premios de los de quinto y los de sexto.

Estaba comenzando a ser un poco pesado, pero todos hicimos el esfuerzo.

Al final de acto, Trini había preparado unos pequeños fuegos artificiales. No tenía mucho presupuesto. Pero los padres completaron lo que faltaba.

Los niños no lo sabían.

Gritaron de felicidad en cuanto explotó el primer cohete.

Todos elevaron sus ojos al cielo. Una fiesta. Casi era el inicio de las vacaciones.

Todavía quedaba una semana de clase y también se había organizado una excursión. Pero no importaba.

Por los altavoces del centro sonaban las voces de Aitana y Ana Guerra con la que prometía ser la canción del verano.

Yo tenía ganas de bailar.

Entonces saqué el móvil del bolsillo para hacer un vídeo.

«Pa fuera lo malo; no, no, no, yo no quiero nada malo, no, no, no…».

Aunque los fuegos no se veían muy bien, quería grabar el ambiente, quería retener, de alguna forma, toda esa euforia.

Y entonces lo vi.

Las palabras estallaron en mis oídos.

Y perdí el control…

Fin de la carrera.

En ese momento, abrí la puerta de mi casa. Estaba preparada para la otra lucha.

60
El otro mundo
Él

Al día siguiente, Mihaela y su marido habían organizado una salida al río. Era un sábado soleado y caluroso. La ciudad apenas tenía movimiento y una calma incierta parecía reinar sobre las calles desiertas y las ventanas cerradas. Había dormido mejor de lo que me esperaba y, aunque era consciente del gasto extra que les supondría un ventilador encendido toda la noche, me fue imposible descansar sin él. En la mañana, con una luz suave asomándose tras la cortina, Georgian apareció en el salón, callado y tímido, y encendió la tele. No lo había sentido hasta que no se sentó en el sofá, al otro extremo de mi cabeza. Traté de moverme con su misma quietud para no molestarlo. No me miró, sino que se quedó absorto como si estuviese dentro de la pantalla, en esa vida animada que, tal vez, él mismo soñaba tener.

Una hora más tarde se despertaron sus padres y, cuando Mihaela nos vio a los dos frente a la pantalla, esbozó una sonrisa. Yo se la devolví y ella se fue. Y entonces me entró el miedo irracional de perder todo eso, de que la mexicana apareciera de repente y les contase a todos mi mentira. Me estremecí. Cerré los ojos y traté de evadirme de esos pensamientos intrusivos. Como si fuese un cable a tierra, Georgian se despertó. Luego comenzaron a preparar las cosas para partir hacia el río cuanto antes.

El Vedea estaba a una media hora en coche desde la ciudad. Mihaela me anunció que nos veríamos con unos amigos suyos que vivían en Meri, un pueblo pequeño, perdido en la llanura rumana y

desconocido para el mundo. Por otro lado, Stefan cargó en el maletero dos grandes bolsas con el emblema de un supermercado que no conocía.

Durante el trayecto, me encontré con el mismo paisaje monótono del día anterior. De vez en cuando, algún árbol solitario lo desdibujaba como si fuera una falta de ortografía en una redacción. El sol parecía abrasar los maizales con la misma fuerza con la que el mar golpeaba las rocas durante la tormenta. Más carrozas, más caballos, más campesinos. Era ese el cuadro de una exposición naturalista a la que yo había acudido sin ninguna invitación. Cuántas historias debían ocultar estas tierras.

Nos paramos frente a una casa muy parecida a la que tenían Mihaela y Stefan. Al otro lado de la verja de hierro, un tipo alto, gordo, con un bigote muy negro, la abrió mientras sonreía. El coche pegó un bote cuando pasamos por un bache que había en la entrada. Georgian se aferró al asiento. Mihaela, a su vez, sonrió. Desde dentro de la casa, pintada de amarillo y naranja, salió una mujer menuda, con el pelo recogido y la cara muy roja. Calculé que tendría alrededor de cincuenta años. Agitó la mano y Stefan pitó, alborotando la paz de la finca. Ella nos señaló el árbol donde podía aparcar. Cuando nos bajamos, Georgian salió corriendo hacia sus brazos, eufórico. Esta lo agarró por las axilas y lo aupó sin ningún esfuerzo. Era muy frágil y temí que le hiciera daño. Pero entonces el niño la besó una y otra vez sin ningún pudor.

Junto a nosotros, Nicu, que así se llamaba el hombre del bigote, apretaba la mano de Stefan vigorosamente. Cuando llegó mi turno, el matrimonio hizo lo mismo mientras decían su nombre y relajaban la euforia. Tenían la piel fuerte, trabajada. Liliana, que así se llamaba la mujer, nos invitó a pasar a la casa. Una tela enorme con un avestruz con las plumas abiertas cubría una de las paredes. Frente a ella, esperándonos sobre una mesa de madera, había varias botellas de refresco y un licor blanco. Me invitaron a sentarme y, aunque me daba vergüenza, me situé en la cabecera de la mesa. A mi lado se sentó Stefan y, frente a él, Nicu. Las mujeres se marcharon a la cocina, que estaba junto a la entrada. La casa olía a una especie de guiso que no

reconocí. El hombre agarró la botella de licor y sirvió tres vasitos. Luego cogió el suyo y lo elevó sobre el centro de la mesa. Yo hice lo mismo. Brindamos los tres y bebimos. Los tipos me miraron. Esperaban una mueca que no tardó en llegar cuando el líquido comenzó a bajar por mi garganta. Enseguida abrí la boca para coger aire mientras apoyaba las manos sobre la mesa y estiraba el diafragma. Una sonora carcajada invadió la sala.

—*Bine ai venit* —me dijo el bigotudo mientras servía otro vasito.

Yo también sonreí.

Georgian estaba jugando con los animales.

61
El cristal roto
Ella

Y luego ÉL desapareció.

Como si fuera un fugitivo o un ejecutivo huido con su secretaria.

Desapareció del planeta sin decirme nada, sin dejarme ningún rastro para seguirlo o para decirme que estaba bien. Al menos merecía eso, saber que estaba bien.

Cada mañana, cada tarde, cada noche, entraba a su perfil de redes sociales para ver si había dado señales de vida.

Tenía una cuenta de Instagram relativamente cuidada y un perfil de Twitter decente.

Sus últimas publicaciones habían sido varios posts acerca de su participación en la Feria del Libro de Madrid.

Fotos de largas filas, lectores contentos. ÉL posando para la cámara, orgulloso y cansado. Pero solo yo, que lo conocía muy bien, sabía que estaba cansado.

Sus ojeras formaban parte de su atractivo.

Pasaban los días y no había nada nuevo en sus historias.

Ni había ningún cambio en los usuarios que seguía, doscientos cincuenta y siete.

La última persona a la que había seguido era una fisioterapeuta de Barcelona, @AuroraFreixasFisio.

Sí variaban, sin embargo, sus seguidores. Desde que salió la polémica, bajó de quince mil seguidores a once mil quinientos.

Tan solo ganaba unos veinte cada día.

Entraba, a su vez, a esos perfiles nuevos. La mayoría eran mujeres.

Me desesperaba que fuesen mujeres.

Algunas muy guapas.

Muchos perfiles anónimos le escribían mensajes de odio, mensajes de ira.

Muchos periodistas habían puesto en marcha una verdadera cruzada contra él. Sobre todo el tal Agustí Vilacans.

Pero, más allá del comunicado de su editorial, no había otra cosa.

Era como si el ruido se hubiese tragado su música. Como si el infierno hubiese poseído su ejército de ángeles.

«¿Dónde estás, amor mío? Esta abeja añora tu miel».

Me sentía huérfana, abandonada en la incertidumbre, alejada por completo de aquellos ojos que quería que me viesen. Me sentía sola y los días se hacían más difíciles desde EL SUCESO.

Mi madre no me dijo nada.

En el colegio no me dijeron nada.

Pero, a pesar de todo ese desconsuelo, también ocurría una cosa extraña: todas las veces que cruzaba la puerta roja, que me adentraba en el hogar del mal, me encontraba con una casa que sentía que me pertenecía, con una habitación vacía que ya había ocupado con mi foto, esa foto donde posaba con la espalda desnuda, frente al mar; ese lugar que ya había ocupado con el jersey blanco que me había regalado una expareja y con esa diadema con dos antenas de abeja, perfectas.

Y tal vez era esa fuerza que sentía la que me hacía seguir buscándolo, la que me hacía seguir creyendo en él.

Me uní a la otra gran comunidad que le escribía, que comentaba sus publicaciones, defendiéndolo. Como si fuera un hermano. O, peor, un amante.

Publiqué una foto con la portada de su libro, le añadí un *hashtag* y enseguida recibí respuesta.

Yo no era la única que lo buscaba.

Su club de fans OFICIAL me dio las gracias.

«Gracias, Marina, tu apoyo es importante n stos moments».

Y luego recibí más me gustas, más comentarios. Pero no los leí,

porque no quería saber nada de nadie más que no fuera él.

En mi perfil puse una cita de su libro: «Mi sol, mi luz, mi amor…».

Y entonces me escribió Yaiza Algún, que se identificaba como su mayor fan y que administraba la cuenta oficial del club.

También tenía una cita de uno de sus libros en ese perfil.

Su cuenta era todo un santuario dedicado a su figura. Había fotos en casetas de la feria, vídeos de sus presentaciones. Había recogido todo el material que él lanzaba y lo había publicado.

Ella lo defendía fervientemente, con uñas y dientes. No tenía ningún reparo en pelear con todo el mundo en Twitter, en exponerse a los acosadores en Instagram.

Yaiza respondía mensaje a mensaje a toda la horda de haters.

ÉL era su gran fantasía.

Yo la detestaba. Detestaba esa devoción insana, esa manera de querer hacer suyo aquello que no le pertenecía. Odiaba su protagonismo desmedido.

Había algo dentro de mí que me hacía detestarla con toda mi alma.

No sentía celos, sino asco.

62
Figuras en el agua
Él

A pesar de la barrera idiomática, no me fue muy complicado comunicarme. Nos entendíamos a través de los gestos y pensé en el poder que tenían las manos. Aquel hombre me trataba con respeto, pero también con confianza, sin importarle muy bien quién era yo o qué era lo que había venido a buscar en ese lugar. Incluso Stefan se había animado. Ese era un día de goce y celebración.

Salimos al cenador que había tras una hilera de árboles donde nos esperaba una barbacoa ya preparada y lista para prenderse. Desde dentro de la casa, las mujeres salieron con varios recipientes de carne preparada para asar. Nicu prendió la paja que había bajo las astillas con un mechero y, sin apagarlo, se encendió un cigarro. Stefan siguió su ejemplo. No sabía que también fumaba, aunque la alegría le duró poco porque, cuando lo vio, Mihaela le echó la bronca y este apagó el pitillo enseguida, porque el humo no le sentaba bien a Georgian. Nicu fumó apartado.

Luego nos reunimos todos junto a un banco de madera y Mihaela me dijo que ellos eran amigos suyos desde hacía varios años. Él se dedicaba a repartir alimentos para las tiendas de la zona y ella trabajaba de cajera en la ciudad. Ahí, en un supermercado, cajera y reponedora era donde habían entablado amistad. El matrimonio tenía un hijo más grande, así lo dijo Mihaela, que estaba estudiando ordenadores en Bucarest. Su madre me tendió el móvil y miré su foto. Luego Mihaela le dijo algo en rumano que no entendí, pero la mujer

me miró y comenzó a hablarme. Miha, que así la llamaban, me tradujo. Ella nunca había estado en España. Y esperaba que su hijo pudiera ir algún día, «pero de vacaciones, no del todo».

Habían preparado unos rulos de carne llamados *mici*, salchichas de cerdo y entrecot. También había una ensalada avinagrada de repollo y tomate para acompañar. Nicu tenía unas manos muy grandes y fuertes, que parecían ser inmunes al calor de la brasa, porque sacó del fuego unas patatas asadas, envueltas en papel albal, sin inmutarse. Luego agarramos todo y caminamos por un pequeño sendero que se perdía entre otros árboles frutales que tenían en el jardín de la casa. A varios cientos de metros, una huerta preciosa y grande nos llevó hasta el final del trayecto, junto al río. Ahí, sobre unas tablas improvisadas, Nicu había preparado un comedero idéntico a aquellos que había perdidos en las carreteras españolas. Justo encima de nosotros, para protegernos del sol, teníamos un sauce llorón. El río, aunque sin mucho caudal, fluía con calma y paciencia. Tenía un tono marrón, aunque cerca de la orilla se podía divisar el fondo lleno de piedras y arena. Colocamos todos los platos sobre una mesa de madera de nogal —eso me dijeron ellos, orgullosos— y Nicu sacó del bolsillo un altavoz que colgó de una rama y por el que no tardó en sonar música popular rumana.

Georgian se había metido en el río, pero solo hasta las rodillas. No podía ir más allá sin sus padres.

Después de varios licores más —me dijeron que era aguardiente de ciruela—, la comida entraba con mucha más ligereza. Aquella familia tenía una vida sencilla, lejos de cualquier distracción innecesaria, se movían con la tranquilidad de la hierba y, a pesar de ser gente humilde, transmitían una felicidad y una satisfacción plenas con el mundo. Me hablaron sobre su hijo y sus planes de futuro, sobre que era el primero de su familia en ir a la universidad y Nicu, a pesar de su gesto rudo, se emocionó cuando dijo que no venía tanto a verlos como les hubiera gustado, pero ellos se encargaban de mantenerlo como podían. Les daba igual sacrificarse por su bien. Yo les pregunté, entonces, si no habían pensado en emigrar para buscar otro trabajo y, tal vez, mejorar la calidad de vida de su hijo. Entonces ellos se rieron

y dijeron que no. Mihaela me tradujo:

—Dicen que ellos aman Rumanía, que no poder vivir en ciudad nunca, que preferir supervivencia aquí a esclavo en Europa.

Comentaron que se les habían presentado varias oportunidades, pero la balanza siempre se inclinaba a favor de su casa. Entonces se entabló una especie de debate entre los cuatro y yo me quedé fuera, porque Mihaela ya no me tradujo nada.

Georgian había agarrado un palo para dibujar figuras en el agua.

63
Un beso grande
Ella

… Sentía asco de su vida: era una mujer de cuarenta y seis años, divorciada, peluquera, que vivía en Lorca. Llenaba el vacío de su vida con la de los otros. Debía pasarse horas y horas frente a la pantalla del móvil, obsesionada con una sola cosa: demostrar la inocencia de Valentín. Y, tras eso, llegaría otro Valentín y luego otro y así sucesivamente. Y ese sería su ciclo vital hasta que la muerte se la llevase por delante. Una existencia de nadas.

Hubo un momento en que comprendí que podía tener mi propio ejército, que podía crearme decenas de cuentas que, como si fuesen tentáculos, atacasen todo lo que estaba al alcance de mi mano y a todos los que trataban de herirlo a él. Yo era su escudo, yo y nadie más que yo. Y me encargué de hacer lo que me correspondía, lo que me tocaba por derecho. Su club de fans era mío, su imagen era mía, su defensa me correspondía.

No fue tan difícil tirar abajo el perfil que Yaiza administraba, al contrario.

Instagram lo cerró, simple y llanamente, por una suplantación de identidad. No fue bueno que publicase el mismo contenido que él publicaba. No fue bueno que se metiera donde no debía…

Qué irónico.

Casi al instante, en cuanto me lo notificaron, me abrí otra cuenta: @ValentínSeguraCFOficial.

Lo hice por su bien.

Valentín ya no era suyo.

Como era de esperar, @PequeñaLetrita, la cuenta personal que tenía Yaiza, no tardó en descubrir EL NUEVO club de fans. Al instante me envió un mensaje:

«Kién eres? No seras uno de sus haters? Yo tenía su club de fans oficial y ahora ya no, cómo me lo has kitado??? Dime kién eress?».

Tras esperar un tiempo prudencial, decidí que la mejor manera de apaciguar a la fiera sería con un mensaje de voz. Le hablé en un tono tranquilo, coherente, sereno. Un tono alejado de su violencia y de su pasión desmedida.

«¡Hola! Encantada de conocerte. Me llamo Marina y yo también soy muy lectora de Valentín. ¡Vaya, no sabía que te habían quitado el perfil! De hecho, yo te seguía por ahí. Lo cierto es que me hice esta cuenta para apoyarlo todavía más, si cabe. Es increíble todo lo que se está diciendo sobre él estos días… Ya te digo, admiraba mucho tu labor. Todas estamos en el mismo barco. Perdona por mandarte este audio, es que tengo a mi hijo correteando por la casa y me es más fácil. Bueno, un abrazo, compañera. Ah, ya me dirás si puedo hacer algo para ayudarte a recuperar tu cuenta, aunque no creo. A una amiga mía le pasó y tuvo que hacerse otra nueva».

Al poco rato me llegó su contestación.

«Ah, jder, perdona pensé que eras una de las hater y kerías fastidiar. Entonces no sabes k pudo psar cn mi cuenta??? M da rabia xk tenía ahí muxa gente que ns apoyaba. Por cierto, n sabes cmo te entiendo con lo del crío, yo también tengo uno y hay días k es imposible acer nada k no sea ir detrás de su culo. Un beso, guapa».

Le respondí enseguida, esa vez por escrito.

«No tengo ni idea de lo que pudo haberle pasado a tu perfil. Estas redes, que cada día funcionan peor… Debe ser que, como has estado dando guerra, te habrán denunciado. ¿Te parece si ahora hacemos todo desde aquí? Al fin y al cabo, todas queremos lo mismo. Ánimo con tu bichito, guapa. ¿Cómo se llama? Un beso grande».

A los pocos minutos, Yaiza había colgado una historia en su perfil, @PequeñaLetrita, donde contaba que le habían tirado el club de fans, pero recomendaba a todo el ejército de valentiners que siguiese mi

perfil.

En poco más de media hora ya contaba con cincuenta y siete seguidoras.

La abeja reina solo se alimentaba de jalea real. La abeja reina desprendía el aroma en su colmena. La abeja reina mantenía la cohesión entre sus obreras. La abeja reina nunca volaba hacia ninguna flor. La abeja se convertía en reina después de matar a todas las que todavía no habían nacido. Y solo podía haber una abeja reina por colmena. Yo era la abeja reina.

64
Poco a poco
Él

Traté de integrarme en su mundo sin descolocarlo. Durante la semana, su marido trabajaba en un lavadero de coches hasta el mediodía. Luego venía a casa y, después de comer, se marchaba a un segundo empleo de verano: recolector de maíz. Regresaba entrada la noche. Por el contrario, ella había dejado su puesto en el supermercado porque debía cuidar de su hijo. Mihaela, Georgian y yo solíamos convivir en la casa y ya no me sentía un intruso. Cuando no hacía tanto calor salíamos a pasear y ella disfrutaba mucho hablándome y de su ciudad. Me contaba las historias de sus padres, de cómo emigraron del campo a Roșiori hacía muchos años, de cómo conoció a Stefan, del momento en el que les anunciaron la enfermedad de su hijo y de cómo funcionaba el sistema sanitario rumano. Conectar con ella desde los ojos de un adulto la convertía en una especie de ser al que tan solo podía admirar y, en cierta manera, envidiar.

Una tarde nos sentamos en una cafetería situada en una de las calles céntricas de la ciudad. Era un lugar viejo, decorado con sillas y mesas de madera desgastadas, en el que se escuchaba el ruido constante de una nevera. Al otro lado del mostrador —que era de cristal y tenía una luz amarillenta—, una señora mayor saludó a Mihaela sin muchas ganas.

—A veces venir aquí en domingo, pero no mucho porque caro —dijo.

Nos pedimos dos trozos de tarta. No tenían café. Le dije a Miha que

el agua estaba bien. Georgian solo quería una Fanta Naranja y, en cuanto la agarró del frigorífico, salió a la calle peatonal para jugar con varios niños. Desde que había llegado a este país, era la primera vez que nos quedábamos a solas.

—¿Por qué te fuiste? —le pregunté.

Me miró como si hubiera deseado que le hiciera esa pregunta desde que me vio llegar al hospital. Hundió la cuchara en la tarta y se llevó un pedazo a la boca. Yo hice lo mismo. Estaba muy seca y ácida. Dentro de la masa tenía un gajo de naranja amargo. Pero me la tragué.

Mihaela había sido una más de la familia. En verano, viajaba con nosotros a nuestra casa de Cantabria, pasábamos juntos las Navidades, la Pascua y celebrábamos también su cumpleaños que caía en mitad de octubre. Mi madre contaba con ella para todos los asuntos y para nosotros, mis hermanos y yo, era como una hermana mayor. Me miró a los ojos y sonrió.

—Eso buena pregunta. Tu familia ser buena familia, cuidar y dar de comer y pagar muy bien. Yo querer mucho a vosotros, ser como hijos para mí. Los tres. Tú ser el más sensible y por eso yo cuidar más de ti. Yo estar bien en España, pero no pasar ni un día sin añorar Rumanía. Yo venir de zona pobre, tú ver, pero no importar. Algo en mí unir con este sitio y añorar hasta el mal olor, políticos corruptos, mal hospital, calles sin asfalto y cortar agua o electricidad cada poco. Y cuando tú extrañar todo lo malo de un sitio significa que tú amarlo y no poder vivir sin él. Aunque todo lo que rodear a ti ser lujoso, simplemente no poder. Por eso yo marchar, porque necesitar hacer mi vida en lugar donde ser feliz, pobre, pero feliz.

Enseguida me transporté. Mihaela era un personaje que había vivido en mí durante toda la vida. Ella formaba parte de ese universo; por eso me atrajo ese argumento y quise convertirlo en mi novela, pero nunca deseé invadir su espacio ni el de su familia. Escribí sobre ella porque quise hacerla eterna. Me emocionó cuando dijo: «Cuando tú extrañar todo lo malo de un sitio significa que tú amarlo y no poder vivir sin él». Luego recordé una frase que había escrito: «La tierra siempre llama cuando tienes el teléfono apagado». Viéndolo con perspectiva, comprendía que Mihaela apenas había tenido amigas en

España. Yo tan solo la recordaba interactuando con un par de chicas que trabajaban en el vecindario, aunque no eran internas como ella. Y, a pesar de que hubiese llegado a nosotros por una prima suya, que trabajaba en casa de una amiga de mi madre, tampoco estaba cerca de su familia porque aquella mujer vivía en Alicante. Con nosotros aprendió el idioma, a viajar en transporte público, a comprar en un supermercado. Ella disfrutaba cocinando todo tipo de comidas rumanas que servían para despertar una curiosidad genuina acerca de la vida en Rumanía, le encantaba cuidarnos y enseñarnos su idioma (aunque poco se nos quedó), caminar por la playa y ayudarnos con los deberes. Pero estaba claro que todas esas cosas no bastaron y, tras ahorrar algo de dinero, Mihaela nos anunció que debía regresar.

—Te entiendo. Para nosotros fue una gran pérdida. ¿Sabes que no volvimos a tener a nadie en la casa?

Mihaela se ruborizó, aunque lo sabía, porque nunca perdió el contacto con mi madre.

—Bueno, tú contar también una cosa: ¿por qué venir aquí? Yo ilusionada, pero tú venir por sorpresa, sin avisar, y yo conocer a ti. ¿Pasar algo?

Hundí la cuchara en otro pedazo de tarta. Una crema de chocolate se esparció por el plato. Levanté la cabeza y vi a Mihaela esperando una respuesta. Me lo llevé a la boca.

—Bueno, digamos que he tomado una mala decisión. No me entiendas mal, no he matado a nadie. —Ella aprobó con la cabeza—. Tampoco he venido porque he cortado con mi pareja ni nada parecido. Y mi familia está todo lo bien que se puede estar. Pero sí, podría decirse que he huido. He huido de un tipo que me da miedo en lo que se ha convertido…

Entonces se abrió la puerta del local y Georgian apareció de repente. Ambos giramos la cabeza. Se acercó con rapidez y tiró de la manga de la camisa de su madre porque quería regresar a casa. Ella trató de calmarlo, pues estaba un poco alterado.

—Disculpa, a veces poner así, cabeza grande.

Mihaela recogió las cosas y yo me levanté para ir a pagar. Protestó. El niño seguía tirando de su ropa.

—Tú ser buen hombre, yo saber lo que crecer —dijo.

65
¿Dónde estás?
Ella

Su ausencia era un cuerpo sin piel, una película sin actores, un camino sin caminantes. Cada día, cada momento que pasaba, me invadían las preguntas del miedo: ¿le habría ocurrido algo? ¿Estaría en peligro?

Repasaba una y otra vez sus perfiles, pero nada, ni una señal de su paradero.

Así que decidí elaborar un mapa con aquellas cosas que conocía sobre él.

Sabía que vivía en el centro de Madrid; lo leí en una entrevista. Pero era imposible que estuviera en su casa, porque nadie se encerraría en su casa durante un huracán. También había descubierto que tenía un hermano y una hermana. Solo esta última tenía redes sociales. Por supuesto que comencé a seguirla desde algunas de mis cuentas, pero no me aceptó.

Volví a releer, una y otra vez, sus entrevistas. Sabía que escribía en su hogar, en silencio o con música, era indiferente, tan solo debía hacerlo en su escritorio de siempre. No hallé ningún paraíso que fuese solo suyo, ningún lugar donde él pudiera ir a desconectar, a huir del mundo, a inspirarse.

Por supuesto que le escribí por todas las vías posibles, aunque no obtuve respuesta.

También sabía que tenía una agencia de representación, que Julián Mingueza era como su mano derecha. Y por supuesto que les llamé.

Me respondió una mujer con una voz aguda y juvenil.

—Agencia Literaria Julián Mingueza, ¿en qué podemos ayudarle?

—Buenos días, verá, la llamo para preguntarle acerca de Valentín Seg…

—Disculpe, perdone —dijo interrumpiéndome. Me callé—. Sí, eh, no vamos a hacer ninguna declaración al respecto. Agradecemos su llamada, buenas tar…

—No, no, perdone, espere, no me cuelgue, no soy periodista ni nada parecido, soy una amiga que está preocupada por él, lleva casi una semana sin dar señales de vida.

Pero la chica colgó sin decirme nada más.

Puta.

Entonces busqué en la página web y encontré el e-mail de su agente. También di con su cuenta de Instagram y de LinkedIn y le escribí:

Buenas tardes, señor Mingueza:

Somos el club de fans del señor Valentín. Le escribimos para informarle de que Valentín tiene todo nuestro apoyo en lo que está ocurriendo. Nosotras creemos en su obra y en su inocencia. Pero, de la misma manera, nos sentimos muy preocupadas por su desaparición y su silencio. ¿Usted tendría a bien decirnos dónde podría encontrarse? Sabemos que lo que pedimos es mucho, pero nos gustaría hacerle llegar algunos detalles que hemos pensado que podrían animarle. Si no es posible, ¿cree que se lo podríamos enviar a su agencia para que se lo haga llegar? Muchas gracias por su tiempo.

Atentamente,

@ValentínSeguraCFOficial.

Pero tampoco me respondió.

Sabía el nombre de su editorial, el de sus editores, el de la persona que le llevaba la prensa. Sabía que desapareció tras el último día de la Feria del Libro de Madrid. Y ahí se acababa toda mi información. Me agotaba mentalmente chocarme contra un muro. Me exasperaba saber que, precisamente yo, no podía hacer nada. Desde que salí corriendo

del colegio, no había salido a la calle. Llevaba una semana encerrada, tratando de resolver el misterio, tratando de dar con él. Me sentía exhausta, consumida, triste, pero sobre todo impotente porque había agotado todas mis vías. «Habrá huido del país. Es lo que haría yo», zanjé.

Atardecía en mi pueblo y sentía la necesidad de tomar aire fresco.

Cogí una Coca-Cola de la nevera, rellené un vaso con hielo, añadí una rodaja de limón y me dirigí hacia las escaleras de la entrada.

Nuestra casa estaba ubicada en una zona elevada y al frente tan solo había campo. Desde ahí se podía ver un atardecer precioso. El cielo estaba pintado de un rojo intenso.

Me había olvidado hasta de mis padres.

Di el primer trago. Estaba fresca, sentí las burbujas explotando en mi boca. Como si fueran globos encerrados en una cueva.

Y entonces fue inevitable pensarlo: ¿y si estaba con otra?

No.

No.

NO.

El vaso se cayó por las escaleras y se reventó en millones de cristales.

66
La fragilidad
Él

Eran las siete de la mañana, lo vi en el reloj que había sobre la tele. Entraba muy poca luz por la ventana. El día parecía estar nublado. Pensé que no vendría mal una lluvia. Ya llevaba más de una semana en Rumanía y, de alguna forma, sentía que, hasta esa mañana, el tiempo se había parado. El móvil descansaba sobre la mesita, apagado. La tarjeta seguía en mi cartera. Nada de lo que pudiera aparecer en esa pantalla existía. Mi maleta estaba apartada en una esquina, vacía. Me había quitado el reloj, que también estaba sin batería. Me había acostumbrado al sofá. Me había acostumbrado al calor, a la comida y a la casa. Incluso a la ciudad. Todo en un tiempo récord. Estaba sorprendido de mí mismo.

La voz de un pato salía por el altavoz de la televisión. Percibí, acurrucado junto a mí, buscando refugio y calor, el cuerpo pequeño y frágil de Georgian. La tele estaba encendida en el mismo canal de dibujos animados de siempre. Aunque hablaban en rumano, no era muy difícil saber qué estaban diciendo. Me removí un poco y el niño también lo hizo. No sé cuándo había llegado. Tan solo recuerdo despertarme así. Afuera sonó un trueno y él se estremeció. Me hubiese gustado decirle que yo también tuve miedo a las tormentas. Que su madre me acogía en su cama decenas de noches. El ciclo parecía repetirse, aunque de otra manera. Entonces coloqué una mano sobre sus hombros y lo atraje hacia mí, abrazándolo. Tenía miedo de que se apartase, pero no lo hizo. Se acomodó sobre mi bíceps. Tenía una

cabeza pequeña. Su pelo era rubio, tan fino como la hierba. Tras un rato de silencio, cerré los ojos para escuchar su respiración. Su pecho se movía de arriba abajo como si fuese un péndulo. El aire entraba a sus pulmones como si no quisiera abandonar nunca ese cuerpo.

Tras varios minutos, se había vuelto a quedar dormido. Elevé la cabeza despacio y vi que las palmas de sus manos se habían juntado frente a su rostro, como si estuviera rezando. Tenía las uñas negras, porque el día anterior había estado jugando con la tierra. Sus dedos eran delgados y frágiles. La manga del pijama rojo de Spiderman se le había subido hasta el codo y pude divisar las marcas de los pinchazos de las vías. «Pobre criatura», pensé. La ternura. «Tengo que hacer todo lo posible para ayudarlo a curarse». Si hubiese podido abrazarlo más, lo habría hecho, pero temía despertarlo y también hacerle daño. Los dibujos seguían en la tele. Me acordé entonces de mí mismo, de lo pequeño que había sido, de lo pequeño que era y de todo lo que había hecho para ocultarlo. Me daba miedo mostrarme débil. No había lugar para la debilidad de donde yo venía. Pero tampoco debía huir de mis problemas, eso era lo que me estaba enseñando Georgian. Huir de los problemas era negarse a crecer, era seguir habitando una niñez infinita. Él era más adulto que yo. Él luchaba contra algo que podía matarlo. Yo no tenía el derecho a ser la víctima. No. Pensé en lo próximo que debía hacer y luego me quedé dormido. Aunque él estuviera acurrucado en mis brazos, el niño era yo.

67
Mi pequeño enfermito
Ella

¿Quién era @AuroraFreixasFisio y qué relación tenía con él?

¿Una fisioterapeuta que vivía en Barcelona y un escritor madrileño?

De todas las personas que había en sus redes sociales, ella era la que menos conexión guardaba con su trabajo. Lo sabía porque las había investigado a todas.

Él había viajado a Barcelona en los últimos meses. Incluso había publicado fotos. ¿Cuándo y dónde pudieron conocerse? Porque tenía claro que se conocían. Si no, no se habrían seguido. Tal vez, debido a esa gira tan larga, tan solicitante, él pudo haberse lesionado la espalda o las manos y ella tuvo que tratarle. «Oh, qué buena eres, Aurora, oh, Aurora, bonita y buena».

Su Instagram era público. Mayormente, tenía un contenido personal: viajes, cenas, fiestas. Aunque también había una foto en la que posaba orgullosa con la bata y el equipo de profesionales, frente a los logos de su clínica. Pero nada de Valentín, de mi pequeño enfermito.

A ella se le notaba un cuerpo trabajado en el gimnasio, el rostro cuidado en intervenciones quirúrgicas tan nítidas como un folio doblado por la mitad. Tenía cuarenta años, pero no aparentaba más de treinta.

La abeja reina era la única hembra que estaba desarrollada sexualmente. Solo ella podía procrear. «Bzzzzzzzzzzzz».

«Bz».

«Bz».

«Bz».

—Buenos días, pregunto por la señora Freixas.

—Buenos días. Déjeme consultar. Un momento. —La música de espera—. Hola, sí, verá, en este preciso momento la doctora no se encuentra disponible. ¿Quiere agendar una cita?

El sudor. El calor. La llama viva que iba creciendo según los imaginaba juntos, follando, besándose, abrazándose. El aguijón preparado.

—No, muchas gracias, llamaré más tarde.

Colgué.

Esperé dos horas que fueron eternas.

La misma voz que me había contestado antes.

—Buenos días, pregunto por la señora Freixas.

—Buenos días. Déjeme consultar. Un momento. —La música de espera—. Sí, está disponible. Ahora mismo le paso.

El sudor. El calor. La llama viva.

—Buenos días, dígame.

Un silencio.

—Hola, ¿hay alguien ahí?

El ruido de unos golpes tímidos en el auricular.

Luego otro silencio.

—Puta, eres una puta, déjalo en paz, puta.

Y colgué.

68
La verdad
Él

En la televisión había aparecido la noticia de la detención de unos estafadores que le habían robado todo el dinero a un político y exempresario muy importante del país. Todo el mundo hablaba sobre ello. Unos decían que, aunque era un corrupto, nadie tenía derecho a ser robado. Por el contrario, otros decían que se lo tenía merecido, que había recibido una dosis de su propia medicina. Pero el debate principal era, en realidad, sobre la identidad de los asaltantes. Los ladrones eran unos chavales de veinte años, estudiantes de Informática, *cum laude*, en la Universidad de Bucarest. Y lo mejor era que, como si fueran una especie de Robin Hoods, habían donado gran parte del dinero a varias ONG animalistas, a asociaciones de conservación medioambiental, a varios asilos de ancianos que vivían en condiciones lamentables, también habían pagado las matrículas de todos sus compañeros de promoción y —este fue el motivo por el que más se los criticó— organizaron una buena fiesta en uno de los clubs más selectos de la ciudad.

Rumanía me había vuelto frágil, me había debilitado y me había puesto los pies en la tierra. Antes de mi llegada me sentía poderoso, el miedo apenas asomaba la cabeza y, cuando lo hacía, como si tuviera una guillotina, se la cortaba. Entonces seguía caminando para no pensar. Pero en esa ciudad el tiempo se había detenido y me había apresado con él en la culpa y en la inocencia, en la verdad y en la mentira. Cuando dormí junto a Georgian, soñé que regresábamos

juntos a España y que nos íbamos a ver un partido del Real Madrid en el Bernabéu. Y ese sueño me dio paz, me hizo sentirme bien conmigo mismo y me hizo despertarme pensando que todavía estaba a tiempo.

—¿Tú qué opinas sobre todo esto? —le pregunté a Mihaela.

Ella colocó el último plato en la estantería y se giró mientras se secaba las manos en el delantal.

—Yo pensar que robar es mal porque ser pecado —respondió.

Había descubierto los abismos que me separaban de Mihaela. Dos culturas chocándose como si fueran dos grandes buques. Yo era consciente de su transparencia, de su rectitud y su moralidad. Eso fue, precisamente, lo que me hizo sentirme seguro. Y ninguno tenía más o menos razón que el otro. Aunque desde que ella se fue yo actué lejos de esos principios y me olvidé de lo bien que me hacía su compañía, de lo mucho que añoraba su protección. Debía aceptar, por lo tanto, que sus ojos no viesen lo que veían los míos y, en cuanto lo hiciera, podría volver a quererla como se merecía.

—Ya, desde luego que sí, pero el tipo este era un cabrón que ha conseguido toda su fortuna robando a la gente, ¿no? ¿El que roba al ladrón es igual de ladrón? Y, más allá de eso, el que roba a un ladrón, pero emplea parte del dinero en una causa noble, ¿merece ser condenado por ello de igual manera? No sé si me estoy explicando…

Mihaela se quedó pensativa. Me había entendido muy bien. Dejó caer su cuerpo sobre el borde de la encimera de la cocina.

—Bueno, yo pensar que robar es mal siempre.

Abrí la nevera y me serví un vaso de agua. Me la bebí de un trago. El líquido frío caía por mi garganta como una piedra por un acantilado. A pesar de ello, mi boca seguía seca. Un silencio. El cargador estaba en la pistola, la bala sobre el cañón. «La oportunidad de disparar tan solo se tiene una vez», pensé. Pero ¿luego qué? ¿Cómo iba a poder seguir sin la piedra ahora que me había acostumbrado a cargar con ella?

—¿Te acuerdas de que te dije que gané un premio importante?

Ella aprobó con la cabeza.

Yo sentía que toda mi carne temblaba, que toda mi piel se erizaba. Notaba que mi cuerpo se encogía y mis canas se volvían negras y mi

barba se desprendía de mi rostro; mis manos se hacían jóvenes, mis piernas volvían a ser ágiles y mi voz adquiría el mismo tono infantil que cuando ella vivía con nosotros. De repente, volvía a ser aquel niño indefenso, sin pecados. Aquel niño que siempre había buscado la aprobación de su familia.

—Pues, verás, quiero decirte algo.

Se mostró atenta. Tan atenta como se mostraba cuando le enseñaba mis heridas, cuando suspendía un examen, cuando hablaba sin que nadie me escuchase… Yo dudé. Tenía miedo. Nada de todo lo que estaba pasando había sido planeado. No me salían las palabras, las tenía atragantadas en la garganta. Mascullé hasta sentir algo de saliva en el paladar.

—El libro… El libro con el que me lo llevé es… copiado. —Ya lo había soltado. La bomba. La vergüenza. El terror. La vuelta al origen. Proseguí, como si fuera un vómito—. He cogido el trabajo de una chica de México y lo he reproducido en el mío. Toda mi fama, mi dinero y mi imagen son una mentira. ¿Te acuerdas de que me preguntaste por qué había venido aquí? —Ella volvió a aprobar con la cabeza—. Pues en ese momento no estaba seguro, pero ahora creo que sé el motivo. —Me emocioné, la barbilla me temblaba, las lágrimas a punto de salir, pero aguanté. Tenía que aguantar—. He venido porque deseaba comprobar si todavía quedaba algo de honestidad dentro de mí. No fue fácil levantarme cada mañana y mirarme al espejo. No fue nada fácil aprender a convivir con ese miedo a que me descubriesen y —respiré antes de decir lo que iba a decir— al mismo tiempo aceptar que quería que lo hicieran para quitarme este… este horror de encima. —Mihaela se acercó, pero yo me aparté porque no me merecía su compasión—. Y ahora…, ahora mismo no sé muy bien si soy el político o los ladrones.

Entonces comencé a llorar como aquel chico que llegó a casa después de haber perdido el último partido de la liga por su culpa y tan solo consiguió encontrar consuelo en las mismas manos que ahora me abrazaban y me acariciaban la cabeza y me protegían.

—Tranquilo, chico Valentín. Tranquilo, tranquilo. —Su voz era un susurro similar a las alas de un pájaro—. Tú ser buen hombre.

Mirarme a los ojos. Tú ser buen hombre. Tú no ser ni político ni ladrón. —Colocó su otra mano sobre mi rostro y me acarició y me limpió las lágrimas—. Todo ser bueno. Yo saber. Pero ahora ser qué tú querer hacer, si decir verdad o seguir mentira. Si elegir verdad, tú deber saber que consecuencia. Si elegir mentira, tú deber aprender vida así. No ser fácil ninguna. Respuesta está en corazón.

Sus ojos brillaban, su voz era bondadosa, sus manos, cálidas. Era mi hogar.

¿Qué camino debía tomar, el de la verdad o el de la mentira? Mihaela me había marcado la ruta que seguir, incluso esos estudiantes lo habían hecho. Sí, en la huida también se podían encontrar respuestas. Sí, tal vez podía conseguir otra oportunidad… Mi redención.

69
La brújula
Ella

Era poco probable que se hubiese ocultado en Barcelona. Y, desde luego, no estaba con la tal Aurora.

Todos los días escribía a su agente.

Di *follow* a todas las personas de su editorial para ver si alguien publicaba algo.

Incluso miré si aparecía algún teléfono fijo con su nombre en las páginas amarillas.

Los tuits, los mensajes de odio habían parado. Ahora, como si viniese el camión de la basura después de un botellón, tan solo se sucedían artículos de prensa en los que divagaban acerca de lo ocurrido. Daba la sensación de que, aunque no había ninguna prueba, algunos ya lo habían condenado de manera definitiva.

Yo no tenía otra labor que hacer que la de mantenerme al tanto de todo.

La cuenta del club de fans había alcanzado las ciento veinte seguidoras.

Obviamente, replicaba cada artículo en historias. Como si fuésemos un pedazo de carne flotando en un lago repleto de cocodrilos, las que formábamos el pequeño ejército de Valentín nos lanzábamos sobre los periodistas con un ansia casi animal. Estábamos dispuestas a morderles el cuello. El enjambre de abejas.

Nos lo habíamos tomado como algo personal.

¿Por qué?

Porque el libro de Valentín Segura nos había salvado.

Así de simple.

Pero yo sabía que, aunque era la reina, mi lugar, mi poder, era peligroso y cualquiera hubiese hecho lo que fuera para ocuparlo.

Y desde luego que no podía quitarle los ojos de encima a Yaiza. Aunque hubiéramos intimado un poco más, había algo que me impedía creerla del todo. Sabía que podía jugármela en cuanto tuviese un despiste.

Un día me contó que su marido intentaba quitarle la custodia de su hijo, que se llamaba Beltrán, que era un maltratador.

Otro, me dijo que se veía forzada a traer clientas a casa para poder ganar un extra.

Otro, me reiteró que no pensaba en buscar una nueva pareja, que había encontrado en los libros un refugio, que cada vez que podía le encargaba a la librera de su barrio las últimas novedades, que *El leve despertar de una mujer* fue para ella una revelación y que, precisamente, por ese libro dejó a su marido.

Ahora estaba luchando por ser una mujer libre, independiente, por ser una buena madre, por que su hijo no cometiese los mismos errores.

Pero aun así no bajé la guardia. Cuando la abeja reina dejaba de hacer su labor, otra más joven estaba preparada para ocupar su lugar.

Un día le escribí: «Oye ¿tú conoces a esta tipa?».

Le envié el perfil de @AuroraFreixasFisio.

Respondió que no casi al instante.

«Es que tengo la sospecha de que puede saber algo del paradero de Valentín», le puse un poco de misterio.

«Ah, pues veo k trabja en una clínica. Llamo y pregunto???».

«Vale. Cuéntame qué has averiguado. A mí ya no se me ocurre ningún otro lugar en el que buscar».

Me escribió al cabo de cinco minutos.

«Ps me han ablado fatal!!! K Fuerte!!! M an dicho k eso es una clínica seria, k dejásemos d llamar pra esas tonterías. Dejásemosss??? Quiénes??? K fuerte!!! HAY OTRA BUSCÁNDOLO???».

70
La decisión
Él

Alrededor de las cinco de la mañana me despertó el barullo de la casa. Las luces estaban encendidas en el pasillo. Las siluetas de Mihaela y Stefan iban y venían de un lado para otro. Los veía a través del cristal de la puerta. Me levanté del sofá. A tientas, salí para comprobar qué estaba sucediendo. Afuera había una noche cerrada.

Sus rostros tenían un gesto serio, cansado, pesado. Se movían como si estuviesen cumpliendo con una rutina, como si ese fuese el día a día. Stefan me saludó con un movimiento de cabeza y se dirigió a la salida. Vi los faros del coche encendidos. En la habitación de al lado, la voz suave de Mihaela murmuraba algo que no entendí. Me acerqué a paso lento hacia la luz que, como una mancha, se había impreso sobre el suelo.

Estaba sentada en el borde de la cama acariciando la cabeza de Georgian. Al principio no divisó mi presencia, pero, cuando me moví de nuevo, me miró. Tenía en los ojos un gran pesar. No hizo falta que me hablase para entender qué estaba pasando. El niño estaba teniendo una recaída.

—Debemos ir Bucarest —anunció—. Si tú querer, quedar aquí, es tu casa.

Pero enseguida le dije que no, que no me iba a quedar, que los acompañaría.

Rápidamente, regresé al salón. Agarré mi maleta y metí toda la ropa como pude. Desorden, caos. Ansia. No quería que Georgian tuviese

que esperar ningún segundo por mi culpa.

El coche ya estaba en marcha. El motor sonaba como una aspiradora. Yo ya estaba montado cuando Mihaela salió con el niño en brazos. Lo había tapado con una manta, como si fuera un bebé. Su marido salió detrás cargando una última bolsa. Rápidamente, se adelantó para abrirle la puerta. Ella se colocó en el asiento trasero con la misma delicadeza con la que una pluma se deja caer sobre la tierra.

Hicimos todo el trayecto en completo silencio. Georgian estaba empapado en sudor y tenía un color pálido. Dormitaba y cada poco gemía. Su madre le secaba la frente con un paño que iba mojando con una botella de agua. La bolsita con las pastillas estaba abierta, aunque por el trayecto no tomó ninguna. Las carreteras estaban vacías. La noche, como una sábana oscura, no dejaba ver ni diez metros más adelante. Ninguna farola alumbraba nuestro camino. Stefan conducía con precaución, aunque estaba intranquilo. Me habría gustado decirle que me dejase a mí, pero no lo hice.

Tras varias horas llegamos a la ciudad. Mihaela no paró de acariciar la cabeza de su hijo ni un segundo. Los podía ver por el retrovisor, aunque nuestras miradas no coincidieron en ningún momento. Enseguida encontramos un Bucarest que, a pesar de estar amaneciendo, nos recibió con la misma frialdad de siempre. Los edificios parecían estar más sucios que cuando vine. Los conductores parecían tener menos paciencia y más rabia. Los semáforos eran infinitos. Las aceras estaban más sucias. Tras callejear por una urbe mucho más salvaje, finalmente nos plantamos en la puerta del hospital. Me bajé del coche y sentí cómo el calor empezaba a subir desde el asfalto invadiéndome el cuerpo. Mihaela cogió en brazos a Georgian y bajó mientras su marido la ayudaba. Con gran agilidad subió las escaleras sin mirar atrás y se perdió tras la puerta del hospital.

—*Tu mergi la un hotel. O sa te sunam noi* —me dijo Stefan mientras me hacía el gesto de una llamada de teléfono con la mano.

Había entendido la palabra «hotel», que volvió a repetirla antes de regresar al coche.

Pero yo ya no me podía quedar en Rumanía ni un segundo más. Mi

huida había terminado. Tenía que tomar una decisión: verdad o mentira…

71
Relectura
Ella

Era la mañana más calurosa del verano.

Iba a releer su libro para sentirle más cerca.

Debía hacer algo que me hiciese llegar hasta él.

Le echaba tanto de menos.

Debía comprarme otro ejemplar, este me recordaba a ella, que ya no existía.

Un día debió de recibir un paquete en su oficina.

Y ese paquete, que era este ejemplar, llegó a mis manos porque, tras su muerte, mi padre fue a recoger sus cosas.

ÉL entre mis manos. ÉL, mi fantasía. ÉL, mi lectura.

Abrí la primera página.

Era una especie de cartulina gris.

Luego otra página en blanco.

Y el título, en negrita, con su nombre debajo.

Y entonces pasé a la siguiente.

Lo volví a ver.

Las dos letras: «D. G.».

Diminutas, minúsculas, casi inexistentes, casi disculpándose por existir.

Ocultas bajo una tinta azul.

La firma.

¿Dani G.?

Me quedé mirándola con atención. Como si me estuviera hablando y

quisiera entender qué me decía.

El lenguaje, la magia, las dos alas de abeja.

¿Por qué la ex de mi hermana le regalaría SU libro firmado?

Tampoco me lo había preguntado hasta aquel momento.

¿Cómo había podido ser tan tonta?

72
Seres mitológicos
Él

Huir es buscar un lugar inexistente. Huir es abandonar la verdad en el camino. Huir es desaparecer.

De la misma manera que llegué, me marché de Rumanía. Es decir, sin pensarlo mucho. No avisé a Mihaela ni a su marido. No los avisé porque temía convertirme en parte de su dolor, porque no quería ser parte de su dolor. Supe que iba a ser más útil si me iba.

Sentí las miradas en el avión de vuelta. No fueron muchas, ya que el vuelo estaba repleto de rumanos. Pero sí hubo varias que aventuraban aquello que me iba a encontrar al otro lado. Cuando llegué al aeropuerto de Madrid, me puse una gorra y me oculté tras unas gafas de sol. Traté de caminar deprisa entre la gente sin llamar mucho la atención. Me funcionó hasta que me lancé a los asientos traseros de un taxi. Acalorado, me deshice de la gorra y de las gafas. También me desabroché el primer botón de la camisa y me dejé caer en el asiento. Por el retrovisor, dos ojos marrones se clavaron en mi rostro. Dos ojos marrones que parecían estar juzgándome, condenándome. Pero no me achanté, les hice frente con la misma intensidad con la que ellos me miraban. La voz del conductor tartamudeó:

—¿D-dónde va?

Con gesto serio, cortante, le di mi dirección.

—Por el camino más rápido, por favor.

No volvió a mirarme durante todo el trayecto.

Mi casa estaba tal y como la había dejado. La estatuilla del premio

estaba en su sitio. Los libros seguían colocados y ordenados en la librería. Mi ordenador continuaba sobre el escritorio, paciente, esperándome. No sabía muy bien por dónde empezar a hacer frente a mi realidad.

Encendí el portátil mientras dejaba que mi móvil se cargase, ya con la tarjeta puesta.

«Hasta que no abra el e-mail, todavía me queda algo de tiempo para ser libre», pensé. Pero ya no podía aguantar más. No es que estuviese ansiando un enfrentamiento, más bien estaba nervioso por descubrir el tamaño del huracán que había golpeado mi carrera. Me sentía como un estudiante que esperaba el boletín de notas.

Mi bandeja de entrada tenía cuatrocientos veinte mensajes sin leer. Lectores, editores, mi jefa de prensa, periodistas, viejos amigos, incluso compañeros de profesión. Todos me habían escrito. Pero el nombre que más se repetía era el de mi agente. Me había contactado tanto desde su e-mail profesional como desde el personal, desde el correo de su secretaria y desde el de todos sus empleados. Todas eran peticiones para que lo llamase. Iba viajando por la bandeja de entrada sin atreverme a abrir nada. Tan solo leía el asunto: «¿Es verdad?», «Urgente», «Llámame», «Rueda de prensa», «¿Dónde estás?», «Malnacido», «Ladrón», «Hijo de puta».

Me llamó la atención un asunto y su remitente: «YO SÍ TE CREO», decía Marina. Recordé que había contactado conmigo después de que pasáramos la noche juntos y que me había dicho que me iría a ver a la Feria del Libro, pero luego todo se precipitó. Aquella tipa extraña, misteriosa… Pero no tenía tiempo para pensar en ella, fue una historia de una noche.

El teléfono vibró sobre la mesita. Se había encendido. Me levanté del escritorio y lo agarré mientras me dirigía al sofá. Introduje el código y respiré una última vez antes de darle a aceptar. Un aluvión.

Accedí a los contactos y, finalmente, llamé a mi agente. Nunca me había contestado tan rápido. Sin dejarme decir nada, con palabras amontonadas, con la voz nerviosa e impaciente, me anunció que ya mismo iba para mi casa, porque suponía que esa llamada tan solo podía hacerla desde allí. Le dije que sí y no pude añadir nada más

porque él ya había colgado. Aparté el móvil de mi oreja como si fuese un ladrillo ardiente. Me puse a dar vueltas por las habitaciones sin ningún sentido. Parecía estar buscando algo que jamás iba a encontrar. Se me pasó por la cabeza escaparme otra vez, pero ya era demasiado tarde. Se me pasó por la cabeza no abrirle la puerta, pero sabía que no se iba a mover hasta que no lo dejase entrar. También pensé en decirle la verdad, confesar, pero no podía hacerlo, porque entonces dejaría de ser quien era, me asustaba ese abismo. Pensé en seguir con la mentira, pero cuánto más podría soportarlo.

Entonces sonó el telefonillo. Había pasado cerca de media hora desde la llamada. En cuanto le abriese, aquello se haría más real, si cabe, todavía. La bomba explotaría. Escuché sus pasos por las escaleras.

«Julián Mingueza está subiendo las escaleras», pensé. «Debo ser el primer autor de su cartera que le hace esforzarse de esa manera tan… tan poco ortodoxa». Unos nudillos golpearon la puerta. Una mano apretaba el botón del timbre insistentemente. Una mirilla. Un tipo sudado, aunque embutido en su traje de alta costura. Le abrí la puerta. Entró. Pero no entró con normalidad. Se deslizó por una rendija finísima, como si fuera una salamandra que se ocultase bajo las tejas. Primero metió su mano, después su hombro, luego su cuerpo entero. Entró con una vigorosidad taurina propia de los seres mitológicos:

—Sé quién ha sido —anunció.

73
Hermanas gemelas
Ella

… Y viajé por sus páginas como si el libro fuese su cuerpo.

Lamí sus esquinas, acaricié sus puntos y seguidos de la espalda, toqué las comas de su rostro con ardor. Sentí la pasión que lo habitaba, la ensoñación de su escritura, a veces salvaje, otras tierna. El libro me poseía y me lo coloqué sobre el rostro para aspirarlo y creí percibir su olor, el olor de su sexo, de su sudor, noté su piel cuando lo restregué por mi cuerpo desnudo. Dejé que las letras me invadiesen, que me llevasen al orgasmo.

Tenía que asegurarme de su existencia, pelear contra su ausencia.

Y entonces, tras la magia del galope, llegué al final. Me mordí los labios y me retorcí mientras hundía los dedos en la almohada.

Al otro lado de la cama, boca arriba, habían quedado los agradecimientos: a su familia, a su equipo, a los lectores que habían estado con él desde el principio.

Había quedado el acta del jurado: «Gana por unanimidad el Premio Nacional de las Letras».

Había quedado otra página con un montón de números y de términos legales. «El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de los bosques gestionados de manera sostenible».

Y entonces, desnuda, desabrigada, había quedado su dedicatoria:

«Para Marina, una mujer misteriosa, genuina. Que tu libertad sea más fuerte que el miedo».

Y así, boca abajo sobre las sábanas, acalorada, seguí con el dedo el trazo singular de sus tes, la forma extraña de sus des, la caligrafía particular de su ge.

«Oh, Valentín».

Y después volví al comienzo del libro, deshice el camino, como si fuera una cinta de casete.

Y mi mente no dejaba de pensar: «El trazo singular de tus tes, la forma extraña de tus des, la caligrafía particular de tu ge».

Y las letras, como si fuesen hermanas gemelas, como si fuesen Elisa y Marina, se parecían de una manera extraña.

¿Sería mi cabeza, que lo mezclaba todo?

La de no era Dani. Ambas dedicatorias habían salido de la misma mano, sí, así era. Las huellas sobre el cadáver. Las marcas de nacimiento. Los arañazos tras el sexo. Eso era lo que había quedado, el rastro de un delito…

74
La madriguera
Él

Se dirigió hasta mi sofá y se sentó. Sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo. Luego se quitó la americana. Ni siquiera me miró a la cara.

—Sé quién nos ha jodido —repitió. Yo no dije nada, no fui capaz de articular ninguna palabra—. Vamos, siéntate y te cuento lo que he podido averiguar. —Obedecí. Tampoco tenía otra alternativa. Me dejé caer en la cheslón como si fuera una roca—. He estado investigando, llamando a varios amigos, vamos, que he movido cielo y tierra para ver qué había pasado y todos coincidían en un mismo nombre: Agustí Vilacans. —No dije nada—. Ese hijo de puta malnacido te odia y todo el mundo lo sabe. Debe ser que se ha enterado de que estábamos a punto de cerrar toda la movida con América y de la posible colaboración con Netflix y se ha vengado de ti. ¿Qué coño le has hecho? ¿Te has follado a su novia? ¿Te has follado a su madre? No tengo pruebas, pero tampoco dudas. El muy hijo de puta ha mandado la carta al periódico y estos idiotas se lo han tragado. Se lo han tragado tanto que los americanos nos han mandado al traste y Netflix ya no me coge el teléfono. Este puto país de mierda es así, uno ya no es inocente hasta que no se demuestre lo contrario, uno es culpable en cuanto se le acusa de algo que no gusta al populacho. En cuanto un tonto tira una piedra, sale otro tonto que tira otra. Por cierto, ¿dónde coño has estado? Bueno, eso me la pela, el caso es que hemos dejado de ganar una buena pasta y si tuviera delante una pistola te juro que le pegaría un tiro en los cojones a ese desgraciado. Pero no te

preocupes, ya lo tengo cogido por los huevos. Esa rata no sabe que yo inventé las madrigueras.

Y después de decir eso último se acomodó sobre el respaldo del sofá y se encendió un pitillo. Con la primera calada desgastó casi un tercio. La segunda fue menos intensa. Y la tercera nunca llegó porque lo dejó caer al suelo y lo apagó con la suela del zapato.

—Puto verano, qué calor hace en esta ciudad —dijo. Me habría levantado a ofrecerle un vaso de agua fría, pero no podía dejar de mirar el pitillo aplastado—. ¿No me vas a traer un vaso de agua o qué? —Me sacó de mi letargo, ignorando el cigarro.

—¿Eh? —respondí.

—Agua, trae agua. Con gas, hielo y limón. Venga, y te cuento el resto del plan.

Me levanté. Rodeé el sofá y me perdí entre los muebles hasta llegar a la barra de la cocina. Agarré una botella de la nevera, luego un vaso que rellené con hielo hasta la mitad. Después corté una rodaja de limón y la coloqué dentro. Mientras servía el agua me di cuenta de que era sin gas. No paré hasta que el recipiente estuvo lleno.

Justo antes de que se derramase por la encimera, algo que había estado viviendo dentro de mí salió a la luz. Era algo desconocido, algo tenebroso, sombrío: una sonrisa. Era una sonrisa sin gesto, como de haber conseguido engañar al planeta entero, como de haberme librado de todo. Ahí tenía el camino que seguir en bandeja: la mentira. Julián Mingueza no podía estar más equivocado.

75
Se despide de usted
Ella

Entonces caí en la cuenta.

Consulté su teléfono y accedí a su e-mail de trabajo. Todavía no se habían deshecho de él.

Marina había sido una abogada experta en propiedad intelectual. Marina había tenido entre manos, con toda probabilidad, decenas de casos de plagios.

Algo se me estaba escapando. Qué estaba pasando.

El corazón se me puso a mil por hora.

«Mentir no es solo no decir la verdad, sino también ocultarla», había dicho en una entrevista.

Ahí quedaban decenas de resquicios de su vida pasada.

Miles de correos sin leer.

Tecleé su nombre «Valentín Segura». Pero nada.

Entonces tecleé la palabra «plagio»: ciento cincuenta coincidencias.

Fermín Valenzuela; Plácido Aldarín; Carla Peralta; Ana García; Lectura, S. L.; tiposfeos.com…, y Daniel Giménez.

D. G.

Había cuatro e-mails.

Los abrí.

Leí atentamente. En el primero escribió:

> Estimado señor Giménez:
>
> Puede llamarme a la hora que crea conveniente. Este es mi número.

Un saludo,

Marina Marchante-Georgiou

Y en el segundo:

Estimado señor Giménez:

En primer lugar, quiero reiterarle el agradecimiento ante la confianza depositada en mis servicios.

Tras nuestra última conversación telefónica, le escribo para citarle el próximo jueves, día 25 de enero, en nuestro despacho, a las 12:00, con el fin de revisar su asunto con más detalle.

En todo caso, lo que le puedo asegurar desde este momento, dada mi experiencia y criterio, es que su asunto, con los antecedentes que me ha comentado, es uno favorable. Eso sí, será de vital importancia la recopilación de pruebas a fin de demostrar el plagio al que usted se ha visto sometido. Por ello le ruego que sea lo más preciso posible a la hora de juntar todo el material.

Sin más, y a la espera de su confirmación, se despide de usted,

Marina Marchante-Georgiou

P. D.: Al pie de este mensaje puede encontrar usted una dirección en la que enviarme el libro para el análisis; el original me lo puede adjuntar por e-mail y nosotros nos encargamos de imprimirlo. Si no estoy yo, alguien lo recibirá por mí.

Y en el tercer e-mail descubriría la llave de acceso al secreto de Valentín.

76
La colilla
Él

Cuando regresé al salón, se había encendido otro pitillo.

—Por España no te rayes, estos no se lo han tragado. La editorial dice que estas cosas siempre pasan, son tíos con dos cojones. Lo que más trabajo me ha costado ha sido que no te retirasen el premio. ¿Has visto las declaraciones del ministro? Bueno, qué coño vas a ver, si has estado desaparecido. Menos mal que tienes buenos lectores, porque habría sido un desastre. El politicucho este, el muy hijo de puta, hablaba de no sé qué justicia, de devolver la verdad a este asunto, de ser fieles con la historia. Vamos, basura. Pero lo mejor de todo es que la peña se le echó encima, porque se pasó de…, cómo decirlo, de moderno. No toda, claro, pero mucha gente comenzó a decirle que no podía echar peste sobre un libro de tal magnitud, que no podía tragarse esta acusación sin ninguna prueba. Y el tipo empezó a aflojar. Eso sí, me han escrito diciéndome que debemos reunirnos en cuanto aparezcas, que esto hay que aclararlo.

Dejé el vaso sobre la mesa. Julián se incorporó y se lo bebió de un trago. La camisa se le había doblado de tal manera que pude ver un pedazo de la piel de su abdomen. Estaba bronceado, aunque sospechaba que no había salido de Madrid durante todo lo que había transcurrido de verano.

—Bueno, vamos por partes, primero tenemos que escampar las aguas. Se me ocurre que convoquemos una rueda de prensa. Bueno, no, mejor no, mejor una entrevista en un medio potente, en un medio

amigo, claro, donde aclares todo este asunto. Mercedes Sosa, sí, a su programa. A ver, otra cosa, ¿cómo se llamaba la mujer esta rumana a la que le dedicaste el premio? La chacha que estuvo cuidándote. Se me ha ocurrido traerla a España y que esté contigo, que aparezca a tu lado para darte credibilidad. Y tú tienes que ir a lo emotivo, a lo que mueva a la gente. No puedes decir simplemente que aquello no es verdad, eso ya no vale. Tienes que contar todo lo que ella ha sido para ti, todo lo que te ha inspirado su historia, además debes mostrarte dolorido, ¿sabes llorar? Bueno, de eso me encargo yo. Debemos darle la vuelta a esta noticia que, por si no lo sabes, se ha convertido en la comidilla del verano. Y aquí hay que hacer pasta. Ah, las ventas en España han subido. A la gente le encanta el morbo, aunque lo nieguen. Pero no podemos quedarnos varados en este punto, porque la realidad es que la mitad de la población te ama y la otra te odia. Y nuestro objetivo debe ser que la segunda se sienta culpable por ello. A ver, dime cómo se llamaba la chacha —preguntó mientras se le formaba un esputo en la comisura de los labios.

La vida estaba llena de decisiones. A veces decidía de manera consciente, otras de manera impulsiva, irracional. Julián no lo sabía, pero yo ya me había preparado para ese momento, yo ya había pensado lo que le iba a decir. De esas decisiones podía depender la vida o la muerte, el sufrimiento o el placer. Yo ya había tomado la mía en cuanto puse un pie en España, yo ya sabía que, de ninguna manera, iba a entregar a los lobos la piel que me abrigó en el frío, que no iba a darles una carnaza inocente, porque, precisamente, eso era lo que me mantenía en pie. No, no iba a decirle su nombre y tampoco íbamos a usarla. Porque mi plan era otro. Pero eso Julián no tenía por qué saberlo.

—Quedaría fatal tener que usar a una mujer que apenas sabe hablar el español. No sirve para justificarnos. Imagínate todos los colectivos que se nos echarían encima. Sería una jugada muy peligrosa.

Al principio, Mihaela sí formaba parte de mi plan. El sacrificio. El sacrificio necesario. Así la veía. Pero el viaje a Rumanía había colocado las piezas de tal manera que su segunda muerte era inviable porque me di cuenta de que sería, también, la perdición definitiva de

mi infancia.

—Pero es tu musa, joder —respondió.

Se levantó y se dirigió al baño. Respiré. Julián andaba por mi casa con la soltura del que se movía por un espacio que sabía que, en el fondo, le pertenecía. La colilla seguía en el suelo. Escuché un chorro impactando contra el agua del váter. No había cerrado la puerta. Meaba con el desdén del que sabía que alguien lo limpiaría después.

—Luego nos encargamos del hijo de puta ese. En lo laboral no hay por donde cogerlo, pero yo le tengo guardada una sorpresita que se va a cagar encima. ¿Tú conoces a la tal Carmen Lara, verdad? Bueno, qué pregunta más tonta. Claro que la conoces, ¡si te la has follado! Al menos eso va diciendo nuestro amiguito por ahí. Qué suerte tienes, cabrón, está buenísima —gritó desde el baño.

El ruido de la cadena se solapó con sus últimas palabras. Giré la cabeza y lo vi aparecer por el pasillo mientras se subía la bragueta.

—Bueno, pues parece que este tipo ha estado acosándola desde hace años. Me han contado que no para de observarla en las fiestas como si fuera un enfermo, que nunca se atreve a hablar con ella. Debe de ser una especie de pervertido. Incluso me dijeron que una vez la siguió hasta su casa, aunque tampoco hizo nada. También me han dicho que Carmen siempre aparece en sus libros bajo la figura de algún personaje. Casi siempre la usa para escenas de sexo y tal. Además, tiene un relato supersalvaje donde él encarna a una especie de dios que sodomiza a una humana llamada Nemrac. NEMRAC, ¿lo pillas? Es Carmen, pero escrito al revés. La verdad es que, ahora que lo pienso, el tipo no es que sea un genio en estos asuntos. En fin, que voy a usar esto para que desaparezca una buena temporada. Vamos, lo del *me too* y todo eso. Ya he hablado con ella y nos apoya. Sí que has hecho bien tu trabajo, ¿eh?, la tía no dudó ni un momento cuando la contacté. Por cierto, también nos apoya Francisco Gámez, que ya sabes que están juntos. Mira, podríais hacer un trío… Bueno, pues lo dicho, que tenemos a Carmen y ya vemos cómo hacemos lo de la rumana.

Seguía de pie junto a mi sofá. Dejó de hablar y echó un vistazo al resto de la casa. Luego se abrochó el primer botón de la camisa. Agarró la americana y se la colocó. Recogió la libreta y el bolígrafo

que no había usado y los guardó en el bolsillo.

—Ha quedado todo claro, ¿no? Mañana tienes un coche en la puerta de tu casa a las nueve de la mañana. Hoy será mejor que no salgas de aquí. Yo me encargo de mediar con la editorial y con el ministerio, por eso no te preocupes. Tú haz lo que tienes que hacer. Te digo yo que de esta salimos más ricos. Ah, por cierto, que se me olvidaba —dijo mientras se dirigía hacia la puerta—. Hay una tipa que no para de mandarme mensajes, debe de estar medio loca, es una lectora tuya que me dice por activa y por pasiva que eres inocente, que ella te cree, que eres el mejor del mundo, que te quiere y mil polladas más. ¿Qué clase de piradas te compran los libros? En fin, que en el fondo eso da igual, la pasta de las locas vale lo mismo que la de las cuerdas.

77
Los secretos
Ella

Estimado señor Giménez:

Recibido su manuscrito. A falta de que llegue el libro físico, este fin de semana comenzaré su lectura.
Un saludo,

Marina Marchante-Georgiou

Abrí el archivo.

Leí la primera página. Luego la segunda. El mareo. Luego la tercera. El desconcierto. Luego la cuarta. El horror. Luego la quinta. La pena, la tristeza, la desolación. Y la sexta. El llanto, la congoja, la angustia. Y, tras la séptima, la mentira, su mentira. Y después de la octava página apareció un ápice de perdón, como si fuera la primera luz de la mañana, y, tras la novena, llegó el amor, que lo iluminó todo de repente. Luego, la décima. Y entonces ya supe que lo nuestro, como los buenos secretos, ya sería para siempre.

Después busqué el nombre en Google y, si bien era uno muy común, tras un rato de navegación, junto con una buena delimitación de términos que podrían ayudarme, lo descubrí todo. En la página web de la editorial Haller&CoBooks aparecía el perfil de un tal Daniel Giménez. Aunque no había foto, descubrí que decía haber vivido en Detroit, que tenía treinta y dos años y que su cargo había sido de lector, corrector y asesor editorial bajo la supervisión de un tal Matthew Haller. Figuraba, eso sí, que ya no trabajaba para ellos. Supe,

entonces, que nosotros éramos unos supervivientes. Elisa y Daniel eran lo mismo, formaban parte de la misma muerte. Habíamos usado trampolines para saltar al vacío. Y, ay, cuánto lo amé en ese instante, cuánto te amé en ese instante.

Contacté con Matthew.

Buenos días:

Le escribo desde el sello Transversal, soy Elvira Pérez, la directora editorial.

El motivo de mi e-mail es solicitarle algunas referencias acerca de Daniel Giménez, persona que trabajó para usted en el pasado y que está en un proceso de selección para incorporarse a nuestro equipo.

Un saludo desde España.

Ya sabía lo que me iba a responder, ya intuía que sus referencias serían las mejores, que él había sido un soñador dispuesto, capaz. Pero quería leerlo, quería ver cómo su magia había envuelto a otras personas, cómo había hecho de este mundo un lugar mejor.

78
No
Él

Un coche negro me esperaba en la puerta. No salí del portal hasta que no pasaron varios minutos en los que me aseguré de que en la calle no habría nadie más que el conductor. Llevaba la gorra y las gafas. No había podido dormir más de dos horas y ni siquiera esas fueron buenas. Mi mente repetía una y otra vez la pesadilla constante de que me iban a pillar. Julián dijo que la entrevista sería en un medio amigo, pero aun así tenía miedo. Nunca te puedes fiar de la prensa. Y menos de Mercedes Sosa.

En la puerta de la redacción, parado junto a su secretaria, estaba mi agente con gesto serio, aunque relajado. Me bajé del coche y me recibieron como si no hubiera pasado nada. Sonia, como siempre que estaba él, no dijo ni una palabra. Una persona de producción apareció tras una puerta de cristal. Nos invitó a entrar. No hizo falta identificarnos y los agentes de seguridad nos saludaron. Recorrimos varios pasillos amplios hasta llegar a una sala muy iluminada. Dentro había un catering: zumos, agua, alcohol, comida. Los sillones parecían bastantes cómodos.

—Esperen aquí —dijo la mujer.

Los tres nos sentamos en silencio. Julián se preparó un montadito de jamón y queso y Sonia encendió su portátil.

—¿No estarás nervioso? —Julián dio el primer bocado—. Esto será coser y cantar. Ya he revisado las preguntas y no hay ninguna que te vaya a pillar. Además, ayer hablé con Mercedes y le recordé un par de

favores que me debía. —Dio otro bocado. Una miga de pan se le había quedado en los labios—. Tú piensa en lo que yo te dije —zanjó.

Cuando entré al plató, Mercedes Sosa me recibió con un gran abrazo. Luego se fue a su marca. Mientras tanto, un técnico se acercó para colocarme la petaca y el micro. Todos los ojos estaban centrados en mí. Sin más palabras que mediar, comenzó el show.

—Y ahora, en exclusiva, tenemos aquí a uno de los hombres del momento. Valentín Segura ha elegido hablar con nosotros, en exclusiva, acerca de la polémica en la que se ha visto envuelto en las últimas semanas. Pero, antes de darle paso, una breve pausa publicitaria.

Mercedes era una de las voces más importantes de los programas de las mañanas. Su fórmula poseía una cuota media de dos millones de espectadores. Llevaba haciendo televisión veintiséis años. Además de ganar un montón de premios, era amiga de las personas más influyentes del país. Algunas voces decían que, en su día, fue amante del rey. Si bien tenía sus detractores, mucha gente la respetaba y la admiraba, ya que sus entrevistas solían ser directas, claras y amables. Y no tenía miedo a ningún entrevistado. Precisamente, ese último factor era lo que le hacía falta para sacarles, para sacarnos, todo lo que quería.

Me sentaron junto a ella en un sofá. Me sonrió amablemente mientras revisaba sus notas. Silencio.

—Bueno, qué calor está haciendo estos días —dijo—. Estoy deseando coger ya las vacaciones e irme a mi isla —añadió.

Al otro lado de las cámaras, vi a mi agente vigilando. Luego hubo un silencio.

—Tal y como les prometimos, tenemos con nosotros a Valentín Segura, el escritor que está tras el éxito de *El leve despertar de una mujer*. Hace varias semanas saltó la noticia de que el libro que tantos lectores ha atraído desde que se publicó a comienzos de año podría ser un plagio. Y, precisamente, para hablar sobre todo ello hemos traído aquí a su creador. Valentín, buenos días. Permíteme ser directa: ¿es o no es un plagio?

Su mirada se clavó en mí. Sus labios esbozaron una leve sonrisa,

amable, dulce y cálida.

—Buenos días, Mercedes. En primer lugar, quería agradecerte por darme este espacio. Desde luego que han sido semanas duras para mí y lo que se supone que debía ser un año lleno de literatura, lleno de celebración, se ha convertido en una pesadilla. Respondiendo a tu pregunta —un silencio—: no, no es un plagio.

79
Ángel caído del cielo
Ella

Entonces apareció.

Esa misma mañana.

Como un mago.

O un ángel caído del cielo.

Delante de una pantalla de televisión, frente a un país que lo miraba, que lo escuchaba, que le daba la palabra para defenderse y dar su versión de los hechos.

Versión que, por otro lado, también era la mía, era la nuestra.

Pues yo siempre le iba a apoyar.

Me avisó Yaiza: «Pn la tele ahora mism».

Y entonces, justo cuando vi su cara por primera vez después de un tiempo infinito, lo dijo:

—No, no es un plagio.

Me puse en pie.

Me tapé la boca con la mano.

Mi teléfono comenzó a vibrar enseguida.

Era una mención en Instagram, en su club de fans.

Luego llegó otra. Y otra.

Y varios comentarios en los posts que había compartido.

Y, de repente, nuevas seguidoras.

Y, cómo no, otro mensaje de Yaiza: «Stoy llorando, jdr, ESTO S JUSTICIA!!!».

Y entonces sentí ganas de abrazarlo.

«Mi amor…», susurré.

Y luego llegó otro mensaje: «Vaya movida habéis debido de tener con todo esto. Ánimo, compañera. Y un beso para Valentín», me escribían Miguel y Alba.

Entonces abrí Instagram, mi cuenta personal.

Seleccioné una foto de él que guardaba en el móvil. Una de mis favoritas. Se la habían tomado en la Feria del Libro de Sevilla. Estaba guapísimo, con un micrófono en la mano, vestido con un traje verde, sobre un fondo azul.

Me sudaban las manos.

La subí.

Ahora, por fin, ya seríamos libres.

«Si yo soy la abeja reina, ¿en qué te vas a convertir tú, amor mío?…», pensé para mis adentros.

Lo único que tenía que decir era breve, sencillo, demoledor: «Te quiero».

80
Mi musa
Él

Millones de espectadores al otro lado de la pantalla. Millones de ojos analizando cada detalle. Decenas de titulares saliendo en prensa al instante: «Valentín Segura se defiende: no ha plagiado». Miles de tuits hablando sobre lo que estaban a punto de presenciar en las pantallas.

Mercedes Sosa me hizo la siguiente pregunta:

—¿En qué te has inspirado para escribir esta historia?

Voz calmada, cómplice. Sus manos reposaban levemente sobre la tela del sofá. Estaba frente a mí y sus ojos clavados en los míos.

—Este libro tiene un componente personal que ha sido esencial para su existencia, para su nacimiento. —Pausa—. Durante mi infancia tuve la suerte de que Mihaela entrase en mi vida. Ella trabajaba en nuestra casa, ayudando a mi familia. Acababa de llegar de Rumanía cuando mis padres la contrataron para que estuviera, entre otras cosas, criándonos a nosotros, a mis hermanos y a mí, mientras ellos trabajaban. —Pausa—. Escribí esta historia como un homenaje hacia su labor y hacia su entrega. Pero no solo hablo de ella, que ha sido, es y será una de las personas más importantes de mi vida, sino también de tantas otras mujeres migrantes que han sacrificado su juventud para tener un futuro mejor. Un futuro digno. Pero, más allá de todo esto, quiero contarte otra cosa, querida Mercedes. Y no sé si debería hacerlo, pero lo voy a hacer. —Ella aprobó con la cabeza—. Actualmente, Mihaela y su familia están pasando por una situación personal muy complicada. —Pausa—. Su hijo, Georgian, sufre

leucemia linfoblástica aguda, una enfermedad terrible. Yo ya tenía el libro escrito cuando me enteré. Pero el motivo principal por el que decidí presentarme al premio fue, precisamente, para tener la posibilidad de ayudarla a soportar los costes que supone la dichosa enfermedad. Nunca había contado esto y pensé que jamás me vería obligado a hacerlo. —Pausa. Emoción. Manos nerviosas—. Ella vive en una ciudad muy pobre de Rumanía, junto a su marido. No tienen a nadie más. Como ya imaginarás, la he mantenido lejos de toda esta polémica. Y es lo que pretendo seguir haciendo tras esta entrevista. De hecho, el motivo de mi ausencia ha sido porque tuve que ir allí. Pido máximo respeto en este punto. Que nadie busque su identidad, porque bastante tiene ya encima. No vamos a proporcionarla. Pero, para demostrar que existe, os quiero mostrar algo. —Pausa—. Siento que, de alguna manera, estoy obligado a devolverle todo lo que hizo por nosotros y, por qué no decirlo, hacer todo lo posible para que el que ya considero mi hermano pequeño salga adelante. Aquí tenéis una foto de Geo, su hijo. —Pausa. Primer plano hacia la pantalla del teléfono.

Los ojos de Mercedes se habían llenado de lágrimas. Parecía estar haciendo todo lo posible por no llorar. Las cámaras captaban cada detalle. Esta falsa emoción era la moneda que le estaba pagando a Julián.

—Mihaela ha sido tu musa —prosiguió.

—Desde luego que sí. Y ahora es el motivo principal por el que yo estoy aquí, delante de ti, defendiéndome de una acusación infundada que no ha hecho más que dañarme a mí, a mi familia y a mi editorial. ¿Qué clase de persona es capaz de hacer algo así?

81

Lo juro por nuestro amor

Ella

Entonces Mercedes dijo:

—Mihaela ha sido tu musa.

Y él hizo una pausa eterna.

Una pausa en la que creí escuchar un suspiro que nacía desde lo más profundo de su alma, desde el mismo sitio del que emergía el amor o la pasión o los secretos.

En ese momento amé a Mihaela igual que lo amaba a él. Habría dado mi vida por el pequeño Geo. «Qué corazón tan grande, amor mío». ¿Cómo no iba a hacer lo que había hecho? Su libro estaba salvando a una vida condenada… Eso debía saberlo el mundo entero. Y yo iba a proteger su secreto desde este instante, como si fuera mi mayor tesoro. «Lo juro por nuestro amor, aquí delante de esta pantalla. Yo, Marina, lo juro por nuestro amor».

82
Cachorro
Él

Las redes sociales explotaban. Era, indiscutiblemente, el *trending topic* con más tuits de las últimas semanas. Mercedes Sosa me agradeció la sinceridad con la que había hecho la entrevista, aunque yo sabía que tan solo pensaba en el número de espectadores que se habían sumado a su programa. Mi agente estaba eufórico. La primera llamada que recibimos fue de la editorial: nos propusieron reunirnos para hablar sobre un nuevo libro. El dinero, el negocio, el capitalismo salvaje.

En el coche que me llevó de vuelta a mi casa, eché un vistazo rápido al teléfono. Estaba repleto de todo tipo de notificaciones: propuestas para asistir a ferias de libro, conferencias, charlas… La historia había calado tanto que pasé de ser verdugo a víctima. Tanto para los lectores que albergaban alguna duda como para aquel sector de la población que me odiaba. Era consciente de que no había colado para todo el mundo, pero mi agente se encargaría de cubrir todas las grietas. Así lo dijo:

—A partir de ahora déjalo en mis manos y para el final de verano todo el mundo se habrá olvidado; mi especialidad es cubrir grietas. —Habíamos ganado.

Llegué a casa. Estaba excitado. Me quité la ropa y la dejé caer al suelo. Hacía calor y también hacía frío. Mi mano derecha rozó mi pene. Estaba medio empalmado. Lo agarré y lo meneé. Se puso duro. Agarré el móvil y entré en una página porno. Comencé a masturbarme viendo un vídeo de asiáticas. Me corrí en una toalla que metí debajo

de la cama. Luego repasé mentalmente, por enésima vez, la posibilidad de que hubiese algún cabo suelto. Pero todo estaba en orden. Eso me repetía: «Todo está en orden, te has librado».

Y después me quedé dormido, sumergido en un sueño tan profundo como hacía mucho tiempo que no gozaba. Me desperté sintiéndome un hombre nuevo. Era de noche. Salí al salón y vi la colilla, que seguía ahí, aplastada contra el suelo. Me quedé mirándola. No la recogí. Fui al baño y me lavé la cara. El agua estaba fría. Algunas gotas cayeron por mi cuello hasta perderse por mi pecho. Las vi en el espejo.

«¿Qué clase de persona es capaz de algo así?», repetí frente la luna. Y nadie contestó, pero yo sabía la respuesta, desde luego que sí.

La rueda iba a seguir girando, mi agente apretaría más tuercas. Agustí era inocente, tan inocente como un cachorro recién nacido. Un mero peón que había cumplido su cometido con creces.

Yo, había sido yo. La carta la había mandado yo.

83

Sé que significa que me quieres

Ella

> La mirada es como una fuente. Y de esa fuente emerge la verdad o la mentira. La verdad es una mirada tan clara como el agua cristalina. La mentira, por el contrario, son dos ojos cargados con materia sucia. Y en esa suciedad hay la misma belleza que en el agua clara. Y, como todo en la vida, la verdad o la mentira dependen de los ojos que las miran.

Este párrafo lo había escrito él, estaba segura. Entendía todo lo que había hecho y por qué.

«Te estoy viendo, sé que eso significa que me quieres», me repetía mientras se desnudaba frente a toda España.

Me lo repetía también mientras respondía todos los mensajes que llegaban al club de fans, mientras contestaba a los mensajes que me llegaban a mí.

Me lo repetía mientras le escribía, mientras buscaba la atención de su agente.

Me lo repetí durante los días posteriores en los que se había convertido en el REY del país, en los que todos los titulares tenían su nombre.

«Sé que eso significa que me quieres, sé que eso significa que me quieres».

Todo el rato me lo repetía.

Pero entonces ¿por qué no me buscaba? Fue inevitable pensarlo en

el momento en el que las aguas se estaban calmando. Por qué no volvía a su hogar después de tanta batalla, por qué no me respondía.

Fue inevitable pensar que él ya lo había conseguido, que lo había hecho sin mí o, peor aún, que lo había hecho sin ser consciente de todo lo que yo había hecho por él.

Fue inevitable pensar en la traición.

«Sé que eso significa que me quieres».

Pero ¿qué era *eso*, en concreto?

Su mirada.

Esa mirada que tan solo me hablaba a mí, que tan solo me daba explicaciones a mí.

Esa mirada que vio todo el país, pero que tan solo era mía, porque solo yo sabía lo que ocultaba.

Esa mirada que tan solo me entregó a mí, porque ahí estaba su alma. Desde la noche en la que se clavó en mi ser y me arrastró por su mar como un ancla.

Cada día volvía a ver el vídeo de su intervención, su gran actuación.

Cada día me perdía en esos ojos cristalinos que decían su verdad.

Pero yo sabía que esa agua cristalina estaba llena de la materia sucia de la que hablaba en su libro.

Solo yo, que lo quería, que lo conocía, solo yo podía ver la verdad.

Tal vez por eso lo hizo.

Su verdad era una mentira.

¿Esa era su forma de quererme?

Confesarse solo para mí.

Sí, esa era su forma de quererme.

Amaba todavía más su desnudez.

Aunque me hiriese.

84
No puedo
Él

—¿Lo has visto? —pregunté.

—Sí, claro, yo y todo el país —respondió a la defensiva.

—Lo siento, no quería irme así, pero no sabía cómo actuar.

Mi madre adoptó un tono más calmado y murmuró:

—¿Qué vas a hacer ahora?

Dudé.

—Voy a reunirme con el ministerio para calmarlos. Mi editorial ya me ha ofrecido otro contrato.

Pero ella cambió de tema.

—Tu padre también ha estado preocupado.

Un silencio. Un silencio largo. Un silencio que debía romper de alguna manera.

—Bueno, dile que estoy bien, que todo ha sido una invención —dije tartamudeando.

Otro silencio. Esta vez el suyo. Un silencio que esperaba a que la otra voz añadiese algo más. Pero no lo hice. Me habría gustado preguntarle si estaban orgullosos, si habían dudado de mí algún instante, si todo aquello había merecido la pena. «Todo lo he hecho por vosotros», eso habría querido decirle. Pero no hubo forma. Las palabras, como serpientes, me estrangulaban el cuello.

—Está bien, hijo. Pásate por casa cuando puedas, ¿sí?

Luego colgamos.

85
La perla del amor
Ella

La mentira era una isla que no tocaba el agua.

Todo lo que había detrás de su éxito no existía.

Pero yo no era quién para juzgarle.

Mi querido Valentín.

Yo también había pisado ese lugar peligroso de la historia. Yo también habitaba esa misma cueva.

A él y a mí nos unía algo muy poderoso, algo que era indestructible.

Los dos éramos supervivientes a las cenizas de antes.

Los dos nos atrevimos a cruzar la barrera que separaba la verdad de la emoción, de la vida.

Porque mentir era vivir.

Y por eso teníamos un vínculo tan fuerte como una montaña.

Aunque yo hubiese tenido que descubrirle sola, por mis propios medios, en una cadena fortuita de acontecimientos.

Aunque no me lo hubiese contado.

No tenía nada que perdonarle en el fondo, pero le perdonaba.

Y, aunque en ese instante lo odiase, también quería que supiese que lo quería.

Pero había una gran diferencia entre él y yo: él no conocía mi secreto.

Mi querido Valentín.

Lo sabría, pero todavía era pronto.

Ahora debía moverme todo lo posible para que me viese, para

hacerle entender una cosa vital, algo que le iba a salvar: no estaba solo, nunca más estaría solo.

Solo así podríamos gozar como nos merecíamos, saborear, como solo saboreaban los dioses, la perla del amor.

86

Oaxaca

Él

—Tengo dos invitaciones para la inauguración de un restaurante mexicano, en pleno centro, cerca de tu casa. Paso a por ti en veinte minutos. Vamos a celebrar un poco. —Y colgó.

Habían pasado tres días desde la vorágine.

A pesar del verano, aquella era una tarde lluviosa y, aunque era finales de julio, la capital se había vestido de un otoño extraño. Pero a Julián le daba igual cualquier previsión meteorológica. Sabía que no le gustaba que le dijeran que no y, ciertamente, yo también tenía ganas de salir de la madriguera. Fue puntual, llamó a la puerta:

—Es como si te hubieras puesto el traje de escritor y no pudieras quitártelo, ¿eh? —dijo en cuanto me vio, refiriéndose a mi ropa.

Llevaba una americana veraniega y un vaquero color ceniza que encajaba a la perfección con mis zapatos marrones.

—Ya ves, uno es lo que es —respondí sin saber muy bien por qué.

—Voy a mear y bajamos, que tenemos al Uber esperándonos.

Los dos salimos por la puerta como si fuésemos esa clase de hombres que sabían que las ciudades grandes ya se les quedaban pequeñas.

Me monté en el coche y me vibró el teléfono. A pesar del mal tiempo, la Gran Vía estaba abarrotada.

—¿La gente no tiene mejores cosas que hacer un viernes por la tarde que comprar en el Zara? —dije en voz alta mientras lo sacaba del bolsillo.

Entonces vi su nombre. «Otra vez esta loca», pensé. Marina no había dejado de bombardearme desde que nos acostamos. Sobre todo en los días que pasé en Rumanía y tras la aparición en la televisión. Y, aunque fue divertido durante los primeros mensajes, comencé a ignorarla. También le había escrito insistentemente a mi agente e incluso sospecho que había tratado de contactar con Aurora, que me había llamado para contarme que la llamaron para insultarla. Si bien le dije que no podía ser, que no había sido ninguna de mis lectoras, sabía que Marina era capaz de eso. A veces, me daba por leer todas las cosas que se le pasaban por la cabeza y que me escribía sin ningún filtro, pero ya jamás le contestaba. Incluso me sentía un poco acosado y sus mensajes, en ocasiones, se me hacían pesados. Pero debía aguantar, porque, además, se había convertido en la nueva presidenta de mi club de fans. Odiaba tener un club de fans. Lo sabía porque me lo había contado Yaiza. Ella fue una de mis primeras lectoras, una mujer encantadora que amaba los libros y que me propuso hacer un club hacía meses. No supe decirle que no, porque, realmente, sentía que ella necesitaba ocuparse con otra cosa que no fuera su vida. Pero durante las semanas del conflicto le acabaron tirando la cuenta y Marina se hizo otra. Así fue como lo consiguió.

Ese día me invitaba a cenar. No me pareció raro al principio, ya que solía recibir muchas invitaciones de ese estilo, pero sí me desconcertó su tono, quiero decir, era como si lo diera por hecho, como si de verdad, esa misma noche, tuviéramos una cita.

—Van a Zara y luego se pasan por la Casa del Libro a por ti, lo sé yo —dijo Julián—. Bueno, cuando le dije a Araceli, la dueña del restaurante, que venía contigo casi se vuelve loca. Dice que eres su escritor favorito y está deseando conocerte. Y, entre tú y yo, es una belleza. Su familia tiene muchísimo dinero, dicen que media Oaxaca es suya, así que imagínate. —Lo ignoré.

El coche se paraba en cada semáforo. Estábamos bordeando Cibeles. Luego enfilamos por el paseo de la Castellana a toda velocidad. Me dio por hacerme una pregunta: «¿Qué pasaría si abriese la puerta y me tirase en este mismo momento?». Ya veía los titulares: «El escritor Valentín Segura ha intentado suicidarse al no aguantar la presión

mediática».

Julián estaba ocupado con su teléfono. Yo miraba los edificios y en ese momento pensé en Georgian. Cuando faltaban dos calles para llegar, dijo:

—Tenemos que quedar con la editorial.

Conocía todas las venas de esta ciudad como la palma de mi mano, pero durante ese trayecto tuve la sensación de que me habría podido perder en cualquier calle.

87
Puño y letra
Ella

¡Hola, querido!

Te escribo otra vez porque hay algo que quiero contarte, pero, como te resistes a darme tu número —ja—, te insisto por aquí.

Te invito a cenar hoy. Es una cita...

He reservado en La Finquita, a las 22:30. Es un sitio muy muy muy rico, casi tanto como tú, ja.

Además, justo al lado, hay unas cabañitas muy bonitas para alojarse. Ja. He preguntado y tienen disponibilidad.

¡Venga, que no te dé miedo, que la vida es corta! Ja.

¿Te conté que soy profe? Bueno, hay un niño, Izan, que no se porta muy bien conmigo. No seas como él, no seas malo.

Pero no te asustes, yo no soy como la de Misery. Ja.

Ah, te cuento que me sé de memoria algunos fragmentos de tus libros. Sobre todo, el de la mirada y la fuente. Ese me encanta. Incluso hay alguna frase que me tatuaría. Ya viste que todavía no tengo ninguno.

Tal vez te pida escribirla en un papel para que sea con tu puño y letra.

Besos, muchos.

P. D.: Yo siempre defendí tu inocencia.

88
La fragilidad de su cintura
Él

El local estaba abarrotado. El Cuate era esa clase de sitio en el que solo estaba la gente que debía estar. Nada más entrar vi bastantes caras conocidas: actores, periodistas, músicos… Todos sus ojos se clavaron en mí y, aunque discretos, podía escuchar los cuchicheos. Era, desde luego, el hombre del momento.

—Tú actúa con normalidad —dijo Julián—. Haz como si nada hubiera pasado.

Saludé a alguno y a otros simplemente les sonreí. Otros tantos me miraban como si les sonase mucho mi cara, pero no supieran muy bien dónde ubicarme. «¿A quién no le gusta ser interesante?», pensé.

Nos dirigimos hacia la anfitriona. Estaba ubicada cerca de una pequeña cabina improvisada en la que había un DJ, rodeada por un grupo de amigas guapísimas que parecían modelos. Julián la pilló desprevenida; la abrazó con tanta fuerza que no pude evitar preocuparme por la fragilidad de su cintura. Ella soltó un grito de sorpresa y, al mismo tiempo, una sonora risa.

—Y aquí te presento al hombre del momento.

Una gran sonrisa se dibujó en la cara de la mexicana: la dentadura perfecta, unos labios carnosos, breves hoyuelos a ambos lados de las comisuras, pómulos curvilíneos. Era bellísima.

—¿Cómo estás? —le pregunté mientras me acercaba para darle dos besos.

Enseguida olí su perfume y deslicé mis ojos por sus hombros

desnudos como si fuese el patinador sobre hielo más perfecto de su vida.

—Tenía ganas de conocerte, me han hablado mucho de ti. —Y le guiñó un ojo a mi agente—. Están en su casa —añadió.

Enseguida nos presentó al resto de amigas, aunque no fui capaz de retener ningún nombre.

—Puedes llamarme Cheli, por favor —dijo mientras me apartaba con elegancia del grupo.

Por su forma de hablarme, sentí que no se había enterado de nada de lo que había ocurrido en las últimas semanas.

Pero entonces una multitud de mexicanos se nos acercaron entre vítores. Sin ningún pudor y casi en contra de su voluntad, la arrastraron hacia la barra del bar. Justo antes de que desapareciera pude leer sobre sus labios:

—No te vayas pronto, quiero platicar contigo, ya te busco en un rato.

Aunque entendí el mensaje, no escuché su voz con claridad, pero me imaginé ese delicioso acento mexicano y me estremecí.

Entretanto, Julián me puso un tequila en la mano y, como si fuesen los tentáculos de un animal, decenas de brazos se elevaron sobre mi cabeza para brindar. Me vi atrapado entre aquel gentío sin saber muy bien qué hacer. Un líquido blanco cayó al fondo de la garganta quemando cada centímetro de mi tráquea. Me lo merezco. El teléfono volvió a vibrar en mi bolsillo. Dejé el vaso sobre la barra y lo abrí.

—Qué pesada, cojones —murmuré.

Marina mencionaba algo acerca de aquella novela de Stephen King que odiaba y me insistía en ir a su cita. Además, añadía un ridículo «Ja» al final de los mensajes. No tenía ningún sentido. Su realidad se había convertido en una especie de guía obsesiva hacia ningún lugar.

Una mano se posó sobre mi antebrazo y frente a mí apareció mi agente con dos actores muy conocidos que yo había visto en decenas de películas. Tras presentármelos, añadió, a modo de chascarrillo, que podrían ser los protagonistas de mi novela. Y se rio. Y ellos también se rieron. Pero yo no les dije que en mi novela no había ningún hombre, tan solo acompañé su gesto afirmando con la cabeza. Por otro lado,

sabía que Julián no se la había leído y no fue ninguna decepción. Los dos hombres, jóvenes, guapos, bien peinados, bien vestidos, disfrutaban de su compañía. Charlaban sobre sus nuevos proyectos, sobre las posibles colaboraciones que podrían hacer en el futuro. Por algún motivo, Julián les contó que muy pronto entraríamos en el mercado americano con muy buenas previsiones. Pero yo sabía que no era verdad.

—Tal vez llame HBO… —comentó en un tono poco ortodoxo.

Los tres rieron. Ambos actores estaban al tanto de la polémica, pero fueron demasiado elegantes y no preguntaron nada. Entonces sus miradas se dirigieron a mí y yo no supe qué decir. Pero justo en ese instante incómodo la mexicana de piel tersa me salvó.

—¿De qué andan platicando? —preguntó regalándome toda la atención.

—Justo estábamos comentando que sería fantástico que HBO pusiese su visor de una vez por todas en este caballero.

Sentí un gran pudor.

Pero, cuando no puedes con el enemigo, únete a él.

Y eso hice.

—Lo cierto es que tendríamos unos actores muy buenos, ¿verdad? —dije mientras dirigía la atención sobre aquellos dos personajes esculpidos y preparados para enfrentar cualquier tipo de situación social con toda la elegancia y la educación posibles.

—Os dejaremos el contacto de nuestro agente. Además, creo que sería la primera película que haríamos juntos, ¿no? —dijo el punto A mirando al punto B.

Pero en aquel momento, como si estuviera previsto, apareció una cámara de fotos dispuesta a inmortalizar aquel instante para el gozo de la mexicana, que se colocó al lado, pegada a mí, invitándome a colocar la mano sobre su cintura. Un relámpago potentísimo me cegó un instante.

89
Junto a la ventana
Ella

Me veía en el reflejo de los coches.

El vestido amarillo, de flores, a la altura de la rodilla, dibujaba mi silueta con paciencia.

Tenía la espalda desnuda. Una brisa breve me la acariciaba.

Caminaba con el cuerpo erguido, la frente alta.

Me paré frente a varios portales para darme los últimos retoques.

Él había escrito en su primer libro que el amor era el único arte capaz de transformar un sapo en princesa. Y tenía razón.

Su mirada literaria había empezado a ser una forma de vida para mí.

Soñaba con que esa noche me convertiría en la protagonista de su siguiente libro. Ahora podría escribir tranquilo.

Llegué a la puerta del restaurante.

Había varios coches en el aparcamiento y me puso nerviosa pensar que uno podría ser el suyo.

Los focos que alumbraban el nombre no funcionaban bien.

Entonces recibí un e-mail:

Buenos días:

Me alegra mucho recibir, aunque sea por esta vía, noticias de nuestro extrabajador, el señor Daniel Giménez. Ya veo que ha dejado América para volver a su país. Me alegro mucho por él.

En cuanto a su solicitud, tan solo puedo decirle que Dani es una persona muy entregada a su labor. Además de sus amplios conocimientos

—habla a la perfección varios idiomas—, posee un ojo exquisito a la hora de seleccionar la esencia; es decir, lo importante, lo que realmente se queda habitando dentro de los lectores, a la hora de elegir las publicaciones. En sus manos han estado varios de los últimos éxitos de nuestra casa. Le voy a confesar una cosa: ¡siempre pensé que terminaría escribiendo su propia historia! Pero ya veo que, para fortuna de nuestro negocio, ha decidido seguir por el camino de la edición. Por otro lado, quiero mencionarle que es un tipo muy formal, muy puntual en sus labores y tiene ambición. Su rigor, su empeño y su criterio fueron muy importantes para mí a la hora de tomar decisiones trascendentales en Haller&CoBooks.

Sin más preámbulo, le recomiendo encarecidamente que no deje escapar la oportunidad de incorporarlo a su equipo.

Por esta vía, aprovecho para mandarle un saludo y, de paso, también a usted.

Suyo,

Matthew Haller, de Haller&CoBooks

«No puedes ser más perfecto, Valentín Segura».

El camarero, Juan, un tipo joven, delgado, con el flequillo peinado hacia arriba, me miró y se sorprendió al verme, pues hacía mucho tiempo que no pasaba por ahí.

—Hombre, bienvenida, cómo tú por aquí.

—Ya ves, una que sale a cenar de vez en cuando.

Percibí en sus ojos un halo de deseo, pero no lo correspondí.

—Pasa al comedor y siéntate donde quieras.

Caminé a lo largo de la barra hacia las puertas batientes de madera y, cuando las abrí, sentí un olor fuerte a pescado.

Juan me miraba el culo y me gustó.

Tomé asiento con discreción; recoloqué mi vestido y dejé mi bolso sobre mis rodillas.

Eché un vistazo a la sala.

Valentín no estaba, pero era normal porque yo había llegado media hora antes.

Varios matrimonios mantenían conversaciones tenues.

De vez en cuando se escuchaban las risas lejanas de un grupo de chicos de no más de treinta años que, probablemente, estaban de paso

por el pueblo.

Las tres esquinas restantes estaban ocupadas por personas solitarias que no esperaban a nadie.

Yo ocupé la mesa que había más cerca de la puerta, junto a la ventana.

Quería verlo bien cuando llegara.

Quería que me viese bien cuando entrara.

90
Naranja o cruasán
Él

Araceli les pidió permiso a los hombres para robarme un instante. Anticipaba ya el contenido de la conversación que tendríamos en la barra del bar, preveía el pequeño universo que se crearía entre nosotros dos, las intrépidas confesiones que ella me haría y los estrechos consejos, comentarios y opiniones que yo trataría de darle para seducirla.

—Sabes, tu libro me recordó a mi mamá —dijo—. Te cuento pues que ella emigró desde Guatemala hasta México hace muchos años. Esa fuerza, esa valentía, esa sensación de no tener nada que perder fue algo que mi mamá aprendió durante esos años y que trató de enseñarme desde niña. Guau, cómo me hiciste conectar con ella, comprenderla y, lo más importante, amarla más de lo que ya la amo. De verdad, no sabes. Me voy a poner poética, pero tus palabras han sido como un lazo que nos unió, todavía más, a pesar de la distancia. De verdad que tu libro está padrísimo.

Yo sabía que sus palabras eran sinceras y, al mismo tiempo, exageradas. Pero las agradecí y le confesé que yo también había sentido otro amor por mi madre tras la escritura. No era verdad, pero sus ojos comenzaron a brillar.

—Ah, qué lindo, quiero apapacharte. —Los brazos delgados me rodearon el cuello y, sin esperarlo, su cuerpo se pegó al mío—. Perdón, el tequila me está empedando y pierdo el control.

Levanté la mano y llamé al camarero. Se acercó enseguida.

—Señorita —dijo dirigiéndose a su jefa.

—¿Nos pone dos tequilas, por favor? —le pedí.

—Enseguida, señor, cómo no.

Y se alejó para buscar una botella que, cuando la trajo, era diferente a la marca de la que tomaban los demás.

—Vaya con el escritorazo, que tiene ganas de pistear. Pero vamos a tomar el trago despacio, no de chupito como lo toman acá.

Apoyados sobre la barra, me habló sobre su nuevo negocio, sobre los proyectos que tenían sus padres en Oaxaca, sobre su vida en Madrid y lo mucho que amaba vivir en Serrano. Cada vez que alguien se acercaba para tratar de robármela, ella lo evitaba con educación. A pesar de que fuese su noche, sentí que no tenía ninguna gana de escaparse de aquella intimidad que se había creado entre nosotros.

Había conectado conmigo —¿o era con mi trabajo?— en algún punto que desconocía y me hablaba con el mismo interés con el que yo hubiese contado las cosas si alguien hubiese empezado a gustarme. A cada rato que pasaba en su compañía, parecía ser todavía más bella. Era cercana, amable, atrevida y poseía un fuego especial. Tras varios tequilas más, las ganas de besarla ya eran infinitas. Tras varios tequilas más, las últimas semanas habían desaparecido. Tras varios tequilas más, volvía a ser aquel Valentín Segura en el que siempre quise convertirme.

Pero debíamos esperar, debíamos sortear todas aquellas miradas fijadas en nosotros, debíamos seguir el juego. En un punto de la conversación, tras un breve, brevísimo, silencio que ninguno de los dos esperaba, pero que en ningún caso nos incomodó, ella se excusó, finalmente, al ser consciente de su deber para con el resto de los invitados.

—Querido, en contra de mi voluntad, debo compartirme, pero no te vayas muy lejos.

Su mano se posó sobre mi antebrazo. Sus dedos eran finos, elegantes, portaba varios anillos y un diamante verde atrajo toda mi atención. Me apretó, cómplice.

—No me iré, te espero en la siguiente página —le dije.

Y, aunque era una frase más bien cutre, a ella le encantó. Justo en

ese preciso instante le habría mordido la boca como se mordía una naranja o un cruasán.

91
Penélope y Ulises
Ella

—¿Sirvo algo para beber? —Su voz me despertó de mi ensoñación.

Levanté la cabeza y sonreí cordialmente.

—Sí, por favor. Estoy esperando a alguien —dije mientras señalaba la silla vacía.

—Te traigo una caña de grifo que con este calor entra a la perfección y unas aceitunas para que vayas picando, ¿te parece? Venga, que, como no vienes mucho por aquí, la primera corre a cuenta de la casa —dijo, cómplice.

—Muchas gracias, pero prefiero agua del grifo, espero que mi cita no tarde.

Una mueca en su cara delataba que no le había gustado que lo rechazaran.

—Pero las aceitunas sí te las traigo, ¿no? —insistió.

Pero yo no quería decirle nada más, así que asentí con la cabeza.

Me sentía como Penélope esperando a su Ulises.

Solo que los minutos que faltaban para que llegase me parecieron más de veinte años.

Había pocos movimientos al otro lado de la ventana.

Ansiaba ver los faros de su coche, sus manos en el volante y su mirada clavándose en mí, ruborizándome.

Ni siquiera me enteré cuando Juan trajo lo que pedí.

En la pantalla del teléfono no había ninguna señal.

Cuando era pequeña, cerraba fuerte los ojos y pedía con fuerza que

algo ocurriese y casi siempre ocurría…

Él provocaba en mí emoción, ansia, pasión.

Me pellizqué la mano derecha y aguardé varios segundos hasta que ya no pude soportar el daño.

Luego me volví a retocar los labios y a colocarme el pelo para que todo estuviera perfecto.

Me habría ido al baño para echarme un poco más de perfume que ya se había mezclado con el olor a fritanga del local, pero temía que él viniese y no me encontrase ahí.

Era demasiado riesgo.

Luego pasaron cinco minutos más.

Era inevitable inquietarse, era inevitable que mi mente estableciese posibles conjeturas: había tenido un accidente, el coche se le había averiado, se había equivocado de día, no le di bien la dirección, tal vez estaba en el hospital, herido, enfermo, tal vez, tal vez, tal vez…

Me voy a pedir otra agua. Ya estoy aquí, esperándote.

Mira, te paso foto para que veas que soy una buena chica.

Nada de alcohol.

Te vuelvo a reenviar la dirección por si acaso te la pasé mal, aunque no creo porque lo he comprobado varias veces.

¿Quieres que te pida algo también?

¿Vendrás hambriento?

¿Y de mí? Ja.

P. D.: No te olvides de que hay algo importante que quiero contarte.

92
Desnudo e invisible
Él

El móvil continuaba vibrando de una manera desordenada, como si fuese un reloj roto que cambiaba de hora a cada instante. Quién me mandaría acostarme con ella… Me había quedado solo en la barra. Apuré el último trago y busqué a Julián entre el gentío. Estaba reunido con un grupo de gente que, por su forma de vestir, parecían todos empresarios. Dudé si acercarme o no. Pero él notó mi presencia. Me miró con cierta complicidad y sonrió con aprobación, como si me diera permiso para ir. Pero consideré que sería mejor quedarme apartado. Entablé conversación con un número indeterminado de personas que paseaban por la sala como si fuesen bolas de ping-pong. Intercambiamos opiniones, establecimos contactos, nos prometimos seguirnos en redes sociales. Ninguno me habló acerca de la polémica.

Pero la noche ya había dado paso a otros lugares. Afuera ya no llovía y, aunque todavía quedaba bastante aforo, vi a varias personas marchándose. Me sentí mareado, febril y algo afectado por la bebida. Pero lo solucioné con el picoteo de las bandejas que, de pronto, aparecieron transformadas en pájaros. Habían sido días muy intensos. «Como todos», pensé. Pero no podía bajar la guardia. Era como un personaje de aquella película antigua en la que se tiraban días y días bailando. Debía, por lo tanto, seguir habitando esa maratón sin nombre hasta agotar todas las palabras con todos los hombres.

A cada rato buscaba a Cheli con la mirada y la observaba como si quisiera escribirla. O estaba bebiendo o dando unas vueltas por la

pista de baile o charlaba con el personal o entraba y salía del baño. Nuestros ojos se interceptaban y, a veces, de la misma manera que dos cuerpos gemelos eran capaces de sentir cuando le pasaba algo al otro, parecíamos teletransportarnos a otros sitios. Ella disfrutaba de aquella coreografía. Pero, en un punto de la noche, comenzó a atormentarme de nuevo el sentimiento de culpa, el síndrome del impostor que no se lo merecía, que no se la merecía, porque era un mentiroso.

Era inevitable golpearme contra las rocas que cargaba en silencio, de la misma manera que era inevitable golpearse con los muebles de la casa cuando era de noche. Entendía por qué mi agente era el más valorado del mercado. Entendía que lo que había hecho había sido salvar su prestigio. Lo veía moverse entre la gente con un aire de victoria, como un emperador que acababa de conquistar Roma. Cuando hablaba con las mujeres, parecía estar seduciéndolas; cuando hablaba con los hombres, parecía estar sometiéndose a ellos. Era un tipo clasista y no lo ocultaba y creo que, precisamente, por eso aparentaba ser moderno. Además, no tenía pelos en la lengua, hablaba sin tapujos, sin necesidad de quedar bien, sin dobles capas. No era viejo, pero parecía tener sus sabidurías. A mí, por el contrario, cuando no había libros por medio, me gustaba ocultarme, sumergirme en un rincón oscuro, protegerme.

Finalmente me acerqué. Coloqué la mano en su hombro y se dio la vuelta. Había cambiado de compañía y estaba charlando con varios periodistas importantes. Me conocían todos.

—Estarás tramando algo ya, ¿verdad? —preguntaron.

Tuve que decirles que sí, aunque no era verdad.

Enseguida se formó un grupúsculo de hombres con traje a nuestro alrededor. Los puros y los whiskies habían convertido la fiesta mexicana en un club de alterne. Me presentaron a varios empresarios que se mostraron interesados en que mi cara estuviera relacionada con sus productos —cosa que nunca se había visto en la literatura—, a varias personas influyentes del mundo de la moda y de la sociedad madrileña y a varias influencers, que también eran modelos y que no pudieron quitarme la vista de encima cuando supieron que era escritor.

—Nos encantaría leer tu libro —comentaron al unísono varias de ellas.

Esta profesión que había elegido tenía eso, el misterio, el glamour… Ser escritor era la poesía de todos los trabajos. Todas prometieron sacarme en sus redes sociales, pero con una condición:

—Lo queremos firmado y dedicado.

Mi agente, ya algo borracho, se comprometió a ello. Este mundo moderno del que formaba parte me embelesaba y, al mismo tiempo, me horrorizaba. Me embelesaba por el estatus y me horrorizaba porque no lograba encontrar mi lugar. Y en ese instante me invadió un miedo atroz y me sentí como si estuviera desnudo delante de toda aquella gente que me señalaba con el dedo, que me decían todas las cosas que no quería escuchar, que me habían descubierto…

93

Dos menús

Ella

No es muy caballeroso llegar tarde, pero te lo perdono por ser tú.
¿Te acuerdas de que tenía algo muy importante que contarte?
Me muero de ganas.
Por cierto, yo sí tengo hambre.
Y de ti también. Ja.

A pesar de beber agua compulsivamente sentía la boca seca.

Volví a pedir un tercer vaso.

Me agarré la barriga, estaba hinchada.

El grupo de amigos había pedido la cuenta.

Por un instante me pareció que me miraban, que fijaban su vista en mí, que cuchicheaban algo.

Cada vez que entraba a servir, Juan también me observaba.

Cuando nos cruzamos las miradas, fugaces, yo aparté el rostro enseguida.

Él dudó por un momento, pero al final agarró un menú y me lo dejó sobre la mesa.

Su mano estaba hinchada, roja, y parecía estar quemada por el aceite. En un dedo tenía un esparadrapo, cubriéndole una herida que se había hecho, quizá por un descuido en la barra.

Pero aquella noche sus movimientos eran lentos.

Entonces lo miré y le dije:

—Dos menús, por favor, trae dos.

Dudaba de si llamar al hospital más cercano, así que busqué su

nombre en Google por si había saltado alguna noticia. Últimamente todo se sabía casi al instante.

Pero no había nada.

La última noticia que tenía que ver con él era de *La Tribuna de Albacete* anunciando un acto en un auditorio de la zona.

La foto que lo acompañaba era una captura de pantalla de su entrevista con Mercedes.

> Me siento como la espía de una película.
>
> A ti también te he espiado un poco, no te creas, pero es porque me gusta verte, saberlo todo de ti.

El grupo se marchó. Cuando pasaron a mi lado, se callaron.

Tan solo quedaban los dos matrimonios que seguían cenando plácidamente y las tres personas solitarias en las esquinas.

—¿Quieres que te traiga un poco de ensaladilla rusa? La hemos hecho exquisita esta vez —dijo Juan.

—No.

Entonces apareció un coche entre la oscuridad.

Era grande, tenía un color cenizo y al volante solo había una persona.

Pero no alcanzaba a ver su cara con claridad.

Se dirigía hacia el restaurante.

Me puse nerviosa.

Me reincorporé en mi asiento y erguí mi espalda.

Dos bultos asomaron bajo mi vestido. ¿Me habían crecido las tetas?

El vehículo se aproximaba y achiné los ojos enfocando la vista hacia la luna.

Era un hombre, definitivamente.

Pegué mi rostro a la ventana.

¿Le daría dos besos, uno? ¿Nos abrazaríamos? ¿Cómo iniciaríamos la conversación?

Él me pediría perdón por llegar tarde y yo le diría que luego me lo tenía que compensar.

Él me diría que había mucho tráfico o que todavía no se apañaba muy bien con el navegador porque el coche era nuevo y yo sonreiría

mientras le ofrecía la carta.

Y luego, después de la cena, después de la complicidad y las risas y el vino, el postre. Cuando ya estuviéramos saliendo, dirigiéndonos a una de las cabañas, lejos de todo, lejos de todos, yo sabría ya las palabras que debía decirle y saldrían tan fluidas, tan perfectas, como una mesa para un único invitado.

Qué ardor.

Qué intimidad.

Entonces pude verlo bien.

Aquel hombre tenía otro rostro, otras manos, otros ojos.

No era él.

Joder.

—Estoy dispuesta a esperarte toda la noche —murmuré lo más bajo posible, asegurándome de que nadie me oyese.

94
Salvar la vida
Él

Tan solo quedábamos pequeños grupos dispersos que al final nos terminamos reuniendo. Cheli estaba algo más borracha que antes, algo drogada también, pero seguía manteniendo la compostura. Era como si hubiese ensayado toda la vida para ello.

—Estoy deseando que nos volvamos a quedar a solas —me susurró al oído.

Mantuve el tipo firme, sereno, no me sobresalté para no levantar sospechas.

—Conozco el mejor sitio de Madrid para tomarnos la última —propuse, cómplice.

Al poco rato, y para sorpresa de sus amigas, ella alegó estar «un tantito cansada». Y, como si fuera una liberación, los últimos hombres de la fiesta se aliaron para salir a bailar al reservado de una de las discotecas más famosas de la ciudad. Convocatoria que, por otra parte, yo rechacé. Julián parecía que me lo agradecía.

Luego se encendieron las luces. El local estaba repleto de mesas vacías y limpias, perfectamente colocadas para su reapertura al día siguiente. Los camareros se habían movido como hormigas, sin molestar, silenciosos, entre todos aquellos personajes de los que yo también formaba parte, devolviendo el orden a las cosas, como unos filósofos que daban respuestas y soluciones a las grandes dudas de la humanidad. Estaba bastante borracho y ya no me importaba ocultar mi atracción por la mexicana.

En cuanto abandonamos el sitio, la agarré de la cadera y le dije que me siguiese. Ella no opuso resistencia y nos escapamos en dirección contraria a los demás sin siquiera despedirnos. Huimos como dos amantes, cruzamos varias calles en silencio, pero de la mano. Hubiéramos andado hasta Oaxaca si nos hubiéramos puesto de acuerdo. Divisé un taxi parado en un semáforo, a lo lejos. Su teléfono sonó y lo rebuscó en el bolsito de mano. Respondió. Eran sus amigas reclamando su presencia. Me sonrió y se excusó. Yo me dirigí hacia el coche para pararlo. Crucé la calle sin mirar atrás. El semáforo se puso en rojo y ella se quedó al otro lado. Levanté la mano para que me viera y me vio. Gesticuló un «espérame».

—Pare, por favor —dije.

El conductor era un tipo obeso, mal peinado, que se estaba abriendo un caramelo. Lo vi todo por la ventanilla. Abrí la puerta.

—Aguarde un momento, por favor, mi pareja se ha quedado al otro lado de la calle.

Los coches zumbaban a través de la noche de Madrid. En su mayoría taxis. Habitaban la ciudad con el único propósito de salvarnos la vida a los perdidos, a los solitarios, a los que queríamos echar un polvo. Encendí mi teléfono. Y entonces lo vi. Vi aquel mensaje que me jodería la noche y la vida. Lo volví a leer. Una y otra vez. Levanté la cabeza. El semáforo se había puesto en verde. Ella cruzaba a paso lento, tambaleándose sobre unos tacones altísimos. Monté. El gordo se asustó.

—Arranque, vamos —ordené.

95

Me está mirando todo el mundo

Ella

No leía mis mensajes.

Volví a escribirle e hice la pregunta que, hasta aquel momento, por algún motivo, tal vez por miedo, no me había hecho: «¿Vas a venir?».

—¿Quieres algo más? —me dijo Juan.

Los matrimonios se habían marchado hacía un buen rato.

Los hombres solitarios también.

Solo quedaba el tipo al que confundí con él tomándose un café y un pincho de tortilla en la barra.

—Cerramos a la una y media.

No me había dado cuenta del tiempo que llevaba en aquel sitio.

Había estado bebiendo agua compulsivamente.

Las aceitunas seguían intactas.

Tenía ganas de ir al baño, pero me aguanté.

Quería que me dejasen en paz.

La simple idea de llevarme algo de comida a la boca me provocaba una arcada.

Lo miré con odio, con desprecio, parado junto a mi mesa.

Y me pareció el ser más asqueroso del planeta, me pareció una cucaracha sin alma, le habría estampado el vaso en la cabeza y lo habría observado mientras se desangraba en el suelo, revolviéndose en su propia miseria.

Todos los hombres del mundo tenían la culpa de mi soledad.

No entiendo cómo me rechazas de esta manera.

Me has follado y luego me has escupido.

Por qué no me dices nada, por qué callas.

Me está mirando todo el mundo por tu culpa.

Estoy sola y tengo ganas de vomitar.

Te odio, mierda, no te importa nada lo que tengo que contarte, estás pasando de mí como se pasa de una puta.

Te ha faltado pagarme.

Págame.

Me está mirando todo el mundo por tu culpa.

(...)

Cómo puedes jugar así con la gente y dejarla tirada.

Voy a tirar tus libros a la basura.

No eres lo que dices ser.

Ahora sé tu verdadera cara.

Me había vestido para ti. Me había puesto el mejor vestido para ti.

Me está mirando todo el puto mundo.

Solo quiero salir de aquí.

Pero antes me voy a follar al camarero en el baño.

(...)

Creí que tú eras diferente.

Te he entregado lo mejor de mí, ¿a que no lo sabías?

Y ahora no me quieres ni mirar.

Me voy de aquí.

(...)

Se lo voy a contar a todo Dios.

Sé lo del plagio.

Te he descubierto, Daniel Giménez.

96
La historia de amor más bonita del mundo
Él

Como si fuese una brasa encendida que me quemase las manos, borré el mensaje en cuanto lo leí. No verlo era engañarme de que no existía. Y yo era experto en tomar los senderos más fáciles, en encontrar las huidas a tiempo.

Me metí en la cama y me tapé con la colcha como cuando tenía cinco años. Tenía frío y también calor. Tenía ganas de dormir y, al mismo tiempo, ganas de quedarme despierto. Esta pesadilla no se iba a acabar jamás. Cómo había podido descubrirme. Lo tenía todo tan bien atado. ¿Qué diría mi familia? ¿Qué diría Mihaela? ¿Qué diría el país entero? Después de todo el papelón que había hecho. Iba a tener que mudarme a otro continente. Quería borrar el pasado, limpiarme de todas aquellas cosas que rechazaba.

Fantaseaba con raptar a esa mujer y hacerla desaparecer. Enseguida me arrepentía, pero en situaciones desesperadas la mente hacía este tipo de juegos sin escrúpulos. Y entonces me levanté de la cama y decidí que sería buena idea emborracharme hasta vomitar. Y luego quedarme dormido porque el sueño curaba. Quería destruir todo aquel caparazón de escritor de éxito, deseaba cargarme todo aquello en lo que me había convertido.

Me tomé una botella de vodka y me tumbé boca arriba sobre el parquet. En cuanto sentí el asco me fui al baño a vomitar. Luego tendí

una toalla junto al plato de ducha y ahí, desnudo, me quedé dormido, acurrucado como un feto. Tuve varias pesadillas, me despertaba asustado, sin acordarme de nada, y enseguida me volvía a dormir. Me pasé las horas en una especie de estado febril, como si estuviera enfermo de malaria.

Cuando me desperté, me dolía todo el cuerpo. ¿Por qué no me había ido a la cama? El castigo. Tenía la boca seca, el estómago ardiendo y me pesaba cada gramo de piel de la cara. Además, se me habían hinchado las manos y me dolían.

Me arrastré hasta la ducha y luego hasta la cocina y luego hasta el salón y corrí las cortinas que dejaron entrar un sol eufórico. Entonces vi ese cristal sucio, lleno de polvo, casi transparente. «Ya somos dos», pensé.

Maldito el día en el que nos acostamos. ¿Por qué no vi lo loca que estaba? ¿Por qué no la eché de mi cuarto? ¿Cómo había logrado descubrirme? Debía concentrarme, debía moverme por la cuerda floja con seguridad, sin balancearme, debía reencontrarme con ella. Tenía capacidad para crear la jodida historia de amor más bonita del mundo… Me convertiría en el novio ideal si era necesario. Tenía que descubrir qué diablos había pasado.

Y tal vez de ahí saldría mi próxima historia. Sí, eso es. Esa sería una buena historia…

97

LA LIMPIEZA

Ella

Antes de cruzar el umbral de la puerta me despojé de mi ropa: el vestido amarillo, los zapatos, la chaqueta de terciopelo, las bragas, el sujetador.

Lo dejé todo en el suelo.

Una mano se había apoderado de mi cuerpo para guiarme, para moverme.

Me desnudaba como quien se quitaba una enfermedad. La piel se me puso de gallina. Pero hice del frío mi cómplice, mi lugar para habitar.

En ningún momento pensé en la posibilidad de que alguien fuera a verme.

Entré a mi casa y me fui directa a la cocina.

Bajo el fregadero, había cinco bidones azules de lejía.

Los agarré y los saqué al pasillo.

Luego me dirigí a mi habitación y metí todas las cosas que encontré en el armario: velas, un pijama, almohadas, la colcha, fotos, plantas…

Luego me dirigí al baño e hice lo mismo.

E igual en la cocina y en el salón.

Desnudé mi casa, la dejé sin vida, le quité la forma, la despojé de las cosas que la transformaban en un hogar y lo encerré todo en el trastero con candados.

Dejé las llaves en la entrada.

Agarré el primer bote de lejía y fui al baño.

Me quedé parada bajo el marco de la puerta.

Tenía los pezones hinchados, rojos.

Y los dientes me castañeaban, aunque en mi casa no hacía frío.

Me miré el resto del cuerpo y me sentí sucia.

Entonces lo abrí y el tapón cayó al suelo.

El olor me entró por las fosas nasales y se alojó en mi cráneo, justo detrás de mis ojos.

Comencé a rociarlo todo: la bañera, el lavabo, el bidé, el inodoro, los espejos, las paredes de azulejo, el aparador. Apretaba el bote y el chorro salía con tal presión que pensé que podría explotarme en la cara en cualquier momento.

Pero no me importaba.

Cuando ya no quedaba ninguna gota, agarré otro bote y me dirigí a la cocina; hice lo mismo: la mesa y la silla baja, las baldas, los armarios, el fregadero, el microondas, la campana y la placa, el frigorífico y la lavadora. También mojé los azulejos del suelo y algunas gotas me cayeron sobre los pies.

Miré mis dedos, torcidos, delgados, amputados de otro cuerpo y cosidos a los míos.

Algunos chorros iban deslizándose por las paredes como si fuesen hormigas, parándose en los lugares más escondidos.

Los habría chupado como si fuesen un helado.

Después me fui a la puerta roja y la rocié de arriba abajo. La puerta roja formaba parte de mí, era mi enfermedad y me daba asco.

Luego fui a mi habitación y lo primero que mojé fue la cama.

El colchón tenía varias manchas amarillas, circulares.

Parecían cuencos que recogían toda la lejía.

Las puertas de los armarios, el escritorio, el espejo y el tocador, todo se quedó empapado, todo se quedó despojado.

Hice lo mismo en el pasillo: el techo, las paredes, la cómoda y el zapatero.

Toda la casa estaba envuelta en una especie de nube tóxica que viajaba detrás de mí, colándose por mi piel, por mi vida.

Con el último bote, me dirigí al salón.

Lo vacié sobre el sofá, la mesa alta, las cuatro sillas, las estanterías y

las dos alfombras.

Me sentí mareada y, al mismo tiempo, asqueada.

Mi pecho se movía rápidamente y mi diafragma subía y bajaba con la intensidad de un coche de carreras, buscando el aire.

Era un animal herido que quería llegar hasta el final con tal de desintoxicar aquel mundo que me rodeaba, aquel mundo que me castigaba como se castigaba a una cerda que no comía y me marcaba con sus dientes asquerosos para convertirme en nada, que era en lo que se convertían todas las cosas mordidas.

Agarré la ropa del suelo.

El teléfono cayó y me quedé observándolo con desprecio.

El aire era diferente, inodoro.

Entré en casa y metí el vestido amarillo y mi ropa interior en un cesto al que quería prender fuego.

Pero todavía me quedaba algo en el último bote.

A pesar del fuerte olor, de los ojos irritados, del dolor en la garganta, me dirigí al baño para rociármelo por el cuerpo, para deshacerme del sufrimiento, para limpiarme, porque esa era la única manera de convertirme en otra mujer, de mudar de piel como las serpientes, de habitar otro cuerpo y alejarme de esta carne inmunda.

Me dolía el cerebro y el pecho y la boca y cuando me apreté las cuencas de los ojos con las manos, porque ya no podía tenerlos abiertos, elevé el bidón sobre mi cabeza, como si fuese un dios, mi dios, apuntando a este cuerpo sucio, repugnante, y precisamente ahí, justo en ese instante, pensé en el bebé.

Y paré.

Tercera parte
La obra maestra

98

Niña asustada

Ella

Estoy en Málaga, con mi padre y mi madre y mi hermana. ¿Te había contado alguna vez que tengo una hermana?

Voy ahora a dormir un rato.

Nos hemos venido de vacaciones unos días.

Mi madre lleva mucho insistiendo en que deje las persianas cerradas todos estos días.

Me dice que, cuando conecte algo, meta los dedos en el enchufe para ver si funciona y que lo haga así en todas las habitaciones, y aquí en Málaga saltan chispas en los enchufes.

Yo los tapo por si acaso para no electrocutarme, pero no me deja dormir en otra habitación.

Cada vez que me tumbo o estoy haciendo algo, se ponen ella o mi hermana a dar golpes a la puerta con todas sus fuerzas, porque saben que me asusto con cualquier ruido.

Ella y mi hermana llaman a la puerta y tiran cosas al suelo como pilas, por ejemplo, para que me asuste y me levante y mire de reojo, asustada.

Me levanto y abro y les pregunto por qué golpean la puerta y ni me contestan.

Ella me grita y me provoca. Si me callo y me aguanto, soy una provocadora, sinvergüenza. Si suelto una lágrima, soy una hija de puta. Luego me suelta que siempre le he hecho la vida imposible.

Ni les hablo. Solo lo hago cuando dejan las puertas abiertas o

abren ventanas o pasa cualquier gilipollez.

Cuando llego a casa de dar un paseo, me dice que baje todas las persianas, que la poli pregunta por mí.

Me vacila con eso.

Al venir a Málaga, durante todo el camino, fue conduciendo a cincuenta por hora haciendo mil barbaridades con el coche; daba miedo.

Me dicen todo el rato: «Mira aquí, mira allá, mira ahí» y hasta que no miro no me dejan en paz.

Por eso estoy todo el rato mirando al suelo o al móvil, por eso estoy todo el rato escribiéndote, porque no quiero que les dé por decir que veo cosas inexistentes.

Mi hermana ya me ha hecho cuatro veces la broma de llamarme vacilándome:

—Marina, estoy aquí, mírame, tal.

Y cuando me levanto y le digo:

—Ey, ¿qué haces?

Se va corriendo.

Estoy todo el rato poniéndome música e intentando estar con el móvil, porque si miro al puto aire o a una pared ya se malinterpreta, ya me llaman loca.

Al venir a la casa de Málaga, llamó a la que vino a limpiar y le dijo:

—¿Están todas las persianas bajadas?, ¿todo preparado?

Lo sé porque lo escuché.

Todo el rato insistiendo en que meta los dedos en los enchufes porque están rotos.

Y así.

Te escribo esto porque me voy a dormir y quiero dormir tranquila, que, si me pasa algo, alguien sepa.

Cuando duermo, miro, de repente, asustada, a la puerta y me dan espasmos, porque o ella o mi hermana dan golpes y me asusto.

Como te digo, tengo puesto el ventilador y el móvil cargando, pero lo he tapado con sudaderas por si acaso, porque el enchufe del cuarto, el único que hay, está como medio raro.

He cerrado con pestillo porque duermo en tanga.

Y eso, literalmente se pasan las noches dando golpes, así que para que tú sepas que, si me da un espasmo, es por eso.

Tengo el ventilador ahora mismo puesto, me da el aire y me siento muy bien y no quiero nada más. Bueno, sí, que tú estés aquí.

Mañana me levantaré prontito para ir a la playa.

Me he puesto a llorar antes, porque me dijo de todo de camino por tirar una Coca-Cola. Estaba llorando por eso cuando te mandé el audio.

No por otra cosa.

Yo estoy bien, estoy muy feliz, ya lo sabes, y tengo mil ganas de pasar unos días aquí.

Así que eso, voy a dormir.

No me he querido suicidar jamás, no lo haría jamás.

Que quede claro eso.

Y que si tengo cara de asustada es por todo esto.

Si mañana me pasa algo, que conste que habrá sido ella.

99
No tengas miedo
Él

Tranquila, mi amor, todo irá bien.

Tú no pienses en cómo yo te pueda ver. Para mí eres perfecta así. No te veo ni asustada ni creo que estés loca por mirar a una pared. ¿Acaso hay alguien que no se sepa de memoria las grietas de las paredes de su cuarto? Las familias son muy complicadas, amor. Y ninguna de ellas es perfecta. A lo mejor tu madre te está queriendo gastar una broma con el tema de los enchufes, no lo sé. ¡Tú no metas los dedos! «Yo te quiero viva, burra», así se lo decía Cortázar a Pizarnik. No sé si sabes quiénes son. Ya te hablaré sobre ellos en nuestro próximo encuentro. En todo caso, tampoco le hagas caso a tu hermana con el tema de los golpes. Tiene pinta de ser mucho más inmadura que tú. ¿Qué edad tiene? Yo creo que lo hace para captar tu atención, mi amor. Qué bien suena decirte «mi amor». Decías que te ponías música para dormir. ¿Qué estás escuchando últimamente?

Ah, lo de las persianas y la policía tiene hasta guasa, ¿eh? Aunque un poco delincuente sí que eres, no creo que sea suficiente como para que te detengan. Ya me entiendes, ladrona de corazones. Pienso que lo de la llamada a la mujer de la limpieza era para que no os encontraseis la casa a setenta grados. Algo hacen las persianas, ¿no? Dime, ¿os la encontrasteis fresquita y limpia? No me has pasado ninguna foto. ¿Estás alojada muy lejos de la playa? Quiero ver tu habitación. Supongo que ya estarás dormida cuando veas este mensaje, pero, bueno, me la enseñas mañana. Lo del

ventilador es un puntazo, pero ¡no te vayas a poner mala! Y está bien que eches el pestillo, que en esa zona siempre ha habido muchos robos.

Ah, bueno, me falta lo de la Coca-Cola. Yo no soy muy fan, ¿sabes? No me bebo más de tres o cuatro al año. Y lo suelo hacer cuando el cuerpo me lo pide. Esto sonará raro, a veces me despierto y la sangre me dice: «Hoy quiero que te tomes una Coca-Cola». Y, hasta que no lo hago, parezco un drogadicto en busca de su dosis. ¿Ves? Otro día que cumplo con eso que me decías de que quieres aprender algo nuevo de mí. Qué bonitas deben de ser tus lágrimas cayendo por tu mejilla… Qué bien deben de quedarte esas sudaderas anchas… Qué perverso suena eso de que duermes en tanga… Buenas noches, mi amor.

100

Ella

Solo quiero ser feliz.

101
El plan
Él

Unos días antes

Una vez me preguntaron en una entrevista que cuál era mi mayor secreto. Tras un instante de titubeo, respondí que mi secreto era que escribía con miedo, el miedo a quedarme sin lectores. El periodista se sorprendió.

—Ah, bueno, la cuestión estaba más enfocada hacia ese ingrediente especial que hace que su libro destaque sobre el resto. Pero, ahora que lo dice, ¿no le parece extraño que alguien de su, digamos, tamaño, tenga semejante miedo?

Sonreí.

—Bueno, en ese caso déjeme responderle a la primera pregunta: la empatía, ese es el ingrediente. Hago que los lectores empaticen con mis personajes de tal manera que acaban habitándolos, acaban sintiendo lo que ellos sienten, hablando como hablan ellos. Por eso todo el mundo dice experimentar una sensación de orfandad en cuanto terminan de leerme.

Él se quedó en silencio a la espera de otra contestación que, definitivamente, no llegó porque la desconocía. Ahora, tiempo después, le habría dado otra respuesta:

—Mi mayor miedo es que mi siguiente libro no esté a la altura del anterior.

¿Qué era lo que se me había escapado? ¿Cómo había descubierto a

Daniel Giménez?

Al día siguiente de haberla dejado en plantón, recibí un mensaje de Cheli, la mexicana. Me decía, muy elegantemente, que había sido un placer conocerme, pero que lo mejor era quedarse solo con lo que había visto en mis libros. Me dio lástima, pero qué esperaba. En el fondo sabía que eso era lo mejor, que ahora tenía un problema mucho más importante que resolver, que todo había vuelto, como la basura que se tira al océano y regresa a la playa. Nunca había que fiarse del agua cuando estaba en calma, esa era mi lección aprendida.

Tenía el cuerpo hecho una mierda, me costaba pensar con claridad y lo único que me apetecía era quedarme tumbado en el sofá recuperándome de la borrachera. Pero no podía perder el tiempo. Estaba en una trinchera desde la que debía defenderme. No había llegado hasta este punto para dejarme matar tan fácilmente. Y por eso debía actuar antes de que aquella tipa hiciera alguna locura o me expusiera en redes sociales o llamara a los periódicos y que la bomba explotase nuevamente; esta vez de manera definitiva. Sentía que era capaz de cualquier cosa. Sabía cómo hacerlo.

Recordé cuándo, dónde y cómo la conocí, ese misterio delirante que transmitía, la timidez excesiva, la inseguridad desmedida. Me hizo firmarle un libro en la última página. Y tuve que quitar las sábanas después de acostarnos porque estaban manchadas de sangre. ¿Era virgen o había sido culpa de mis embestidas? Y luego siguió escribiéndome. Pero yo pasé de ella. Las velas, al fin y al cabo, se acababan consumiendo en silencio, sin prender fuego a nada, ¿no?

Entré a mi cuenta de Instagram. Busqué su nombre. Comencé a seguir su perfil. Luego abrí los mensajes directos y le escribí: «Hola, Marina. ¿Cuándo nos vemos para hablar?».

102
Yo sola
Ella

Unos días antes

Por supuesto que no estaba embarazada.

Ojalá.

Habría sido emocionante, desde luego.

Pasar noches en vela buscando el carrito perfecto, la cuna perfecta, los mejores pañales, los conjuntos de ropa más bonitos.

Pasar noches en vela leyendo y aprendiendo todo acerca de la maternidad.

Hubiese hecho todo lo posible para dar a luz en mi casa. O, mejor, en el mar. Yo sola.

O en su compañía.

Habría cedido, estaba segura de que habría cedido si se lo hubiese dicho. Y se habría hecho cargo. Al menos eso quería creer.

Pero qué iba a hacer cuando viera que no me crecía la tripa, que no tenía antojos, que no vomitaba.

Si quería tenerlo conmigo, esa no era una buena mentira.

Aunque me moría si pensaba en las noches que habríamos pasado: yo hablándole a la niña —sería niña— acerca de la vida, de cómo nos conocimos, de cómo construimos nuestro amor, de su padre.

Se habría llamado Marina.

Como yo.

Habría tenido el nombre del mar.

No tuve que esperar mucho, no tuve que añorarlo más.
Porque enseguida apareció.
Porque vino para dar la cara.
Porque vino en busca de mi amor.
Y de mi perdón.
Como si fuera un perrito perdido que, al fin, regresaba a casa.
«¿Hoy te viene bien?», contesté.

103
Agua con gas
Él

Aunque ella decía que aquello era un restaurante, La Finquita era un bar de carretera. Junto a él había unas cabañas cutres que servían para alojar camioneros. Sentía la resaca en todo mi cuerpo, pero me recompuse un poco en el taxi. Durante el trayecto —más largo de lo que pensaba—, fui pensando en que esto podría ser una historia de amor. Al menos el comienzo: dos personajes que se encontraban otra vez en unas circunstancias diferentes a la primera, la chispa que saltaba tras la primera palabra, una noche que antecedía a las demás. La mentira era creación. Todo había nacido con una mentira.

Un tipo flaco que, aunque era joven, tenía pinta de llevar toda la vida trabajando en el mismo sitio y, más allá de eso, que también parecía que jamás se iría de ahí, me dijo que me sentase donde quisiera. Ella no había llegado todavía y, a excepción de varios ancianos que estaban sentados en la barra mientras escuchaban la reemisión de un partido de fútbol, no había nadie más. A cada rato, uno de ellos decía que era una desgracia que el portugués se fuese del Madrid con una mano delante y otra detrás. Los otros aprobaban y cargaban contra Florentino Pérez.

Le pedí al camarero un agua con gas, que me calmó la sed. Volví a pensar en Georgian. ¿Cómo estaría? ¿Seguiría en el hospital? Me fui de Rumanía con una decisión, con un camino que seguir. Y también tenía claro que, pasara lo que pasase, todo tenía una meta.

Y entonces apareció.

Un cuerpo largo, frágil y cándido asomó tras la puerta. Nuestras miradas se cruzaron puntuales, como si fueran palabras que sonaban al mismo tiempo desde dos bocas diferentes. Yo me incorporé para recibirla con dos besos. Ella bajó la cabeza, avergonzada, mientras se acercaba con precisión.

—¿Cómo estás? —dije mientras posaba la mano sobre su brazo y acercaba mi rostro al suyo.

Se quedó quieta, como si hubiese esperado otro tipo de recibimiento, tal vez un poco más violento. ¿Cómo había conseguido una persona como ella ponerme contra las cuerdas? Tomamos asiento. La noté muy tensa. No me miraba a la cara en ningún momento.

—Nunca había pensado en la posibilidad de vivir en un pueblo, pero, vista la tranquilidad que hay aquí, es muy tentador —comenté para romper el hielo.

Ella esbozó una sonrisa de la que se arrepintió enseguida. Era como si tuviera miedo de verme.

—Oye, ¿va todo bien? —le pregunté mientras inclinaba mi cuerpo sobre la mesa, preocupado.

Aunque yo era la víctima, me daba pena su endeblez y no quería que se sintiese obligada a estar ahí. Debía hacer el mayor esfuerzo posible para caerle bien, para que estuviera cómoda. Pero entonces, de forma inesperada, ella levantó la cabeza por primera vez y clavó la vista en mis ojos, dibujó una sonrisa radiante, luminosa, y dijo, al fin:

—Ahora sí.

Me intimidó ese gesto repentino. Debía disimular.

—Eh…, bueno…, ¿quieres tomar algo? —balbuceé.

Marina también se pidió un agua con gas.

104
Un hielo cayendo por mi espalda
Ella

Fue maravilloso.

Verlo fue maravilloso.

Llevaba una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados, un vaquero que le venía perfecto y unas deportivas, también blancas. «Es un buen atuendo para ser escritor», pensé.

Yo llegué antes que él, naturalmente.

Vi cómo se bajaba del taxi, cómo dudaba un instante antes de entrar en La Finquita, cómo tomaba asiento en una mesa aleatoria.

Yo estaba escondida y él no me vio.

Esperé cinco minutos, agazapada. Quería ser prudente, quería devolverle una migaja del desplante. Pero había algo dentro de mí, algo que habitaba mi estómago y mi pecho y que bullía como si fuera un volcán y que me gritaba que fuese ya, que ya era hora.

Me arreglé la ropa y me encaminé hacia la puerta. La abrí e hizo un ruido estridente.

Primero vi a Juan, al que saludé con la mirada.

Pero su recepción ya no fue amable. Me daba igual.

Luego lo vi a él.

Ahí estaba, sentado, perdido en algún lugar.

Me miró.

Miraba como se miraba a un poema o a una película. Miraba con la intensidad de una tormenta eléctrica, con la belleza de un rayo cayendo a lo lejos.

Y no pude soportar esa mirada, que me atraía hacia sí, que me removía todo el cuerpo, desde la punta de los dedos hasta la frente.

La sentí invadiéndome, ocupándome.

Y cuando estuve cerca pude percibir un olor a tabaco —él no fumaba—, a alcohol —estaba bebiendo agua con gas—, mezclado con un perfume con aroma de madera.

Entonces comentó algo acerca del pueblo y me hubiera gustado contestarle, decirle que en mi casa tenía un hueco, pero no pude. Era como si tuviese un gran peso en la nuca, un peso que me impidiera levantar la cabeza y clavarme en su mirada.

Dejé el bolso sobre las rodillas.

«Qué fácil ha sido atraerte hasta aquí», pensé.

No podía creer que lo tuviera delante. Pensé que eso era lo que me hubiese gustado decirle: «No puedo creer que te tengo delante».

Estaba completamente desarmada y me excitaba estarlo.

Deseaba que esa noche terminase como había terminado la última. Podía sentirlo en todo mi cuerpo. Pero mantendría la calma, tenía que ir despacio.

Entonces me preguntó si iba todo bien.

Y, como si fuera un hielo cayendo por mi espalda, me liberé de esa ensoñación que me tenía presa y, al fin, pude mirarlo.

Y entonces, como por arte de magia, pinté mi sonrisa más radiante, más luminosa, y conseguí decirle, ilusionada, que ahora sí; fue un ahora sí que, a su vez y para mi sorpresa, lo descolocó, transformándolo en el ser humano que, hasta ese momento, desconocía.

Entonces me preguntó si quería algo y yo le dije que sí.

—También quiero tomar un agua con gas, como tú.

105
Vestido amarillo
Él

Como si fuese un manantial abriéndose paso entre las rocas, entre la maleza, que emergía salvaje y, al mismo tiempo, pletórico, ella me habló de su vida. Nada tenía que ver esta Marina con las otras Marinas que había conocido. Me contó su entorno en el colegio, me dijo que amaba su trabajo, que, en realidad, su alumno favorito era Izan, que había decidido vivir con su familia porque debía cuidarlos, que, de hecho, la casa de sus padres y la suya estaban pegadas, que tenía una hermana y que fue gracias a ella como descubrió mi último libro. Elisa, que así se llamaba, se había ido a recorrer el mundo y no había podido llevarse consigo mucho equipaje. Entre las cosas que dejó atrás, estaba *El leve despertar de una mujer*.

Entonces sonreí y le dije que lo entendía. Ella se rio. No lo hizo de una manera natural, más bien al contrario. Lo hizo como si en el guion pusiera que ahí debía haber una risa. Luego me habló sobre su día a día, sobre la tranquilidad de su pueblo, sobre su amiga Marisol, sobre lo maravilloso que era comprar pan en el horno de Maripaz. Yo la escuchaba mientras daba pequeños sorbos al tercer vaso de agua con gas y sentía la barriga hinchada. No quería que dejase de hablar, porque el lenguaje la hacía ser bella, le daba otro color, igual de amarillo que el vestido que se había puesto.

A cada rato, yo me tocaba el pelo, sonreía, aprobaba, añadía alguna coletilla. Sin darme cuenta, estaba coqueteando; había caído en su magia, en la magia del personaje. Lejos había quedado —como si

fuera de otro mundo— el motivo principal de nuestro encuentro. No me importaba cómo me había descubierto. Es más, ya no sentía la necesidad de abrir ese tema, porque no quería romper esa sintonía, que era su voz contándome la película de su vida. Hablaba como si estuviera narrando, eso le dije:

—Hablas como si estuvieras narrando.

Y se ruborizó, pero eso no hizo que frenase en su retórica, al contrario, pareció motivarla aún más. Y entonces me habló de su infancia, del momento en el que su hermana y ella se disfrazaron de abejas y, ciertamente, me hizo gracia el término que habían acuñado: abeja-unicornio. Se sentía cómoda y se había despojado de todos los miedos. Me hablaba de tal manera que me hubiera gustado contarle también mi vida, exponerme sobre una mesa y decirle: «Esto soy». Pero aquel día no había lugar para mí. Y no me incomodó, al contrario. Era su momento y yo su testigo.

Y también habló sobre mis libros. Lo hizo con un entusiasmo propio de una gran lectora. Se sabía de memoria algunos párrafos, me hizo algún apunte que nadie más había hecho y me dejó boquiabierto cuando me expuso una posible continuación de *El leve despertar de una mujer*. No tuve más que felicitarla y añadir que el mundo se estaba perdiendo a una gran escritora.

—Te traducirían a muchos idiomas, estoy seguro.

Le gustó escuchar eso. Y ella dijo:

—Podrías hacerlo tú, que tienes experiencia de cuando estuviste trabajando en la editorial de Estados Unidos.

No me inquieté, reímos. Pero dejamos de prestarle importancia a ese detalle. Y luego comenzamos a hablar sobre el amor. El amor que, hasta entonces, no había sido muy bueno con ella.

—Ya sabes, en los pueblos es mucho más difícil. Casi todo el mundo se ha ido fuera y no me interesa mucho todo lo que ha quedado por aquí, pues siento que no tenemos nada en común. Esa es la gran desventaja. Por eso mismo estoy soltera y entera, como se suele decir. Me gustaría enamorarme y formar una familia, claro que sí, pero todo tiene su proceso, soy consciente. Y estoy dispuesta a esperar lo que sea necesario.

Y decía todo aquello mientras buscaba un gesto de complicidad, mientras buscaba mi aprobación. Parecía comunicármelo a mí, pero, en realidad, hablaba consigo misma. Me lanzaba un dardo que recibí con mucha empatía, incluso llegué a plantearme una vida ahí, junto a esa mujer desconocida, de aspecto frágil, pero que, poco a poco, parecía poseer el secreto de una solidez bella y reservada. Me imaginé una vida alejada de los focos, alejado de las mentiras, una vida sencilla, sin presión. Con el dinero que tenía podía comprarme una casa, escribir en un patio o, tal vez, un jardín y bañarme en una piscina y, por qué no, adoptar un perro para sacarlo a pasear por el campo al atardecer.

Me imaginé, por un momento, una vida que, hasta entonces, nunca me había atrevido ni siquiera a plantearme, porque me parecía aburrida.

Me gustaba ver cómo movía sus manos al hablarme, sus dedos largos y delgados.

Me gustaba que no se hubiese quitado el bolso de las piernas.

Me gustaba que, de vez en cuando, se apartase el pelo de la cara, porque había un mechón que se le colaba entre los labios.

Me gustaba ver cómo se le marcaban los pechos diminutos a través del vestido.

Cuando al fin se fue al baño, reparé también en dos lunares de su espalda, en su cintura deslizándose entre las sillas y en la sensualidad de su cuerpo alargado.

106
La pluma guiada por el viento
Ella

Entré al baño y di una gran bocanada de aire.

Estaba agotada.

Estaba pletórica.

Estaba enamorada de la mujer que se había sentado en esa silla y se había puesto a contarle su vida.

Cómo me miraba, cómo me aprobaba, cómo iba descubriendo los entresijos sin hacer el más mínimo esfuerzo.

Junto a él me sentía libre.

Era como un pez en mitad del mar.

Era como una pluma que volaba guiada por el viento.

Esta sí era mi revolución, mi transformación completa.

107
Todas las palabras del mundo
Él

Me planteé proponerle dormir juntos, pero me contuve. Me contuve porque no quería cometer los errores del pasado. Le di mi número de teléfono y le prometí —sí, lo hice yo— que nos volveríamos a ver. Cuando divisé que el taxi entraba al aparcamiento, le solté que me habría quedado a vivir en esta noche. A ella se le iluminaron los ojos. Contuve las ganas y le di dos besos, aunque prolongué un poco más el contacto de nuestras mejillas en el segundo. Ella se dejó llevar, guiada por mi mano en su cintura. Y luego me subí al coche para volver a perderme por las mismas carreteras que me habían traído hasta este nuevo encuentro.

Cuando llegué a mi apartamento, me sentía agotado. Agotado por la noche anterior, pero también agotado por culpa de una tranquilidad insólita y pesada que me había atrapado. Me despojé de la ropa y, antes de meterme en la cama, recibí un mensaje de ella.

> Ha sido una tarde fantástica. Espero que te haya gustado esta nueva versión de mí. Lo cierto es que hacía mucho tiempo que no conectaba con alguien de esta manera. Fíjate, hasta siento que ahora escribo los mensajes con otro tono. Mira que es difícil, pero me apetece entregarte todas las palabras del mundo.
>
> P. D.: Sí, me he puesto literaria de repente.
>
> Buenas noches, V.

Y añadió una fila de quince corazones rojos. Entonces le contesté, rápido.

Ahora ya estamos más cerca. Gracias por desnudarte así.
Y gracias por hacerlo todo tan cómodo. Hasta mañana, M.

Y yo también le envié el mismo número de corazones que ella más uno.

Al día siguiente me desperté alrededor de las once. Tenía más mensajes suyos. El primero lo recibí a las ocho cuarenta:

Buenos días, te deseo una mañana excelente. No te imaginas lo bien que he dormido. ¿Qué vas a hacer hoy? Qué bien sienta esto de tenerte tan a mano… Bueno, te cuento que me toca acompañar a mi madre a hacer la compra grande de la semana. Luego debo limpiar la cocina a fondo, tanto la suya como la mía. Pero antes de levantarme de la cama quería decirte que eres mi primer mensaje del día…

Treinta minutos más tarde:

Voy a desayunar una tostada de jamón con tomate, hoy me encuentro muy bien, muy animada. ¿Por qué será?

Añadió un emoji ruborizándose.

Aunque el pan me hincha, siento que me lo he ganado.

Y adjuntó una foto.

Cinco minutos más tarde me envió una imagen con su taza de café vacía. Una mancha de pintalabios rojo se había quedado impresa sobre el borde.

Pasados cuarenta minutos volvió a escribir:

Sí que te gusta dormir, ¿eh? Bueno, yo acabo de subir al coche para irnos al súper. A mi madre le gusta llegar de las primeras, porque dice que así puede comprar tranquila. Esta mañana está inaguantable, pero yo sé cómo llevarla.

A veces envidio a mi hermana, porque ella no tiene que soportar este tipo de cosas. Después del súper tenemos que ir a la pescadería y luego a la carnicería. A mi madre no le gusta la carne que hay aquí, aunque el sabor es prácticamente el mismo. Por cierto, ¿te he contado que nació en Grecia? Sí, soy medio griega. En fin, que me reclama. Besos, ¡despierta ya!

A las diez y cuarenta:

Ya hemos cargado casi todo en el coche; bueno, más bien lo he hecho yo. Mi madre dice que no puede con las bolsas. Como siempre compramos lo mismo, apenas hemos tardado. Ahora voy de copiloto, mira.

Y a continuación aparecía una foto de una carretera nacional vacía.

Venga, despierta, que algunas ya hemos hecho de todo de todo.

Leí los mensajes con un ojo medio cerrado todavía. A duras penas, entre las legañas y el último ápice de resaca, saqué fuerzas para contestarle:

¡Buenos días! Vaya, cuántas cosas. Me alegro de que la compra haya ido bien y de que hayas ayudado a tu madre. Yo también concuerdo contigo en que la carne de carnicería y la del súper saben prácticamente igual. ¿Qué más vas a hacer hoy? A mí me toca entrenar y hacer un par de llamadas. Llevo tanto tiempo sin salir a correr… Aunque, bueno, con este calor sofocante, no sé yo. Tal vez me vaya al gimnasio.

Y también sentí la necesidad de añadir:

Hacía tiempo que no dormía tan bien, ¿por qué será?

108
El carrito de la compra
Ella

Yo empujaba el carro mientras ella iba agarrando las cosas y las colocaba con cuidado. La estampa siempre había sido esta.

Siempre se quejaba de que los precios habían subido, de que la calidad estaba cada vez peor y de que las cantidades no eran las antes.

Pero aun así se movía con destreza, conocía el territorio.

Era normal, llevaba toda la vida haciendo la misma compra.

Cuando pasaba por delante de los frigoríficos de carne, se quejaba de que era mala.

Cuando pasaba por delante de la pescadería, se quejaba de que el género no era fresco.

Casi siempre estábamos solas en el súper.

Saludaba a las dependientas porque las conocía de toda la vida.

Pero delante de ellas nunca se quejaba de nada, tan solo me lo decía a mí.

Yo también saludaba a las dependientas.

Mientras agarraba dos paquetes de pasta que ella me había indicado y los dejaba en el carro, saqué el teléfono del bolsillo para mandarle un mensaje.

Pero me vio.

Volví a guardarlo sin decir nada.

—¿A quién le escribes a estas horas? No te despistes —zanjó.

Luego seguimos perdiéndonos entre los pasillos.

Aunque el supermercado era pequeño, cada vez se me hacía más

grande.

Todo parecía haber vuelto a la normalidad.

La normalidad era lo que había antes de la muerte de Marina.

¿Se habría despertado ya? No me importaba que fuese tan dormilón. A mí también me hubiese gustado quedarme en la cama hasta tarde, pero me era imposible. Ni siquiera cuando estaba de vacaciones.

Tenía que hablar con Trini cuanto antes para explicarle lo que había ocurrido.

Un tirón fuerte me sacó de mis pensamientos.

—Te dije que no te despistaras. ¿Qué te ocurre?

Lo preguntaba mientras echaba un paquete de Coca-Cola y otro de Aquarius.

A mi madre le gustaba tomarse la Coca-Cola por la tarde, después de la siesta. Pero lo hacía sin hielo y sin limón.

El Aquarius decía que era muy bueno para el dolor de estómago. Pero le gustaba más en lata que en botella.

Luego pasábamos a la sección de frutos secos.

Y después a la de productos de limpieza para el hogar.

Mi madre siempre compraba de todo.

Aunque las baldas del armario de la cocina estuvieran llenas, ella siempre quería tener desinfectante, lejía, Fairy y limpiacristales de sobra.

Mi madre hacía la compra para las dos casas y yo tenía que pasarle doscientos euros cada mes.

Ella decidía lo que comía.

Ella decidía lo que bebía.

Pero a mí no me importaba.

De esta forma me había ahorrado un buen dinero, aunque no sabía muy bien para qué, ya que nunca me había planteado en qué gastarlo.

Luego llegamos a la caja y mi madre saludó a la dependienta.

Esta le devolvió el saludo y le preguntó que cómo estaba.

En ese momento entró otra señora.

Las tres se saludaron.

Pero mi madre no tenía ganas de hablar más, así que fue colocando la compra sobre la banda hasta que vio que había suficiente para

ocupar dos bolsas.

Las sacó del bolso y las llenó con destreza. Colocaba todo como si fuese una arquitecta.

Yo terminé de echar el resto de los productos.

La cajera me sonrió. Aparentaba tener mi edad, aunque no era del pueblo.

Luego nos quedamos las dos quietas, esperando a que mi madre terminase de colocarlo todo.

—Serán ciento veinte con cuarenta, señora.

—Jesús, cada vez más caro —lo dijo mientras sacaba la billetera y rebuscaba el dinero.

Le tendió tres billetes de cincuenta euros.

Esta le devolvió el cambio.

Yo había colocado todas las bolsas en el carro, de vuelta.

Mi madre se puso delante y yo la seguí, empujando.

Su mano derecha dirigía las ruedas hacia la puerta de salida.

Luego llegamos al coche y abrí el maletero.

Ella se dejó caer en el asiento del conductor sin ayudarme.

Coloqué todo detrás y le avisé de que iba a devolver el carro.

No dijo nada.

Cuando regresé, le tendí los cincuenta céntimos por la ventanilla.

Luego me senté.

Mi madre arrancó el vehículo.

Un leve chirrido se escuchó en el motor, pero no le dije nada. En todo caso, mi padre la había avisado de que había un problema con una correa.

—A mi novio —dije.

Ella giró la cabeza y me miró:

—¿Qué?

—A mi novio, le estaba escribiendo a mi novio.

Pero ella hizo una mueca irónica.

Y luego dejamos de hablar durante todo el trayecto.

109
Conjeturas
Él

Marqué el número de Mihaela, respiré hondo y la llamé. Enseguida descolgó.

—Hola, Mihaela. ¿Cómo estás? Soy yo.

—Hola, chico Valentín, estar hospital con niño. ¿Tú cómo estar?

—Bien, todo bien —respondí avergonzado. Una pausa. Su respiración acompasada—. Te llamaba porque me apetecía saber de vosotros.

Un ruido.

—Bueno, estar casa, hospital, casa, hospital. Geo necesitar más tratamiento, pero yo resar a Dios para cura. Stefan trabajar mucho ahora porque necesitar dinero.

—Miha, te voy a enviar más muy pronto.

Un silencio. La voz del niño sonó al otro lado del auricular:

—Hola, senior Valentín —dijo tímidamente.

—Pero, bueno, ¡si ya sabes hablar español! —exclamé, nuevamente —. Hola, amigo Geo. Por favor, Mihaela, que no me llame señor, que me hace parecer más viejo de lo que soy.

—Nosotros respetar mucho a usted.

—Mihaela, también te llamo, porque quiero contarte que me fui de Rumanía para comenzar a escribir mi próximo libro. Lo siento porque no me despedí bien. Ahora os tocará a vosotros venir aquí. ¡Quiero llevar a Geo a ver al Real Madrid!

—No problema, chico Valentín. Esta ser casa cuando tú querer.

Sentía que estaba un poco a la defensiva, que tenía ganas de preguntarme por aquello que le había contado, que quería decirme que no pasaba nada, que sabía que me había ido porque me entró el miedo. Pero se resguardó bajo el telón del sosiego.

Al otro lado del auricular, el niño seguía con atención lo que su madre le iba traduciendo. Sabía lo que era el Real Madrid y lo escuché reírse, entusiasmado. Me habría gustado abrazarlo en ese instante, decirle que todo iría bien, que ahora tenía un tío en España, que ahora tenía que ponerse bueno. Pero no lo hice.

—Bueno, os voy a tener que dejar. Hablamos estos días —dije—. Cuidaos mucho —zanjé.

La huida hacia delante. Correr para no enfrentar. El temor de no ser quien debía ser. Ella lo hizo muy fácil y respondió serena mandándome un beso.

—¿Cómo se llamaba aquella abogada que me ayudó a construir parte de la defensa con lo del plagio? —dije en voz alta mientras encendía el ordenador.

Abrí el e-mail y comencé a rebuscar. Pensé que tal vez sería bueno retomar el contacto con ella. Me protegería, tendría una solución. Qué curioso, se llamaba como ella, Marina Marchante. Quedamos en vernos el 25 de enero, no acudí a la cita. No fui porque lo pensé fríamente y un encuentro habría supuesto demasiada exposición en aquel momento ya que ella, tarde o temprano, habría reconocido mi cara. Decidí darme por satisfecho con lo que me había contado durante nuestra llamada y, una vez que conseguí la información que quería, desaparecí del mapa. Le escribí un correo diciéndoselo, contándole que el asunto me tenía abrumado y que había decidido no seguir adelante, ya que eso habría significado un gran prejuicio para mi salud mental. Además, me daba miedo enfrentarme a un mecanismo editorial tan potente.

Pero ella no volvió a replicar, sino que apareció una respuesta automática con la dirección de otra compañera. Supuse que se había ido de vacaciones y, ciertamente, me alegré de que no tratara de convencerme. Quizás por eso decidí volver a contactarla. Esta vez le contaría la verdad, al igual que lo hice con Mihaela. Ella sabría

indicarme cómo protegerme. Había un pacto de confidencialidad entre cliente y abogado, ¿no? Debía agendar una cita, aunque no quería que fuese en su despacho. Ya pensaría un lugar donde ella no pareciera una abogada ni yo un escritor en apuros. Busqué su número de móvil en el e-mail y llamé, pero no daba señal. Volví a los mensajes y vi que en el pie, en la firma, estaba también el número del teléfono fijo del despacho. La noticia del día era que el líder del PP había vuelto a ser elegido presidente. La máxima en Madrid sería de 35 grados.

Me contestó un hombre con la voz ronca.

—PLIAbogados, dígame.

Me aclaré la garganta.

—Buenos días, llamo para preguntar por Marina Marchante. Estuvimos trabajando en un asunto a principios de año.

Un silencio. El hombre dudó un instante.

—Sí, eh, bueno, le comunico que ya no trabaja con nosotros —dijo, al fin.

—Ah, vaya, no sabía, disculpe —respondí.

—Todos sus asuntos los lleva su compañera Celia Cruz, pero ahora mismo está de vacaciones.

Pero yo le dije que tan solo podía hablar con Marina.

—Es muy importante, ¿sabe dónde puedo encontrarla? —pregunté.

El tipo volvió a dudar.

—Siento comunicarle que, tristemente, Marina falleció repentinamente a principios de año.

Me quedé de piedra. Mi cuerpo se congeló y sentí un latigazo en la espalda. Como si un hielo me hubiese bajado por dentro de la piel, sobre la columna vertebral. No sabía qué decir.

—Lo siento mucho, lo…, lo desconocía. Disculpe otra vez. Y siento su pérdida. Volveré a llamar más adelante.

Y colgué sin dejar que el hombre respondiera. Me levanté del sofá y me fui a la cocina. Bebí un trago largo de agua. Me volví a mojar el rostro y el cuello.

—Qué puta es esta vida —dije en voz alta sin darme cuenta.

A Marina Marchante le envié un libro. El único libro firmado con las iniciales de mi otro nombre. Ella sabía de la existencia de Daniel

Giménez. A Marina Marchante le envié, también, el manuscrito de la mexicana, como si fuese obviamente una obra del cliente que le estaba escribiendo. Fui a la página web de la empresa buscando su foto, pero la habían retirado. Si estaba muerta no supondría un peligro.

Se me ocurrió entonces que mi Marina y la abogada podían ser la misma. Eso sí sería digno de un buen libro. La doble vida, el abandono de una carrera, una vía de escape. Mi mente estaba empezando a hacer conjeturas, a dibujar personajes y tramas. Había algo casi tenebroso en este asunto: ¿adónde habría ido a parar el libro firmado? ¿A su familia? ¿A un trastero? ¿A sus amigos? ¿Quién se quedaba con los objetos de un muerto? Una flecha fugaz atravesó mi mente: Marina me dijo que tenía una hermana que se había ido al extranjero, ¿no? Y que ella se había dejado los libros antes de marcharse…

Vi mi reflejo en la televisión, que estaba apagada. Una extraña sensación de desconcierto me devolvió a mi realidad, me noqueó con una fuerza apabullante y me hizo ser consciente de que la mentira me había invadido de tal manera que ya era imposible desprenderme de ella.

Y me dolió pensar que nunca, nunca, nunca podría llevar a Geo a ver al Real Madrid.

110
Ojalá hubieras visto su cara
Ella

Hemos recibido la noticia de que mi hermana llega mañana a España.

Mi madre se ha puesto muy nerviosa en cuanto ha recibido el mensaje.

Elisa dice que intentó que fuese una sorpresa, pero no se lo pudo aguantar más.

Mamá ha llamado enseguida a mi padre para contárselo.

Luego ha contactado a una mujer de su parroquia para ver si estaba disponible la casa de Málaga.

Y le ha dicho que sí.

Por lo tanto, mañana saldremos de viaje para allá.

Siempre hemos veraneado en el mismo lugar, desde que éramos pequeñas.

Pensé que este año no iríamos. Y, en realidad, no quiero ir, porque eso implica estar lejos de ti.

Pero no puedo hacer otra cosa.

Durante el resto del día prepararé el viaje.

Mi madre se pone muy nerviosa cuando Elisa viene a casa. No suele hacerlo mucho, ya te dije que está recorriendo el mundo.

Quiere que lo encuentre todo ordenado, limpio, dispuesto.

Me toca encargarme de su habitación desde cero.

Me toca quitarle el polvo al armario, hacer la cama, acristalar las ventanas y los espejos, recolocarle las plantas en su sitio, sacar la

televisión de la caja e instalársela.

Ya le he dicho a mi madre que se va a quedar solo una noche y que si tengo de veras que colocarlo todo.

Pero no hay manera.

Ella lo quiere así.

Yo quería dedicar mi tiempo a hablar contigo.

Me da pena pensar que no voy a tener la posibilidad de verte durante una semana, que es el tiempo que vamos a estar ahí.

Pero me llevaré tus libros.

Espero que no me pida que le devuelva el suyo porque no lo haré.

Cada vez que viajamos juntos, me toca trabajar mucho.

Por eso no me gusta.

Yo me encargo de comprar, de cocinar, de fregar, de ordenar, de limpiar.

Elisa y mamá se van a la playa.

Mi padre se queda en el sofá viendo la tele. No hace otra cosa.

Menos mal que está de vacaciones, sino ni habría podido venirse y se habría deprimido aquí en Madrid, solo.

Aunque yo creo que ya está deprimido.

Lleva trabajando en el mismo lugar toda la vida.

Mi madre le hace la vida imposible, porque ya no se quieren, pero tienen una edad y no pueden separarse.

Yo creo que, al principio, cuando se conocieron sí hubo amor.

¿Te lo he contado alguna vez?

Mi madre es de Grecia. Salió de allí para instalarse en Múnich, pero conoció a mi padre en Suiza, que había ido a trabajar.

Y se enamoraron. Pero, bueno, ya te detallaré la historia mucho mejor cuando te vea.

Qué bonito es querer y, sobre todo, qué bonito es que te quieran.

Ah, le he dicho a mi madre que ya tengo novio.

Ojalá hubieras visto su cara.

111
El yerno excelente
Él

Al fin y al cabo, la vida, en ocasiones, podía parecer una película, ¿no?

Busqué la dirección de Matthew, mi antiguo jefe, el editor que me contrató en Haller&CoBooks y le envié un mensaje.

> Querido amigo:
>
> Qué alegría saludarte de nuevo. ¡Espero que no te hayas olvidado de mí! Te escribo para ver cómo estás, en primer lugar. Por aquí marcha todo muy bien, estoy muy contento. ¡Echando de menos nuestros debates literarios! Quería preguntarte si te ha escrito alguien desde España preguntando por mí. Sé que suena raro, pero necesito saberlo.
> Un abrazo muy fuerte.

Después, volví al salón y agarré el teléfono para contestar un mensaje de Marina: «Pues también dile a tu madre que seré un yerno excelente».

112

¿Recuerdas la noche que pasamos?

Ella

Estamos alojadas en el piso diez de un edificio amarillento que hay en tercera línea de playa. Es antiguo.

He pasado una buena noche, a pesar de mi madre y mi hermana.

Elisa no me ha asustado ni mi madre me ha reprochado nada.

Eso sí, seguimos con las ventanas bajadas.

La amiga de mi madre ha puesto un toldo de los verdes y también lo hemos echado. Para que no entre nada de luz.

Aunque ellas no estén en casa, no podemos subir las persianas.

Esta mañana he querido enchufar el móvil en la cocina y ha saltado un chispazo.

Lo he sacado enseguida y se lo he contado a mi padre, pero me ha dicho que no es asunto suyo.

Creo que tampoco me han dado espasmos mientras dormía.

Por cierto, olvida eso que te dije sobre que me puede pasar algo. No me va a pasar nada.

En todo caso, ahora me he encerrado en la habitación y hace calor. Tanto por fuera como por dentro.

Estoy en tanga.

No llevo nada más que un tanga.

¿Recuerdas la noche que pasamos?

Si pienso en ello, se me eriza la piel.

Te mandaría una foto, pero apenas hay luz.

Tengo una fantasía, ¿sabes?

¿Quieres que te la cuente?

Quiero que me lo hagas por detrás.

Quiero que aparezcas de repente por la puerta de esta habitación y que te lances sobre mí como un animal, que me apartes el tanga, me escupas y que me la metas sin decirme ni una palabra. De esa manera quiero entregarme a ti. Que me poseas y que no escuches mis quejidos.

No quiero que pares.

Serías el primero, ¿sabes?

Me excito solo de pensar que me abres como a un melocotón y entras dentro de mí como un cuchillo.

Uf, estoy escribiéndote con una mano.

Ahora me estoy metiendo los dedos en la boca. Los estoy chupando lentamente, pasando mi lengua por la piel antes de follarme.

Saben a mí.

Me estoy frotando; estoy haciendo movimientos circulares sobre mi clítoris.

Escúpeme. Ahora en la cara. Quiero que tu saliva caiga dentro de mi boca.

Agárrame fuerte las nalgas y no salgas de mí.

¿Sientes mi calor?

Tengo el culo rojo.

Dame fuerte, dame fuerte, dame fuerte.

El sudor te cae por la frente; las gotas se estrellan contra mi piel.

Pégame. Azótame.

Déjame tus dedos marcados.

Me agarro las tetas y me pellizco los pezones.

Me da placer este dolor; me da dolor este placer.

Me he dejado caer sobre la cama, rendida, bocabajo.

Tengo una mano en el coño y me estoy masturbando mientras muerdo la almohada.

Digo tu nombre cuando gimo.

Soy una cerda, soy tu cerda.

Me agarras las caderas y entras dentro de mí una y otra vez, como

si fuera una muñeca.

Y entonces sueltas un grito.

Un grito que te sale del alma.

Yo aprieto el culo para que sigas dentro de mí.

Me duele.

Siento tu corrida invadiéndome.

Como si fuera una riada que arrasa con todo.

Y entonces yo también me corro.

Ah, me corro mientras siento los últimos espasmos de tu polla.

Y caigo rendida; por un instante caigo rendida.

Y entonces tú sales de mí y te dejas caer sobre la cama.

Y deslizas tus dedos por mi espalda, despacio.

La complicidad.

Y escucho tu respiración cadenciosa.

Y veo tu pecho subiendo y bajando.

Y percibo el calor en tu frente, el olor del sudor, el olor del semen, el olor de mi flujo vaginal.

Y entonces me sonríes levemente.

Y yo dejo de tener miedo, al fin dejo de tener miedo.

113
Hacer las cosas bien
Él

¿Alguna vez has pensado en componer relatos eróticos? Se te da de maravilla… Bueno, no te he dicho nada, pero yo empecé mi andanza en la escritura con una novela erótica que nunca ha visto ni verá la luz. Aunque si tú me lo pides…

Esperé unos instantes, atento a la pantalla, por si me respondía. Pero no volvió a conectarse. Dejé el móvil sobre la cama y me fui a la ducha. Me puse un pantalón corto, una camiseta y salí a la calle. Paré el primer taxi y le di la dirección de la casa de mis padres.

La urbanización de Pozuelo de Alarcón, a las afueras de Madrid. La zona se había revalorizado en el último año porque, entre otras cosas, ahí vivía el presidente del Gobierno. Me bajé del taxi y Marwan, un chico marroquí, me saludó desde la garita. Levanté la mano y le hice un gesto con la cabeza.

—¿Todo bien, amigo?

Me respondió que sí y además añadió:

—Sus padres están en casa, señor. Tal vez hayan bajado a la piscina. Con este calor…

Le di las gracias y seguí caminando por las pequeñas aceras que, como una serpiente, circulaban entre el césped. La urba estaba prácticamente vacía. Desde la piscina se escuchaban voces y un tema de reguetón que ya era la canción del verano. Saqué la llave y abrí el

portal. Luego me dirigí al ascensor y pulsé el segundo piso. Cuando llegué al rellano, sentí el olor de la casa de mi madre. Tan solo había dos apartamentos por planta y Conchi, la vecina, se había ido de vacaciones a Cádiz. Lo sé porque no tenía el felpudo frente a la puerta. Todos los años hacía lo mismo. Metí la llave en la cerradura y enseguida escuché el ruido de la televisión. Para evitar un sobresalto, grité desde la entrada:

—¿Mamá? Mamá, soy yo.

Acto seguido, me quité las zapatillas y me puse unas chanclas. La casa estaba fresca. Mi madre apareció enseguida por el pasillo.

—Hola, hijo, no te esperaba —dijo.

Se acercó para darme dos besos. Arrastraba los pies por el parquet e, inevitablemente, pensé que se había hecho mayor. Nos dirigimos a la cocina.

—Estoy preparando un pescado al horno porque tu padre está a dieta. Por cierto, debe estar al caer.

Con total seguridad se había marchado a trabajar muy temprano. Tanto que ni Marwan, que empezaba su turno a las nueve de la mañana, lo había visto.

—Bueno, ¿cómo estás? —me preguntó.

Me serví una cerveza con limón.

—Bien, estoy bien, ya un poco más tranquilo después de todo lo que ha pasado. ¿Sabes? Ya estoy pensando en la idea del próximo libro y todo.

Mi madre bajó la cabeza y dejó el paño sobre la encimera.

—Ay, hijo, ¿todavía no has tenido suficiente?

Me quedé sorprendido.

—¿A qué te refieres? —pregunté, desconcertado.

—Bueno, ya has visto que a la primera de cambio te quieren hacer daño. A mí me duele que te expongan de esa manera. No imaginas cuánta gente me ha llamado para preguntar si era verdad.

Era consciente de que mi madre jamás entendería mi oficio y, en cuanto lo acepté, dejó de hacerme daño con ello. Acepté que, por más que lo deseara, jamás remaríamos en la misma dirección. Quería pedirle perdón por lo que tuvo que pasar, pero no pude.

—Bueno, mamá, yo vivo muy bien y estoy muy contento con mi trabajo. Pero no he venido para hablar de esto, me apetecía veros y contarte que he estado en Rumanía…

Enseguida me interrumpió. Giró la cabeza hacia mí y vi su rostro lleno de arrugas, la marca de los años.

—Lo sé todo, Mihaela me llamó en cuanto apareciste. Estaba preocupada por ti.

Me senté. La televisión estaba encendida en uno de esos programas de verano que hacen por las mañanas.

—Vaya con Mihaela. Bueno, me alegro de que te haya llamado. Pues he estado en su casa. Lo poco que conocí de su país me pareció muy interesante. Pero lo más emocionante fue conocer a Georgian.

Mi madre me retiró el vaso de cerveza, que ya estaba vacío, y lo dejó en el fregadero.

—Bueno, entonces ¿te quedas a comer? —zanjó.

114
La comida
Ella

Escuché el ruido de la llave en la cerradura y me levanté rápidamente de la cama.

Dejé el móvil ahí, sin poder contestarle nada.

Si él lo decía, claro que sí, sería una buena escritora.

Sentía mis manos pegajosas y en la habitación flotaba el olor del sudor y de mi flujo.

Tenía el pelo pegado al rostro.

Agarré una camiseta larga, un pantalón corto y me fui directamente al baño.

Los secretos eran unos pecados dulces.

Me lavé el rostro, me froté los dedos, me limpié la vagina.

Sus voces sonaron en el salón, pero no entendí muy bien qué decían.

Eché el pestillo para que no entrase nadie.

Luego tiré de la cadena mientras dejaba que el agua del grifo se enfriase un poco más.

No me podía duchar mientras ellas estuvieran ahí.

Me mojé el cuello, las muñecas, los párpados y las piernas.

La temperatura del cuerpo iba descendiendo poco a poco.

Después me vestí y salí al comedor.

Mi padre estaba viendo uno de esos programas de verano que echaban por las mañanas.

Mi madre había dejado todos los trastos de la playa en el pasillo y

se había metido en el baño que había en la habitación de matrimonio y que yo me encargué de arreglar a fondo esa misma mañana.

Elisa estaba en su habitación.

Agarré la sombrilla, las toallas, los bañadores, las chanclas, la bolsa y salí a la terraza.

Tendí todo lo mojado.

Quité la arena del bote de crema, de las gafas, de la botella de agua, de la sombrilla.

Podía oler el mar, a lo lejos.

Se escuchaban gritos de niños en el patio interior que había abajo.

Luego volví al salón y me dirigí a la cocina.

Mi padre no había encendido el aire porque mi madre y mi hermana se ponían malas.

Ese día tocaba comer filetes de merluza empanados con ensalada de queso.

Así lo había organizado mi madre.

Eché aceite a la sartén y saqué la bolsa del congelador.

La vitro se estaba calentando.

Tras varios minutos eché el género y me asustó ese ruido chispeante.

Enseguida comenzó a oler.

Enseguida comenzó a subir el calor.

Puse el extractor para aspirarlo todo, pero era imposible.

Los filetes se iban dorando por un lado y por el otro.

Bajé el fuego al mínimo para que no se quemasen.

Pero el aceite ebullía como si fuese lava.

Lo dejé así mientras iba sacando todo de la nevera para hacer la ensalada.

Me chupé los dedos después de aliñarla.

Me sabían a sal y a aceite de oliva.

Luego volví al salón.

—Venga, vamos a comer —dije en voz alta.

Mi padre no me miró.

Mi madre salió.

La puerta de la habitación de mi hermana permaneció cerrada.

115
Everest
Él

La mejor hora para llamar a mi agente era por la tarde. Esa vez contestó a la primera, sin pasar antes el filtro de Sonia.

—Espero que tengas buenas noticias —dijo.

—Y tanto que sí, tengo el tema para el siguiente libro. ¿Cuándo nos reunimos con la editorial?

Imaginé su sonrisa, el símbolo del dólar estaba apareciendo en su rostro.

—Déjame que lo organice. Por cierto, mañana va a salir lo del hijoputa de Vilacans —dijo antes de colgar.

Afuera, en la calle, hacía demasiado calor. Había comido con mi madre y regresé enseguida a mi apartamento. Mi padre no apareció. Bajé al trastero y saqué la pizarra que usaba para las novelas. Era una grande, blanca, prácticamente nueva. Se podía quedar conmigo, en el despacho, durante meses enteros. Pero cuando no tenía nada que escribir era incapaz de verla. Por eso la escondía. La introduje con dificultad en el ascensor. Me pillé los nudillos de la mano con el marco de la puerta y rayé el parquet de la entrada. Pero no me importaba, porque tras regresar de casa de mis padres estaba eufórico, con muchas ganas de trabajar.

Una vez en casa, comencé a trazar las tramas, tanto las principales como las secundarias; a tomar notas acerca de los personajes; a plantearme los objetivos de cada uno; los giros; las dificultades a las que se enfrentaban para conseguir lo que querían… Me había poseído

una especie de fiebre que me hizo perder la noción del tiempo. Nunca había compuesto con tanta vigorosidad, con tanto entusiasmo. A veces era incapaz de arrancarle una frase al papel y otras podía soltar diez mil palabras de un tirón. En ese instante me sentía el rey del mundo, entonces estaba seguro de que no había nada tan bueno como lo mío, porque sabía que estaba componiendo la obra maestra. Ahí, frente a mí, estaba mi próximo trabajo. Estaba seguro de ello. Escribí durante horas. Tenía tanta confianza en este manuscrito que no quise parar. Tenía los primeros capítulos y estaba tan entusiasmado que me tuve que poner con el final. Diez, quince mil palabras válidas, del tirón. Las ideas se iban sucediendo como si fueran números que se perseguían. Había verdad, había pasión, había amor y drama. Era una combinación perfecta. Era esa clase de libro en la que el lector no sabía dónde acababa el personaje y dónde empezaba la realidad. Y a las cuatro de la madrugada ya tenía el apogeo, el cénit, mi Everest.

Pero, entonces, un mensaje de Matthew me despertó de mi ensoñación y todo se puso patas arriba.

Querido Daniel:

Qué alegría saber de ti. Todo anda muy bien por aquí. ¡Te echamos de menos y Brittany te envía saludos!

Te cuento que sí, me contactaron desde España para pedirme unas referencias. Fue una mujer de la editorial Transversal, llamada Elvira Pérez. Pero no te preocupes, que le he dado las mejores. Luego no volvió a preguntar nada. Lo cierto es que me pareció raro, ya que, al menos, suelen agradecer. Por su mensaje parecía que estaba muy interesada en ti. ¡Espero que te haya contratado!

Si no es así, aquí tienes las puertas abiertas.

Un abrazo fuerte.

P. S.: ¿No te has planteado ya escribir tus propios libros?

116
Prueba de amor
Ella

Nuestro amor era tan grande como el Everest. Era tan fuerte como el océano, tan pasional como una novela turca. Nuestro amor no requería de otra cosa más allá de la piel, de los mensajes, de la mirada hacia el futuro. Eso quería, mirar hacia el futuro: casarnos, comprarnos una casa en la playa, tener hijos…

Por eso decidí no sacarle más lo que yo sabía, librarle de esa cárcel, ya no tenía ningún sentido. Fue un buen cebo para atraerlo, pero con el tiempo se podía convertir en una losa.

ÉL ya me amaba por quien era yo.

ÉL no necesitaba ningún barrote para encerrarse conmigo.

Entré al e-mail y borré todo lo que había sobre Daniel Giménez.

«Te eximo de culpa».

Agarré el libro, arranqué la página firmada y la quemé en la cocina.

«Te eximo de culpa».

Pero no se lo conté, quise esperar a tenerlo frente a frente.

Una noticia así se merecía un beso con lengua y un azote en las nalgas.

Era una PRUEBA DE AMOR.

«Has sido mala, ¿eh? Has sido muy muy mala», diría él.

Y entonces lo celebraríamos haciendo el amor.

Me dejaría castigar, sí. Suyo será el poder y la abeja reina se convertirá en esclava bajo su mandato.

«Te eximo de culpa».

Me estaba excitando nuevamente.
El fuego, el volcán, la lava.
Pero entonces mi madre gritó desde algún punto del salón.
—¿Por qué huele la casa a papel quemado?
Y otra vez su voz atronadora:
—¿POR QUÉ HUELE LA CASA A PAPEL QUEMADO?

117
Las primeras islas griegas
Él

Desde luego que la editorial Transversal no existía, y mucho menos su editora. Lo sé porque lo había estado rebuscando en internet. Matthew me dijo que lo había contactado unas semanas atrás, prácticamente unos días antes de que yo regresara de Rumanía y apareciese en la televisión. La tal Elvira debía de saber sobre mi existencia antes de la entrevista. ¿Había urdido, por lo tanto, un plan desde entonces? De ser así, ¿cuál era ese plan? Y, lo más importante, ¿cuál era su motivación? ¿Qué clase de persona querría descubrirme a toda costa y, sobre todo, para qué quería hacerlo? «Claro que sí, claro que sí», dije en voz alta. «Solo ha podido ser ella. Pero ¿cómo me había descubierto? Tal vez, al igual que yo, ella no era quien decía ser…

Ya iba atando algunos cabos, pero me faltaban piezas importante por encajar. ¿Tenía algo que ver la abogada en todo esto? Estaba dispuesto a buscar respuestas hasta el final. Así eran las novelas, al fin y al cabo. Me faltaba nada para que encajara todo como un puzle perfecto. Un paso más y listo. Tenía que dar un paso más, pero necesitaría refuerzos.

Hacía tiempo que no llamaba a mi hermana. Y así me lo hizo saber ella:

—Si me llamas para pedirme pasta, porque te la han quitado toda por lo del plagio, que sepas que no soy la persona indicada.

Me gustaba cuando Helena se ponía irónica. Me gustaba que, a su manera, me dijera que se alegraba de que la hubiera llamado.

—Pues fíjate que te he llamado para todo lo contrario, para darte trabajo, hermanita.

Escuché un cuchicheo que no comprendí.

—¿Qué?

Enseguida contestó:

—Nada, la becaria, que me ha traído unas propuestas de contenido. A ver, qué decías, ¿me vas a dar trabajo? ¿Te has hecho cantante? ¿Eres el siguiente Bob Dylan?

Me gustaba sentirme tan seguro en nuestra relación.

—Pues había pensado en ti para mi siguiente libro.

Ella se rio:

—¿Quieres que sea tu musa?

Pero no, no era eso.

—Quiero que me acompañes a visitar a alguien.

Mientras le contaba a Helena, abrí el WhatsApp en el ordenador. Y ahí estaba Marina. Me había dejado cerca de treinta mensajes a lo largo de la última hora. Los leí y le contesté. Yo también le tenía reservada una sorpresa:

> Estuve dándole vueltas a algo muy loco. Lo cierto es que me da un poco de pudor proponértelo tan pronto, pero ¿qué te parece si nos vamos a recorrer las islas griegas? Sí, lo sé, no hace falta que me contestes ahora. Pero me gustaría enviarte algunos libros que te he comprado para convencerte. Tan solo te digo que entre ellos hay una preciosa antología de Cohen, con los poemas que le dedicó a Marianne. ¿Conoces la historia? No se me ocurre mejor forma de darte la bienvenida a Madrid. Bueno, sí, pero no te tengo delante. Por el momento, claro. Anda, dime que sí, que quieres y envíame también tu dirección…

118
Nacida del mar
Ella

Mientras te contesto, estoy leyendo sobre la historia de Leonard Cohen y Marianne. Desde luego que no la conocía. Prométeme que, cuando nos veamos, también me la contarás tú.

Claro que quiero los libros.

Nos imagino a ti y a mí en Hydra… Estamos alojados en una villa de esas, blancas y azules, en la parte más alta de la isla. El mar frente a nosotros, inmenso y en calma, dibujado por un sol que cae tras el horizonte escondiéndose de este nuevo día, dejando una última huella en el agua, su color rojizo, divino. Yo estoy tumbada en la terraza viendo este paisaje que me corta la respiración, absorbiendo lentamente un mojito fresco, concentrándome en el ruido de las teclas de tu ordenador; y cuando cae el sol, definitivamente, yo me muevo al compás de tu escritura, como si fuera una bailarina.

Como si fuera tu musa.

A veces paras de escribir y puedo percibir tu mirada en mi espalda; es intensa y pura. Buscas las palabras en mi cuerpo, pues tratas de descifrar ese enigma que te hará seguir.

El tiempo no existe en ese instante.

Te imagino escribiendo una novela que tendrá mi nombre como título, Marina, y que será un éxito mundial. Tal y como lo ha sido la canción de Cohen.

Canción que vamos a escuchar todos los días de nuestra vida, que

bailaremos pegados en nuestra boda en la playa: «Come over to the window, my little darling / I'd like to try to read your palm»…

Y nos convertiremos en Leonard y Marianne, aunque nuestro amor será más bello y para siempre.

Y tú nunca escribirás «Suzanne».

Me iría mañana mismo, ¿sabes?

Quiero huir de aquí, dejarlo todo atrás y quedarnos para siempre en Grecia, viviendo en un verano eterno.

Me encantaría aprender griego.

Me encantaría abrir una librería.

Me encantaría que poetas, novelistas y músicos viniesen a leer y a cantar a nuestro hogar mientras abrimos un vino tras otro, mientras descorchamos la vida hasta que nos pilla el amanecer, ebrios y llenos de felicidad.

Me encantaría hacer el amor en todos los rincones de la isla.

Eso es lo que quiero ahora mismo: aprender el deseo, habitar el deseo, gozar el deseo.

No hay nada que nos lo impida.

Me siento una poeta cuando te escribo. ¿Lo has notado? Parezco otra…

Debo pensar en lo que voy a llevar en la maleta.

Aunque te confieso que contigo me iría sin nada, con las manos vacías.

Amar es viajar sin equipaje, eso dices en tu libro, ¿no?

Tan solo quiero despertarme mañana y pasado y al próximo y subirme al coche para volver a Madrid, para que empiece nuestra aventura.

¿Sabías que Marina significa Nacida en el Mar?

119
¿Y luego qué?
Él

—¿Y para qué voy a ir yo contigo a la casa de una desconocida que, para colmo, me estás diciendo que lleva meses acosándote?

Sabía que me iba a costar convencerla, pero no pensé que tanto.

—Mira, justo me acaba de contestar con la dirección. Pero no vamos a su casa, sino a la de sus padres, que es la que está al lado. Lo sé porque me lo dijo la última vez que nos vimos. Ella vive en el número ocho y supongo que los padres estarán en el número seis o en el diez.

Mi hermana seguía enredando en el despacho sin prestarme mucha atención. Decidí proseguir.

—Y, cuando estemos ahí, preguntamos por ella. Y también por su hermana, que no para de hablar sobre ella y que sospecho que está igual de chalada.

Hubo un silencio; ya tenía su atención.

—¿Me estás diciendo que hay una tía que te está haciendo la vida imposible y que no te la puedes quitar de encima y que, encima, quieres que vayamos a verla, pero que también puede haber otra hermana que está fatal? Valentín, ¿has ido a la policía? Esto es muy grave. Está como una puta cabra.

Pero no podía contarle cuál era el verdadero motivo, no podía decirle a Helena que su hermano era un fraude.

—No, claro que no. Ni voy a ir. Pero no te preocupes, que tengo la situación controlada.

Otro silencio.

—Pero, a ver, ¿cómo coño has dado con esta tipa? Bueno, mejor dicho, ¿cómo ha dado ella contigo?

Me daba pudor soltarle esa parte a mi hermana, aunque, si ese era el precio, y a riesgo de que me dijese de todo, estaba dispuesto a hacerlo. Pero justo en ese momento:

—¿Cómo se llama?

—Se llama Marina.

—¿No será una tal @MarinaViajera1?

Eso sí que no me lo esperaba.

—Coño, ¿cómo lo has averiguado?

—Pues es que tu amiguita lleva no sé cuantas semanas tratando de que la acepte en redes sociales. Me manda una solicitud cada poco, pero la rechazo. No la bloqueo porque ya me hace hasta gracia. Me levanto por las mañanas y digo: «Mírala, aquí está otra vez». Y la cancelo otra vez. Así todo el rato. En fin, yo tampoco es que esté muy bien. Pero dime, dime, ¿cómo la conociste?

Debía ser conciso, sin entrar en muchos detalles.

—A ver, vino a una presentación hace unos meses, me pilló en un mal momento y nos acostamos.

Su voz se coló por el receptor como si fuera un puñetazo.

—¿QUÉ? Pero ¿estás tonto o qué? ¿Cómo coño te acuestas con una lectora?

Entonces le conté a Helena que también había estado hostigando a Aurora, mi última amante, a mi agente, a parte de mi equipo editorial y a alguna de mis lectoras.

—Ya sé que esto está mal, que, en el fondo, es culpa mía, pero ahora necesito tu ayuda para librarme de esto.

Helena estaba pensándoselo.

—Bueno, pongamos que vamos para allá y les decimos a sus padres que su hija te está acosando, pero lo que no me ha quedado claro todavía es lo siguiente: ¿qué pasará después?

120

PLENA

Ella

Estoy deseando que mi hermana nos deje y reanude su viaje.

No sabes lo difícil que es: no come nunca con nosotros, se pasa los días en la playa o encerrada en su habitación, apenas hace ruido, salvo cuando golpea la pared o la puerta o los radiadores. Nuestras habitaciones están pegadas, pared con pared.

Cuando habla con mi madre, susurran.

Pero ya no me asusto.

Tan solo pienso en el futuro y me salvo, me salgo de este agujero, de este piso.

En dos días estaremos en la carretera, de vuelta.

Me dijo mi madre esta mañana:

—¿Por qué tienes esta cara de felicidad?

Pero no le dije que era porque regresábamos.

Le solté que Marisol había dejado el colegio, porque tenía cáncer.

Y mi madre me dijo que me iba a llevar a un psicólogo.

Pero no me entiende.

Tú sí lo haces, ¿no?

Marisol me hacía la vida imposible. Cuando me miraba me juzgaba, me intimidaba, me maltrataba. Me hacía la vida imposible.

Pero qué le voy a contar a mi madre si no ve más allá de su nariz.

Acuérdate de que yo vivo en el número ocho, no se te vaya a ocurrir enviar el paquete al seis.

Y me tienes que avisar de cuándo llega exactamente; quiero

esperar al mensajero en la puerta.

A veces se van.

Creo que ahora están cuchicheando sobre mí.

Pero me voy a abrir una Coca-Cola fría.

Ah, no te lo he contado, todo son buenas noticias últimamente:

Izan también se va del colegio.

He hablado con Trini y me lo ha dicho.

Todo bien con ella.

Te tengo que explicar todo cuando te tenga delante.

Te vas a reír.

Bueno, no es que Izan se vaya, es que su padre es funcionario y lo destinan a no sé dónde.

Literal, estoy tan plena ahora mismo. No pensé que fuera a estar así nunca.

Si me vieras, te volverías a enamorar de mí.

¿Crees que es posible enamorarse muchas veces de la misma persona?

Por cierto, ¿te he contado que soy yo la que lleva la cuenta de tu club de fans?

Pues sí, no te sorprendas.

Creo que es lo menos que puede hacer una novia por su novio.

Todas esas lectoras tuyas, esas fans que te miran de forma lasciva, todas esas tienen que pasar por mí para llegar a ti.

Lo dicho: dos días. Aunque ahora son menos. Desde que te escribo el tiempo pasa volando.

¿Sabías que en Grecia hay focas?

121
Dos, tres
Él

La cámara estaba enfocando el rostro serio de Mercedes Sosa. Un segundo de espera que se hizo eterno. Un leve parpadeo antes de soltar el titular con el que abrió su programa de las mañanas.

«El escritor Agustí Vilacans es acusado de acosar sexualmente a varias compañeras de profesión, entre ellas la también escritora Carmen Lara. La noticia ha saltado a las portadas esta mañana de agosto cuando un escrito firmado por varias víctimas ha llegado a las redacciones de los principales medios de este país, entre ellos esta casa. En el mismo, se acusa al escritor catalán de acosar, por diferentes vías, a un número de seis mujeres. Miradas lascivas, mensajes privados, sugerencias sexuales y, también, el uso de sus figuras públicas, sexualizándolas, en los libros que el autor ha publicado son algunas de las técnicas que ha empleado a lo largo de los años. El escrito forma parte del movimiento social denominado como #MeToo, movimiento que ha llegado, definitivamente, a nuestro país para quedarse. "Ya estamos hartas", reza la carta en su primera línea. Y yo me pregunto: ¿cuándo llegará el día en el que este tipo de noticias dejen de existir?».

La cámara fue alejándose lentamente de su rostro. Durante dos, tal vez tres segundos, Mercedes transformó su plató en un funeral.

Durante dos, tal vez tres segundos, seguramente Agustí Vilacans siguió durmiendo sin esperarse nada hasta que el teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa y una manada se le echó encima para devorarlo.

«Buenos días, comenzamos», dijo la periodista.

Aquella mañana también vibró mi teléfono. Era un mensaje de Julián: «Para que aprenda».

Yo llevaba ya varias horas trabajando en la novela. La interrupción no sirvió más que para tomarme un breve descanso. «Era necesario ese daño colateral», dije mientras apuraba el café y regresaba al siguiente capítulo.

122

Recoger cada vez que se cae

Ella

Estamos en la carretera.

Antes de marcharnos, tuve que recoger la casa y limpiar los baños y las habitaciones y luego bajar las persianas hasta abajo del todo y salí de ahí usando la linterna del teléfono.

Encontré varias pilas debajo de las camas y de los sofás.

Son las que mi hermana tiraba al suelo. Algunas se perdían y siempre mandaba a mi padre a por más.

Es cierto que casi todos los enchufes de la casa estaban estropeados, pero ya no importa.

Mi madre va a sesenta ahora. Nos adelantan los camiones y los ciclomotores. Todo el mundo nos pita. Pero a ella le da igual.

Sospecho que llegaremos a Madrid para el anochecer, dentro de siete, ocho horas.

Al final, mi hermana ha decidido quedarse en Málaga.

Siempre hace lo que quiere.

Dice que ha quedado con amigos, que se van a ir a Tarifa.

Ni siquiera me pude despedir de ella.

Cuando yo me desperté, se estaba yendo.

Lo sé porque escuché las ruedas de las maletas y supuse que era ella.

Yo le grité desde la habitación, le dije: «Adiós, nos vemos pronto», pero no me contestó.

Mi madre me dijo que bajase la voz, que mi padre seguía dormido

todavía.

En la guantera del coche lleva muchas estampitas de santos.

Me ha hecho sacarlas para ponerlas todas sobre el salpicadero.

Y aquí estoy, recogiéndolas cada vez que se caen.

Y también escribiéndote.

¿Te he dicho ya las ganas que tengo de verte? Pues que lo sepas.

Anoche soñé con un búho. Era uno grande. Se había posado sobre la mampara de la ducha que hay junto a la habitación de mis padres, en la casa del pueblo, mirándome atentamente. Yo no podía salir del cuarto de baño porque no había puerta. Tenía miedo porque sus ojos me intimidaban. Eran redondos, negros y amarillos. El búho se mantuvo quieto durante unos instantes. Entonces escuché la voz de mi madre, al otro lado de la pared, llamándome. Giré la cabeza para pegar la boca al pladur y decirle que no podía salir, que estaba encerrada. Pero no pude. Entonces volví a girar el cuello hacia el búho porque escuché un ruido. Como una batida de alas muy fuerte. Y, cuando lo hice, vi su pico puntiagudo dirigiéndose, como una flecha, hacia mi rostro. Entonces me desperté y estaba sudando.

Pero esta mañana he buscado en internet qué significa eso y resulta que cuando un búho se te aparece en un sueño es porque estás experimentando un cambio interno muy profundo, una transformación, una metamorfosis.

Así que el susto ha merecido la pena porque es cierto.

¿Tú te has dado cuenta?

¿Has leído ese libro sobre el tipo que se convierte en cucaracha? Seguro que sí, porque tú lo has leído todo.

Por cierto, hablando de libros.

¿Has visto lo de ese escritor?

123
La historia de una mentira
Él

Nos encontramos en un restaurante asturiano que había cerca de la editorial. Cuando yo llegué, en la mesa estaban Julián y mi director literario, Pérez-Galván. Frente a ellos, había una mesa dispuesta con un mantel blanco y dos copas de vino.

—Sí que empezáis bien, ¿eh? —les dije mientras se ponían en pie para saludar.

Ambos me dieron un abrazo.

—Es que hoy hay que celebrar —comentó Julián.

Entretanto, una camarera llegó a la mesa con una copa de vino vacía. Me sirvió.

—Espero que no te importe que haya pedido yo la bebida. Es el mejor de la casa —dijo Pérez-Galván.

La agité suavemente y le di un trago.

—Bueno, habrás visto ya la noticia, ¿no? De eso estaba hablando con Julián. Ahora hay que tener cuidado con todo…

Lo decía refiriéndose al caso de Agustí.

—Siempre me ha parecido un tipo raro —dije sin mojarme mucho.

—Bueno, raro y pesado de pelotas. Te ha dado caña cada vez que ha podido —añadió Julián.

—Pero, bueno, no estamos aquí para hablar de este desgraciado. Y, antes de que comiences a contarnos, quiero que brindemos los tres por tu próximo proyecto —ordenó Pérez-Galván.

Los vasos de cristal chocaron sobre la mesa. Todos le dimos un

trago.

—Antes de nada, quiero que sepáis los dos una cosa. Luego ya pasamos a comer y a celebrar. Eres el escritor más importante de nuestro catálogo y como tal vamos a tratar tu próxima publicación. Desde que yo estoy aquí, nunca he visto una inversión tan grande en ningún autor. Y quiero hablar las cosas de hombre a hombre, a la cara, no a través de esa mariconada de e-mails. ¿Preparados? Medio millón de euros, eso es lo que nosotros te ofrecemos ahora mismo.

Julián se dejó caer sobre la silla con una sonrisa burlona, cruzando los brazos, como si todo el trabajo ya estuviera hecho. Con toda probabilidad él lo sabía. Yo traté de mantener el gesto inexpresivo, como si gestionara esas cifras a diario. Como si ya me lo hubiera esperado.

—Desde luego que es la mejor oferta, amigo —dijo mi agente para romper el hielo.

Y tenía razón.

—Ahora cuéntanos, háblanos de tu idea.

Los dos me dirigieron la mirada, atentos.

—Quiero escribir la historia de una mentira.

124
Adiós, Elisa
Ella

Pero qué pasaría si me descubriese.

Qué ocurriría si un día se encontrase conmigo, con mi cuerpo originario, con mi otro nombre, con mi otra identidad.

Qué ocurriría si, algún día, me mirase, por casualidad, el pasaporte o el DNI.

Debía cambiar mi nombre.

Qué ocurriría si viniese a recogerme al trabajo.

Debía cambiar de trabajo.

Y qué le iba a decir cuando quisiera conocer a mi familia.

Tenía que impedirlo y más me valía tener una buena excusa.

Todo sería más fácil si ellos dejasen de existir…

¿Qué pasaría entonces? ¿En qué lugar quedaría todo lo que yo era para él?

¿Cómo lograría explicarle mi transformación para que lo entendiese, para que no me juzgase?

Tal vez ese era mi mayor miedo.

Tal vez eso era lo único que no quería que pasase.

Tenía que borrar todo el rastro que quedaba de Elisa para ser completamente libre.

125
Dos días
Él

Era el principio de la tercera semana de agosto y Madrid estaba vacía. Tan solo quedaba algún turista aposentado bajo las sombras de los edificios de la Gran Vía, abanicándose para no morir asfixiado antes de entrar a Zara o a la tienda del Real Madrid. También quedábamos los pocos seres extraños que, por algún motivo, no nos habíamos marchado de la capital. Parecíamos los últimos soldados que abandonaban el fuerte. Mis días se habían resumido, mayormente, a la creación de mi próximo libro.

Había salido a la calle a hacer varios recados. A los pocos minutos noté una capa de sudor incipiente en los brazos, como si fuese una bruma. Luego lo sentí formándose en el entrecejo, bajo la montura de las gafas de sol y, finalmente, en el bigote. Me compré una botella de agua en un puesto y me la bebí de un trago. Entonces vi el anuncio en el escaparate de una de las tantas agencias de viajes que había: «Islas griegas desde 369 euros». Como reclamo, colgaron una foto idílica de un atardecer en una Santorini vacía. Saqué el teléfono y le hice una foto. Busqué su contacto y se la envié.

Me fijé en los autobuses, que circulaban vacíos. En Callao había varios creadores de contenido acechando para encontrarse con la persona indicada y hacerle una entrevista. Tuve que esquivar a varias personas de la Cruz Roja y, cuando entré a El Corte Inglés, varias dependientas me reconocieron. Luego subí hasta la séptima planta y me fui a Correos.

Saqué de la bolsa el sobre y lo deposité sobre el mostrador. La empleada, una chica diminuta con el pelo rapado, me atendió con amabilidad. Revisamos los datos del envío y pagué. Me tendió el ticket y lo guardé en el bolsillo. Luego proseguí entre la infinidad de plantas y me paré en la tercera. Busqué la sección de bolígrafos. Cada vez que trabajaba en un libro nuevo, solía darme un capricho y me compraba uno caro que luego me acompañaba a las firmas por todo el país. Me encantaría convertir esto en una superstición. Como Isabel Allende, que cada 8 de enero comenzaba a escribir sus novelas. En ese sobre que había dejado en Correos iba lo más importante de mi vida, lo único por lo que todo mi esfuerzo valía la pena.

Cuando salí a la calle la ola de calor me volvió a impactar en el rostro. Miré hacia la Puerta del Sol y la vi abandonada. Como si hubiera un apocalipsis o una pandemia mundial. Después me dirigí hasta Doña Manolita y compré un décimo para mi madre. Seguí caminando hasta la plaza de la Luna y se me antojó entrar en un restaurante chino al que fui una vez con una ex. Pero me contuve. Estaba desesperado por llegar a casa y meterme en la ducha. Saqué el teléfono móvil del bolsillo. Marina había visto la foto: «¿Cuándo nos vamos?», preguntó. «Paso a por ti en dos días. Ya sé, es poco tiempo y yo estoy muy loco», le escribí, rápido.

126
Nueva vida
Ella

Todavía no me había llegado el paquete con sus libros, pero no pasaba nada porque ya me había comprado varios en la librería del pueblo.

Y, si me llegaban, pues devolvería los míos.

O los guardaría para regalarlos en el colegio cuando fuese el cumpleaños de alguna compañera.

Nos íbamos a ir a Grecia al día siguiente.

Debía preparar la maleta sin que nadie se enterase. Lo había decidido: iba a huir, dejarlo todo atrás, comenzar una nueva vida.

Debía evitar a mis padres las próximas horas.

A mi padre no era difícil.

Con mi madre me iba a costar más.

Pero, como habíamos vuelto de Málaga hacía poco, estaba cansada y no iba a molestarme tanto.

A él le diría que quedásemos a las afueras del pueblo.

Para que nadie pudiese vernos.

Saldría con la maleta a cuestas para no hacer ruido.

Mi madre se asomaba a la ventana enseguida.

Pero estaba segura de que lo iba a conseguir, porque no era la primera vez que me iba sin que se enterase.

Tenía tantas ganas de perderlos de vista: al pueblo, al colegio, a todos. Ya no había vuelta atrás. No volveré jamás.

También había pensado en decirle que me recogiese este mismo día y que pasásemos la noche juntos, en su casa.

Pero iba a esperar.

Me sentía como una novia antes del gran día.

Como mamá había tirado todo lo de mi hermana, debía apañarme con mi ropa.

No tenía mucha.

Me preocupaba no ir guapa, no estar a la altura.

Tenía un dinero ahorrado y podía comprarme allá lo que fuese.

Lo había estado mirando y, aunque no sabía a qué islas iríamos, podía apañar un par de modelitos básicos.

Deseaba ponerme morena.

Y ponerme un vestido blanco.

¿Y si me pedía que nos casásemos?

Me llevaría la maleta pequeña.

Él me había dicho que se encargaría de todo, que lo tendría todo organizado.

Mejor, porque eso de hacer el check-in, hablar inglés y apañarme en los aeropuertos no se me daba muy bien.

¿No era una locura todo esto?

Cada vez que lo pensaba, me parecía irreal, mi sueño cumplido, al fin libre.

«Soy una afortunada por tener tu amor», eso le dije esta mañana.

Un mundo solo para ti y para mí, eso construiríamos. Sin que nada más importe.

No he hecho algo tan grande en mi vida.

¿Se molestaría si, cuando estuviésemos allí, colgaba alguna foto juntos?

No debería.

No quería seguir oculta, ahora estaba deseando que me viesen, ahora necesitaba que presumiese de mí.

Estaba muy nerviosa.

127

Su ruta va a comenzar

Él

Helena apareció tras la ventanilla de su Tucson, tan puntual como siempre. Llevaba las gafas de sol, la música a todo volumen y maniobraba con una sola mano, porque la otra estaba ocupada con un café. Por las mañanas desprendía una vitalidad envidiable. Se paró frente al portal y me sonrió con cierta euforia al mismo tiempo que me acercaba para abrir la puerta.

—Las que me lías, hermanito —comentó mientras bajaba el volumen.

Dentro del coche hacía frío. El aire acondicionado funcionaba a máxima potencia.

—¿Cómo puedes viajar con esta temperatura? ¡Esto parece Invernalia! —dije mientras le quitaba algo de potencia.

—A ver, dime la dirección que la pongo en el GPS.

—La tienes en el WhatsApp, será más fácil si la pinchas ahí.

Una tercera voz salió por el altavoz: «Su ruta va a comenzar».

Arrancó el coche para moverse entre las callejuelas de mi barrio antes de salir a la Gran Vía.

—¿Y entonces cuál es el plan, a ver? ¿Nos plantamos ahí, delante de su casa, y qué? —comentó.

Hubo un silencio interrumpido por alguien que nos pitaba por detrás, porque Helena había hecho un cambio de carril sin asegurarse. Miró por el retrovisor, pero no dijo nada.

—Pues nos plantamos delante de la casa de sus padres para

contarles que su hija está enferma. Así, tal cual.

Mi hermana dudó un instante.

—Yo sigo sin entender por qué no lo has denunciado a la Guardia Civil. Te hubieras librado de ella de una manera más fácil.

Tenía razón, pero era peligroso. Luego no volvimos a hablar un buen rato. Como si los dos necesitáramos el silencio antes de la batalla. La vida estaba llena de sorpresas, eso pasó por mi mente. Y me pregunté entonces cómo había muerto la abogada. ¿Había sido un accidente? ¿Se había suicidado? ¿Estaba enferma? Todo podía cambiar en un instante. Por ejemplo, ahora mismo, durante este corto periodo de tiempo, nosotros podríamos salirnos de la carretera y fin de la historia. Nos dejaríamos tantas cosas pendientes…

Ya habíamos dejado atrás las principales arterias de Madrid y estábamos entrando en la autovía.

—Verás, hermanita, tengo que contarte una cosa.

Tenía toda su atención. Me observaba por el rabillo del ojo.

—Es que le he dado un poco de bola. Se supone que esta mañana debo pasar a recogerla para irnos a Grecia. Ahora mismo debe de estar hecha un manojo de nervios, esperando a que emprendamos nuestro viaje romántico. Se supone que debo pasar a recogerla dentro de una hora. Helena estaba desconcertada. Aliarme con el enemigo ha sido la única manera que he encontrado para seguir vivo.

Sabía que Marina aún tenía todas las pruebas de mi plagio y darle coba había servido para ganar tiempo y dejarlo todo prácticamente listo, pero eso no se lo podía contar a Helena. Mi hermana me miró:

—Estás como una puta cabra. ¿Por qué demonios haces eso?

Tenía la respuesta correcta.

—Es que estoy escribiendo un libro sobre ella. Y quiero ver hasta dónde puede llegar su personaje, cuánto será capaz de darme si le bailo el agua. Lo hago por morbo.

—Pero tú estás como una puta regadera —respondió ella.

La miré y sonreí.

—Me van a pagar medio millón de euros —dije.

Se le iluminaron los ojos.

—¿Comprendes ahora que deba sumergirme hasta el fondo en esta

historia? A mi agente y a mi editor les encantó.

Helena puso el intermitente para cambiarse de carril. Pisó el acelerador y adelantó a un camión.

—Bueno, ¿y yo qué debo hacer? —preguntó.

—Quiero que estés conmigo, observando todo.

128
Buscar la raíz
Ella

Mi madre nunca me había hablado sobre su familia griega.

Nunca me había dicho: «Esta es tu abuela, este es tu abuelo, estas son tus primas y tus tías».

No guardaba fotos y parecía que tampoco recuerdos.

Y yo era huérfana de raíz.

Ni siquiera nuestros nombres tenían procedencia helénica.

Ni siquiera me reconocía como mitad griega.

Ni siquiera sabía qué figura mitológica me representaba.

Me gustaría que fuésemos a visitar Crénides, que era el pueblo de mi madre.

Había buscado imágenes en Google. Localicé una fotografía con varios centenares de casas bajas, la mayoría de fachada blanca y tejados marrones. También había visto un campo de fútbol y unas ruinas y algunos comercios.

Estaba situado en una llanura, rodeado por cerros y, a lo lejos, montañas.

Todo era muy verde y la vegetación, mediterránea.

De todas estas viviendas que estaba observando, ¿dónde vivirían los que quedaban de mi familia, si es que quedaba alguien?

Me gustaría tumbarme sobre la tierra y cerrar los ojos y sentir si había algo que se removiese dentro de mí.

Me gustaría mezclarme con su gente, ser una más. No decirles quién era, por supuesto, pero convertirme en una más.

En Crénides, la vida debía de ser igual que en mi pueblo: todo el mundo se saludaba porque todo el mundo se conocía.

Y a mí me gustaba eso, porque me daba paz.

Tal vez fuese un buen lugar para vivir.

Buscar una casa en la parte alta para que él pudiese escribir con vistas al pueblo. Sí, estaba obsesionada con las vistas, con las alturas.

No era Hydra, pero no pasaba nada.

Aquí también había una parte alta.

Y luego la redecoraríamos a nuestro gusto, le añadiríamos un poco de los dos.

Y quería tener un jardín en el que plantar pinos y naranjos y una gran viña para hacer vinos.

Y tener una barbacoa junto a la piscina para que pudiésemos invitar a nuestros nuevos amigos.

Y movernos en moto.

Yo podría ser profesora de español. O tal vez de inglés si mejoraba un poco.

No llamaríamos mucho la atención, pero todo el mundo sabría quiénes éramos.

Me gustaría que nuestros hijos tuvieran nombres griegos: Elián, Anastasia, Deo, Eudora…

Y que creciesen felices.

Sí.

Sí, eso quería.

Él sería España y yo sería Grecia.

129
Pregunto por ti
Él

El pueblo estaba desierto.

—Pero a qué clase de sitio me has traído —dijo mi hermana—. Yo no sabía que existían este tipo de pueblos a las afueras de Madrid. ¿Cómo no vas a volverte loco viviendo en un sitio así?

El móvil indicaba que estábamos a cuatro minutos de su casa. Yo tenía el plan dibujado en mi cabeza.

—Acuérdate de mantenerte al margen, deja que yo me encargue de esto, ¿vale?

Hacía varios meses se había viralizado un vídeo en el que un artista se enfrentaba a varias personas que lo habían estado acosando e insultando por redes. Yo me sentía un poco como él. Un justiciero. Aunque hubiese descubierto mi secreto, ya nadie iba a creer a esa mujer.

—Ah, y graba con mi móvil, que es mejor que el tuyo. Por cierto, llevo un micro escondido porque quiero tener toda la conversación. Será un material buenísimo, ya lo verás.

El coche se paró frente a una puerta blanca.

—Esto marca que ya hemos llegado —dijo Helena.

En ese momento sentí que me sudaban las manos y, aunque estuviéramos a veinte grados, una gota de sudor cayó por mi frente. El acto final de las obras siempre solía ser el más trágico, pero en este caso yo me sentí especialmente bien, libre, e incluso un poco ansioso. ¿Qué podría salir mal? Todo estaba perfectamente organizado en mi

mente. Lo sabía porque lo había escrito. Mi hermana me miró. Iba a decir algo, pero la interrumpí.

—Bueno, allá voy. Tú no te alejes de la puerta por si hay que salir pitando. Y deja el coche en marcha.

Helena escuchó con atención.

—Joder, me siento como un delincuente a punto de cometer un atraco. Hay que ver la de cosas que hace un escritor por el bien de su historia. Dirás de tu trabajo, pero el mío es sacrificado de cojones, ya estás viendo. Pero, bueno, lo cierto es que me viene bien un poco de acción en mi vida.

Helena me dijo que era un flipado.

—Bueno, ten cuidado. Te cubro las espaldas, hermanito.

Me puse la americana y bajé del coche. Crucé la calle mientras percibía su presencia a mis espaldas. Abrí una pequeña verja y subí cuatro escaleras. Respiré. Entonces toqué el timbre y me pareció que la melodía de la campana hacía demasiado ruido. Levanté la vista hacia la ventana de la casa de al lado y no vi a nadie.

130
Melipona
Ella

«Maleta hecha».

Eso puse en la historia que colgué en Instagram.

También le añadí una bandera de Grecia y, sí, lo etiqueté.

Lo etiqueté bien grande, para que todo el mundo lo viese.

Mi victoria.

Faltaba poco para marcharnos.

Contaba cada minuto del reloj que faltaba para marcharnos.

El tiempo me parecía eterno.

Ansiaba salir de casa, pero debía esperar un poco más.

«Ya me muero de ganas de verte», le escribí.

Entonces escuché el ruido de un motor en mi calle.

«Es extraño, apenas pasan coches por aquí», pensé. «Tal vez alguien se habrá equivocado. En esta época suele ser probable porque la gente se va de vacaciones y algunos GPS se vuelven locos».

En Instagram recibí los primeros mensajes.

«Qué envidia».

«¿CÓMO?».

«Tía, esto k s???».

Sonreí.

Todas querían ser yo.

No contesté ninguno.

Me gustaba prestarles atención a las cosas en su debido momento.

Había un tipo de abejas reina, las llamadas «meliponas», que solo

copulaban con un macho a lo largo de su vida. En caso de que lo hiciese con más, las demás abejas la ejecutaban.

131
Eras otra
Él

Al otro lado de la puerta, oí unos pasos. Cuando sentí su mano sobre el pomo, me puse tenso.

Frente a mí apareció una mujer bella, con un pelo largo, lleno de canas pero bonito. Tenía los pómulos rojizos, una mirada amplia, brillante y un gesto amable. Vestía una túnica beis, elegante y cómoda. Ideal para estar por casa.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó con una voz bondadosa.

Me quedé impresionado, quieto, mudo. Pensé que me había equivocado de casa, así que miré nuevamente el número. Era el seis, el diez no existía. Todo estaba bien. Luego giré la cabeza y vi a mi hermana, esperando, con gesto interrogante. Me fijé en la mujer: tenía las caderas anchas, los senos firmes y las manos delgadas, con las venas marcadas. Y era alta. Mucho más de lo que había imaginado, de lo que ella me había dibujado. Y parecía ser afable en su tacto, dulce en su mirada y suave en su presencia. Era esa clase de persona capaz de caer bien al instante. Poseía una energía diferente, única. Tenía en torno a los setenta años, calculé.

—Disculpe, pregunto por Marina —dije.

Entonces su rostro mostró un gesto de gran tristeza.

—Oh, verá, Marina ya no está entre nosotros. —Su acento castellano era perfecto.

132
Poseídos
Ella

Algo se reactivó en mí.

Como si fuera una leona que acababa de captar el olor de la sangre, que sentía una presencia inesperada en su territorio.

Pero no era sangre.

Era una voz conocida.

Qué estaba ocurriendo.

Me incorporé rápidamente y me acerqué a la ventana.

Había un coche aparcado frente a la casa de mis padres.

Junto a él, una mujer permanecía de pie.

Delante de la puerta, alguien hablaba con mi madre.

Qué estaba ocurriendo.

Qué hacían ahí.

Quería saltar por la ventana.

Quiénes eran.

Pero bajé las escaleras corriendo y me tropecé y me hice daño en un tobillo.

Por qué estaban esos frente a la casa de mis padres.

Por qué estaban hablando con mi madre.

Recorrí el pasillo a grandes zancadas.

Debería estar a punto de marcharme a Grecia para huir, para empezar de cero.

Abrí la puerta con furia.

Entonces lo vi.

Mi Valentín.

No, no, no.

No eres tú. Ese no eres tú.

Tú me estás esperando para irnos a Grecia.

¿Quién es este ser que tiene tu rostro y tu cuerpo?

El diablo.

Ellos me miraron y sentí que no eran sus miradas.

No eran sus miradas, sino las de unos monstruos que querían hacerme daño, que querían despojarme de quien era.

133
Completar la historia
Él

—No sé muy bien cómo decirle esto. Mi nombre es Valentín Segura y soy escritor. Usted tiene otra hija, ¿verdad?

La mujer se había quedado petrificada, sin saber muy bien qué decir. Pero aun así se mostraba atenta, dispuesta a ayudarme, a resolver todas las dudas que tuviera.

—Sí, su hermana gemela, Elisa, claro —respondió desconcertada—. ¿Ha pasado algo? ¿Es usted del colegio? —preguntó.

Le contesté que no venía del colegio.

—Así que se llama Elisa —murmuré.

Ella no lo entendió.

—Disculpe la pregunta y la intromisión: ¿a qué se dedicaba Marina?

Ella agachó la cabeza antes de contestar.

—Era abogada. ¿Pero a qué viene todo esto? ¿Le ha pasado algo a Elisa? —preguntó atemorizada.

El puzle ya estaba completo. Elisa había encontrado el libro que le envié a Marina antes de que muriese. Los objetos del muerto. Por algún motivo le había llamado la atención y lo había leído. De tal manera que se obsesionó con él y, por lo tanto, también conmigo. En cuanto saltó la noticia del plagio, yo desaparecí del mapa. Pero ya era tarde, mi destino estaba escrito. Elisa había conseguido acceder a los e-mails de su hermana y ahí había visto el manuscrito que Daniel Giménez había mandado. Habría bastado con escribir la palabra «plagio» en el buscador para conectarlo todo. Esto, junto a las iniciales

que no me resistí a escribir en aquel maldito ejemplar, me habían traído hasta ese instante. Recuerdo también la dedicatoria que le escribí en la última página —por eso me había pedido que lo hiciera al final—: «Que tu libertad sea más fuerte que el miedo». Entonces no sabía que esa sería la clave de nuestra historia. Luego vino su chantaje, la intromisión en mi vida y su necesidad de sentirse amada. Por fin, todas las piezas.

134

Rojo y amarillo en todas partes

Ella

Los ojos de mi madre se habían vuelto rojos.

Los ojos de Valentín se habían vuelto amarillos, como los del búho.

Y sus voces sonaban distorsionadas.

Sonaban como si proviniesen de un lugar alejado de la Tierra.

Cada palabra era un clavo entrando en mis oídos, penetrando mi cerebro, alojándose dentro de mí como una enfermedad.

Bajé los escalones de un salto.

Ellos se alarmaron.

Me pareció que él se puso en guardia.

Que adoptó una postura defensiva.

La bruja y el diablo.

¿Cómo te ha poseído, mi amor?

¿Cómo has caído en la trampa?

Yo debía salvarlo de la única manera que se podía salvar a alguien a quien se amaba.

135
Acercarse un momento
Él

—Verá, he venido hasta aquí porque su hija tiene un problema muy grave. No sé muy bien cómo decirle esto, pero lleva varios meses acosándome. Y eso no es lo peor y, de antemano, le pido disculpas por lo que voy a decirle a continuación: creo que también le ha robado la identidad a su hermana, a Marina.

La mujer abrió la boca, atónita.

—Lo que le quiero decir es que ahora sospecho que Elisa se está haciendo pasar por Marina.

La mujer no daba crédito.

—Su hija estuvo llevando un caso mío a principios de año, antes de… —dudé un segundo— de su muerte. Después Elisa descubrió uno de mis libros y entonces se obsesionó conmigo. Y he decidido venir hasta aquí para decirle que necesita ayuda.

No quería hacerlo por teléfono ni quería llamar a la policía.

La mujer llamó a su marido:

—Juanjo, por favor, acércate un momento.

Le temblaba la voz. Estaba desubicada y sorprendida. Desde luego que todavía no había superado el fallecimiento de su hija y yo me sentía como una mierda por despertarle los recuerdos pasados.

Pero entonces, como si fuese un huracán, se abrió la puerta de al lado y apareció Elisa. Su rostro estaba desencajado, su cuerpo, tenso. Llevaba un vaquero y un jersey de cuello vuelto. Aunque estuviéramos en pleno verano, estaba vestida como si fuese otoño, como si hiciese

frío.

Se acercaba corriendo hacia nosotros.

136

Un río

Ella

El demonio podía meterse dentro del cuerpo y devorar los órganos y las entrañas y que nada de eso se viese por fuera porque el demonio era invisible y habitaba el vacío.

Su voz dijo el nombre prohibido:

—Elisa.

—El demonio está dentro de ti —chillé—. Yo soy Marina —dije—, yo soy Marina, Marina, Marina.

Pero escuchar el otro nombre me había devuelto mi otro cuerpo, mi otro rostro, mi otro ser.

El otro nombre me había condenado a desaparecer, a regresar al lugar del que hui, es decir, al vacío, a no ser nadie.

Y entonces un sonido grueso, como de animal maltrecho, invadió toda la calle y todo el pueblo.

Y ese ruido provenía de mí, eso sentí, que yo lo expulsaba por mi boca como si fuese un río de petróleo o de ceniza.

Ahí estaba mi madre, diciéndome algo que no comprendía.

Y ahí estaba mi padre, parado, quieto como un mueble.

Pero yo me acercaba a él, tan solo quería estar cerca de él.

137
Elisa
Él

Bajé las escaleras y me coloqué junto a la puerta blanca. Su madre hizo lo mismo y dijo su nombre. Pero ella no lo escuchó.

—Elisa —repitió.

Pero Elisa tenía la vista clavada en mí, como si estuviera poseída. Se acercaba con furia, como si fuese lava a punto de arrasar un bosque. Apretaba los puños y los dientes y, cuando estuvo más cerca, comenzó a gritar como si le hubieran clavado un cuchillo en la espalda. Su madre repitió su nombre por tercera vez, pero no hubo manera de frenarla. Entonces yo dejé caer los brazos a lo largo de mi cuerpo y quise cerrar los ojos para dejar de verla, para borrarla del mundo.

Entonces lo dije yo:

—Elisa.

Y lo hice en voz baja. Como si fuera un susurro, pero no lo era. Lo dije para que solo lo escuchase ella. Y creo que lo conseguí, porque su rostro cambió. Pero no se iluminó, sino que se oscureció por completo. Como si se hubiera puesto una máscara. Sentí la presencia de mi hermana acercándose, pero ya era tarde.

Entonces sus manos, las manos de Elisa, delgadas, frágiles, se colocaron alrededor de mi cuello como si fuesen las ramas de un árbol abrazando la tierra. Y comenzó a apretar con un vigor descomunal, haciendo una presión que me quitaba el aire, que me dejaba sin lo único que me hacía seguir vivo.

Y entonces me dejé caer al suelo, como si me estuviera entregando a

su posesión. Sabía que esto pasaría porque lo había escrito así. Vi sus ojos violentos, sin brillo. Pero no tenía miedo ni quería apartarla de mí. Y cuando ya estuve en el suelo me zarandeó y el bolígrafo que había comprado hacía dos días en El Corte Inglés se cayó al suelo y se posó sobre el adoquín como si fuese el casquillo de una pistola.

138
Zángano
Ella

Era la tercera vez que nuestros cuerpos entraban en contacto.

Era la segunda vez que yo estaba encima de él.

«Te quiero, te odio, te quiero, te odio».

Eso quería decirle, pero no podía.

Las voces de mis padres sonaban desde el otro lado del planeta.

No me importaba lo que estuvieran diciendo.

Solo quería salvarlo.

Luego una mano se colocó sobre mi antebrazo y la aparté de un golpe.

Al fin salía al mundo esta fuerza que me habitaba.

Al fin podía gritar.

Al fin podía explotar.

Miré su rostro y apreté más fuerte.

Se estaba transformando.

Estaba mutando a un gesto más sereno, más placentero.

¿Cuánta pasión habitaba dentro del amor que nunca podría ser?

Luego de la cópula con la reina, el zángano moría.

Entonces lo zarandeé para limpiarlo, para purificarlo, para despertarlo.

Y un bolígrafo azul marino cayó de su bolsillo.

139

Oh, so long, Marianne

Él

Sus ojos fueron mutando en cuanto vieron el bolígrafo, como un cielo que se despejaba tras la lluvia. Apareció un brillo extraño que, poco a poco, se fue haciendo más grande. Su mano derecha lo agarró y lo levantó sobre mi cabeza.

«Oh, so long, Marianne».

No me dio tiempo a mirarlo. No me dio tiempo a mirar a mi hermana ni a sus padres.

«It's time that we began».

Fijé la vista en ella.

«To laugh and cry».

Esa mujer que habitaba dos cuerpos, que habitaba dos seres, que estaba perdida, que me daba lástima, pero la quería, porque un autor siempre quería a sus personajes.

Esa mujer clavó el bolígrafo en mi cuello con un gesto ágil, rápido, punzante.

«And cry and laugh about it all again».

Y entonces sus ojos se convirtieron en una bombilla que alumbraba todo aquel pueblo, toda aquella ciudad.

«Oh, you are really such a pretty one».

Y una sonrisa amplia, viva, apareció en su cara mientras yo cerraba los ojos y sentía la segunda puñalada y sentía la sangre brotando de mi cuerpo, posándose sobre el pavimento, línea a línea, como si fuera un párrafo, el último párrafo que iba a escribir en toda mi vida. Y

sabía que ya tenía mi siguiente éxito, que ya lo había conseguido, que ella me había convertido en el mejor escritor de novela contemporánea de este país. Y lloré mis últimas lágrimas lleno de goce, de orgullo. Para ti.

«I see you've gone and changed your name again».

«Al fin, Elisa, amor mío, al fin has encontrado a alguien a quien querer». Eso fue lo último que pensé antes de cerrar los ojos para siempre.

140
Salir de viaje
Ella

El bolígrafo atravesó su cuello como si fuese de papel.

Y luego lo saqué y se lo clavé de nuevo.

Y entonces él cerró los ojos y divisé una leve sonrisa antes de extraerlo y volver a clavarlo por tercera vez.

La sangre comenzó a brotar de sus venas como si fuesen mangueras pinchadas.

Todo se estaba empapando.

La puerta, el suelo, unas zapatillas que se estaban acercando a paso rápido.

«Mi madre limpiará todo esto», pensé.

Será mi madre y no yo.

Al fin.

Dejé caer el arma al suelo y me aparté.

Tenía las manos manchadas de su sangre.

Comencé a lamerlas.

Él no daba señales de vida.

Ya estaba libre.

—YA ESTÁS LIBRE, AMOR MÍO —grité—. Vámonos a Grecia, amor mío —susurré.

Enseguida aparecieron unos brazos que me levantaron mientras un cuerpo se tumbaba sobre el suyo chillando, tratando de retener la sangre en su cuerpo.

Pero yo sabía que era imposible.

Yo sabía que el demonio, al fin, había salido y que para él siempre sería Marina y nada más que Marina.

Yo sabía que, aquella vez, había vencido el amor. Eso pensé antes de cerrar los ojos y echar a volar.

Bzzz…

Epílogo

Hoy sale a la venta el último libro que el escritor Valentín Segura escribió antes de ser asesinado por una lectora, Elisa Marchante. Tras apuñalarle en el cuello con un bolígrafo, la lectora ha sido internada en un módulo psiquiátrico después de decretarse que padece de esquizofrenia.

Alguien a quien querer cuenta la historia de la obsesión y del acoso que el autor vivió en sus propias carnes. El verano pasado, en un intento de librarse de su acosadora, el mismo Valentín, en compañía de su hermana Helena Segura, se plantó frente a la casa de sus padres para informarles de lo que estaba ocurriendo e instarles a que tomaran las medidas oportunas al respecto. Fue entonces cuando la agresora, en un arrebato de furia, le quitó la vida apuñalándolo.

El libro se publica gracias a la colaboración necesaria de su ya mencionada hermana, Helena Segura, la que, recordemos, días después del suceso recibió un paquete que contenía los primeros capítulos y el final. También incluía la escaleta y algunos detalles importantes de la trama. Valentín la instaba, además, a que terminase de escribir la historia. Paradójicamente, el autor también se moría en su libro. Hecho que nos lleva a cuestionarnos si de verdad lo había dispuesto para que pasara así o fue mera casualidad.

Lo que sí se conoce es que los primeros informes de preventa lo sitúan a la cabeza de la lista de los libros más vendidos del país y sus editores han informado de que los derechos ya han sido vendidos a más de quince países y, para dentro de un año, está previsto el estreno de su adaptación audiovisual. «Valentín ha sido,

es y será una máquina de hacer libros, pero, sobre todo, de venderlos. ¡Ha duplicado la tirada inicial en cuestión de días!», dijo su agente Julián Mingueza. Estas noticias son muy positivas, ya que el escritor dispuso que gran parte de su dinero fuese a parar a la recuperación del hijo de Mihaela, la mujer rumana que lo cuidó cuando era pequeño.

En una entrevista exclusiva para esta misma casa, los padres de Valentín Segura declaraban sentirse «muy orgullosos del legado que ha dejado nuestro hijo, así como de su gran contribución a la literatura de este país; además, su último gesto ha dejado una gran esperanza para Georgian y su futuro». Por otro lado, sus hermanos, a través de Helena, aseguran que, además de un gran escritor, el mundo ha perdido a una persona con un corazón inmenso.

Destrozada ha quedado, además, la familia Marchante-Georgiou. Si bien, los padres de Elisa no han querido hacer muchas declaraciones, en un comunicado emitido esta misma mañana, piden que se respete el luto y el dolor de unos seres que han perdido a sus dos hijas en cuestión de meses.

Nadie se acuerda ya de la polémica que envolvió el último año de vida del escritor y no han sido pocos los lectores que se han acercado a diferentes librerías del país a dejar una vela y una flor en la puerta. «Un gran gesto para un escritor increíble. Sin ninguna duda, *Alguien a quien querer* es el mejor thriller psicológico del año. Tiene todos los ingredientes: amor, obsesión, locura, pero también bondad, belleza y poesía. Será la lectura ideal para quien quiera parar el tiempo», declaró la respetada escritora y amiga de Valentín, Carmen Lara.

«Lo he puesto en el escaparate desde que lo recibí. Es su mejor trabajo, el mejor libro que podría escribir», ha declarado Manuel Jurado, de la librería SENAGEL.

Agradecimientos

A Ana García, por escucharme, corregirme y hacerme mejor escritor.

A Ana Lozano, por ser la otra extensión de mis manos.

A todo el equipo de Penguin Random House que hace posible este libro, en particular al equipo de Suma.

A Marisa, porque todos estos libros han sido caminos maravillosos de tu mano.

A Katherine K.

A Elísabet Benavent, por lanzarme cuerdas al abismo.

A mi familia, los de aquí y los de allá.

A mis amigos, los de aquí y los de allá.

A vosotros, lectores, por leerme, por quererme.

A mí, por atreverme, por buscar, por no rendirme, por creer en mí, por decidir y por tratar de convertir este sueño en mi realidad.

Ojalá nos volvamos a encontrar en otra ocasión.

ELLA
Siempre quise ser otra,
dejar de ser invisible.
Tener otro rostro,
una mirada distinta, otra piel.
Y, tras su muerte, estaba lista
para la metamorfosis.

ÉL
Todo empezó con una mentira.
Yo nunca quise ser otro, me bastaban
mi nariz grande, mis manos anchas.
Pero tenía una obsesión:
escribir la mejor novela del país.
Y, para ello, estaba dispuesto
a sacrificarlo todo.

El poeta Miguel Gane regresa al género de la novela para ofrecernos la historia de una obsesión. Un descenso a los infiernos protagonizado por dos personajes, dos versiones de este viaje; la de ÉL y la de ELLA. Dos individuos que solo desean ser vistos, que anhelan lo mismo: el amor.

Alguien a quien querer es un thriller psicológico que juega con los conceptos de identidad, deseo, búsqueda, incomunicación o soledad y

que aborda las jaulas que nos aprisionan y que en la sociedad de la inmediatez se construyen desde las mentiras, el sexo o la notoriedad.

Miguel Gane (George Mihaita Gane) nació el 20 de julio de 1993 en Leresti, Rumanía.

Es autor de los poemarios *Con tal de verte volar*, *Ahora que ya bailas*, *La piel en los labios*, *Ojos de sol* y *Puedes hacerme lo que quieras*, así como de la novela *Cuando seas mayor* y del cuento ilustrado «Algo más que el bosque». Nunca ha ganado ningún premio. Su nombre no ha firmado ninguna columna periodística. Sus estudios son irrelevantes porque nada —¿o sí?— tienen que ver con la literatura.

Primera edición: febrero de 2025

© 2025, Miguel Gane
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Rebeca Cygnus / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-842-7

Compuesto en: punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Alguien a quien querer

Prólogo
Él
Ella
Primera parte. La tela de araña
1. El fin
2. El principio
3. La fotografía que soy
4. Los días buenos
5. Ordenar las filas
6. La isla que no tocaba el agua
7. Efervescencia
8. Al otro lado del mundo
9. Rutina
10. Colocar los peluches sobre la cama
11. El otro nombre
12. Dos caras
13. Cajas pesadas
14. El éxito
15. Aquel día gris
16. Joven, joven, joven
17. Te kiero
18. El hotelazo
19. Viajera
20. Más fuerte, más
21. Grecia
22. Éxito literario
23. Volver a casa
24. La intimidad de la voz
25. Sigue aquí
26. El niño de cristal
27. Viaje astral
28. El triángulo decoroso
29. Solo hay una sirena

30. Los dos mundos
31. Soy un cisne negro
32. Yemen
33. La puerta roja
34. Triángulo amoroso
35. Lo necesario para crecer
36. Luciérnaga
37. La piedra y el agua
38. Virgen suicida
39. Huir de ti
40. La luz que te alumbraba
41. La pluma y la espada
42. La mujer del fondo de la sala
43. Seguir mi estrella
44. Todas mis historias
45. Ser libre, ser libro
46. Para eso he venido
47. Me llamo Marina

Segunda parte. Redención

48. Explosión
49. Conjuros
50. Asiento 5B
51. Hacer lo que sea necesario
52. No me espera nadie
53. Lluvia de recuerdos
54. Regresar al pasado
55. Sorpresas que da la vida
56. Las diferencias que nos unen
57. Pensar en ti
58. Pastel de manzana
59. Fuegos artificiales
60. El otro mundo
61. El cristal roto
62. Figuras en el agua
63. Un beso grande
64. Poco a poco
65. ¿Dónde estás?
66. La fragilidad
67. Mi pequeño enfermito
68. La verdad
69. La brújula
70. La decisión
71. Relectura
72. Seres mitológicos

73. Hermanas gemelas
74. La madriguera
75. Se despide de usted
76. La colilla
77. Los secretos
78. No
79. Ángel caído del cielo
80. Mi musa
81. Lo juro por nuestro amor
82. Cachorro
83. Sé que significa que me quieres
84. No puedo
85. La perla del amor
86. Oaxaca
87. Puño y letra
88. La fragilidad de su cintura
89. Junto a la ventana
90. Naranja o cruasán
91. Penélope y Ulises
92. Desnudo e invisible
93. Dos menús
94. Salvar la vida
95. Me está mirando todo el mundo
96. La historia de amor más bonita del mundo
97. LA LIMPIEZA

Tercera parte. La obra maestra

98. Niña asustada
99. No tengas miedo
100.
101. El plan
102. Yo sola
103. Agua con gas
104. Un hielo cayendo por mi espalda
105. Vestido amarillo
106. La pluma guiada por el viento
107. Todas las palabras del mundo
108. El carrito de la compra
109. Conjeturas
110. Ojalá hubieras visto su cara
111. El yerno excelente
112. ¿Recuerdas la noche que pasamos?
113. Hacer las cosas bien
114. La comida
115. Everest

116. Prueba de amor
117. Las primeras islas griegas
118. Nacida del mar
119. ¿Y luego qué?
120. PLENA
121. Dos, tres
122. Recoger cada vez que se cae
123. La historia de una mentira
124. Adiós, Elisa
125. Dos días
126. Nueva vida
127. Su ruta va a comenzar
128. Buscar la raíz
129. Pregunto por ti
130. Melipona
131. Eras otra
132. Poseídos
133. Completar la historia
134. Rojo y amarillo en todas partes
135. Acercarse un momento
136. Un río
137. Elisa
138. Zángano
139. Oh, so long, Marianne
140. Salir de viaje

Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Miguel Gane
Créditos